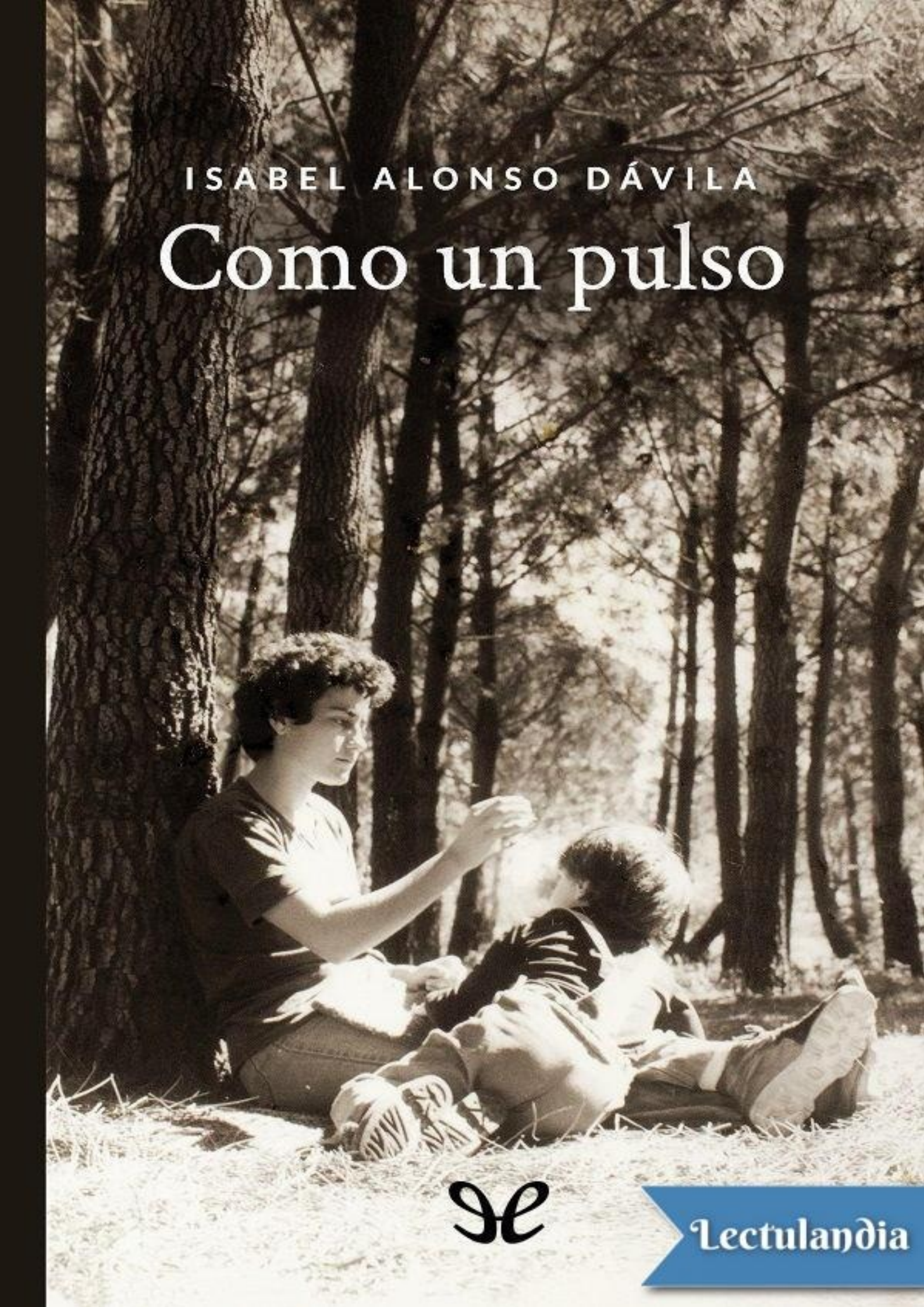




ISABEL ALONSO DÁVILA

Como un pulso



Lectulandia

Una historia de madres e hijos, de ocultaciones y secretos, que deja al descubierto el estrecho vínculo que une lo privado y lo público. 1995. Julia Ávila y su hijo Dani Climent ponen fin a un enredo familiar originado veinte años antes cuando una joven Julia embarazada, hija de una mujer de fuertes convicciones franquistas, es detenida en Granada por la Brigada Político Social. Su embarazo, parte del cual vivirá en la cárcel, constituirá el inicio de una maraña de mentiras y medias verdades, de intentos de solución y soluciones a medias, hasta que por fin se abra paso la verdad.

Inspirada en hechos reales, Como un pulso explora con delicadeza los territorios de las relaciones familiares durante una época en que unos nuevos modos de vida chocaban bruscamente con los viejos modelos de la dictadura.

Isabel Alonso Dávila

Como un pulso

ePub r1.0

Titivillus 01.05.2021

Título original: *Como un pulso*
Isabel Alonso Dávila, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Javier, mi hijo, mi primer lector

«[...] a partir de un momento determinado,
que ya no es posible precisar con posterioridad,
una comienza a verse a sí misma históricamente,
es decir, inmersa en su época y vinculada a ella».

CHRISTA WOLF, *Un día del año*. 1960-2000

«¿Qué es la ridiculez?
Renunciar voluntariamente a tu libertad,
esa es la definición de ridiculez».

PHILIP ROTH, *El animal moribundo*

Prólogo

Veinte años y un día

El gesto fue muy breve, duró apenas un instante, pero los cuatro supieron que con él acababan veinte años de mentiras. El notario había extendido su pluma a Daniel mientras este todavía buscaba algo que escribiera en los entresijos de su desordenado macuto caqui y, ahora, la exigua firma aparecía estampada al final del documento que se había leído a los presentes. Algo infantil, como un borroncito tímido, pensó Julia de aquella firma, mirando a su hijo con una ternura que pocas veces asomaba a sus grandes ojos oscuros. Roberto y Simón habían permanecido muy quietos durante la lectura, dando con ello una cierta solemnidad a un acto que todos han intentado vivir de la manera menos enfática posible.

Roberto había perdido, por el camino del tiempo, el bigote que llevaba en aquellos años de estudiante de medicina en la Universidad de Granada y su casi inexistente labio superior quedaba ahora al descubierto, aunque todavía parecía estar preguntándose por qué le habrían dejado tan desnudo. Ese labio superior era el único rasgo disonante en una cara que, en todo lo demás, parecía ir proclamando la seguridad en sí mismo de la que siempre había hecho gala. Simón también aparecía pulcramente afeitado. Hacía ya algunos años que no llevaba su barba de estudiante, aquella que le daba un cierto toque andalusí que combinaba a la perfección con sus estudios de semíticas. A Julia le había atraído desde el primer momento.

El notario salió del despacho moviendo con cierta dificultad las carnes que le sobraban y que hacían que la camisa, que le quedaba perfecta en el cuello y los hombros, adquiriera el aspecto de un saco desmadejado a la altura del cinturón. Les acababa de decir que esperaran hasta tener listas las copias del documento que en aquel mismo acto debía entregar a los presentes.

Al quedarse solos empezaron a sonar de nuevo aquellas voces que no habían parado de oírse desde el momento en que los habían encerrado en aquel pequeño habitáculo, nada solemne, de aquella oficina, también nada

solemne, hasta que había entrado el notario con casi una hora de retraso. Ahora fue Julia la primera en hablar.

—¿Te acuerdas de la notaría del abuelo, Dani? Qué diferente a esta, ¿no?

—La verdad es que no me acuerdo, mamá. Era muy pequeño cuando murió el abuelo.

Julia había contado a Dani muchas cosas de su abuelo, pero él sabía que recuerdos verdaderamente suyos tenía pocos. A veces pensaba, incluso, que más que recuerdos reales tenía en su cabeza los que su madre había ido colocando en ella o los falsos recuerdos que él mismo había construido viendo las fotos que tenía Julia de su padre por toda la casa.

—Al abuelo lo veo siempre como aparece en esa foto que nos hiciste tú —continuó Dani—, con el pelo gris peinado hacia atrás. Esa es la que estamos él y yo en La Explanada, casi a la puerta de su casa.

—Ya sé la que dices. Pero ahí estaba ya delgadísimo. Ahora, eso sí, impecable como siempre con un traje con chaleco.

—Me encanta esa foto. Yo voy andando ya solo, un poco adelantado. Pero mi mano izquierda se retrasa y se levanta hacia la mano derecha del abuelo, que, sin llegar a tocarme, aparece tendida hacia la mía, como si estuviera preparado para ayudarme si hacía falta. Lo que siempre me ha llamado la atención de esa foto es la frágil cuerda blanca que va de la mano del abuelo a la mía, como si entre los dos estuviéramos arrastrando algún juguete que hubiera quedado oculto tras sus enormes zapatos, negros y brillantes, que hacen parecer a los míos, casi escondidos bajo la pequeña campana de mis pantalones, diminutos.

—Pero cuánto detalle, Dani. Me dejas impresionado —dijo Roberto.

—Es que la he mirado y remirado miles de veces. Si hasta hice un trabajo para la facultad sobre esa foto. Yo voy muy atento, como si me preocupara el particular suelo ondulante, mientras que el abuelo mira con la misma intensidad hacia mi cabeza, que aparece en claroscuro, iluminada desde el lado izquierdo. Debía ser por la mañana —pareció concluir Dani entrecerrando sus ojos verdes. Pero continuó—: Esa foto tiene *punctum*, que diría Roland Barthes. Y el *punctum* es precisamente ese cordón blanco que va de una mano enorme a otra minúscula.

—¿*Punctum*?, pero ¿qué es eso? —preguntó Simón mientras dirigía a Julia una mirada risueña que contribuyó a que sus ojos se achinaran aún más—. Creía que lo sabía todo sobre Barthes y ahora vienes tú a enseñarme algo nuevo.

—Nada, una cosa que aprendí en un curso de fotografía que me pagó mi madre un verano. Pero que conste que lo hizo para ver si dejaba de meterme en líos pintando grafitis y me dedicaba a fotografiar los que hacían los demás. Bueno, «documentar», lo llama ella. La verdad es que en el curso no aprendí mucho de fotos, pero nos hicieron leer ese libro y resulta que, «contra todo pronóstico», como habría dicho mi abuela, me gustó. Gracias, mamá —añadió Dani.

—De nada, hijo —dijo Julia con un tono que parecía indicar que esa fórmula de cortesía, utilizada con ironía, aparecía con frecuencia en los diálogos entre madre e hijo, como un legado, en forma de cita, de la generación anterior.

—Que no, no te rías, que esta vez te estoy dando las gracias de verdad. Es que el de Barthes es uno de los pocos libros que conservo en mi estantería —explicó Dani dirigiendo su mirada hacia Simón—. Y eso que, mi madre primero y tú después, no habéis parado de regalarme libros toda mi vida. Pero los otros los presto y los pierdo, y el de Barthes no lo he prestado nunca y creo que ya lo he leído como siete veces. Para que luego digáis que juego demasiado al Quake y que leo demasiado poco.

—Pero ¿de qué libro de Barthes hablas?, me tienes en ascuas —insistió Simón.

—¡Ah! Creía que lo sabrías. Así que no lo sabes todo, menos mal. Es *La cámara lúcida* y explica que el *punctum* tiene que ver con la emoción que despierta algún detalle en el que mira una foto. O algo así, vamos. Es una cosa que quien hace la foto no ha buscado, pero que sale de la imagen para clavarse en quien la mira, como una punzada en el rostro, dice Barthes. El que mira la foto lo ve, pero quien hizo la foto no lo vio cuando apretó el disparador de la cámara, como seguramente mi madre no vio la cuerda blanca entre la mano del abuelo y la mía el día en que nos hizo esa foto.

—¿Y qué líos eran esos en los que te habías metido, Dani? No sabía nada —dijo Simón volviendo los ojos hacia Julia, que parecía no estar escuchando las explicaciones de su hijo.

—Perdona. Es que no te lo había contado. —Julia se removió un poco en la silla—. Cuando Dani tenía dieciséis años, una tarde llamó la Policía municipal de L'Hospitalet a casa para decirme que lo tenían detenido. Lo habían encontrado pintando las paredes que hay junto a las vías del tren que salen de la estación de Sants. Peligrosísimo. Y encima ilegal. Me cogí un cabreo descomunal y, cuando Dani llegó a casa, le dije que hiciera lo que

quisiera, pero que mientras fuera menor de edad no quería que me tuviera que llamar ni una vez más la Policía por su culpa.

—Bueno, me parece que tiene a quién parecerse —intervino Roberto, intentando ganarse la complicidad de Dani—. Aunque, claro, Julia, seguro que tú dirás que lo nuestro era otra cosa, que lo nuestro iba en serio, que era importante, aunque yo ya no esté tan convencido. —Julia desvió la mirada y Roberto se dirigió a Dani—. ¿Y qué?, ¿seguiste pintando paredes?

—La verdad es que sí. —Mirada agradecida a Roberto por salirle al quite—. Pero ahora tengo más cuidado para que no me pillen. Además, a partir del curso de fotografía, empecé también a «documentar» las paredes, para no defraudar a mi madre. —Con esta frase hizo reír a todos—. La Policía la volvió a llamar otra vez, pero a medianoche. Y no por los grafitis.

—No, esa vez fue peor —dijo Julia—, pero hablemos de otro tema, anda, que este no me gusta nada.

—¿Por qué no hablamos de la cámara de fotos réflex que me regalaste ayer por mi veinte cumpleaños? —propuso Dani.

—No, de eso tampoco. Nos tendrás que dejar hablar a los demás, ¿no te parece? —Julia posó su mano derecha sobre las nerviosas y frágiles manos de su hijo.

—Y ¿fotos de tu madre, también tienes muchas en casa, Julia? —preguntó Roberto, nombrando por primera vez la ausencia que les había permitido estar ahora ahí, en la notaría, esperando la entrega de las copias del documento que acababa de firmar Dani.

—Pues la verdad es que de mi madre no tengo casi fotos. —Julia se quitó las gafas y se frotó los ojos, como si le sorprendiera un cansancio agazapado hasta ese momento—. Bueno, ahora que lo pienso bien, tampoco es exactamente verdad lo que acabo de decir. El día del funeral nos repartimos entre todos los hermanos las fotos que ella tenía enmarcadas en su casa de Medina: Florita en el viaje que hizo a Lourdes con sus amigas al poco de quedarse viuda; Florita y mi padre con sus ocho hijos en las innumerables fotos que nos hacíamos para el carnet de familia numerosa y que iban marcando nuestro crecimiento con una periodicidad matemática.

»Si es que casi parecían salidas de una exposición de fotos de las hermanas Brown de Nicholas Nixon; Florita con cada uno de sus diez nietos, pero con la expresión cada vez más perdida; Florita en las bodas de todos sus hijos... Bueno, otra vez estoy faltando a la verdad, porque ella no aparecía en la foto que tenía enmarcada del día de nuestra boda, Roberto. Además, cuando nos separamos, retiró la que puso al principio, en la que estábamos tú

y yo en el altar, y la substituyó por una en que aparecía yo sola con el traje de novia blanco que me hizo coser en Menargues, “el mejor sastre de Alicante”, como decía ella, y que me obligó a llevar aquel día. ¿Te acuerdas de las discusiones que tuvimos por el vestido, Roberto?

—Bueno, y por casi todo: que si la boda en la catedral y su empeño en que nos casara el padre Fructuoso, aquel capuchino predicador, al que su familia había escondido «de los rojos» en la Guerra Civil, que ya había casado a tu hermano el mayor y que después casaría a todos los demás.

—Y también sobre los invitados y sobre el restaurante, el Montíboli de Villajoyosa, ¿recuerdas?... Terminó por vencernos por agotamiento y consiguió que pasáramos por todo lo que ella quería —añadió Julia.

—Menos por lo de la nota en el *ABC*, ¡qué ridiculez! —puntualizó Roberto, que parecía entre irritado y divertido al evocar ese recuerdo.

—Ah, sí. Eso sí que no —dijo Julia—. ¿Te imaginas?, qué vergüenza. De todas maneras, difícil hubiera sido que alguno de nuestros amigos leyera los ecos de sociedad del *ABC*, ¿no crees? Bueno, y tampoco transigí en el largo del vestido. De blanco, vale, pero, al menos, de corto. Por eso puso en la estantería una foto con encuadre americano, para que no se me vieran las piernas.

—Pues no tienes tú unas piernas como para esconderlas en ninguna foto —intervino Simón, consiguiendo el asentimiento de Roberto.

—No me digas que os vais a poner a hablar de mis piernas ahora, Simón. Bueno, el caso es que todas las fotos de mi madre que me han tocado en el reparto, con *punctum* o sin él —dijo Julia acariciando la cabeza de Dani, que parecía algo enfurruñado—, todavía están en la caja en la que llegaron desde Medina a Barcelona. Es que no he tenido ganas de abrirla. Ya decidiré si hay alguna que quiero ver todos los días en la estantería. Que no creo.

—Pues las que no quieras me las das a mí, que yo no tengo tantos problemas con las fotos de la abuela. ¡Cómo te pasas, mamá! No creo yo que sea para tanto. Además, todo el mundo dice que has salido a ella. Pero, bueno, si seguimos con el tema fotos, tengo que deciros que a mí la foto que más me intrigaba es una Polaroid descolorida en la que mi madre está superembarazada, con unos pantalones de campana de color verde, como de punto, y una casaca a rayas haciendo juego, que le llega por debajo de las caderas. Está con vosotros dos y con Susi. Y, al fondo, el peñón de Ifach. Pero ¿qué hacíais ahí?, ¿por qué os hicisteis una foto en un sitio tan feo?, digo yo.

—Entonces no era tan feo, Dani —dijo Julia, molesta con las afirmaciones tan tajantes que había empezado a hacer su hijo desde hacía poco tiempo—. Además, ya te lo he explicado mil veces: tu tío Isaías se acababa de comprar una Polaroid y la estrenó ese día. Habíamos quedado con él a mitad de camino entre Valencia y Alicante, para ver la urbanización La Manzanera de Bofill... —Julia no pudo continuar porque Dani la interrumpió como si no la estuviera escuchando:

—Lo que más me interesa de esa Polaroid es pensar en cuántas explicaciones distintas me has ido dando a lo largo de mi vida de los cuatro que aparecéis en ella. Por cierto, que estáis los mismos que en esa foto en blanco y negro tan bonita en que tenéis el 420 detrás con la vela mayor medio izada en ese pantano de Granada.

—El pantano de Cubillas —aclaró Roberto.

—Bueno, pues eso, el pantano de Cubillas. Primero, resulta que Roberto era mi padre y Simón y Susi dos compañeros de la Universidad de Granada. Luego, que... —pero no pudo terminar la frase, porque Julia le cortó:

—Dani, que no somos tus amigos y todos nosotros nos sabemos esa historia de memoria. Por eso estamos aquí, ¿no?

—Vale, pero ya. Pero quiero que me regales esa foto, mamá. La pondré en mi estantería con el documento que acabo de firmar y el libro de Roland Barthes. Tiene su *punctum* la cosa —dijo Dani riendo.

Justo entonces volvió a entrar el notario, con un aspecto aún más desmadejado del que tenía cuando salió del pequeño despacho en que se encontraban. Parecía que hubiera tenido que firmar en el intervalo quinientas escrituras de propiedad de apartamentos de la playa de San Juan.

—Ya están las copias. Lo siento, pero debo leerles el documento de notificación, antes de entregárselo. —Y empezó a leer a una velocidad que parecía acercarse peligrosamente a la de la luz:

Acta de manifestaciones número setecientos ochenta y siete. En Alicante, mi residencia, a 24 de febrero de 1996. Ante mí, Juan Sobrino Fernández, notario de esta capital y del Ilustre Colegio de Valencia, comparece don Daniel Climent Ávila, estudiante, mayor de edad, soltero, vecino de Barcelona, con domicilio en calle Rosellón 188, 4.º y con DNI número 20 011 197 N. Interviene en su propio nombre y derecho. Me aseguro de su identidad por la documentación reseñada, de la que testimonio dejo unido a esta matriz. Tiene, a mi juicio, capacidad legal suficiente e interés legítimo para otorgar este acta de manifestaciones. Requerimiento: Interesa al señor compareciente que yo, el notario, recoja las siguientes manifestaciones, que verbalmente me hace, después de advertirle de las consecuencias de toda índole que podrían derivarse de la inexactitud o falsedad de las mismas...

Mientras seguía el sonsonete provocado por la rapidísima lectura del notario, que volvía a repetir los nombres de Roberto y de Simón, sus

domicilios, en Valencia y en Granada, y sus DNI, antes de que cada uno de ellos fuera diciendo ordenadamente que aceptaba la notificación, Julia, sin proponérselo, se vio buceando, como quien lo hace en las aguas heladas de un lago y cree que va a terminar por perder el aliento, en aquella caja de fotos de casa de su madre con la que había viajado en el talgo de Madrid a Barcelona hacía poco más de un mes.

Diez minutos más tarde, cada uno con su documento en la mano, se dirigieron hacia la puerta de la notaría. Ya en la calle, tomaron Eusebio Sempere para dirigirse al club de regatas. La verdad es que Isaías lo había organizado todo a la perfección. No solo había puesto en contacto a Julia con aquel abogado de Alicante, amigo desde los años de la lucha antifranquista, que los había ayudado a deshacer el nudo de aquella madeja enredada, sino que también les había reservado mesa frente al puerto para comer un arroz con alcachofas y sepia, el preferido de Julia. Simón y Dani caminaban delante, y Julia pensó que cada vez se parecían más: espigados y con el mismo paso elástico y tranquilo. Simón apoyaba su brazo sobre el hombro de Dani. Seguramente seguían hablando de Barthes. Julia y Roberto iban detrás, pero Dani pudo oír perfectamente lo que él le decía a su madre:

—Gracias, Julia, por todo esto. Ya sé que lo has hecho por mí y tengo que decirte que me he quedado mucho más tranquilo. Mañana les explicaré todo a mis hijos.

Primera parte

Lobos en la plaza

—Terminamos, por fin —dijo Julia soltando un suspiro—. Podemos bajar a tomar algo al bar, que buena falta nos hace. Los de la furgoneta no vendrán hasta las siete.

Mientras decía esto, Julia consultó su reloj Omega de esfera azul oscuro, el que había impuesto como regalo de pedida y que su madre consideró siempre demasiado masculino. Julia se había negado a recibir el tradicional anillo. «Si a Roberto le regaláis un reloj, yo también quiero un reloj», había argumentado entonces. Comprobó que eran las seis y cuarto.

—Roberto, bajad vosotros primero en el ascensor, anda, que no cabemos todos. Así yo doy una última vuelta a la casa y compruebo que no nos hayamos olvidado de meter nada en las cajas.

Julia dejó abierta la puerta del apartamento y empezó a recorrerlo con la prisa enganchada a sus pies. Abrió uno por uno los armarios de la pequeña cocina, con la rapidez que solo se tiene cuando no hace mucho que se han cumplido los veinte años. Comprobó que no se habían dejado nada. Hizo lo mismo, y con la misma precipitación, en el cuarto de baño y, después, en los dos dormitorios y el estudio. Sin embargo, cuando empezó a repasar con la vista la sala de estar-comedor que era el centro de todas aquellas habitaciones y vio la cama nido que les había servido de sofá y de sofá cama durante los dos años en que habían vivido allí, hasta terminar sus carreras, no pudo evitar detenerse y recordar a su madre, durmiendo en «ese trasto», como lo había llamado en la única ocasión en que había venido a visitarlos desde Alicante.

—Pero ¿cómo habéis podido elegir un sitio así para vivir, Julia? ¡Un barrio obrero! Con lo bien situado que estaba aquel pisito que os alquilamos nosotros al lado de la Facultad de Medicina. Además, no quiero ni imaginarme cómo se pondrá esto cuando llueva, sin asfaltar como está. Y ¿cómo dices que se llama? ¿La Chana? Pero ¿qué nombre es ese para un barrio? Si parece el nombre de una cabaretera de baja estofa. Es que no tienes cabeza, hija mía —había dicho Florita nada más aparcar su Mini Morris verde

botella y dar un rápido beso a Julia, que había introducido la cabeza en el coche para poder saludar a su madre.

—Pues porque nos gustaba más esta casa, mamá. ¿Te acuerdas de que la otra era toda interior? Ya verás las vistas que tiene esta desde la terraza. Se ve Sierra Nevada y cómo va cambiando de color a lo largo del día. A la hora en que está más bonita es a la puesta de sol, cuando se empieza a poner de color rosa para ir girando poco a poco hasta un morado pálido —había respondido Julia mientras sacaba el neceser de su madre del maletero, y Florita apagaba en el cenicero del coche el Nobel que acababa de encender y al que solo había llegado a dar dos caladas.

Enlazando un gesto con otro, como si lo raro fuera que no pudiera hacer las dos cosas al mismo tiempo, Florita se pintó a continuación los labios, con una barra de un rojo intenso que acababa de sacar de la guantera del coche, mirándose en el minúsculo espejo retrovisor. «Era el único maquillaje que utilizaba, pero la verdad es que el carmín en los labios le quedaba muy bien», recordó Julia y pensó que, algunas veces, había intentado imitar ese peculiar estilo de su madre sin llegar nunca a conseguirlo. El carmín, en los labios de Julia, solo conseguía ser un rasgo disonante en su cara lavada, mientras que, en los de su madre, parecía encontrar el lugar más cómodo en el que pasar el día.

—¿Quieres? —preguntó Florita, como lo había hecho tantas otras veces, ofreciendo la pequeña barra en su funda dorada a su hija.

—No, ahora no —contestó Julia mientras percibía cómo en el rostro de su madre se dibujaba el gesto de desilusión que aparecía cuando le proponía algo a su hija y esta lo rechazaba.

—Pues, con el pelo tan corto, no estaría mal que usaras un poco de carmín cuando llevas pantalones, hija, que así pareces un chico. Además, con lo bien que te quedaría. Si llevaras, por lo menos, faldas pantalón en vez de esas faldas tan cortas que te pones cuando quieres...

—Mamá, por favor, no empecemos, que acabas de llegar —dijo Julia—. Creo yo que con los pendientes ya es suficiente para dejar claro que soy una mujer, ¿no te parece? Y no siempre voy con pantalones o minifaldas, que en verano me pongo vestidos. Además, me parece a mí que la primera culpable de que yo lleve el pelo tan corto eres tú, que me llevabas al peluquero y le decías que me lo cortara a lo *garçon*. No sé si recuerdas que alguna vez te pedí llevarlo largo y tú, sin hacerme el menor caso, me lo cortabas casi como a mis hermanos.

Julia seguía enganchada en aquel recuerdo cuando Florita, camino del ascensor, lo interrumpió para retomar el tema del piso que habían elegido Julia y Roberto para vivir. No era precisamente su estilo dejar las cosas en tablas, sino vencer al contrincante por agotamiento.

—Lo de las vistas de Sierra Nevada me parece una solemne tontería, Julia. Cada vez te estás poniendo más cursi, hija. A ver si vas a acabar pareciéndote a tu tía abuela, Teresa la *Mística* la llamaban en Medina, ¿te acuerdas?

—Pues no me puedo acordar porque yo no había nacido, pero me lo has contado tantas veces... —Florita no dejó a Julia terminar la frase.

—Vosotros no podéis vivir en un sitio así y punto. ¿Qué han dicho los padres de Roberto?

—No han dicho nada porque no han venido —contestó Julia con la voz cansada de quien ya se ha dado cuenta de que el fin de semana se le va a hacer muy largo.

Julia quiso apartar el recuerdo, pero volvió a fijarse en la cama nido, que seguía en su sitio en el centro de la sala, cubierta ahora con cajas de libros dispuestas para el traslado. Y no pudo evitar recordarla preparada para que durmiera en ella Florita con uno de los juegos de sábanas de batista que había encargado marcar con las iniciales de su hija antes de la boda. «Al menos de las sábanas no se pudo quejar», pensó Julia mientras una media sonrisa dejaba a la vista la ordenada hilera de sus dientes superiores.

Su posición central en la casa durante las noches de aquel larguísimo fin de semana en el que Florita había dormido en la sala de estar de la casa de su hija y su yerno en el barrio de La Chana de Granada le había permitido dedicarse a hacer sus propios análisis de la situación y, equivocándose, como siempre, pensó Julia, llegó incluso a advertir a su hija de que Roberto y Dolomitas, «como la llamáis vosotros», añadía siempre Florita después de decir ese nombre, se entendían a sus espaldas.

—Pero ¿por qué te has traído a vivir contigo a esta chica? Es que no tienes cabeza, hija mía. —La referencia a la falta de cabeza solía coronar las frases de Florita con demasiada frecuencia, como si la única persona en el mundo que la tuviera bien puesta fuera ella.

—Pues creo que te podrías ahorrar la pregunta, ¿no? Sabes perfectamente que Roberto está en su larguísima mili en Cartagena y solo viene algún fin de semana de tarde en tarde. Y a mí no me gusta vivir sola. Eso también lo sabes. Además, Dolomitas es estupenda y nos llevamos muy bien todos, también con Miguel Ángel, su novio —dijo Julia subrayando con el tono la última palabra.

A pesar de que todavía había tenido fuerzas para dar esa respuesta, Julia recordaba ahora que, como siempre, había dejado también aquella vez que fuera su madre la que creyera que había ganado la batalla y pensó que, en realidad, la distancia que había entre su mundo y el de Florita hacía imposible cualquier intercambio sincero de puntos de vista. Por eso, también en aquella ocasión, Julia había optado simplemente por escucharla, intentado mantener la calma hasta que el Mini verde desapareciera de nuevo camino de Alicante y dejara una estela de paz flotando tras el tubo de escape. «Los huéspedes gustan, sobre todo cuando se van», habría dicho su abuela de Medina.

Julia volvió a mirar su reloj y se dio cuenta de que habían pasado diez minutos casi sin enterarse. De vuelta a las prisas fue a cerrar la puerta de la terraza y, mientras miraba hacia las montañas a lo lejos, que ahora casi no tenían nieve, deslizó la mano sobre la cretona de su vestido a la altura del vientre y se sorprendió hablando en alto:

—A ti sí que te gustará ver los cambios de color de Sierra Nevada al atardecer, estoy segura. No te vas a parecer a tu abuela, ¿verdad? Y yo te voy a traer a Granada a ver las puestas de sol, te lo prometo.

Cerró la puerta y bajó al bar a reunirse con los demás. Ella también necesitaba con urgencia comer algo.

Julia entró en El Regreso, aquel bar que con tanto esmero habían montado sus vecinos. Eran de Dílar y hacía poco que habían vuelto de la emigración a Alemania. ¡Habían cenado allí tantas veces patatas a lo pobre con pimientos y huevos fritos! Julia vio a Roberto y Dolomitas en la mesa que daba a la cristalera grande, desde la que se veía la puerta de la casa. «Por si llegan los de la mudanza, claro. Bien pensado». Antes de sentarse, se acercó a la barra.

—Ponme un botellín de Alhambra y medio bocadillo de tortilla de patatas. Pero con vaso para la cerveza, por favor, como siempre, que no me gusta nada beberla a morro.

—Enseguida te lo llevo, Julia —le dijo el más joven de los dueños mientras cortaba ya el bollo de pan en dos mitades.

Julia se sentó en la única silla que quedaba libre, de espaldas a la cristalera.

Cuando le estaba dando el segundo mordisco al bocadillo, comprobó que un grupo de albañiles, que tomaban carajillos en la barra, volvían las cabezas al unísono hacia la puerta. Imitó su gesto, se giró y vio que en la puerta había apostados dos policías uniformados y que dos hombres con traje entraban en aquel momento en el bar y se dirigían con rapidez hacia su mesa mientras sacaban sus placas.

—¡Policía! —dijeron los dos hombres trajeados casi a la vez.

En el momento en que los sacaron, ya esposados, pudieron comprobar que el despliegue era brutal. Dos coches «zeta» de la Policía estaban aparcados a la puerta de El Regreso. A Roberto y Dolomitas los metieron juntos en uno de ellos. Pusieron la sirena y se alejaron con rapidez hacia el centro de Granada.

A Julia la dejaron allí y le pidieron la llave del piso. Nada más dársela se dio cuenta de que acababa de cometer el primer error. No debería haberles dado las llaves. Tenía que serenarse y empezar a hacer las cosas bien.

En la media hora en que estuvo de pie a la puerta de la casa, custodiada por dos grises, pudo comprobar que, en el bar, todo el mundo parecía seguir con sus rutinas. Evitaban mirar hacia donde ella se encontraba. Cuando le devolvieron las llaves, uno de los dos policías de paisano, Julia suponía que sería de la Brigada Político-Social, le dijo que subiera con ellos al piso. Querían registrarlo. Mientras subían en el ascensor, Julia preguntó:

—¿Y la orden judicial? Porque sin orden judicial no pueden entrar.

—No tenemos la autorización, todavía —subrayó el policía con el tono la última palabra—. Pero no te preocupes, que mañana te la enseñaremos.

—Pues me la tienen que mostrar ahora. Si no, este registro será ilegal. —Solo consiguió que el social que la llevaba del brazo le diera un empujón malhumorado y la hiciera entrar a la fuerza en la casa.

Lo que no sabían aquellos policías es que Roberto ya había dado de baja la luz eléctrica del apartamento y que el progresivo descenso de la luz natural no les iba a permitir acabar con el registro. Así que, después de estar un buen rato abriendo cajas y haciendo montones con los libros y papeles, mientras Julia miraba ostentosamente por la ventana señalando con su falta de atención que aquel registro estaba mal hecho desde el principio, decidieron que no podían continuar.

Serían las ocho y media de la tarde cuando los dos policías de la Social la bajaron y la introdujeron en el asiento de atrás del 1500 de color gris. Se sentaron uno a cada lado de Julia, junto a las puertas.

La sirena gritando enloquecida por las calles de Granada provocaba un estruendo que hacía que se giraran todas las cabezas. Ella, a través del parabrisas delantero, miraba a los transeúntes como si todavía le costara creer que ya no era una más entre aquella gente que andaba libremente por la calle, sino el objeto de sus curiosas miradas. Cuando estaban llegando a la confluencia de Gran Vía con avenida de la Estación, el semáforo en rojo le hizo albergar una cierta esperanza. Volvió la cabeza hacia la puerta de la casa de los padres de Simón deseando con todas sus fuerzas que él saliera justo en

ese momento a la calle y pudiera vislumbrarla en el asiento trasero de aquel Seat 1500. Pero la enorme puerta de madera de la casa permaneció cerrada y el coche de policía solo aminoró la marcha, saltándose el semáforo, con lo que la posibilidad de avisar a Simón con un imperceptible gesto quedó truncada.

Julia no volvió a saber de los demás hasta tiempo después. Con Dolomitas se encontraría nueve días más tarde, en el furgón que las llevaba de la comisaría central de Granada a los juzgados de plaza Nueva. Con Roberto unos diez días después, cuando vino a verla a la cárcel de Granada. Y con Simón... Con Simón se cruzaría algunas cartas en la cárcel de Granada, que llegaron por métodos inverosímiles desde el pabellón de hombres al de mujeres. Pero eso sería más adelante. Ahora, el 1500 de la Policía en que la llevaban estaba parando ante la puerta de la comisaría central de Granada, la de la plaza de los Lobos. Sacaron a Julia sin miramientos y la llevaron a empellones hacia el interior de la planta baja del edificio.

Julia no conocía por dentro aquel lugar porque siempre había evitado pisarlo. Nunca se le había ocurrido ir allí a hacer ningún trámite administrativo. Por el aspecto podría haberse encontrado en cualquier oficina de la Administración, con sus suelos de terrazo brillantes de tanto pasar la fregona con lejía una y mil veces y sus pequeñas ventanillas de atención al público. De todas maneras, las esposas que rodeaban sus muñecas no le dejaron perderse mucho tiempo en esas disquisiciones. Nada más entrar y tras un fugaz paso por una de las ventanillas en la que los policías de la Social que la llevaban, uno de cada brazo, dijeron que entregaban a la detenida Julia Ávila Sanz, dos policías uniformados de gris la condujeron hacia las escaleras que se encontraban al fondo del vestíbulo. Cuando estaban a punto de alcanzar el primer peldaño, Julia gritó que quería avisar a sus padres. Ante el gesto de duda de los dos grises, que se volvieron en busca de consentimiento, el brazo derecho de uno de los sociales se extendió y su mano movió los cuatro dedos hacia delante y hacia atrás en un gesto que los grises comprendieron perfectamente. Siguieron adelante, pese a las protestas de Julia.

En el tramo que separaba la planta baja del semisótano, se produjo una transformación radical del espacio, que parecía contener un cambio en el tiempo de más de tres décadas. Las escaleras, que partían con un tamaño que permitía a los dos policías llevar a Julia cogida uno por cada brazo, perdieron a partir del primer rellano la mitad de su ancho, por lo que uno de los policías tuvo que rezagarse. Volvieron a disminuir de tamaño al pasar del segundo

rellano. Así lo que había empezado por ser un grupo de tres personas, que caminaban al unísono, terminó por convertirse en una fila india. El último tramo terminaba en un estrecho pasillo que llevaba a un cuartucho. Allí, otro gris, que parecía más grande de lo que era en aquel espacio minúsculo, leía el *Ideal* de Granada, que, abierto, ocupaba casi por completo la pequeña mesa de madera tosca en la que lo tenía apoyado. Julia volvió a escuchar la misma cantinela: se hacía entrega de la detenida Julia Ávila Sanz. El gris lector del periódico, mayor que los otros y con algunas canas que le daban un aire de tranquilidad respetable, hizo dejar a Julia sus pertenencias, así las llamó él, en una caja de cartón. Se limitaban a lo poco que había dentro del bolso bandolera, tejido a mano, más el reloj Omega y los pendientes de perlas.

Después de que Julia firmara la lista de objetos en depósito, que con cierta dificultad había tecleado el policía con solo dos dedos en una cochambrosa máquina de escribir, este la condujo a través de un pequeño patio rectangular, con aspecto de haber quedado a medio construir hacía ya mucho tiempo. Sus paredes estaban cubiertas por un rugoso cemento a la vista y una sucia bombilla de cuarenta vatios, llena de gotas de pintura, constituía la única iluminación. Un canal de desagüe al aire libre recorría su centro. En uno de los lados largos de aquel patio, el que estaba frente a la puerta del cuartucho que ocupaba el guardia, había cinco pequeñas puertas de madera, pintadas de gris y cerradas con unos candados que enlazaban dos arandelas. Tenían un ventanuco rectangular, cubierto por una rejilla, en la parte superior de cada una de ellas. En uno de los lados cortos del patio, el que lo cerraba a la derecha, tras la única puerta abierta y sin candado, se dejaba entrever una sucia letrina.

El policía abrió primero la celda más cercana a la letrina, pero cambió de opinión y decidió alejar a Julia de aquel olor pestilente, abriendo la celda que se encontraba al otro lado del patio. Todas las demás celdas parecían estar vacías. Esperó a que Julia entrara en la celda con una amabilidad que contrastaba con los empujones que le habían dado los de la Social tras sacarla del 1500. Y, mientras cerraba el candado, dijo:

—Así que te llamas Julia. Yo a ti te conozco. Te examinaste del carné de conducir el mismo día que yo. Debe hacer ya como tres años, creo. Me acuerdo porque pensé que era imposible que tuvieras los dieciocho. Y, encima, tú aprobaste y a mí me suspendieron.

—Pues yo no me acuerdo de usted.

—Bueno, pues me presento: me llamo Antonio. Pero, si necesitas algo no me llames por mi nombre. Grita: «Guardia», que puede ser que no sea yo el

que esté en ese momento y algún compañero pensará que te he dado demasiadas confianzas. —Y, mientras cerraba el candado, sonrió, mirando a Julia a los ojos por la estrecha ventana de la parte superior de la celda, antes de dirigirse de nuevo a su periódico.

En aquel sucio espacio de dos por cinco metros iba a pasar Julia nueve interminables días. Y lo único que podía hacer era *maldormir*, malcomer, pedir que le abrieran la puerta para ir a la letrina y recorrer arriba y abajo los escasos metros del lado largo de la celda, hasta caer rendida. Y pensar, pensar mucho, pensar demasiado, porque no podía detener el flujo continuo de palabras que se iba formando en su cabeza, un ovillo difícil de deshacer.

Al día siguiente por la mañana, Julia solo había intercambiado algunas palabras con aquel guardia uniformado del carné de conducir, cuando había abierto su celda para pasarle un plato de latón con puré de patatas y un trozo de pan. También le había abierto cuando pidió ir a la letrina por la mañana, una letrina que ya estaba muy sucia la noche anterior y que nadie había limpiado después. Cuando hacía poco tiempo que se había despertado en el asqueroso camastro y había llamado al guardia, un policía de paisano, que le pareció que no era ninguno de los que les habían detenido, la sacó de la celda y la subió a la planta baja. Allí la esposó y la condujo a un patio interior donde aparecían estacionados tres coches zeta y siete particulares: un Simca mil, dos Seiscientos, un cuatro latas, un Gordini, un Seat 124 y, reinando sobre el grupo, un tiburón.

El policía introdujo a Julia en el asiento trasero de uno de los coches zeta, en el que ya estaba un gris en el puesto del conductor y otro policía de paisano en el del copiloto. El social que la había llevado se sentó con ella en el asiento trasero. Julia juntó al máximo sus piernas para intentar que no escapara el olor que estaba segura de que desprendía.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Menos preguntitas, lista, que enseguida lo sabrás —contestó el policía que la había metido en el coche.

El conductor puso la marcha atrás y empezó a hacer las maniobras a las que obligaba aquel espacio, tan lleno de coches, para encarar el portón que daba a la calle. Justo antes de salir, Julia pudo ver su 127 estacionado en un rincón de aquel patio y preguntó qué hacía allí su coche.

—¿Otra preguntita? —le dijo el de la Social que iba en el asiento del copiloto—. Ya sabíamos que eras muy habladora, pero me parece que estás superando nuestras expectativas.

—Yo creo que con que sepas que tenemos la autorización pertinente ya tienes suficientes respuestas —le contestó el policía que iba sentado a su lado—. Así que, ahora, tranquilita, que ya tendrás tiempo de hablar cuando empecemos a interrogarte.

—¿Y cuándo va a ser eso? —dijo Julia sin poder evitar que su tono sonara insolente.

El policía no le contestó, sino que se dirigió a su compañero:

—Me parece a mí que esta está pidiendo a gritos un poco del tratamiento del jarabe ese que nos da tan buenos resultados. Cómo se nota que es el primer día que la tenemos con nosotros. Ya la iremos colocando en su sitio, ¿no crees? —ante la falta de respuesta del compañero, añadió mirando esta vez a Julia—: Tú, tranquila, que me parece que vamos a tener tiempo de sobra. Con el permiso de su señoría, claro.

El coche zeta giró alrededor de tres de los cuatro lados de la plaza de los Lobos, sin que Julia pudiera ver a ningún peatón ni a ninguna persona disfrutando de las primeras horas del día en alguno de los bancos de la zona ajardinada que ocupaba el centro de la plaza. Ni un solo bar ni una sola tienda. Estaba claro que aquella plaza era de los lobos y para los lobos y que no era solo ella la que intentaba no pisarla.

Al salir de la plaza, el coche se dirigió hacia Gran Capitán y, de allí, a la plaza del Triunfo, desde la que, tras un giro a la izquierda, encaró la Gran Vía. Julia pudo entonces comprobar que, en realidad, estaban rehaciendo el mismo camino que habían recorrido el día anterior, pero esta vez en sentido inverso. Al pasar por la esquina de la Gran Vía con la avenida de la Estación, volvió a mirar hacia la puerta de la casa de los padres de Simón y de nuevo se encontró con una foto fija en la que ningún movimiento daba señales de vida.

Al llegar al bloque uno de la barriada de la Encina, en el barrio de La Chana, el gris que conducía el coche zeta aparcó ordenadamente en el solar que había delante de la casa. Primero bajó el social que iba en el asiento del copiloto y se dirigió hacia la parte trasera del coche. Julia se giró en su asiento y pudo ver cómo el policía abría el maletero y sacaba algo de allí, dirigiéndose hacia la puerta del bloque. Entonces observó cómo apoyaba una pequeña mesa plegable y un pequeño sillín de trípode, también plegable, en el lado derecho de la puerta y volvía hacia el maletero que había dejado abierto. Sacó entonces una funda dura de color gris en la que se podía leer: «Olivetti». Solo después de haber concluido esta operación, se bajó el gris que había conducido y abrió la puerta más cercana a Julia.

—Anda, baja —le dijo.

Cuando Julia estuvo fuera, bajó del coche el social que había ido a su lado durante el trayecto y la llevó hacia la puerta del edificio mientras el otro policía de paisano pulsaba el timbre del interfono del sexto D.

—Buenos días, señor —dijo una voz masculina en un tono respetuoso.

—Abra la puerta, agente —dijo el social que transportaba la Olivetti.

—A sus órdenes, señor —un sonido metálico, que irritó profundamente a Julia, permitió la apertura de la puerta.

Uno de los sociales se dirigió, con Julia cogida del brazo, hacia el ascensor y abrió la puerta para que pudiera entrar su compañero con la mesa, el sillín y la Olivetti. Algo apretados, subieron hasta el séptimo piso y se dirigieron a la puerta de la casa de la que habían sacado a Julia el día anterior. Allí los estaba esperando, vestido de paisano, el tímido policía nacional que había sido su vecino de abajo durante dos años.

—Quite el precinto y abra con la llave maestra, agente. Que vamos a proceder al registro —dijo el social de la Olivetti.

—¿Y la orden de registro? —volvió a preguntar Julia interrumpiendo la acción. El social le extendió un folio con el gesto de quien se siente hastiado de tener que cumplir con las escasas normas que no se puede saltar.

—Aquí tienes la autorización, lista.

Julia leyó el escrito con todo detenimiento:

AUTORIZACIÓN DE ENTRADA Y REGISTRO.- EL JEFE DE LA BRIGADA REGIONAL DE INVESTIGACIÓN SOCIAL DE LA JEFATURA SUPERIOR DE POLICÍA DE LA REGIÓN DE ANDALUCÍA ORIENTAL, CON SEDE EN ESTA CAPITAL, INSPECTOR JEFE DEL CUERPO GENERAL DE POLICÍA, titular del carné profesional número 4375, de conformidad con lo dispuesto en el artículo 14 del Decreto-Ley 10/75, de 26 de agosto, sobre prevención del terrorismo, EXISTIENDO indicios suficientes de que en el domicilio sito en la avenida de Badajoz, bloque n.º 1, 7.º D, donde habita JULIA ÁVILA SANZ, nacida el 23 de noviembre de 1953 en Valladolid, hija de Dionisio y Flora, estudiante, casada, por ser miembro de una de las organizaciones declaradas fuera de la ley en el artículo 4.º del mencionado Decreto-Ley y puedan encontrarse en dicha vivienda efectos e instrumentos para la comisión de delitos de terrorismo, libros, documentos o propaganda relacionada con esta figura delictiva, por razones de máxima urgencia y CONSIDERANDO la existencia de grave riesgo para la vida de los ciudadanos, el orden público y la convivencia social, en evitación de que, de inmediato desaparezcan o se oculten elementos útiles para la investigación.

AUTORIZA la entrada y registro en el domicilio antes mencionado a los funcionarios de la Brigada Regional de Investigación Social de esta jefatura superior, inspectores de segunda clase del Cuerpo General de Policía, titulares del carné profesional número A12GO, 6277 y 8606, respectivamente, los que procederán a verificar inmediatamente dicha diligencia, haciendo uso de cuantas medidas fuesen precisas para ello, debiendo levantar ACTA, la que, junto con lo que se ocupe, se remitirá al Ilmo. Sr. magistrado Juez del Juzgado de Instrucción de Guardia, al que se da cuenta inmediata de haber sido adoptada esta determinación. En Granada, a 11 de octubre de 1975. AUTORIZA Y FIRMA EL JEFE DE LA BRIGADA REGIONAL DE INVESTIGACIÓN SOCIAL DE LA JEFATURA SUPERIOR DE POLICÍA DE GRANADA.

Cuando Julia acabó la minuciosa lectura, opuso a la cara de impaciencia de los dos sociales que estaban esperando la pregunta obvia:

—¿Así que no han conseguido la orden judicial?

—Por las prisas, guapa, pero con esta autorización nos basta y nos sobra. Tan enterada que pareces ¿y no te han informado en el partido de que con el decreto ley de agosto de prevención del terrorismo podemos entrar sin orden judicial? ¿O es que una persona tan informada como tú no conoce las últimas novedades? Además, ¿no acabas de leer que se ha dado cuenta al juez de guardia? Bah, no perdamos más tiempo —dijo el social abriendo la puerta.

—Me imagino que no han podido convencer a ningún juez de que yo soy una terrorista, ¿no? —dijo Julia mientras cruzaban el umbral.

—Creo yo que tenemos aquí un hueso duro de roer —oyó Julia que le decía un social al otro en un susurro.

Dentro del apartamento, Julia pudo ver que sus muebles ya no estaban. Pero en la sala de estar aparecían, en desorden y abiertas, varias de las cajas de libros y papeles. Eran los que los de la social habían seleccionado la tarde anterior antes de que la falta de luz les impidiera continuar con el registro.

El social de la Olivetti abrió la mesa plegable al lado de la puerta acristalada que daba a la terraza, colocó el sillín detrás de ella y desfundó la pequeña máquina de escribir.

—Necesitamos dos testigos —dijo entonces el otro social—. Agente, llame a las puertas de las vecinas que le hemos dicho.

Y, mientras el agente se dirigía a la salida del apartamento, el social de la máquina de escribir tomó asiento y empezó a teclear:

ACTA DE ENTRADA Y REGISTRO. En Granada, siendo las diez horas y treinta minutos del día 11 de octubre de 1975, los inspectores de segunda clase del Cuerpo General de Policía titulares de los carnés profesionales números 6277 y 8606, ambos afectos a la Brigada Regional de Investigación Social de la jefatura superior de policía de la región de Andalucía Oriental, con sede en dicha capital, se personaron en la casa sita en avenida de Badajoz, bloque número uno, piso séptimo, letra D, donde habita JULIA ÁVILA SANZ, nacida el 23 de noviembre de 1953 en Valladolid, hija de Dionisio y Flora, casada, licenciada en Filosofía y Letras, con el fin de dar cumplimiento a la autorización de entrada y registro expedida por el señor jefe de la citada brigada, en la que, de conformidad con lo establecido en el artículo 14 del Decreto-Ley 10/75, de fecha 26 de agosto, sobre prevención del terrorismo, se dispone la entrada y registro en dicho domicilio.

—¿Han llegado ya los vecinos? —casi gritó el policía mientras tecleaba la última línea de guiones y espacios con la vista levantada del teclado y dejando por un momento el ensimismamiento al que le había tenido sometido la redacción de documento.

—Sí, sí, aquí estamos, señor —dijo la vecina de al lado con un tono que parecía querer mostrar un gran respeto por la autoridad, pero que en realidad transmitía un miedo reverencial.

—Ah, sí, ya veo. Vale, vale, pues podemos seguir. —Y aporreó de nuevo las teclas de la Olivetti: «Una vez en este, los funcionarios actuantes requirieron la presencia, en calidad de testigos de doña...».

—A ver, sus nombres y apellidos —se oyó de nuevo la voz tonante—. ¿Han traído sus DNI?

—Pilar Albolote Sierra. Sí, sí, aquí están —contestó la vecina las dos preguntas casi a la vez, evitando la mirada de Julia, mientras alargaba los documentos de ella y de la otra vecina que la acompañaba hacia la mano extendida del policía.

«Pilar Albolote Sierra», tecleó el subinspector. Y continuó escribiendo mientras consultaba los datos de los DNI:

Nacida en Freila (Granada) el día 2 de mayo de 1942, hija de Pedro y Josefa, casada, sus labores, con domicilio en la avenida de Badajoz, bloque primero, sexto F; y de doña Angustias López Giménez, nacida en Rute (Córdoba) el 27 de junio de 1945, hija de Juan y Teresa, casada, sus labores, con domicilio en el mismo inmueble, piso sexto E, en cuya presencia, así como en la de JULIA ÁVILA SANZ, cuya filiación consta anteriormente, a quien se mostró y leyó la referida autorización de entrada y registro y para cuyo servicio dio toda clase de facilidades, se procedió a efectuar un minucioso registro en todas las habitaciones que componen la vivienda, dando el siguiente resultado: se halló un folio escrito a mano que comienza: «La Junta Democrática es el comienzo efectivo de la realización del Pacto»; un folio escrito a multcopista que comienza: «Carta a la opinión pública de los estudiantes del Plan 1974 de Medicina de Granada»; otro folio a multcopista titulado *Declaración de la Junta Democrática de España al pueblo español*; cinco folios a multcopista bajo el título de *Selectividad*; tres folios a multcopista titulados *Manifiesto de la Reconciliación*, firmados por Junta Democrática de España; tres folios a multcopista bajo el título *Nuestra visitón de la coyuntura*; un folio escrito a máquina titulado *Comunicado de la Junta Democrática de Andalucía*; seis folios a multcopista bajo el título *Entrevista de Rinascita*; dos folios de un llamado *Boletín de las fuerzas armadas misión*; un ejemplar de la revista *Horizonte* —fecha 23 de abril de 1975—; dos ejemplares de la revista *Nuestra Bandera*; un folleto titulado *API*, de fecha 8 de marzo de 1975; un ejemplar de la revista *Senda*; otro ejemplar de la revista *La voz del campo andaluz*; un ejemplar de la publicación *Unidad*; cuatro ejemplares de *Mundo Obrero*; dos ejemplares de *Granada Roja*; tres ejemplares de *Viento del pueblo*.

Cuando Julia escuchó al de la social decir el nombre de esta cabecera, el poema de Miguel Hernández llegó a su cabeza como un puñal ensangrentado de luz y tuvo que contenerse para no murmurar unas palabras que se sabía de memoria: «Vientos del pueblo me llevan, vientos del pueblo me arrastran, me esparcen el corazón y me aventan la garganta». Alentada con la fuerza de esas palabras, volvió a centrarse en lo que interesaba en ese momento y sus oídos volvieron al sonido de la máquina de escribir y a la voz monótona que repetía

en alto lo que las teclas estampaban sobre el papel al golpear sobre la cinta entintada.

Un ejemplar de *Venceremos*; un ejemplar incompleto de *Sindicalismo y movimiento obrero*; un libro titulado *Acerca de Engels*; otro, titulado, *Quatre Essais Philosophiques*; otro, titulado, *Les Grandes Ouvres Politiques*, otro, titulado, *El fin del Mundo Antiguo*, otro, titulado *L'Economie de l'URSS*; un folleto titulado, *La Société Française en Crise*; otro, titulado, *Algunas notas políticas de la Revolución española*; un libro, titulado, *Las luchas de clase en Francia de 1848 a 1850*, otro, titulado, *La République Democratique Allemande*; otro, titulado, *Traité d'Economie Marxiste*; otro, titulado, *Manifiesto del Partido Comunista*; otro, titulado, *Psychologie de Masses du Fascisme*; otro, titulado, *Ecrists militaires de Mao Tse TOUNG*; otro, titulado, *Les Internationales Ouvrières*; otro, titulado, *Citas del Presidente Mao Tse TOUNG*; otro, titulado, *Recherches Psychologiques en URSS*; otro, titulado, *Ecrits Choisis en Trois Volumes*...

Los títulos en francés se llevaron la cabeza de Julia muy lejos, a un tren repleto camino de Portbou. Su primer viaje con Roberto, que había sido también su primer viaje al extranjero, a París. Hacía de eso cuatro años. Julia acababa de terminar primero de Comunes y Roberto tercero de Medicina. Ella había trabajado todo el mes de julio dando clases particulares, y Roberto contaba con algunos ahorros, pero habían decidido que llegarían a París en autostop, para no gastar todo su dinero en el viaje. En autostop, sí, pero, después de más de diez horas, solo habían logrado llegar a Peñíscola, así que, al borde de la insolación, decidieron que seguirían en tren, aunque tuvieran que buscar algún trabajo en París para poder comer durante el mes de agosto. El vagón al que se subieron en Peñíscola les puso en contacto con una realidad que nunca hasta entonces habían tocado, la de los trenes abarrotados de emigrantes españoles que volvían a Francia después de sus vacaciones. Todos los asientos ocupados, tuvieron que viajar hasta Portbou en un pasillo atestado de maletas y pasajeros. Roberto de pie y Julia sentada sobre su mochila. Una vez cruzada la siniestra frontera, hubo sitio para todos en el tren francés. Además, se soltaron las lenguas, y Julia y Roberto aprendieron por primera vez cómo se hablaba de política con desconocidos cuando se vivía en un país democrático. El emigrante que compartió con ellos el queso manchego que llevaba y que más tarde se bajaría en Narbonne les dijo que él era antifranquista y que esperaba que ellos lucharan por la libertad en España. Tímidamente, Julia y Roberto le dijeron que ya lo estaban haciendo y, a partir de ese momento, no comieron solo queso, sino que lo acompañaron con un vino de Valdepeñas que a Julia le supo a gloria.

El mes de agosto en París pasó de *chambre de bonne* en *chambre de bonne*, todas prestadas por gente cercana al partido cuando sus moradores no estaban, y con Julia fregando platos por las tardes en el Bar Español de cerca de Châtelet. El encargado, cuando Julia quería cambiar el agua del fregadero,

le decía que era una remilgada y que había que ahorrar agua, con lo que ella llegaba casi a la náusea cuando tenía que mover sus manos entre un agua llena de granos de arroz flotando que habían llegado allí al introducir los platos con los restos de paella.

París fue también, para Julia, los paseos por el Jardin de Louxembourg cuando Roberto venía a buscarla al bar, los *croque monsieur* del Boulevard de Saint Michel, la sorpresa de los *trottoirs roulants* en la estación de Montparnasse, la imitación de las francesas que habían decidido que se podía prescindir del sujetador y, sobre todo, las librerías: la Maspero de Saint Michel, con los libros de Què-sais-je a unos precios increíbles, y la librería española de Soriano, con los libros de Ruedo ibérico, que se convirtió en lugar de encuentro y conversación.

También en su segundo viaje a París, pero esta vez sola, con pasaporte falso y a un curso de formación de jóvenes universitarios comunistas en el que conoció a muchos miembros del Comité Central —Carrillo, Santiago Álvarez, Ignacio Gallego y tantos otros—, Julia había vuelto a visitar, en la única tarde que tuvo libre, la librería de Soriano en compañía de Manuel Azcárate. Pero esa vez no había comprado ningún libro prohibido. Las normas de seguridad no le permitían poner en riesgo la organización y que su pasaporte falso acabara en manos de la Policía en la frontera y los llevara a descubrir en qué lugar se hacían aquellos documentos clandestinamente.

En el primer viaje las mochilas de Julia y Roberto habían vuelto al tren cargadas con todos aquellos títulos que ahora leía torpemente el policía de la social. Julia recordó el miedo que habían pasado en la frontera de Portbou por si les encontraban los libros. De pronto, sin querer, sus recuerdos se posaron en el doloroso momento en que una caja cargada con aquellos libros comprados en Soriano había aparecido en el maletero del Ochocientos cincuenta que conducía su hermano Daniel el día en que se mató en la carretera entre El Grao y Gandía. Daniel se los tenía que llevar a la residencia de Valencia. Pero los llevó un guardia civil al chalet de sus padres en Gandía. Julia había intentado comprender por qué aquel guardia civil había hecho entrega de la caja sin hacer ningún comentario y solo pudo pensar que no habría querido añadir más dolor a aquella escena de una madre y un padre destrozados por la muerte de un hijo y una familia rota por la muerte del hermano. Tuvo que hacer un esfuerzo por apartar los recuerdos de ese día, que la conducían siempre a un viaje por todos los territorios en los que sabe anidar la culpa. Consiguió regresar desde ese viaje emprendido por su

recuerdo a la voz del social, que seguía cantando títulos de los libros, que le enseñaba su compañero, y aporreando la pequeña máquina de escribir.

—Otro titulado *Sobre la defensa de la Patria socialista*; un folleto titulado «El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre», otro folleto titulado «Elementos fundamentales para la crítica de la economía política», otro titulado «Guerra del pueblo, ejército del pueblo», otro titulado «Cuba 68», un bote grande de tinta para multicopista, marca Korets.

Al llegar a este punto, volvieron a sonar las teclas con un ritmo que significaba que el social estaba pulsando la del guion y la del espacio con una rapidez que no tenía cuando escribía lo demás. Con una cara que proclamaba lo harto que estaba de aquella lista interminable, levantó la vista y le dijo a su compañero:

—Yo creo que ya tenemos bastante, ¿no te parece? Todo lo demás nos lo llevamos y ya lo miraremos con más calma en comisaría.

—Tú verás, que tienes más mando que yo. A ver qué nos dicen luego allí.

—Pues que digan lo que quieran —y continuó escribiendo mientras verbalizaba las palabras que iban quedando estampadas sobre el papel—. Igualmente, se intervinieron, otros papeles y efectos, que, por su interés policial, quedan depositados en esta brigada, para su estudio y examen y posteriores averiguaciones. —Y, de nuevo, volvió a oírse el característico sonido de las teclas de espacio y guion—. Concluido este registro, dos horas después de su iniciación, se extiende la presente acta, la que, una vez leída por todos los concurrentes, la firman en prueba de conformidad de lo que certifico. —Más sonido de las teclas de espacio y guion.

Las vecinas, Pilar y Angustias, firmaron torpemente, sin leer el documento, y con una cara de impaciencia que se podía deber tanto a la situación en la que se habían visto obligadas a participar y en su cercanía a dos señores subinspectores de policía como a estar pensando en que se les estaba yendo la mañana y tenían la comida por hacer. Julia leyó detenidamente aquellas dos abigarradas páginas.

—No pienso firmar este documento. Pero necesito ir al lavabo.

Una vez superada la sorpresa que le había producido la negativa a firmar el acta, y con el gesto de impaciencia del que empieza a estar a punto de perder los nervios, el policía mecanógrafo dijo:

—Sí, puedes ir al lavabo.

Julia entró en el lavabo y, con la prisa de quien sabe que no dispone de mucho tiempo, empezó a llenar el bidé. Se lavó lo más rápido que pudo y utilizó todo el papel de váter que necesitó para secarse. Se guardó el resto

dentro de las bragas, bendiciendo que el rollo tuviera casi un cuarto del total. Al menos tendría para dos o tres días. Cuando Julia salió del lavabo, la cara de impaciencia del social mecanógrafo había llegado a los límites de lo imaginable. La miró como quien piensa que si no desaparecía pronto de su vista no se podría contener más. Volvió a meter los cuatro folios de la última página del acta y las tres hojas de papel carboncillo que los separaban, y añadió: «Diligencia. Para hacer constar que Julia Ávila Sanz, cuya filiación consta, después de haber leído la anterior acta, manifiesta que se niega a firmarla, negándose, así mismo, a explicar el motivo de su negativa. Conste y certifico».

—Yo no me he negado a explicar el motivo de mi negativa. Es que nadie me ha preguntado.

—Muy bien. Pues eso, como tú dices: es que nadie te ha preguntado —dijo el social—. Y ahora, cierra la boquita, anda, que tenemos prisa.

Ya en el ascensor, Julia consiguió decir:

—Hace más de quince horas que he salido de esta casa, cuando estaba llena de muebles y cajas preparados para la mudanza. Los muebles ya no están y no he tenido ningún control de las llaves. Alguien puede haber puesto las cosas. Esto lo debería saber el juez, ¿no?

Los de la Social ni la miraron. La metieron en el coche y la volvieron a llevar a comisaría, de nuevo con la sirena puesta, que parecían utilizar, más para acallar cualquier frase que pudiera salir de los labios de Julia que para señalar la presencia de un coche policial por las calles, desiertas a la hora de comer. Al cabo de media hora, Julia estaba de nuevo en su celda. Necesitaba aquel espacio de soledad para ordenar un poco su cabeza, que empezaba a dar signos de fatiga. Quería soledad, pero no sabía en aquel momento que iba a tener demasiada: nadie la volvió a llamar en los dos días siguientes, que pasaron con toda la lentitud que añade a la percepción del tiempo el no tener nada que hacer ni nada que leer. Solo podía pensar. Y ya no quería pensar más. Pero, muchas veces, no lograba controlarse.

Al final del tercer día, Julia tuvo claro que la iban a tener allí más de setenta y dos horas.

«A ver si no por qué no me han subido a declarar todavía ni una sola vez —pensó— y me tienen en esta pocilga y sin poderme lavar. Quieren que llegue bien degradada al interrogatorio, sucia y maloliente, desanimada y débil. Joder, joder. Seguro que han conseguido que el juez me aplique la Ley Antiterrorista. A mí, militante de un partido que no utiliza la violencia, que está por la reconciliación nacional, por la lucha de masas. Está claro que estos

jueces fascistas están al servicio del régimen y de la Policía: viva la separación de poderes, joder. Me gustaría tener aquí delante a aquel conferenciante francés, llegado de Bruselas, tan repeinado, con su traje de sastrería cara y su corbata azul europeo, que vino a contarnos a la facultad lo bueno que sería para España superar el marco del Acuerdo Preferencial de 1970 y caminar hacia la integración plena en el Mercado Común. Así podría ver en esta celda a la estudiante que levantó la mano para hacerle la pregunta obvia, la que todo el mundo estaba pensando y nadie se atrevía a hacer: que si él pensaba que España podría entrar en el Mercado Común siendo una dictadura, cuando los tratados de adhesión decían claramente que solo Estados de derecho podían ser miembros. —En ese momento, el enfado de Julia dentro de la celda, que había ido *in crescendo*, se amortiguó al recordar la suave mano de Simón descansando sobre la suya cuando se sentó tras hacer la pregunta al funcionario europeo. Pero enseguida volvió a alterarse—: Que venga ahora aquí ese francés, tan educadito y tan tranquilito, y que me diga si esto es un Estado de derecho, cuando ni siquiera les bastan las leyes de la dictadura y tienen que ir proclamando estados de excepción cada dos por tres y aplicando leyes antiterroristas a personas que no hemos participado en un acto de violencia en la vida».

—No hay derecho.

Julia se dio cuenta de que las tres últimas palabras las había dicho en alto y pensó que estaba empezando a perder los nervios. Volvió a Simón y recordó lo que a ella le gustaba pasar la mano por su suave barba, casi adolescente. Imitando el gesto sobre su propio rostro, logró calmarse un poco. «Simón, ¿dónde estás? ¿Sabrás ya que me han detenido?». Julia sintió cómo la culpa por haber pensado solo en Simón se instalaba en su estómago con unos dedos largos que arañaban el interior de sus paredes. Intentó llevar su cerebro a donde debía, a Roberto. Y lo consiguió. Pensó en él, en si ya le habrían interrogado y le estarían torturando.

Julia sabía que si eras mujer tenías más posibilidades de librarte de las palizas en comisaría. Bastante machistas eran los de la Social como para no considerarlas unas simples subalternas de los que de verdad hacían las cosas. También conocía los métodos que utilizaba aquella gente porque, poco después de haber iniciado su compromiso político clandestino, había caído casi al completo la organización universitaria del PCE de Valencia, en la que ella hacía poco tiempo que había entrado. A Julia no la detuvieron y pudo participar en la redacción de un panfleto, que después imprimieron en ciclostil y distribuyeron por las aulas de las facultades. Era mayo de 1971. Julia tenía

dieciocho años. El panfleto hablaba de las detenciones de un grupo de estudiantes por la Brigada Político-Social. Los detenidos estuvieron en la Dirección Superior de Policía diecinueve días y sus denuncias ante el juez, junto con el reconocimiento del médico forense una vez trasladados a la prisión provincial de Valencia, pusieron en evidencia que les habían torturado. Aquel panfleto reproducía las denuncias presentadas por Pepe Gálvez, Vicente Vergara, Paco Camarasa, Benito Sanz, José Luis Monzón, Ángel Guardia, Alfonso Martín, Ana Knecht, Juanjo López, Pedro Carrascosa, Manolo Tello, Luis de Felipe y Jaime Escutia. Julia recordaba todos sus nombres. Se había propuesto recordarlos siempre, porque sabía que les habían hecho de todo: puñetazos en la cara, en el estómago, en los riñones y en el hígado, golpes en la cabeza contra la pared, golpes en el cuello, golpes en el mismo lugar de un brazo hasta producir un intenso dolor que los llevaba a gritar desconsoladamente, tortas en las orejas hasta que les sangraban, patadas en la boca y en los testículos. «¿Me golpearán también a mí en la barriga?». Julia llevó sus manos hasta allí como si fuera el lugar de su cuerpo que necesitara más protección. Recordó que el panfleto también decía que el médico pudo ver, ya en la cárcel, los hematomas que tenían muchos de aquellos chicos y las hinchazones que orlaban sus ojos. A Alfonso le habían aplicado unas esposas graduables que le dejaron insensibilizadas las manos durante dieciocho días. También los obligaron, como decían los torturadores en su asquerosa jerga, a «hacer el pato y a beber agua»: les hacían estar en cuclillas durante horas o les metían la cabeza en un cubo con agua hasta casi asfixiarlos. «Terrible —pensó Julia—. Insufrible, insoportable. ¿Cuántos presos políticos habrán pasado por esta celda?, ¿cuántos habrán podido resistir la tortura sin cantar?». Y tuvo miedo, no solo por Roberto, sino por todos. Por ella también. Sabía cómo habían amenazado a sus camaradas de Valencia. A Vicente, con ponerle corrientes eléctricas, qué horror. A Benito y a Manolo, con pegarles un tiro y lanzar su cadáver a una acequia. A Pedro, también con pegarles un tiro y ahogarlo después en un río para que pareciera un accidente. Más horror. A José Luis, con detener y maltratar a su mujer. A Alfonso, también con implicar a su mujer, Ana. Pobre Ana, que estuvo quince días en comisaría sin ser interrogada ni una sola vez. «Una verdadera detención ilegal —pensó Julia—, incluso para los raquíticos parámetros de derechos que tenía la dictadura en sus continuos estados de excepción». También amenazaron a Alfonso con matar a Ana. Y los insultaban. Los insultaban todo el rato. «Yo tenía dieciocho años —pensó Julia— y recuerdo muy bien aquel panfleto y lo que se contaba en él. No lo pienso olvidar.

Ahora tengo veintidós y sé que las cosas no han cambiado. Nada. Pobre Roberto, seguramente le estarán haciendo lo mismo que a los camaradas de Valencia».

Intentó apartar esos negros pensamientos y casi lo consiguió, tumbándose sobre el asqueroso camastro y colocando de nuevo las palmas de las manos sobre su vientre, que se iba endureciendo cada día un poco más, como lo hace la cáscara de una nuez cuando el fruto empieza a madurar. Pensó en si sería niño o niña, pero apartó ese interrogante. Sabía que, para su hijo o hija, eso no iba a tener mucha importancia. Julia tenía claro que ella y Roberto le educarían de la misma manera, fuese lo que fuese. Sonrió al notar que el calor de sus manos parecía haber producido una pequeña agitación en lo que estaba creciendo dentro de su cuerpo y se imaginó contándole, años más tarde, dónde había pasado algunos días de su vida antes de venir al mundo. Pensó también que para ella no era importante saber si aquella criatura, además de suya, eso era seguro, se dijo casi sonriendo, sería de Simón o de Roberto. Y creía que a ellos tampoco les importaría. De todas maneras, por más que quisieran saberlo, tampoco iba a ser posible. Bueno, al menos hasta que empezara a parecerse a uno u a otro, sonrió. Porque si querían cambiar el mundo, si ya habían empezado a hacerlo, tenía que ser de verdad y en todo.

Las lecturas de *El combate sexual de la juventud*, de Wilhelm Reich, y *La bolchevique enamorada*, de Alexandra Kolontai, habían dejado su huella en el comportamiento amoroso del grupo. Aunque tenía que reconocer que a veces las cosas no eran tan fáciles como en los libros: recordaba perfectamente la reacción de Roberto cuando supo que estaba embarazada. Los celos, que Roberto nunca querría reconocer, y más teniendo en cuenta que él también tenía sus historias, se asomaron al color de su rostro y se concretaron en las preguntas que no quería hacer, pero que hacía, a partir de la aparición de Simón en la vida de Julia.

Recordaba perfectamente la primera vez que Roberto había visto a Simón. Lo encontró desayunando en su casa, con ella, cuando llegó un sábado por la mañana con un permiso de fin de semana desde Cartagena. Lo habían traído otros soldados en coche. Salieron al amanecer, para llegar pronto a sus casas, y sobre las nueve de la mañana Roberto estaba abriendo la puerta del piso de La Chana. Roberto saludó a Simón e intentó ser amable con él, pero sus ojos se desviaron, sin querer, hacia los de Julia para pedirle con la mirada unas explicaciones que Julia no dio, puesto que desvió la suya. Simón se marchó en cuanto terminó de desayunar y, desde ese momento, Julia intentó dar toda la normalidad que pudo a aquel fin de semana. Sin conseguirlo. Roberto le

preguntaba con insistencia por Simón: «¿Quién es?, ¿cuántas veces ha venido a casa?, ¿cuántas veces se ha quedado a dormir?». Julia recordó a Roberto que habían decidido no hacerse ese tipo de preguntas, le dijo que se sentía sometida a un interrogatorio y que ya sabía él de sobras que no iba a contestarle, que la historia de Simón era como las demás, que no tenía que preocuparse porque nada iba a cambiar. De todas maneras, a pesar de verse obligada a verbalizarlo más de una vez, Julia se dio cuenta de que lo que estaba diciendo no terminaba de ser del todo cierto y que la relación con Simón tenía una intensidad y un cariño que la hacía diferente a otras.

A pesar de ello, dedicó el fin de semana a recordarle a Roberto que, como ellos dos habían vivido tantas cosas, como habían tenido que hacer tantos esfuerzos para seguir juntos, su pareja estaba dotada de una buena vacuna contra posibles «invasores». La palabra invasores consiguió arrancar la primera sonrisa de Roberto. No recordaba cuándo había dejado de ser para ellos el nombre de una serie de la televisión y habían empezado a utilizarla para preguntarse sobre si habían tenido alguna historia con otra persona. «¿Algún invasor?», preguntaba Roberto. «¿Alguna invasora?», respondía Julia. Y siempre terminaban riendo. «Es una de nuestras palabras —pensó Julia en la celda recostándose en la sucia pared y llevándose el dedo meñique al labio superior—, y nos hace cómplices cada vez que la utilizamos». Volvió a sonreír ahora con el recuerdo. Recordar era lo único que podía hacer en aquel lugar. Y siguió recordando que, como si ambos lo necesitaran, dedicaron aquel fin de semana a revivir las historias que los habían llevado a casarse, con veintiún años él y dieciocho ella. La historia con la que más rieron era la que estaba más directamente relacionada con su matrimonio: a principios de agosto del 71, dos meses y medio antes de casarse, Julia fue a Valencia desde Gandía, sin permiso de su madre, que le había prohibido terminantemente, como decía siempre Florita después de utilizar el verbo prohibir, tan habitual en la relación con sus hijos, ir a Valencia aquel día, pensando que lo que quería Julia era ir a casa de Roberto a hacer quién sabe qué cosas. En realidad, tenía que ir a una reunión del partido. Julia se había puesto el bañador marrón con la hebilla plateada en la cintura que le había comprado su madre para cuando fueran juntas a la playa —Florita no soportaba los bikinis, eran cosa de extranjeras—, para intentar calmarla un poco y dijo que se iba a la playa. Pero cogió su vespino, se fue a la parada de autobuses de Gandía y se subió a uno para Valencia. Al terminar la reunión, llamó al chalet desde una cabina y le dijo a su hermano Isaías, que afortunadamente fue quien cogió el teléfono, que avisara a su madre de que se

había encontrado con Olga en el Club Náutico y se iba a comer a su casa. Pero Julia no estaba en el Club Náutico, sino en Valencia, y no fue a casa de Olga, sino al piso de al lado de la estación de autobuses de Valencia que Roberto compartía con Pepe Alonso, un joven periodista que hacía poco que había salido de la cárcel de Carabanchel y que tenía un pelo y una barba que dejaban su aspecto a medio camino entre el joven Marx, un Cristo barroco en la cruz y el Che Guevara. En la casa estaba también Rosa, la compañera de Pepe. Hacía un calor de muerte y, cuando llegó Julia, los chicos, en pantalón corto y sin camiseta, preparaban en la cocina un arroz que quedó buenísimo, como siempre. Habían terminado el arroz y estaban apurando lo que quedaba en la botella de vino cuando sonó el timbre. Todos se miraron extrañados. «¿Será la Policía?», se preguntaban siempre que sonaba un timbre en un momento no esperado. Pepe se levantó a abrir mientras los demás callaron para concentrarse en calibrar quién podía ser. Lo único que oyeron fue la puerta del estudio de Pepe cerrarse mientras este decía, muy educadamente: «Un momento, por favor. —A continuación, la despeinada cabeza semicanosa de Pepe y los cuatro pelos que crecían en su pecho, sobre el que descansaba ahora una cara más blanca que el papel, aparecieron en el marco de la puerta del comedor y, dirigiendo la mirada a Julia, dijo—: Tu madre y tu hermano han venido a buscarte. Están en mi estudio». Julia se levantó como un junco que se libera del trenzado de un cesto, cogió la bolsa azul tejida a croché en la que siempre llevaba sus cosas aquel verano y salió como una exhalación. Lo primero que se le vino a la cabeza en aquel momento fue que cuantos menos libros de las estanterías del estudio de Jesús, que ocupaban todas las paredes, pudiera ver su madre, mejor.

Cuando entró en la pequeña habitación, se encontró a Isaías junto a la mesa mirando al suelo y a Florita, como ya había supuesto, examinando los lomos de los libros. Justo en ese momento, sus pequeños ojos de águila se dirigían a la altura del estante en el que descansaban los anchos lomos de las obras completas de Marx, de la editorial Progreso de Moscú, que Pepe guardaba como un tesoro y tenía en un lugar preferente. Florita solo dijo: «Ya puedes coger tus cosas, porque nos vamos inmediatamente». Otro adverbio con el que le encantaba a Florita coronar sus frases. «Ya lo tengo todo, podemos irnos», fue lo único que salió de los labios de Julia antes de caer en un mutismo que iba a durar bastantes días. Así empezó su última huelga de hablar, como llamaba ella a una costumbre que había practicado desde los primeros años de su adolescencia y con la que provocaba, tanto la irritación

de su madre como la hilaridad de sus hermanos, que jugaban todo el tiempo a intentar conseguir que dijera alguna palabra que rompiera la huelga.

Julia pensó en su celda que ahora sí estaba sometida, por obligación, a una huelga de hablar. Llevaba tres días sola y sin cruzar una palabra con nadie que no fuera policía. Y sintió pena por sí misma.

Siguió con el recuerdo de aquel día en Valencia: cuando bajaron a la calle, Julia se encontró con la sorpresa de ver un taxi esperándolos a la puerta del apartamento de Roberto e intentó obtener con la mirada, sin romper la huelga, alguna explicación de Isaías, que, sin embargo, no dijo nada. Isaías delante, al lado del taxista, y Florita y su hija en el asiento de atrás, iniciaron un largo y silencioso viaje, porque nadie habló y el viaje no terminó en ningún lugar de Valencia ni, para sorpresa de Julia, tampoco en Gandía, sino que continuó hasta la casa de sus padres en Alicante, donde ya había llegado su padre, Dionisio, hacía varias horas, con el Gordini. Fue entonces cuando Julia entendió lo del taxi sin tener que preguntar y, después de oír cómo su madre le decía que solo podría salir de casa acompañada por ella, se encerró en su cuarto y decidió que no le iba a dar el gusto de pedirle en ningún momento ir a la calle.

Los primeros días fueron de un aislamiento casi total, solo roto cuando Asun, la chica que trabajaba por las mañanas en casa de sus padres, le venía a traer el desayuno y la comida; o Isaías, la merienda o la cena. Asun fue su confidente durante aquellos días y su mensajera en la comunicación con Roberto. Julia le escribía cartas, que Asun echaba al buzón de correos, y Roberto contestaba a la dirección de Asun para que Florita no pudiera interceptar las misivas. Escribiéndose aquellos días llegaron a la conclusión de que la única manera de poder continuar juntos era que Roberto propusiera a los padres de Julia casarse con ella. Una tarde, Florita se acercó al dormitorio de su hija. Sorprendentemente, llamó con los nudillos a la puerta, cosa que nunca hacía, y le dijo que se vistiera porque quería que fueran juntas a tomar un café al Alfín de la Albufereta. Julia se vistió como le gustaba a su madre, con lo que dejó claro que compartía el deseo de armisticio que había supuesto el sonido de los nudillos en la puerta de su cuarto. Bajaron al garaje y se subieron al Mini Morris verde botella de Florita. Cuando estaban sentadas en la terraza del Alfín frente al mar, Florita le entregó una carta de Roberto. «A ver, lee esto y dime qué te parece». Julia leyó sin sorpresa la propuesta que Roberto hacía a sus padres, quería casarse con su hija, y dijo: «Pues a mí me parece bien». «Pues a mí no», dijo Florita. Pero se le escapó una media sonrisa que hizo albergar a Julia algunas esperanzas. A partir de

ese momento, empezaron las conversaciones de Julia con su padre para que convenciera a su madre. Y Dionisio lo consiguió. Luego vino la visita de los padres de Roberto a Alicante para hablar de la boda, el pacto sobre el traslado a la Universidad de Granada y el compromiso de dejar la lucha política, la comida formal de pedida, los viajes de Roberto y Julia con sus madres a Granada para buscar piso y, sobre todo, el poder empezar a hablar con serenidad de aquel secuestro de Julia por su madre en Valencia, que siempre acababa en risas cuando Florita, contando la historia, llegaba al momento en que llamó al timbre del apartamento donde vivía Roberto y, para referirse a José, decía: «Aquel ser que me abrió la puerta». Desde entonces, José se convirtió para el grupo de amigos en «aquel ser que me abrió la puerta», y Julia y Roberto se volvían a sentir muy cerca cada vez que reían juntos al rememorar aquella historia. Así lo volvieron a hacer también aquel fin de semana en que Roberto llegó antes de lo previsto desde Cartagena. Y, con las risas, intentaron conjurar la amenaza que parecía suponer la aparición de Simón en sus vidas. Recordando estas cosas, Julia se quedó dormida en la celda.

Al cuarto día de estar detenida sin ser llevada a declarar, Julia, cuando fue a la letrina, encontró una pequeña mancha roja en sus sucias bragas. Cuando salió, no entró en la celda, sino que llamó al policía desde el centro del patio, Scarlet O'Hara en la última escena de *Lo que el viento se llevó*. Antonio, que estaba de turno, se acercó.

—Tienes que entrar en la celda antes de llamar.

—Estoy embarazada y tengo pérdidas de sangre. Quiero que me vea un médico. Avise a los de arriba, por favor. —Antonio dirigió una mirada casi paternal hacia el poco abultado vientre de Julia y se dio cuenta de que lo que decía aquella chica podía ser verdad.

—Bueno, te tendrás que meter en la celda y te tendré que encerrar hasta que notifique lo que me acabas de decir y ellos decidan qué hay que hacer. Yo aquí solo soy un «número» que estoy a las órdenes de los que mandan.

Cuando Antonio dijo esta frase, Julia lo sintió tan cercano que casi le vinieron las lágrimas a los ojos. Hacía días que nadie le mostraba el más mínimo afecto. Al cabo de un rato, un coche zeta la llevaba esposada al Hospital de San Juan de Dios.

Las delgadas piernas, levantadas y dobladas, podrían hacer pensar en un saltamontes, pinchado con un alfiler, en la caja de un entomólogo. Habían sido forzadas a adaptarse a la posición en la que los jóvenes de bata blanca habían colocado los hierros niquelados. Estos terminaban en unos estribos

donde quedaron encajados los zuecos de Julia. La camilla, también niquelada, estaba cubierta con una exigua sabanita blanca que difícilmente alcanzaba a cubrir la superficie de escay negro. El amplio vestido, pequeñas rosas rojas sobre fondo negro, subido hasta su cintura, caía a los lados como solo sabe caer la cretona. Sus malolientes bragas de algodón descansaban agotadas, confundiendo con el escay, sobre la silla situada junto al escritorio.

Una nube de cabezas, todas masculinas, se acercaban curiosas a observar el sexo de Julia. Salían como penachos de unos cuerpos que parecían querer justificar su curiosidad vistiendo aquellas batas blancas, que a ella le parecían burdos disfraces. «*La lección de anatomía*, de Rembrandt», pensó, recordando las clases de Historia del Arte de Concha Félez mientras dejaba, por fin, descansar su cabeza sobre la camilla y cerraba los ojos con fuerza para no ver más. Pero sus manos no estaban libres y no pudo tapar sus oídos: las risas de los jóvenes resonaban, como bofetones, sobre sus batas blancas. Julia pensó en sus irregulares y amplios labios menores y los imaginó como las alas abiertas de una mariposa, obligados a reproducir la posición de sus piernas. Pero, en ese momento, solo le cabía la vergüenza por el olor que sabía que salía de su sexo, un sexo que no había visto el agua desde hacía tres días.

Un joven, de piel más oscura que los demás y pelo rizado, era el que llevaba la voz cantante. Hablaba con un risueño acento cubano. «Un gusano —pensó Julia mientras patinaba el estribillo de la transformada canción por las circunvalaciones de su cerebro—: Cuando salí de Cuba, dejé los negros, la plantación... No saliste de Cuba, es que te echaron, cacho cabrón». El cubano fue el que le introdujo el espéculo en la vagina y con un mohín de disgusto testificó ante los demás que era cierto: había pérdida de sangre. Con la palabra «sangre» rebotando aún sobre las desnudas y altas paredes blancas, se abrió la puerta y entró otro hombre, también de bata blanca, pero unos treinta años mayor que los moscardones que se estaban acercando en ese momento al sexo de la detenida a corroborar lo anunciado por el cubano.

—¿Qué está pasando aquí? Todos fuera —retumbó la orden.

Al quedarse solos, el médico pidió a Julia que se vistiera. Solo entonces vio las esposas que anudaban las finas muñecas y entorpecían sus movimientos. Esperó pacientemente a que ella se sentara en la silla que había soportado sus bragas.

—¿Qué quieres que ponga en el certificado? —preguntó.

—Que estoy embarazada, tengo pérdidas y hay peligro de que pierda el embarazo —contestó Julia como si en ello le fueran dos vidas.

El médico escribió casi al dictado. Tras estampar su firma en un papel que brillaba con luz propia sobre la mesa de baquelita, abrió la puerta y llamó:

—Policía, ya pueden venir a por la detenida. Aquí está el certificado. Esta mujer necesita reposo y debe tomarse estas pastillas cada ocho horas —dijo, al tiempo que entregaba una pequeña caja al social que había agarrado a Julia por el brazo.

Cuando salieron a la calle, a Julia le pareció ver cómo una gota roja resbalaba por la mejilla derecha de la estatua de San Juan de Dios que había a la puerta de aquel edificio barroco, que todo el mundo conocía como el Hospital de Pobres de Granada.

Y, sin saber por qué, se preguntó de nuevo si Simón ya sabría que estaba detenida.

A la vuelta del hospital, fue encerrada de nuevo en su celda, por lo que pensó que su revisión ginecológica y el certificado del médico no habían hecho ninguna mella en el comportamiento de los sociales. Pero no era cierto. Ella no pudo ver cómo, con aquel papel en la mano, el joven social que la había llevado agarrada del brazo desde la entrada de la comisaría hasta las escaleras que conducían a los calabozos subía precipitadamente hasta el último piso de aquel edificio con una prisa que no habían tenido desde el día de las detenciones. Llamó al despacho del inspector jefe de la Brigada Político Social con la esperanza de que no se hubiera ido todavía a casa y allí lo encontró, recogiendo los últimos papeles en su amplia y ordenada mesa de trabajo.

—Señor inspector, creo que es importante que lea esto antes de marcharse —le dijo mientras le extendía el certificado médico. El inspector jefe se tomó su tiempo para leer y releer aquel escueto documento antes de exclamar:

—Será hija de puta la niñata esta. Embarazada y con el jefe del Servicio de Ginecología del San Juan de Dios diciendo que necesita reposo y medicación. Me cago en todos los compañeros de viaje que tiene esta gente. Encima, parece que su familia ya se ha enterado. Y, espera: por si no fuera poco con que su padre sea notario, ahora resulta que tiene un tío magistrado del Tribunal Supremo. Todos adeptos al régimen desde la primera hora del levantamiento.

»Ya ha venido el comisario jefe a decirme que el juez del número uno se ha interesado por ella. Y no se puede imaginar cómo se ha puesto cuando le he dicho que ni siquiera hemos empezado a interrogarla. Justo ahora que habíamos conseguido que todos los demás cantaran y teníamos declaraciones como para hundirla en la mierda en los días de más que nos ha regalado el

juez. ¡Me cago en Dios!, y perdóneme la blasfemia, pero es que esto no se puede aguantar.

El joven subinspector de la Social esperó a que su jefe continuara soltando todos los tacos y blasfemias que necesitaba decir en aquel momento y, cuando creyó que había terminado, preguntó:

—Y, ahora, ¿qué hacemos?

—Usted prepáreme un dossier ordenado con todo lo que tenemos sobre esta elementa. Lo quiero encima de mi mesa mañana a las ocho. Dedicaremos la mañana a repasarlo bien y, por la tarde, la subimos a interrogar. Lo haré yo personalmente. No me queda más remedio —dijo el inspector jefe con tono de fastidio—. Tendremos que dejar por ahora a los otros detenidos. Quizás les venga bien un poco de silencio y soledad para que piensen en si nos quieren decir algo más. Que crean que tenemos todo el tiempo del mundo y que les podemos tener aquí hasta el día del juicio final.

»Ya verá qué bien les sienta. De todas maneras, dedíquense esta noche a seguir interrogando a Simón Granados, que todavía no nos ha dicho nada que merezca la pena y me han dicho los compañeros que está más a punto que una breva madura a finales de septiembre. Yo ahora me voy, que el gobernador civil nos ha invitado a su casa para agradecernos lo bien que ha salido todo en el desfile del 12 de octubre. Es que no ha habido ni el más mínimo incidente, a pesar de que este año estábamos preocupados de verdad. ¡Con las ganas que tengo yo ahora de recoger a mi mujer toda emperifollada para irnos de cena! —Y, cuando ya estaba casi en la puerta, añadió—: Bueno, quizás la cenita me sirva para que se me pase un poco el cabreo, que buenos vinos sí que habrá.

Simón estaba semidormido en la celda cuando oyó de nuevo aquellos pasos a lo lejos, los primeros que había empezado a reconocer sin ver a quién correspondían. Primero, con ciertas dudas y después con la seguridad que aporta la repetición y la clarividencia que alimenta el haber sufrido en carne propia las consecuencias de la llegada de aquellos zapatones a la puerta de su celda. Hacía cuatro días que estaba detenido, él también, en la comisaría central de Granada, la de la plaza de los Lobos, aquella plaza que siempre evitaba, a pesar de ser el camino más corto entre la Facultad de Filosofía y Letras, donde estudiaba, y la de Derecho, a donde iba al final de la mañana a ver si se encontraba con Julia. Él nunca supo, y Julia tampoco se lo había explicado, por qué solía pasar ella por allí cuando acababan sus clases en Puentezuelas.

Los cuatro días que llevaba en aquel sótano se le habían hecho interminables, «un aullido interminable», había escrito Blas de Otero y

cantado Paco Ibáñez. Para no perder la noción del tiempo, hacía una muesca en la pared con el plato de latón en el que le pasaban el potaje que le servían a mediodía y por la noche. Contó de nuevo las muescas, como había hecho ya muchas veces desde la mañana: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho. Pero se dio cuenta de que ni tan siquiera las muescas le permitían estar seguro, porque sabía que en algunos momentos había estado semiinconsciente y pensaba que quizás se le habría pasado por alto comer y hacer la muesca en la pared. Cuatro días, seguramente, que, contados por horas, hacían noventa y seis, y, en minutos, llegaban a los cinco mil setecientos sesenta. Cuatro días habían pasado desde el 10 de octubre, cuando solo faltaban tres para que se iniciara el nuevo curso, aquel en el que muy probablemente se iba a convertir en licenciado en Semíticas. Si le dejaba la Policía, claro, pensó en un arranque de autocompasión. Los pasos se alejaron un poco y eso le concedió una cierta tregua, que le permitió pensar que las clases empezarían al día siguiente y que María Vélez, su profesora preferida, comenzaría a desplegar, ante un auditorio de caras embelesadas, todos sus conocimientos sobre la influencia de la lengua árabe en el castellano medieval. Y él no estaría en el aula, sino sobre aquel camastro, que ocupaba casi la mitad de la celda y que olía a orines y a humedad a partes iguales. «¿Alguno de mis compañeros de curso me echará en falta? ¿Sabrán que me han detenido? ¿Se movilizarán para protestar por mi detención o se quedarán paralizados por el miedo?».

Oyó de nuevo los pasos, que distinguía claramente por su mezcla perfecta de un pisar fuerte y el recrearse en el tiempo utilizado para dar cada uno de ellos, como si aquel policía de la Social fuera consciente de que tan solo con oír sus pisadas la sesión de tortura ya había comenzado para el preso elegido y que, además, de rebote, conseguiría poner en estado de alerta a aquellos a los que no les tocara entonces.

En ese instante, le vinieron de nuevo a los labios los primeros versos de un poema de Miguel Hernández, que Julia cantaba en la versión de Serrat cuando iban juntos en el coche a llevar la vietnamita, la tinta y el papel al convento de los Escolapios donde la guardaban después de cada uso: «Menos tu vientre, todo es confuso. Menos tu vientre, todo es futuro fugaz, pasado baldío, turbio», se escuchó a sí mismo en un susurro. Y comprendió que aquellos versos, que ella cantaba, parecían haber sido escritos para él. También él ahora, como el poeta en el 39, estaba privado de libertad y sabía que el vientre de ella estaba lleno de vida.

A Simón se le vinieron de nuevo a la cabeza, con una rapidez asombrosa, como dicen que les pasa a los moribundos en los últimos instantes de su vida,

y en una secuencia cronológica perfecta, los acontecimientos que le habían llevado a estar en aquella celda en aquel momento. Y, mientras las imágenes de hacía cuatro días giraban en su mente, como los fotogramas de una película en la que él fuera el protagonista, se preguntaba una y otra vez por qué se le habría ocurrido ir aquel día al piso de Julia, en el que tantas noches había pasado, sabiendo como sabía que ella ya se habría marchado a Valencia y que, si no era así, estaría con Roberto. Maldijo el impulso que le había obligado a acercarse por última vez a aquella puerta que, de manera sorprendente, encontró abierta de par en par. También maldijo a la vecina de al lado, que, ante su reacción inmediata de llamar a su timbre, pensando que tal vez le ayudaría a salvarse de lo que ya con seguridad temía que sería un encuentro siniestro, solo le había empujado, de manera inevitable, a caer en la tela de araña tejida por aquellos hombres, como la mosca que, tras un pequeño vuelo indeciso que parece que la aleja de su destino, enfila hacia la trampa construida con paciencia por su enemiga. La vecina, que siempre le había parecido tan buena gente, no llegó a abrir la puerta del todo, sino que gritó, al verlo, para alertar a los policías de la Social. Cuando los sociales salieron del piso de al lado, les dijo que aquel chico, es decir él, también era de los que iban mucho por la casa.

«¡Qué hija de puta!», pensó Simón, culpándola en parte de las palizas que le estaban dando.

—¡Cuánto miedo hay en este país! Así las cosas no van a cambiar nunca. Es imposible, mal que les pese a los triunfalistas del Comité Central —susurró entre dientes, como si quisiera conjurar la más que improbable posibilidad de que alguien pudiera oírle. Ahora también él tenía miedo, como la vecina. «Como todo el mundo en este país de mierda», pensó. Tenía miedo, mucho miedo, pero también había podido comprobar que, hasta ese cuarto día, había aguantado como un valiente. Julia habría estado orgullosa de él. Y era precisamente pensar en ella lo que más le había ayudado a resistir hasta el límite de sus fuerzas. Y volvió al poema de Miguel Hernández: «Menos tu vientre, todo es oculto. Menos tu vientre, todo inseguro, todo postrero, polvo sin mundo». El poema le funcionó como una oración laica, como una suave anestesia, de manera similar a como lo hacen los cantos que acompañan a los sufíes en sus danzas interminables. Tenía claro que esos versos le ayudarían a aguantar mucho más que aquel documento que ahora estaba en manos de la Social, junto con tantos otros de sus libros y papeles. Aquel documento, leído y discutido en las reuniones de célula dirigidas por Julia. Sabía que lo tenían ellos, porque se lo había enseñado el policía torturador, que había

acompañado el movimiento de sus manos con el folleto, haciéndole de abanico, con unas palabras que se le habían quedado grabadas con la precisión que solo los momentos difíciles aportan: «Sé de qué vas, gallito, te has aprendido muy bien esta lección, pero ya veremos hasta cuándo aguantas, rojo de mierda. Que muchos otros, que iban de valientes, como tú, al final nos han dicho lo que queríamos saber e incluso lo que ya no nos interesaba tanto. Porque, cuando se te suelte la lengua o, mejor, cuando yo te ayude a soltarla, estos consejitos de *Los comunistas ante la policía y los tribunales* te van a parecer más de ficción que el cuento de *Caperucita* que te contaba tu abuelita cuando eras pequeño». Todo dicho con una cara que parecía la personificación del cinismo y ante la mirada tontorrón del otro policía, que hacía el papel de bueno en aquella ocasión.

Sí, el avance de los pasos pesados, ahora ya claramente audibles, le estaba obligando a reconocer que ya no se sentía tan entero como cuando le empujaron por primera vez hacia el despacho en el que le interrogaban. Los pasos de aquel policía, que tenía estómago suficiente para haberse especializado en torturar, parecían estar sobrepasando su celda. En otras ocasiones ya había sucedido y había oído cómo se abría otra de las puertas de aquel asqueroso patio de cemento rugoso. Siempre que esto pasaba le atormentaba pensar que quizás detrás de aquella otra puerta estaría Julia. Esa imagen era tan poderosa que le hacía daño en las sienes y le llevaba a restregarse la cabeza como si se estuviera lavando el pelo en seco después de pasar un año en el desierto.

Esta vez los pasos volvieron a terminar su recorrido ante su celda. El cerrojo se abrió y el social más cínico y cruel de toda la comisaría dijo con su risita de hiena: «Vamos a ver cómo está este valiente hoy, que me parece que ayer ya lo dejé un poco más blandito y ahora tenemos otros siete días por delante con permiso judicial. A lo mejor incluso nos sobra algún día y todo. Si es que está claro: las leyes de este país están hechas a la perfección y los jueces hacen bien su trabajo, coño».

—«Menos tu vientre, todo es oscuro. Menos tu vientre claro y profundo»
—consiguió balbucear Simón mientras le sacaban brutalmente de la celda.

Al día siguiente, a las ocho en punto de la mañana, encima de la mesa del inspector jefe de la Brigada Político Social de Granada, descansaba un grueso volumen de folios. El inspector, a un lado de la mesa, con cara de no haber dormido lo suficiente, y el joven subinspector Castellano, al otro, se dispusieron a analizar todas las informaciones que tenían sobre Julia.

—Dígame, subinspector, ¿qué tenemos?

—He subido del archivo todos los papeles en los que Julia Ávila Sanz aparece referenciada. He encontrado bastantes cosas. Aquí están. Se las comento por orden cronológico: aparece reseñada el 4 de mayo de 1972 por haber sido detenida por manifestación ilegal el uno de mayo en Valencia; figura en la relación de estudiantes a los que no se concederá certificado de buena conducta ni pasaporte sin previa consulta a esta dirección.

»Aparece en la lista de trescientos doce estudiantes —subrayó la cifra con el tono el subinspector— de la Universidad de Valencia a los que les fue aplicado el Reglamento de disciplina académica por el rector, Rafael Báguena Candela. A los trescientos doce se les prohibió la entrada a las aulas universitarias al principio del curso 1973-74 “por haber perturbado, perturbar o amenazar con perturbar la disciplina académica” —leyó literalmente el subinspector, pero tuvo que detener su lectura ante la intervención del inspector jefe, que, como si estuviera regresando de un abismo profundísimo, le dijo:

—Sí, sí. Me acuerdo perfectamente de eso. Menudo lío se montó con todos aquellos expedientes. Es que ya podía haber pensado Báguena que expedientar a trescientos doce estudiantes a la vez quizás no era una buena idea, ¿no? Pero es que el nuevo ministro de Educación, Julio Rodríguez, el del año juliano, el que ordenó empezar el curso en enero, ¿se acuerda?, envió a todos los rectores un oficio donde recomendaba la aplicación con toda dureza del Reglamento de disciplina académica de 1954, en el que se decía que todos los estudiantes activos antifranquistas tenían que ser sancionados.

»A mí me llamó el rector de Granada para pedirme una lista de estudiantes antifranquistas y se la hice llegar. Pero al final no la usó. Menos mal, porque solo nos hubiera faltado que la que se armó en Valencia se hubiera armado también en Granada. Usted todavía no trabajaba con nosotros, pero los consabidos compañeros de viaje de los comunistas se pusieron a hacer toda la bulla que pudieron. Creo recordar que fue la Junta del Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras de Valencia la que remitió un escrito, en el que pedía que el rector reconsiderara las sanciones.

»E incluso la Federación Católica de Asociaciones de Padres de Alumnos manifestó su preocupación por que las sanciones se hubieran impuesto con olvido de las garantías legales. Un nido de comunistas y compañeros de viaje debía de ser esa federación, coño. Y encima se llaman cristianos, de base, dicen ellos. ¡Si hasta hubo curas de pueblo que se dedicaron a expedir certificados de buena conducta cívico-moral a algunos de los expedientados!

Y eso que eran todos unos rojos de mierda, casi la mitad del PCE y los demás trotskistas, maoístas, de Germanía Socialista y alguno del PSOE, creo.

»Joder con los curitas progres. Vamos, un lío de tres pares de cojones. Y, la última, no se la pierda, el Tribunal del Contencioso Administrativo resolvió en contra de los expedientes y declaró la medida improcedente. El caso llegó al Supremo y, por si fuera poco, hace como cuatro meses, exactamente el 1 de julio pasado, va la sala tercera del Supremo y dice que la sanción no se ajustaba a derecho. Ahí estaría el tío de nuestra detenida defendiendo los intereses de su sobrina y, mientras tanto, el rector, comiéndose el sapo de ser desautorizado hasta por el máximo tribunal, joder, joder.

—Al parecer, este expediente fue el motivo del matrimonio de Julia Ávila y de su traslado a la Universidad de Granada, según nos ha contado nuestro confidente —intervino el subinspector, intentando parar la avalancha de tacos que iba a empezar a soltar su jefe y que a él tanto le molestaba. Y continuó—: Aparece también referenciada en el dossier 19 361-48 de fecha 28 de febrero de 1974, porque fue detenida, junto a otros ocho, «por actividades comunistas y tenencia de material subversivo» —volvió a leer literalmente el subinspector—. Tenemos su declaración ante la BPS del 1 de marzo de 1974 con motivo de esa detención.

»Por este mismo asunto, aparece referenciada también en el Boletín Informativo de Actividades Estudiantiles elaborado por la Comisaría General de Investigación Social de la DGS, con fecha de 23 de abril “por estar detenida al pertenecer al Aparato de Propaganda del Partido Comunista en Granada”. Y, ahora, ya llegamos a este año. En 1975 figura en el Boletín Informativo número veintiuno, del 11 de marzo de la Comisaría General de Investigación Social, “por ser una muy destacada activista y habiendo tenido intervención muy destacada”. Vaya manera de redactar —se atrevió a comentar el subinspector con un gesto de decepción bailando en sus finos labios.

—Usted siga, no vaya a ser que todas esas cosas que ha aprendido en la Universidad de Salamanca le vayan a retrasar en su trabajo. No necesitamos un comentario de texto, sino información, simple y concisa información. Siga, siga, por favor —dijo el inspector jefe.

—Sigo, sigo, señor. También aparece referenciada en las diligencias números 3736, 3784, 3926 de la Brigada de Investigación Social «sobre manifestaciones y propaganda subversiva» del 29 de septiembre y del 8 de octubre de este año. Hace dos días, como quien dice. También he subido un dossier nominal a nombre de Julia Ávila que abrimos cuando fue detenida en

febrero del curso pasado y que está bastante completo. Aquí lo tiene, todo y bien ordenado, señor.

—Pues tenemos un montón de papeles —dijo el inspector jefe valorando con la vista aquel legajo como quien mira el último tramo de la subida al Veleta y está a punto de darse la vuelta—. ¿Ha tenido tiempo de hacer una selección de las cosas más importantes, subinspector?

—Sí, señor. Esta noche no he ido a casa porque hemos estado interrogando a Simón Granados, como nos dijo, y he tenido un buen rato entre las cinco y las ocho de la mañana.

—Bien, bien —dijo el inspector jefe apreciando la juventud y la entrega del subinspector y pensando en la suerte que habían tenido de poder contar con el primer número de las últimas oposiciones al cuerpo de policía, que sorprendentemente había pedido como destino Granada y, precisamente, la BPS—. Y ¿qué hay de Granados? ¿Ha cantado, por fin?

—Sí, sí, señor inspector. Y también ha incriminado a Julia Ávila.

—Bien, bien. Justo lo que más necesitábamos. A ver, a ver —dijo, manteniendo la costumbre de repetir dos veces todos los latiguillos que se le venían a la cabeza y que Castellano odiaba—, vaya leyéndome usted, que no estoy yo hoy como para ir pasando papeles.

—Voy a ello: «Ha intervenido de forma virulenta en varias Asambleas en la Facultad de Filosofía y Letras, calificando siempre el sistema político español de “fascista y de carácter antidemocrático”, insistiendo en la necesidad de una rápida implantación de la democracia. Con motivo del enclaustramiento de varias personas en el edificio de la Curia, durante los días 29 de abril al 2 de mayo de 1975, la informada, en unión de varios individuos y utilizando en sus desplazamientos el coche de su propiedad, marca Seat-127, color azul, matrícula de Granada siete mil novecientos dieciocho A, se personó en varias obras incitando a los trabajadores para que declarasen el paro en solidaridad con los enclaustrados».

—Ah, sí, sí. Se nos escapó por los pelos esa vez.

—Sí, sí. Consta en el informe: «En dos ocasiones y en días distintos fue observada realizando estas actividades, no pudiendo ser detenida al darse a la fuga ante la presencia de los coches oficiales de la Policía». Y aquí se acaba este último resumen de los informes, señor.

—Bueno, pues tenemos más que suficiente. Y más si le sumamos las declaraciones de los otros que tenemos por aquí. Vamos a tomar un café, que falta nos hace, aprovechamos para ultimar detalles y luego la subimos a declarar —dijo iniciando el gesto de levantarse de la butaca.

El subinspector le cortó el movimiento:

—Pero, señor inspector, si tengo muchos más papeles importantes seleccionados sobre la detenida. Es que solo le he leído los resúmenes que aparecen sobre las carátulas de los distintos informes.

Tras quedarse suspendido un instante, apoyando las manos en los antebrazos de la butaca, el inspector jefe terminó el movimiento iniciado y dijo, resignado:

—Bueno, pues todo lo demás va a tener que esperar hasta después del café. Yo necesito uno doble, por lo menos. Y usted se va a venir conmigo porque se lo ordeno yo. Tendrá que tomarse un respiro de vez en cuando, ¿no?

Justo en el momento en que el subinspector se levantaba de la silla, llamaron a la puerta y entró un policía uniformado:

—Con su permiso, señor. Pregunta el subinspector Sánchez si ya ha firmado la orden de libertad del detenido Roberto Climent. Dice que es para poder soltarlo ahora y que no le tengan que pasar la manduca —dijo el gris seguramente repitiendo las palabras oídas a Sánchez, con lo que consiguió dibujar un gesto de irritación en el inspector jefe que siempre se preguntaba cómo era posible que Sánchez continuara utilizando esa manera de hablar con sus subordinados a pesar de la cantidad de veces que le había advertido de que no lo hiciera. «Seguro que Castellano no hablará nunca así», pensó, lanzando una mirada paternal al joven subinspector, que ya le esperaba en la puerta.

—Sí, sí. Tome. Aquí está. Hágasela llegar a Sánchez —respondió el inspector jefe alargándole un papel que había encontrado rápidamente en el ordenado montón de folios que aparecía a la derecha de la mesa.

Así fue como, al quinto día de su detención, Roberto fue puesto en libertad sin que nadie le tomara declaración ni le explicara por qué le habían detenido ni por qué le habían soltado. Sus largos dieciocho meses de mili en Infantería de Marina en Cartagena, que había tenido que cumplir porque le denegaron la prórroga por estudios como represalia por sus actividades políticas antifranquistas, le habían mantenido lejos, no solo de Julia, sino también de la lucha estudiantil en Granada. Seguramente por eso, los de la Social no tenían nada reciente sobre él y le dejaron ir antes que a los demás. Quizás también con la esperanza de que los pasos que diera en libertad les pudieran conducir a nuevas detenciones.

Cuando Roberto se vio en la calle, se alejó de la plaza de los Lobos con el paso lento de quien duda a dónde ir. Al llegar a la puerta de la Facultad de

Derecho, decidió parar y se sentó en el último de los tres escalones sobre los que descansaba el plinto que sostenía la estatua de Carlos V. Necesitaba pensar. «Escultura de Rodin fuera de lugar. O de Camille Claudel, nunca se sabe», pensó Roberto que habría puntualizado Julia. Tanta luz, tras tres días de oscuridad, le había dejado aturdido y, sin saber por qué, le vino a la cabeza la imagen de Jonás en el vientre de la ballena. «Una ballena mala me acaba de vomitar al exterior», pensó. Harto estaba de las referencias bíblicas que siempre acababan por aflorar en su cabeza. Al parecer, siete años en los Jesuitas de Gandía habían dejado una huella que sus estudios de Medicina y un reflexionado ateísmo no habían logrado ni siquiera empezar a lijar: «¿Cuál será mi Nínive?, ¿Granada?, ¿España?, ¿debería quedarme a predicar a los ninivitas? ¿O será mejor que me embarque en una nave que me lleve a Tarsis?, ¿Valencia? He estado dormido, a la fuerza, en las “partes más recónditas del barco”». Se sorprendió al ver que recordaba incluso palabras textuales del Libro de Jonás, que había recitado de memoria una vez ante los compañeros de curso y sus familias. «Yahvé me ha puesto en medio de la tempestad». En todo caso, estaba seguro de que él no había sido el culpable de la tormenta, aunque las algas marinas se hubieran enrollado alrededor de su cabeza. «“Solo cuarenta días y Nínive será derrotada” —volvieron a golpearle las palabras textuales—. ¿Será posible que queden solo cuarenta días, tras casi cuarenta años? ¿O habrá que seguir esperando? Yahvé, ¿no te parece que ya hemos tenido suficiente? “¿Es con razón que te has enardecido de cólera, Jonás?”». Tenía que irse de Granada. Se iría ese mismo día a Denia. Allí tendría una calabaza que le daría sombra, la casa de sus padres, y sin gusano que la pudriera. Dejaría atrás la ciudad. Si es que Lorca tenía razón cuando decía que la burguesía granadina era «la peor burguesía de España». «¿Qué hago aquí? Tenía que haberme presentado en el Hospital Provincial de Valencia el lunes, hace dos días».

Con un poco de suerte y contando lo que había pasado, todavía tendría posibilidades de empezar a trabajar allí para hacer la especialidad, como había acordado a principios de septiembre con el director del Departamento de Cardiología. Tenía que intentarlo. Si dormía esa noche en Denia, mañana jueves a primera hora de la mañana podría estar en Valencia. Desde allí también podría estar enterado de todo lo que pasara en Granada y no estaría expuesto al viento abrasador ni al sol ardiente —la voz de Jonás volvió a resonar en sus oídos—, aunque se secara la calabaza. Qué pena sentía Jonás por la calabaza, recordó Roberto, y cómo aprovechó Yahvé para soltarle su moraleja: «¿No debería yo sentir lástima por Nínive, la gran ciudad, en la cual

existen más de ciento veinte mil hombres, además de muchos animales domésticos?».

—Pues a ver si vas sintiendo también un poco de pena por nosotros —musitó Roberto—, que somos bastantes más de ciento veinte mil y no nos olvidamos de las mujeres. ¿Sabes lo que te digo, Yahvé? Que eres un grandísimo hijo de puta.

Y, al soltar el exabrupto, como se suelta el resorte que no deja mover un muelle comprimido, se puso en pie y empezó a andar.

Lo primero que tenía que hacer era volver al piso de La Chana y ver si Julia también estaba fuera. «Por favor, por favor —musitó—. Necesito irme a Valencia contigo, Julia». Pero ¿y si no la encontraba? Bueno, en todo caso, recuperaría el 127 y se pondría en marcha. Tenía muchísimas cosas que hacer antes de salir para Denia.

Tras una media hora de caminata a paso rápido, y mirando de vez en cuando hacia atrás para comprobar si le seguían, Roberto llegó al solar que se abría delante del bloque. El 127 no estaba allí. Tocó las llaves del coche, que hacía menos de una hora que le habían devuelto en comisaría y que ahora descansaban en su bolsillo derecho. Se dio cuenta de que se habían convertido en un objeto inútil. Quizá el coche lo tenía Julia, ella también tenía llaves, asomó la esperanza. Y encaró sonriente hacia la puerta del bloque, pensando que encontraría en el piso alguna señal del paso de ella por allí.

El cielo estaba despejado y lucía un azul intenso de otoño granadino, pero había llovido mucho aquellos días y el barro, reseco solo en algunas zonas, campaba a sus anchas delante de la puerta. Intentó sortear los dos grandes charcos que se empeñaban, siempre que llovía, en impedir una entrada cómoda al edificio, pero no lo consiguió: sus zapatos recogieron una porción de aquel barro y fueron dejando un ligero dibujo en el camino entre la puerta y el ascensor, a pesar del camuflaje que ofrecía el terrazo multicolor y de lo concienzudamente que Roberto había intentado limpiarse las suelas de los zapatos en el felpudo de alambre que estaba encadenado sobre el peldaño que separaba el nivel de la calle y el de la entrada. Pensó en que su suegra era bastante pesada, eso era indudable, pero que quizá tenía razón cuando decía que no entendía por qué Julia había elegido un sitio así para vivir. Reprimió ese pensamiento: no podía ser que su título de médico, recién estrenado, hubiera empezado a producir ya el efecto aburguesamiento que su padre le auguraba: «Yo también fui un romántico en mi juventud, hijo mío, pero ya me ves ahora, llevando una cómoda vida de médico de pueblo en una casa llena hasta rebosar de estanterías con las cerámicas que colecciona tu madre».

Roberto apretó con fuerza el botón del séptimo piso, para asegurarse de que aquel ascensor metálico, de color verde paja, captara la orden. Las puertas se cerraron, como una guillotina instalada verticalmente, y el ascensor, al iniciar el movimiento, dio el tirón habitual que siempre le sacaba de quicio. ¿Cómo era posible que no hubieran sido capaces de regularlo un poco mejor, cuando aquel bloque no tenía ni tres años?

El apartamento estaba completamente vacío, y Roberto lo encontró más frío que nunca. Levantó la persiana de la terraza para dejar pasar un poco de luz natural, pero ni siquiera llegó a completar el recorrido de la cinta. No tenía ningún sentido hacerlo, ¿para qué? Un dibujo de luz, guion-espacio, guion-espacio, guion-espacio, se situó sobre el suelo de terrazo en el lugar que antes ocupaba el sofá nido. Roberto pasó al cuarto de baño. Se quitó la ropa y se metió en la media bañera en forma de escalón. «¿Quién habría podido inventar algo tan ridículo?», se preguntó. Estaba seguro de que nadie se había sentado ni se sentaría nunca en semejante lugar. El agua salió fría de la alcachofa de la ducha. Ya lo sabía, pero mejor sería intentar quitarse la mugre de cinco días antes de seguir adelante. Se restregó lo mejor que pudo con un trozo de estropajo de esparto y una lengua de jabón de aceite que habían quedado por allí. El jabón le sirvió también para el pelo, que le quedó aún más liso que de costumbre, pero menos brillante y algo apelmazado. Se secó como pudo con una toalla vieja de manos, olvidada en el perchero de plástico que había detrás de la puerta, se vistió con la misma ropa que llevaba —no tenía otra— y salió al rellano.

Llamó a la puerta de la vecina, pero nadie abrió, aunque tuvo la sensación de que la pequeña tapa metálica de la mirilla se había movido de forma sigilosa. Decidió pasar por El Regreso, a ver si allí le podían decir algo de Julia, o del coche. Al entrar en el bar, Rosa, la mujer de Ramón, le miró desde detrás de la barra como quien ve a un aparecido. Observó bien a la concurrencia y, bajando la voz, contestó a la primera pregunta de Roberto: el coche se lo había llevado la Policía el mismo día en que los detuvieron, justo después de llevarse a Julia. Luego, antes de que Roberto pudiera preguntar algo más, con un hilo de voz casi imperceptible y acercando a Roberto hacia sí tomándolo del brazo, le preguntó:

—¿Sabes algo de ella? Es que la volvieron a traer al piso al día siguiente y estuvieron un buen rato arriba.

—No sé nada de Julia, pero ahora voy a enterarme —contestó Roberto—. Gracias por todo, Rosa.

Cuando iba a girarse para ir hacia la puerta, Rosa le cogió de la mano.

—Anda, tómate un bocadillo de tortilla de patatas, que está recién hecha, como a ti te gusta. Además, me parece a mí que debes tener mucha hambre.

Roberto aceptó y empezó a comer con ganas. Rosa aprovechó para decirle que el dueño del piso les había comentado que no sabía qué hacer para recuperar las llaves.

—Toma, ¿se las puedes dar tú, por favor?

—Claro que sí, no te preocupes —contestó mientras hacía un gesto de negación con el dedo índice de la mano derecha al ver que Roberto echaba mano a la cartera—. Quitaa, quita, tú hoy no pagas.

Roberto echó de nuevo a andar. Ahora hacia el centro de Granada. Estaba claro que no debía contactar con nadie del partido, pero sí podía pasar por el despacho de Fernández Aceituno. No había ido nunca allí, pero sabía perfectamente dónde estaba. También sabía que ese despacho laboralista de Granada se había creado poco después de que ellos llegaran a vivir a la ciudad, hacía tres años.

Fernández Aceituno había llegado a Granada, desde El Ferrol, para defender a los militantes de las Juventudes de CCOO detenidos en la Semana Santa de 1970. Al final de ese mismo año, volvió a la ciudad, esta vez desde Madrid, donde vivía por entonces, para defender a otros detenidos: los de las movilizaciones contra el Proceso de Burgos. Después defendió a los dirigentes de CCOO que cayeron entre diciembre de 1970 y enero de 1971. Fue entonces cuando Pepe Cid de la Rosa, Pepe Martín y José López Ávila pidieron a Aceituno que se estableciera en la ciudad para trabajar en la defensa del movimiento obrero junto con otro abogado, Fernando Sena. Aceituno aceptó. Los afiliados a CCOO, todavía en la clandestinidad, se pasaban por los pasillos del Sindicato Vertical y, en la sala de espera de los abogados oficiales del sindicato único, convencían a los trabajadores para que, en vez de consultar con los abogados del régimen, fueran al despacho de Fernández Aceituno y Sena. El argumento era claro: ellos, como no dependían del sindicato oficial, los defenderían mucho mejor y, además, nunca se chivarían a los patronos como hacían tantas veces los otros. Aceituno y Sena habían instalado el despacho, al principio, en un pequeño piso alquilado en la calle Moral de la Magdalena, pero, en el momento en que Roberto se dirigía a verlos, hacía ya bastante tiempo que estaban en la calle Escuelas, muy cerca de la Facultad de Derecho.

La sala de espera estaba a tope. Roberto se sentó, pero, en cuanto aquellos obreros de la construcción del barrio de La Cartuja supieron la causa de su presencia allí, le dijeron que pasara él primero: «No faltaría más,

compañero», dijo el que parecía llevar la voz cantante. Fernández Aceituno estaba muy bien informado de todo lo que había pasado. El padre de Miguel, otro de los detenidos, le había llamado por teléfono el día 11 por la mañana. Le dijo que su hijo no había vuelto a dormir a casa y no había llamado por teléfono como siempre hacía, así que sospechaba que le pudieran haber detenido otra vez. A partir de ese momento, los dos abogados se habían puesto en marcha. Aceituno fue a comisaría a exigir información sobre las personas detenidas. Le entregaron la lista y en ella encontró los nombres de Roberto, Julia, Dolores, Miguel y Simón. Así se enteró Roberto de que a Simón también lo habían detenido. No hizo ningún comentario y continuó escuchando lo que le decía Aceituno: no le habían permitido hablar con ninguno de los detenidos. Se personó ante el juez del número uno, que era el que estaba llevando el caso, y presentó un escrito solicitando toda la información judicial que generara el tema. A través del juez, había sabido de la confiscación del 127 y de los registros que habían realizado los de la BPS. A las setenta y dos horas, fue a la comisaría a esperar la salida de los detenidos, pero la Policía le comunicó que les habían aplicado la Ley Antiterrorista y que el juez había autorizado la permanencia de todos ellos en comisaría diez días más. También sabía Fernández Aceituno que a Roberto lo habían soltado esa mañana y estaba enterado del embarazo de Julia. Tenía conocimiento, incluso, de algo que Roberto no sabía: Julia había sido llevada al Hospital de San Juan de Dios para un examen ginecológico y el médico que la había atendido, «muy buena persona», dijo Aceituno, se había pasado por el despacho la tarde anterior y le había contado cómo había ido la cosa.

—Me viene fenomenal que hayas venido, Roberto, porque tienes que comparecer inmediatamente ante el juez de guardia. He preparado, esta mañana, en cuanto he sabido que te habían soltado, un escrito para que lo presentes. Si no te dejan presentarlo, les pides hacer una declaración. Mira. Aquí lo tienes. Luego te pasas de nuevo por aquí y arreglamos lo del coche.

Roberto se dirigió a plaza Nueva. Aquel día no se entretuvo en admirar la fachada barroca de la Audiencia Provincial, con sus frontones partidos y su balcón principal, ni tampoco percibió lo que siempre le comentaba Julia: que la curiosa forma de triángulo isósceles que hacía la plaza, muy barroca, según ella, le permitía encajarse, en el lado más estrecho, en la carrera del Darro, ayudada por las líneas de fuga que dibujaba el embaldosado de mármol y que contribuían a subrayar la extraña forma de la plaza. Sin mirar, sin pensar, se dirigió directamente hacia el enorme portón de madera tallada que parecía blindar aquel edificio. Dos grises estaban apostados a los lados de la puerta:

«Vengo a presentar un escrito al Juzgado número uno», les dijo. Después de enseñarles su DNI, le dejaron pasar, abriendo una puerta minúscula en el enorme portón e indicándole que tenía que subir a la primera planta y girar, al final de la escalera, a la derecha, donde encontraría el juzgado que estaba buscando, a la izquierda del pasillo.

Cuando, tras inclinarse para poder pasar por la puerta, se vio dentro, Roberto se dio cuenta de que nunca antes había estado en el interior de aquel edificio, pero tampoco se entretuvo en admirar la escalinata de mármol blanco que se encontraba al final del enorme zaguán. Superada la escalinata y el pasillo, llegó a la puerta del número uno, golpeó con los nudillos y una voz femenina contestó desde dentro con un adelante que sonó a repetido más de mil veces. Roberto se dirigió a la funcionaria, que no dejó de escribir a máquina en una Olivetti tan grande que parecía que se iba a desbordar de la pequeña mesa metálica sobre la que se apoyaba:

—Vengo a presentar un escrito. —La funcionaria le pidió el DNI y el escrito.

—Tome asiento en aquel banco, por favor —dijo mientras señalaba con el índice completamente estirado el sobrio mueble que se encontraba apoyado en la pared de enfrente y descolgaba con la mano izquierda un teléfono color crema. Marcó dos números cortos haciendo girar con la uña del dedo índice de la mano derecha el dial transparente, con lo que produjo un ruido apagado, como de plástico contra plástico, que a Roberto le molestó. No soportaba a las funcionarias que parecían dedicar más tiempo a ir a la peluquería y hacerse la manicura que a hacer bien su trabajo—. Señor secretario, tengo aquí a un joven, don Roberto Climent Domenech, que comparece para presentar un escrito o hacer una declaración —dijo la funcionaria, dibujando con el carmín de los labios cada una de las vocales de la frase. Y colgó el teléfono sin decir nada más.

Roberto comprendió que la espera podía ser bastante larga y, después de admirar el suelo hidráulico, decorado con un enorme dibujo geométrico en tonos granates, verdes y azules, se puso a repasar el escrito de Fernández Aceituno. Cuando habrían pasado unos diez minutos, salió el secretario del juzgado y le hizo pasar al despacho del juez. Tras unos buenos días protocolario, Roberto intentó entregar el escrito que Aceituno había preparado.

—No, no, nada de escritos. Este letrado piensa que nos va a poder tener aquí todo el día archivando papeles. Si quiere usted declarar algo, tendrá que ser oralmente. A ver, dígame.

Roberto vomitó el contenido del escrito siguiéndolo casi al pie de letra y, media hora más tarde, estaba de nuevo en la calle con una copia del documento que había redactado el secretario judicial y habían firmado, además de él mismo, el juez y Roberto. Ya en la plaza, se sentó en un banco y leyó:

COMPARECENCIA.- En Granada, a 16 de octubre de 1975. Ante S. S.^a Ilma. Con mi asistencia el secretario, comparece D. Roberto Climent Domenech, titular del Documento Nacional de Identidad número 20 875 983, nacido en Denia, el 12 de octubre de 1951, hijo de Roberto y Marina, médico, vecino de Denia con domicilio en la calle Mayor número 11 y, previo juramento que presta en forma, dice: que su esposa, D.^a Julia Ávila Sanz, fue detenida por la Policía el viernes pasado, día 10 del mes en curso, y desde entonces continúa en los calabozos de la comisaría y, como su dicha esposa se encuentra embarazada y casi en el quinto mes de gestación, y ha sido llevada al Hospital de San Juan de Dios por inspectores de la Policía para ser reconocida a causa de haberse sentido con dolores en la espalda y sangrado, tiene el temor de que pueda sucederle algún aborto u otros males por no tener los cuidados que requiere su estado, en razón a lo cual lo pone en conocimiento del Juzgado a fin de que se tomen las medidas oportunas y se puedan cumplir las recomendaciones del médico que la asistió en dicho hospital. Esto expresa y en su contenido se afirma y ratifica y firma con S. S.^a Ilma. Doy fe.

Roberto se puso en pie y empezó a caminar. «Julia, ¿estás bien?, ¿piensas en mí? ¿O estás pensando en Simón? Voy a querer a este hijo, te lo prometo», murmuró.

Cuando estaba ya cerca del despacho de los abogados, pensó que Fernández Aceituno estaría contento: el texto de la comparecencia era casi idéntico al que el abogado le había entregado hacía una hora. Mientras tanto, en el juzgado número uno, la funcionaria de las largas uñas pintadas de rojo tecleaba sobre la Olivetti el texto que le dictaba el secretario judicial:

PROVIDENCIA.- En la Ciudad de Granada a 16 de octubre de 1975. Por verificada la anterior comparecencia, líbrese atento oficio al Sr. jefe superior de policía, con carácter urgente, a fin de que se adopten todas las medidas que sean precisas, sometiendo a la detenida a la correspondiente vigilancia médica, para atender a su salud y al proceso normal de su estado de gravidez. Lo provee y firma S. S.^a Ilustrísima. Doy fe.

Cuando Roberto llegó al despacho laboralista, la sala de espera se había vaciado y fue Sena el que le entregó el escrito preparado para la recuperación del coche, porque Aceituno había salido a comer algo.

—¿No podríais reclamar el coche vosotros? —se atrevió a preguntar Roberto.

—No hace ninguna falta. No te preocupes. Si hace unas horas que te han soltado, no será para volver a detenerte el mismo día, ¿no crees? —respondió Sena. Y Roberto tuvo que admitir lo evidente de la argumentación, aunque evidencia y tranquilidad no se dieron la mano en aquel momento.

En todo caso, como vio que aquel abogado lo tenía muy claro, le dejó el teléfono de la casa de sus padres en Denia, donde le podrían localizar, y salió corriendo hacia la comisaría de la plaza de los Lobos. En menos de diez minutos estaba delante de la puerta. Antes de entrar, se paró a tomar aire, para intentar normalizar su respiración, entrecortada, y controlar un poco el temblor que sentía en las piernas, que le recordaban las pocas ganas que tenía de volver a entrar a aquel edificio del que no hacía aún cuatro horas que había salido.

La cara que puso el gris cuando vio el escrito reclamando la devolución inmediata del 127 hizo pensar a Roberto que aquello que los abogados le estaban obligando a hacer no era muy normal: alguien reclamando algo a la Policía no era una cosa que se viera todos los días. El gris le mandó sentarse a esperar y se fue con desgana con aquel papel, cogido solo por una punta con el dedo índice y el pulgar de la mano derecha, como si pensara que pudiera contagiarle alguna enfermedad. Al cabo de un rato, apareció por las escaleras que venían del primer piso y condujo a Roberto al patio interior en el que estaban estacionados los coches de la Policía y, también, en un rincón cercano al portón de salida, el 127.

—Aquí lo tienes, te abro el portón y te largas.

—Eso es lo que estoy deseando —contestó Roberto, a quien le había vuelto la tranquilidad al aproximarse al coche e incluso las ganas de hacer gala de un poco de chulería.

Abrió la puerta del conductor, se sentó y puso la llave en el contacto. Giró la llave a la derecha, pero el movimiento del bombín no transmitió ni una gota de energía al motor del coche. «¡Mierda, se ha vuelto a quedar sin batería! ¡Joder! ¡¿Y ahora qué hago?!». Llamó al gris, que ya estaba a punto de abrir el portón, y le dijo:

—Está sin batería. ¿Me puede echar una mano, por favor?

—Bueno, si es por favor, a lo mejor sí que puedo —contestó el gris con toda la sorna del mundo—. Espera, que voy a buscar unas pinzas que tiene un compañero en su maletero.

—Gracias —dijo Roberto intentando, sin conseguirlo, que su tono no sonara muy sumiso.

Aquellos minutos se le hicieron eternos, pero lo cierto es que no pasó mucho tiempo hasta que apareció de nuevo el policía con unas pinzas de recargar baterías en una mano y las llaves del coche zeta que estaba aparcado al lado del 127 en la otra. Roberto abrió el capó del 127. El policía hizo lo propio con el del 1500. Las pinzas, conectadas en los pernos de las baterías de

los dos coches, hicieron el milagro. El 127 arrancó. El policía se encargó de desconectar las pinzas y de cerrar los dos capós y, mientras Roberto daba unos tímidos acelerones, para garantizar que el 127 no se parara, abrió también el portón.

Cuando se vio conduciendo el coche y dejando atrás la plaza de los Lobos, Roberto respiró hondo y salió lo más tranquilamente que pudo de aquel dédalo de calles estrechas: primero, Escuelas y luego Málaga, San Jerónimo y San Juan de Dios. Miró al hospital y pensó en cómo iría el embarazo de Julia. ¿Estarían haciendo caso a lo que había dicho el médico? ¿Serviría de algo su declaración ante el juez? Tras llegar a la Gran Vía y girar a la izquierda en la avenida de Madrid, superó la Facultad de Medicina y tomó la curva que, desde la plaza del Cristo de La Yedra, llevaba a la cuesta de la Mora. Entonces puso el casete de Raimon, que todavía estaba en la guantera, y aceleró. Abrió la ventanilla y empezó a gritar: «*Treballaré el teu cos com treballa la terra el llaurador del meu poble*», y, en aquel momento, el cimborrio de cerámica azul de la iglesia de Xàtiva se le apareció, como un brillante bodoque suspendido del cielo, para recordarle el día en que le había cantado esa canción a Julia desde el mirador del pueblo de Raimon y ella le había dicho que quería aprender valenciano. «¿Me enseñarás?», había preguntado. «*T'ensenyaré. Ara mateix comencen les lliçons*», había contestado Roberto y, dejando a un lado la guitarra, la había besado.

Sin parar nada más que a poner gasolina y a tomar un café y una magdalena en El Parador de Puerto Lumbreras, cuando la conducción nocturna que tanto le cansaba le hizo una señal en los párpados, Roberto llegó a Denia cantando «*la nit, la nit és llarga la nit*». Faltaba poco para que dieran las doce. Su madre le abrazó más fuerte que nunca.

Julia había dormido aquella noche un poco mejor que las anteriores, pero se había pasado toda la mañana preguntándose cómo podía ser que sus benéficas gotas de sangre, regalo del hijo que esperaba, sumadas al bendito certificado del médico, no hubieran puesto en movimiento la maquinaria policial, puesto que parecía que seguían sin tener ninguna prisa por llamarla a declarar.

A las cinco y media de la tarde, cuando hacía poco que Roberto se había transformado en Raimon por la Cuesta de la Mora, sacaron a Julia de la celda y la condujeron a su primer interrogatorio, que ella todavía no sabía que iba a ser muy largo. Mientras la subían por las escaleras que separaban el asqueroso patio de las celdas del semisótano de la planta baja, pensó que habría necesitado darse una ducha antes de pisar aquellos espacios, limpiados con

fruición, para poder enfrentar a los de la Social con una dignidad recobrada, una dignidad que se había ido quedando en jirones, enganchados a las paredes de la celda y de la sucia letrina, cada día que pasaba sin lavarse y sin cambiarse de ropa. Y ya iban cinco.

Entró en una oficina luminosa y aséptica del último piso de la comisaría y le pareció que aquellos dos sociales, otra vez distintos a los del día de la detención y también a los que habían practicado el registro en su casa, tenían prisa. Y una cierta esperanza, vestida de verde, se paseó por delante de sus ojos. Le ordenaron que se sentara en una exigua silla de escay, que estaba situada en el extremo opuesto de la mesa de formica que ocupaba el inspector jefe.

El principio del interrogatorio consistió en preguntarle por lo que ya sabían. Y sabían mucho. Mucho más de lo que ella habría podido imaginar en ese momento. De todas maneras, a Julia no le sorprendió lo más mínimo que empezaran por lo obvio. Decir: «Lo sabemos todo sobre ti, nosotros hacemos bien nuestro trabajo», era la primera táctica para que ella sintiera que no había nada que hacer y pensara que lo mejor sería decir que sí a cualquier cosa con tal de que la pusieran en libertad.

—Bueno. Aquí te tenemos. Ya tenía yo ganas de verte la cara —dijo el inspector jefe mirando a Julia de arriba abajo y dedicando más tiempo al examen atento de lo que no era precisamente su cara—. Así que veintitún años, casada, con la carrera de Filosofía y Letras recién terminada e hija de un notario de Alicante y, además, alférez provisional de nuestra cruzada.

—Sí —contestó Julia lacónicamente.

—Alumna de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús de Valladolid, primero, y de las Teresianas de Valencia, después. Un expediente académico brillante y ninguna beca —añadió el inspector jefe mientras parecía consultar el fajo de folios que tenía perfectamente ordenado ante sí.

Ella pensó en ese momento que, por lo menos, no se podían haber dado el gusto de quitarle la beca, como sabía que hacían con cualquier estudiante que disfrutara de una y que pasara por sus manos. ¿A cuántos estudiantes habrían logrado convertir en confidentes amenazándolos con quitarles la beca-salario? El que parecía el jefe continuó:

—Y, digo yo, que qué hace una niña bien como tú metida en estos fregados. Menudos disgustos les estás dando a tus padres, ¿no?

Julia, que ya se había dado cuenta de que el policía no pensaba hacer ninguna mención a su embarazo, pero que lo tenía muy presente, aprovechó la oportunidad para decir que quería avisar a sus padres de su detención. Pero

sus palabras resbalaron sobre las caras de los policías como lo hace la lluvia fina sobre los cristales de las ciudades del norte, así que decidió seguir mirando el sol que entraba por la ventana y guardar todas sus fuerzas para mantener una serenidad que necesitaba intacta. Pensó también que aquellos cristales tan limpios la hacían sentirse mucho más lejos de su celda que los cuatro pisos que la separaban de ella. Y, también en ese instante, tuvo tiempo de darse cuenta de que aquel policía había dado en el blanco y empezaba justamente por lo que más le dolía: su padre y su madre, todavía destrozados por la muerte de su hermano, y ella... Corrió rápidamente la cortina de la memoria y decidió escuchar, con toda la atención colocada allí, en aquel despacho y en aquel hombre que seguía desgranando toda la información que tenían sobre ella. Y era mucha. Era casi toda.

—También tengo aquí que no es la primera vez que te hemos detenido. A ver: el 1 de mayo de 1972, en plena fiesta del trabajo, te detuvimos en Valencia, y el gobernador civil te puso una multa de veinticinco mil pesetas. Parece que tu papá tardó unos días en pagarla, ¿no? —dijo el inspector jefe subrayando con el tono la palabra «papá»—, porque después de las setenta y dos horas de comisaría te pasaste tres días en la cárcel, ¿no? Y eso solo con dieciocho añitos y ya en segundo de carrera. Parece que te gusta darte prisa en todo, ¿no? Con esa edad también te casaste, tengo anotado por aquí, ¿no?

Julia decidió dejar sus labios cerrados, pero pensó que un solo no interrogativo más, dicho por aquel hombre, la podría terminar por sacar de sus casillas. ¡Nunca había soportado a la gente que hablaba con muletillas! También se dio cuenta de que aquel policía, que parecía un jefazo, pensaba insistir todo lo que pudiera en recordarle que tenía un padre y una madre y que ya le había dado tiempo a provocarles mucho dolor. No quería caer en ello, pero la visión fugaz de su padre, llorando, y su madre, indignada, separados de ella por dos rejas, volvió de nuevo en forma de puñetazo, como ya lo había hecho varias veces en los cinco días que llevaba encerrada en la comisaría de la plaza de los Lobos. Ante el mutismo de Julia, el inspector jefe continuó:

—No abras la boca si no quieres, guapita. Total, ya nos lo firmarás todo después. También tengo aquí anotado que te detuvimos en Granada en marzo de 1974, hace poco más de un año, cuando estábamos desarticulando las Plataformas Democráticas dependientes del Partido Comunista. —Y, aquí, Julia, sí que se decidió a hablar.

—Yo no pertenecía a ninguna Plataforma Democrática. La prueba es que me dejaron en libertad y no me pusieron ninguna multa. —El inspector jefe

puso cara de «estamos buenos, esta está más entera que mi madre», y continuó pasando las hojas del grueso dossier.

—También tendrás la cara dura de decirnos que no perteneces a ninguna organización de tipo político o sindical —dijo mirando esta vez hacia el vientre de Julia, como si quisiera maldecirlo.

—Exactamente. Tiene razón. No pertenezco a ninguna organización de tipo político o sindical —contestó ella.

El inspector jefe retiró hacia un lado el dossier y miró fijamente a los ojos de Julia antes de formular la siguiente pregunta:

—Así que ni siquiera has oído hablar en Granada ni en la Facultad del Partido Comunista de España, carrillista, ni de la Junta Democrática ni perteneces a la célula del PCE de la Facultad de Filosofía y Letras ni has formado parte de ningún grupo pro Junta Democrática.

—Así es. De nuevo tiene razón. Nunca he oído hablar de estos grupos. No sabía ni que existieran.

—Pues nosotros tenemos muy claro que nos estás mintiendo como una bellaca, porque tus compañeros han cantado hasta *La Traviata*. Tú no solo estás encuadrada en el PCE, sino que, además, eres una dirigente importante y te has dedicado a captar y adoctrinar a muchos de los que hemos interrogado estos días. Ellos nos lo han contado con todo detalle. Además, también militas en la Junta Democrática.

—Pues no sé quiénes les habrán dicho esas cosas, pero no son ciertas. En absoluto —subrayó Julia sintiendo con alivio que la celda, la sucia letrina y el olor que desprendía no habían logrado acabar con la seguridad de quien sabe muy bien lo que tiene que contestar en un interrogatorio. «Hay que negar hasta la evidencia», decía claramente el documento que había leído una y mil veces para estar bien preparada si la detenían.

—Tú puedes decir misa, pero nosotros sabemos que en tu piso de la avenida de Badajoz ha habido reuniones del Partido Comunista.

—Nunca —afirmó Julia categórica.

—Vale, vamos a dar por bueno eso que dices. —«Por ahora», oyó Julia que decía el joven social que aporreaba la máquina de escribir, mientras que el que hacía las preguntas se acercaba de nuevo el dossier que hacía poco había dejado apartado en un lado de la mesa.

—Pero no nos podrás negar que —y leyó—: «En las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras, tanto en las de la calle Puentezuelas como en las del Hospital Real, has asistido a reuniones y seminarios en los que has impartido

consignas y directrices sobre la actuación de los militantes del Partido Comunista tanto dentro de las facultades como en el exterior».

—Lo niego —dijo Julia secamente.

—Bueno, pues cambiemos de tema. ¿Eres propietaria del vehículo marca Seat 127, matrícula de Granada 7918, letra A, color azul oscuro?

—No, yo no soy la propietaria. Está a nombre de mi marido, Roberto Climent, pero lo usamos los dos.

—Vale. Ya nos has dicho la primera verdad. A lo mejor a partir de ahora podemos empezar a creerte un poco. Y ¿este coche se ha utilizado para algún reparto o lanzamiento de propaganda subversiva?

—No —respondió Julia recuperando los monosílabos negativos.

—Otra mentira —dijo el inspector jefe dirigiendo una mirada cansada hacia el subinspector, antes de continuar—. Y, en el interior del coche, ¿has efectuado contactos y reuniones de tipo orgánico relacionados con el Partido Comunista de España o con su Junta Democrática?

—No —volvió a negar Julia.

—Así que en el coche no. ¿Y en bares u otros lugares públicos o en domicilios de otras personas? —preguntó el social con la voz monótona de quien sabe que tiene que hacer preguntas, pero que no va a obtener respuestas de interés.

—No —siguió Julia en sus trece.

—Y... —Volvió a mirar el dossier—. ¿A cuántas manifestaciones ilegales has asistido en apoyo de reivindicaciones estudiantiles o laborales, con objeto de llevar a la calle y, por tanto, al resto de los ciudadanos, las consignas impartidas por el Partido Comunista de España y su Junta Democrática con intención de politizar cualquier problema que pudiera trascender a la opinión pública, para ir la sensibilizando y concienciando hacia la lucha por el derrocamiento del régimen? —Esta larga pregunta hizo pensar a Julia que los de la Social se sabían muy bien la línea política de su partido. Respondió:

—No he asistido a ninguna.

—Y, en alguna ocasión, con motivo de algún problema laboral o estudiantil, ¿formaste parte de piquetes para intentar paros en sectores laborales o estudiantiles?

—En ninguna ocasión.

—¿Has dado instrucciones para la siembra de propaganda subversiva dentro o fuera de la universidad y has tomado parte en la distribución y siembra de dicha propaganda?

—No.

—¿En cuántas ocasiones has entregado folletos subversivos o cualquier otra clase de libros de matiz marxista para adoctrinamiento de posibles militantes dentro de las directrices y líneas a seguir por el Partido Comunista de España?

—Nunca.

—En alguna ocasión, ¿has recibido de alguna persona propaganda, libros o folletos de matiz marxista? —seguía desgranando sus preguntas el inspector jefe como quien recita por obligación las avemarías de un rosario sabido de memoria y espera los santamarías con el desinterés del que conoce de antemano que serán reiterativos y nada interesantes.

—No.

—¿A cuántas asambleas no autorizadas has asistido? ¿Has dirigido la palabra en ellas a los reunidos?

—A ninguna. Nunca he hablado en público.

—¿Has dado directrices a algunas personas para su actuación en las asambleas y llevado el ánimo de los allí reunidos a la realización de actividades ilegales y subversivas como paros, huelgas, manifestaciones callejeras?

—No, en ninguna ocasión.

—Pero no nos puedes negar que en infinidad de ocasiones has realizado labor de captación, tanto en el ámbito universitario como fuera de él, para el adoctrinamiento marxista a muchas personas y posterior ingreso como militantes en el Partido Comunista de España y su Junta Democrática.

—Me parece a mí que esto ya me lo ha preguntado. Pero se lo vuelvo a contestar. Sí que lo puedo negar, porque no es verdad.

—Pues nosotros sabemos de buena tinta que en diversas ocasiones has intentado y logrado la creación de células y de grupos conjunta democrática, continuación del llamado «Pacto por la Libertad», cuyo origen y patrocinio corresponde al Partido Comunista de España.

—Pues no sé yo cuál será la buena tinta que utilizan ustedes, pero eso tampoco es verdad.

—Así que te atreves a decir que ni siquiera conoces la existencia ni has oído hablar de células del Partido Comunista de España en la Facultad de Filosofía y Letras, en Puentezuelas ni en el Hospital Real, ¿no?

—Exactamente. No he oído hablar de dichas células ni conozco su existencia.

—Y, claro, tampoco sabes quiénes son sus militantes ni sus responsables políticos.

—Tampoco.

—¿Y nunca has tenido contacto de carácter orgánico del PCE con un estudiante de la Facultad de Derecho que pertenece al Partido Comunista de España?

—Nunca —dijo Julia, pensando que seguro que la habrían seguido muchas veces hasta la Facultad de Derecho.

—En alguna ocasión, ¿has colocado carteles de carácter subversivo en la Facultad de Filosofía y Letras, en Puentezuelas o en el Hospital Real?

—No.

—¿Has salido de España en alguna ocasión?

—Sí. He estado una vez en Francia.

—Bueno. Estamos de enhorabuena. Otra verdad. Pero a medias, claro. Porque nosotros sabemos que has estado más de una vez en Francia. Pero hablemos por ahora de la primera. ¿No es verdad que, con motivo de tu primer viaje a Francia, introdujiste clandestinamente libros de matiz marxista y de curso ilegal y posteriormente los has entregado a militantes del Partido Comunista de España para su estudio y adoctrinamiento?

—Solo he estado en Francia en una ocasión, en agosto de 1971, con Roberto, el que es mi marido ahora y era entonces mi novio, pero no introduje en España libros ilegales. —El inspector jefe miró hacia la ventana como intentando buscar alguna distracción que le ayudara a no perder los nervios y, después de suspirar profundamente, hizo la siguiente pregunta:

—¿Has asistido a reuniones de tipo orgánico del partido con los responsables políticos de las distintas células del PCE en las Facultades de Medicina, Derecho y Filosofía y Letras?

—No.

—¿Sabes de la existencia de una célula del PCE en la Facultad de Ciencias y quiénes son sus componentes y su responsable político?

—Ya le he dicho antes que es la primera vez que oigo hablar de células del PCE. Por lo tanto, no puedo saber de su existencia en la Facultad de Ciencias y no puedo conocer a su responsable ni a sus militantes. —Otra mirada del inspector jefe hacia la ventana y hacia el subinspector, otro suspiro, y la siguiente pregunta:

—En alguna ocasión, ¿ha ido a tu casa algún estudiante por motivos orgánicos del partido y le dijiste que se marchara porque había otras personas en otra habitación y no podías atenderlo en aquellos momentos?

—No —contestó Julia, pero esta vez pensó que alguien estaba cantando hasta los detalles más nimios. Y las imágenes de las torturas que habían

denunciado hacía más de cuatro años sus compañeros de Valencia volvieron a pasar, con los tonos apagados de las *Pinturas negras*, de Goya, por delante de sus ojos que, pese a todo, lograron permanecer serenos.

Y siguieron las preguntas y las negativas de Julia: sobre la Junta Democrática, sobre su organización y estructura como un pacto del PCE con las demás fuerzas de oposición con el fin de derrocar el régimen, sobre la entrega a otros estudiantes de propaganda de carácter subversivo, sobre si había esparcido esa propaganda sobre las mesas y las sillas de la Sala de Estudio de la Facultad de Filosofía y Letras. Y, a partir de aquí empezaron a sonar los nombres propios y las preguntas sobre si conocía a esas personas y si tenía relación de amistad con ellas. Julia todavía no sabía que muchos de esos nombres eran precisamente los de los camaradas del PCE y los compañeros de otros grupos políticos de la facultad que no habían soportado la presión y las palizas, y lo habían cantado todo sobre ella. Todo. Eso lo sabría al día siguiente porque ahora, cuando ya llevaban dos horas de interrogatorio, pasaron a otro tema: el registro que habían efectuado hacía cuatro días en su casa. Lo primero que hicieron fue leerle la larga lista incorporada en el acta. Julia se encontró de repente muy cansada y decidió decir la verdad. Aquello no podría traerle ningún problema en el juicio. Lo sabía. Así que dijo que todos los libros eran de su propiedad excepto los titulados *Cuba 68* de Santiago Carrillo y un librito con pasta roja titulado *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*.

—Entonces, ¿por qué se encontraban en tu domicilio? Porque así aparece en el acta de registro que te acabamos de leer y que está firmada por dos de tus vecinas, que actuaron como testigos.

—Pues no lo sé, porque no son míos ni se encontraban en mi casa cuando me detuvieron.

—¿Qué nos quieres decir, que ha sido la Policía la que ha introducido en tu domicilio esos libros ilegales? No te atreverás, ¿no?

—Me afirmo en lo que he dicho en la respuesta anterior. He dicho que no lo sé. Creo que ha quedado bien claro —volvió a recuperar las fuerzas Julia.

Y, aquí, volvió a salir la familia, porque el inspector jefe preguntó a Julia que de quién eran los libros *L'Economie de l'URSS* y *La République Democratique Allemande* que tenían el nombre escrito a mano de José Ávila Sanz, su hermano abogado, y, en uno de ellos, el primero, también aparecía escrito a mano: «Francia, agosto de 1966». Julia respondió que pertenecían a su hermano José y notó que el agotamiento volvía a hacer mella en sus respuestas. Cuando creía que no iba a poder aguantar más, la hora de la cena

de aquellos policías vino en su auxilio y, a las diez de la noche, Julia fue devuelta a su celda.

Cuando sonó el cierre del candado y se vio dentro de aquel minúsculo espacio, hizo balance y pensó que había logrado, a pesar de la suciedad y las arrugas de su vestido de cretona, desempeñar bastante bien su papel. Se tumbó en el camastro e intentó dormir. Lo consiguió casi al instante y durmió profundamente, pero se empezó a agitar al cabo de tres horas —«mi madre, mi padre, no...»— y ya no logró controlar su mente. Una especie de caballo desbocado —«mi padre, mi madre, no...»— empezó a recorrerla sin dejarle tiempo ni para tomar un poco de aire.

Mi padre, mi madre, no mi madre, mi padre, papá, madre, mamá, padre, Dionisio, Florita, qué es mejor, qué es peor. Se van a enterar, imposible que no se enteren, son ya demasiados días. No quiero riñas, no quiero lágrimas, no quiero más visitas entre rejas en muros blancos sin ventanas, muros blancos en penumbra, casi sin luz, solo una luz a tres metros entre rejas. No quiero más lágrimas en los ojos de mi padre, Dionisio de ojos grandes a dos rejas de distancia. No quiero rejas entre nosotros, no quiero su dolor callado, no quiero lágrimas. No quiero la irritación ruidosa de mi madre, Florita de boca roja fruncida más allá de las rejas. Que no se enteren, por favor. Que no vengan, por favor. Es imposible: se van a enterar, son ya demasiados días. Habrá lágrimas calladas de mi padre, impregnaré de miradas sus lágrimas, las secaré con mis ojos a tres metros de distancia, a tres metros de rejas de distancia. Habrá riñas sonoras de mi madre, habrá miradas tristes de mi padre, habrá miradas de ira de mi madre, habrá vergüenza de tener una hija así, entre rejas. Todo repetido otra vez. Yo sin resuello, el pecho hundido. Mandarán a mi hermano Dionisio. Sí, mejor, mi hermano mejor.

—Tienes visita —me dirán, como en el colegio.

Y yo tendré tierra en la garganta, la boca como cosida. Hasta que estalle, porque estallaré, me conozco, estallaré con él, perrito faldero de mi madre, voz que dice sus palabras como si fueran nuevas. Pero son las de siempre, las de siempre, más viejas que las de siempre. Por lo menos, que no venga solo, que venga con Isaías para que me dé besos que no sean de Judas.

—No has cambiado —me dirá el perrito faldero—. No cambiarás nunca —me dirá—, no has cambiado ni esperando un hijo —me dirá.

—Hazlo por él, Julia —me dirá—, cambia por él, Julia —me dirá.

Pero yo no cambiaré. Por él, por él seguiré adelante. Estamos trayendo un mundo que no nos cabe en la boca. Vaciamos de tierra nuestras bocas para dejarle sitio, cambiaremos el mundo con los ojos abiertos, con las nuca cubiertas de arena de la playa. Para ti, para nosotros, para todos. Queda poco, queda mucho, no queda nada, queda todo. Se enterarán, es imposible que no se enteren, son demasiados días, vendrán o mandarán a mi hermano. Dionisio como mi padre, fascista como mi madre.

—Tienes visita —me dirán, como en el colegio. Tierra en la garganta, boca como cosida. Hasta que estalle:

—Déjame en paz —le diré—, no te das cuenta de que yo no soy la culpable, no se te ocurre pensar más allá de los Pirineos. Tú has viajado, tú has visto que en otras partes no es así. Nosotros también merecemos otro mundo y nos tendréis que dar las gracias por traerlo, espero que seáis agradecidos. Nuestro mundo no será solo para las Floritas ni para ti, sino para todos, para todos los que tenemos las nuca cubiertas de arena de la playa.

»Vete a la playa, desnúdate de tus prejuicios, date un baño, disfruta, canta, salta, corre, vuela. Yo lo haré muy pronto, también contigo, si quieres. Diles que estoy bien, —le diré al perrito faldero—, que no se preocupen —le diré—, que los quiero —le diré—, que su proyecto de nieto está bien —le diré—, que ya le acaricio por encima de mi carne —le diré—, que está contento —

le diré—, que no sufre —le diré— y que ya me ha dicho que a su nuca también le gustará estar cubierta con arena de la playa.

Simón no pudo oír el grito apagado que dio Julia en la celda, aunque estaba cerca, a diez metros de distancia. No pudo oír el grito de Julia porque él sí que dormía. Lo hacía con el sueño pesado de quien se ha quedado dormido llorando y no quiere despertar más. Si no despertaba, conseguiría escapar de la consciencia y del recuerdo de la noche anterior en la que, sin saber muy bien por qué, se había derrumbado al primer bofetón. Después de lo que llevaba aguantado en los siete interrogatorios a los que le habían sometido en aquellos cinco días, de la cantidad de declaraciones que le habían leído y que le habían hecho comprender que ya lo sabían todo, de la cantidad de golpes que le habían dado varios sociales al tiempo atacándolo por la espalda y obligándolo a tener las manos apoyadas en la pared; un simple bofetón, que había conseguido que su oído empezara a sangrar, le había bastado para darse cuenta de que ya no podía más. También había ayudado a derrumbarle la lectura de las muchas declaraciones que habían hecho sus compañeros de facultad y que parecían haberlo cantado todo. Él salía en muchas de ellas. Y Julia también.

Y pasó lo que ya sabía que pasaría, porque lo había leído en aquel folleto: una vez que empezó a hablar ya no se pudo callar nada. Supo que aquellos policías también lo sabían, porque su torturador abandonó el despacho con la mirada orgullosa de quien es consciente de que ha cumplido con su cometido. A partir de entonces, fueron otros dos policías los que siguieron con las preguntas. Y Simón contestaba con la verdad. No fue capaz, ni siquiera, de meter alguna pequeña mentira entre toda aquella verdad. Incluso les dijo cosas que ellos insistían en oír, aunque no fueran del todo ciertas. Lo único que quería era que le dejaran en paz, acabar ya de una vez con aquello.

Cuando le empezaron a preguntar por Julia, intentó hacer una excepción con ella. Pero tampoco pudo. Y habló. Les contó que había conocido a Julia en el mes de febrero del curso anterior, hacía unos nueve meses, en unos seminarios celebrados en la Facultad de Filosofía. Había sido en esos seminarios cuando Julia y él se habían hecho amigos y habían empezado a hablar de política. Les dijo que Julia le habló del marxismo y de la línea política del partido y que, además, empezó a pasarle panfletos y periódicos. El que más veces le había pasado era *Unidad*, órgano del Comité Universitario del Partido Comunista de España. También le había pasado *Mundo Obrero* y, en alguna ocasión, *Granada Roja*. Les dijo cómo, después de leer estos periódicos, Julia los comentaba con él. Para que se fuera formando, le decía.

También les dijo que, al cabo de un tiempo, empezó a ver a Julia casi a diario y que ella le hablaba de la Junta Democrática, un pacto del PCE con las fuerzas políticas de oposición al régimen, y de las posibilidades que ofrecía esta alianza para derrocar a Franco y devolver la democracia a España. Les contó cómo él intentaba rebatir esa idea, porque no creía que aliarse con los grupos burgueses tuviera algún tipo de ventaja. Pero ella estaba mucho más formada, les dijo, y terminaba por convencerle y dejarle sin argumentos. También les contó que, poco después, empezó a ir casi a diario a casa de Julia y que ella le convenció para que se integrara en el PCE. Y no solo les dijo todas esas verdades, sino que también empezó a decir que sí a cualquiera de las cosas que le preguntaban aquellos dos policías de la Social. Llegó a decirles que sí, que, como ellos decían, en casa de Julia había tenido reuniones en las que también participaban Dolomitas, Javier y Paco y su novia, de la que no recordaba el nombre. Y eso no era cierto. Las normas de seguridad del partido impedían las reuniones entre militantes de facultades diferentes. Pero a ellos no les importaba un rábano y le insistían. Y Simón les decía lo que querían oír. Ya no le importaba nada. Entre las cosas que no eran ciertas, les siguió diciendo verdades: que, en las reuniones, Julia les daba consejos y consignas para la actuación de cada uno de ellos en la agitación y propaganda. Que Julia les daba las consignas concretas, en las reuniones de la célula de Filosofía y Letras, para cada una de las asambleas de facultad y los aleccionaba sobre cómo apoyar las intervenciones favorables a la línea política del partido y cómo rebatir los planteamientos políticos de los otros grupos que también actuaban en la facultad y que los consideraban a ellos unos moderados, unos asquerosos revisionistas. También les dijo que, cada vez que él intervenía en una asamblea, Julia le observaba y, después, le daba consejos sobre las formas y maneras de intervenir ante el público a fin de captar la atención de los asistentes: le aconsejaba que hablara más despacio, más reposado y sin exaltarse. Confesó también ante aquellos policías que Julia les pasaba las citas, las instrucciones y las consignas para las manifestaciones ilegales y para la confección de los carteles que iban a colocar en la facultad. También les dijo que, junto con Julia, había repartido los periódicos *Unidad* y *Mundo Obrero* entre los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, para su lectura y «adoctrinamiento». Simón había llegado incluso a utilizar las palabras que les gustaban a los de la Social. Y les contó cómo dejaban esparcidos estos periódicos por las mesas y sillas del aula de estudio de Puentezuelas. También reconoció ante ellos que el 2 de mayo había formado parte de un piquete de huelga para conseguir que los obreros de la

construcción parasen en solidaridad con los enclaustrados en la Curia y que, también aquella vez, había sido Julia la que les había dado las consignas.

De lo que no les habló fue de aquel día de finales de abril, que ya olía a azahar y hierbabuena, en que Julia le había venido a buscar a la puerta del Hospital Real, donde se acababa de celebrar un concierto de la Orquesta de Cámara de Bucarest organizado por el Comité de Cultura de Estudiantes. Julia estaba tan ocupada que casi nunca podía venir a ninguna de aquellas actividades culturales, pero aquel día apareció por allí con el 127 y se fueron unos cuantos de vinos por el Albaicín. Terminaron en la pequeñísima casa de Susi y Mariajo, en la calle del Gran Capitán, y, ya muy tarde, Julia empezó a repartir con su coche a todos los que cupieron en él, dejándolos a las puertas de sus casas. Simón quedó para el final. La Gran Vía era paso obligado de Julia en su camino hacia la Chana. A la puerta de la casa de Simón siguieron hablando todavía un poco y, cuando él le fue a dar un beso en la mejilla, para despedirse, un leve movimiento de la cabeza de Julia permitió que se encontraran sus labios. Después de aquel beso, Julia le preguntó: «¿Te apetece venir a mi casa?». «Me apetece, me apetece, claro que me apetece». Y así empezó Simón a conjugar, por primera vez con Julia, aquel verbo que él utilizaba tan poco y que, como sabría más adelante, ella conjugaba como nadie, pues, cuando lo decía, parecía que había leído sus deseos incluso antes que él.

Al día siguiente, 16 de octubre, a las nueve en punto de la mañana, bien dormidos y con un café doble cada uno flotando en sus estómagos, el inspector jefe y el subinspector Castellano volvieron a ocupar sus asientos y retomaron el dossier de Julia, que ya tenían muy estudiado. El subinspector salió un momento para ordenar que subieran de nuevo a la detenida y volvió con más papeles, algunos de ellos enrollados en forma de tubo y pegados en su centro con un poco de celo. Julia apareció en la puerta del despacho acompañada de un gris y con los ojos más rojos y las ojeras más pronunciadas que la tarde anterior y, mientras ella observaba aquella mesa llena a rebosar con sus libros, sus carpetas y sus papeles, que no le habían puesto hasta entonces ante la vista, los sociales se miraron con la complicidad de los que esperan que en esta ocasión tendrán más suerte.

—Siéntate —dijo el inspector jefe a Julia, sin darle los buenos días, mientras el subinspector ocupaba su puesto ante la máquina de escribir—. A ver si hoy colaboras y te podemos soltar ya, como hemos hecho con tu maridito. Porque tendrás ganas de verte en la calle y encontrarte con él, ¿no? —preguntó, como si quisiera meter en sus palabras la sombra de una duda.

Julia no dijo nada y el inspector jefe continuó:

—Bueno. Tengas o no ganas, me parece a mí que no te va a resultar fácil encontrar a Roberto Climent. Ha salido pitando con el 127. Creo que no te ha esperado. A saber dónde estará ahora. Vaya marido que te has echado, criatura de Dios.

—Eso es cosa mía, ¿no cree? Así que será mejor que no opine.

Pensó en que Roberto ya estaba libre y se alegró. Pero no se atrevió a alegrarse del todo. No estaba segura de en qué condiciones habría salido ni de qué habría tenido que darles a cambio de una libertad que ella todavía no tenía. ¿Y Dolomitas? ¿Estaría también fuera? Decidió no verbalizar las preguntas. Sabía que eso les gustaría y no estaba dispuesta a darles ni la más mínima ventaja.

Los policías volvieron a los nombres de la tarde anterior. Esta vez con una rapidez vertiginosa. Julia hacía grandes esfuerzos, mientras contestaba, para recordar exactamente lo que les había dicho. No quería contradecirse y darles la baza de llamarla mentirosa e insistir. Pero aquellos policías parecían tener cada vez más prisa y hacían aquellas preguntas como si buscaran un azar que consideraban casi imposible dada la entereza que mantenía la detenida. El subinspector escribía a velocidad de vértigo todo lo que ella iba diciendo, sin insistir en las preguntas. Julia, extrañada, pensó que parecían tener un as bajo la manga.

—¿Conoces o tienes algún tipo de amistad, bien de tipo orgánico del partido, o bien personal con Francisco Blanco Aparicio, estudiante de quinto curso de la Facultad de Filosofía y Letras, rama de Historia? —preguntó el inspector jefe.

—Tengo amistad con Paco desde el primer curso que hice en Granada. Es uno de mis mejores compañeros de facultad: pero no mantengo con él ningún tipo de relación o contacto orgánico del partido —repitió Julia lo que ya había dicho la tarde anterior.

—¿Conoces a Javier Gómez Santiuste, a Francisco La Carolina Valverde, Simón Granados Avilés, José Miguel Cuadrado Llorca, que son estudiantes de tu facultad? —Oír el nombre de Simón, por el que no le habían preguntado todavía, la puso en alerta, pero logró disimular su sorpresa.

—Los conozco de la misma manera que conozco a Paco, solo como compañeros de la facultad.

—¿Conoces a Susana Picazo Las Heras, María Dolores Cuadra García, Isidro Sánchez Gómez, Juana Pérez Pérez, Horacio Masat Alamar y María Rosa Pérez Corencia, también de tu facultad?

—Conozco a Susi y a Lola, pero no conozco de nada al tal Isidro ni a Juana ni a los demás. Por lo tanto, es evidente que no tengo con ellos ningún tipo de relación de amistad. Quizás los haya visto alguna vez por los pasillos, si son de mi facultad, pero no me suenan de nada.

—¿Conoces a José Gómez Monereo, estudiante de la Facultad de Derecho?

—No lo conozco de nada.

—¿Y a Dolores Fernández Pérez, estudiante de primer curso de Matemáticas en la Facultad de Ciencias?

—Conozco a Dolomitas y tengo amistad con ella. Quizá no sepan ustedes que estaba en mi casa el día en que nos detuvieron —Julia miró directamente a los ojos al inspector jefe y se enderezó en la silla—. De hecho, hemos vivido juntas en el mismo piso durante el curso pasado. Lo digo por si no lo saben, ustedes que presumen de saberlo todo.

Los dos sociales se miraron y centraron la vista en aquella mesa llena de papeles a rebosar. Acercaron a Julia una carpeta de color marrón, tamaño folio, que, en cuarto curso, había utilizado para guardar los apuntes de la asignatura que menos le había gustado de toda la carrera. Julia reconoció que era su letra con la que estaba escrita la palabra «Diplomática» en la tapa, con rotulador negro. Sabía que su contenido actual no tenía nada que ver con los documentos de las cortes medievales y renacentistas que tanto la habían aburrido. Recordaba perfectamente que, en cuanto aprobó esa asignatura, tiró a la basura todos los apuntes que había tomado, cosa que no había hecho con ninguna de las demás de la carrera, y que la había aprovechado para otros fines.

—Bueno, y si esta carpeta es tuya, puesto que has reconocido que es tu letra la que aparece en la tapa, ¿qué nos dices de los panfletos y folletos que hay dentro?

Julia no hizo el más mínimo gesto de abrir la carpeta y guardó silencio.

—Parece que sigues en tus trece, ¿no? Pues te refresco la memoria —dijo el inspector jefe abriendo él la carpeta y esparciendo sobre la mesa los papeles que había en su interior—. Aquí hay panfletos firmados por el Comité Provincial del PCE de Sevilla, por el Comité Universitario del PCE de Granada, por el Comité Provincial del PCE de Granada, por el Comité Central de PCE, por el Comité Provincial del PCE de Alicante, por la Unión de Juventudes Comunistas de España, por el Comité de Alcoy del PCE... Bueno, no creo que haga falta que siga, ¿no? Lo tuyo deben ser las relaciones interprovinciales, ¿no? A ver, ¿qué hacían todos estos panfletos en tu casa?

—La carpeta sí que es mía y estaba en mi casa, pero todo eso que hay dentro no es mío. No lo había visto en mi vida.

—¿Tienes un hermano que estudia en Alcoy peritaje industrial?

—Sí. Mi hermano Emilio.

—Y este periódico subversivo y clandestino, *Venceremos*, órgano del Comité de Alcoy del Partido Comunista de España, de marzo de este año, y que hemos encontrado en tu domicilio, dentro de esta carpeta marrón, ¿no te lo habrá dado tu hermanito?

—Nadie me ha dado ese periódico. Nunca lo he tenido ni en mi casa ni en ningún sitio.

Con gesto de aburrimiento, el inspector jefe empezó a desenrollar los papeles en forma de tubo que estaban encima de la mesa.

—¿Y los pósteres que hemos encontrado en tu casa? Este, por ejemplo, del Che Guevara, o este, de Salvador Allende o este con el poema que dice, a ver ¿qué dice?: «Este poema es un número que no tiembla por las calles» —leyó el inspector jefe mientras el joven subinspector le ayudaba a desplegar el último rollo blanco—, ¿tampoco son tuyos?

—Sí. Los pósteres sí son míos. Los compre en la facultad a unos chicos. —Julia sabía que por los pósteres no la podrían acusar de nada.

—¿Y este bote de tinta tipográfica Kores, que es la que se emplea para la confección de propaganda a multcopista y que es la que utilizáis para vuestras vietnamitas?

—Ese bote no es mío y no estaba en mi casa en el momento de mi detención.

Con un gesto de cansancio aún mayor asomando a sus labios, el inspector jefe decidió cambiar de tema y de montón de documentos.

—Lea, lea, subinspector.

—Francisco Blanco ha declarado: «Que desde hace dos años aproximadamente se encuentra encuadrado orgánicamente en el PCE. Que fue captado para dicho partido por Julia Ávila Sanz, estudiante de quinto curso de Filosofía y Letras, rama de Historia».

—Me parece a mí que esa eres tú, ¿no? —dijo el inspector jefe mirando hacia Julia—. Siga, subinspector.

—Sigo: «Que siempre ha dependido orgánicamente de la citada Julia Ávila Sanz». —El subinspector hizo una pausa como quien intenta crear tensión, pero Julia no se movió.

—Siga leyendo lo que tenemos marcado, subinspector. Parece que Julia Ávila necesita oír más cosas. Porque Francisco Blanco dice muchas más

cosas de ti, ¿sabes? —Julia continuó mirando por la ventana hasta que oyó el ruido seco que hizo una hoja de papel al girarse. Comprobó que la declaración de Paco tenía, por lo menos, ocho folios. Le parecieron muchísimos, pero, intentando no exteriorizar su sorpresa, volvió de nuevo la vista hacia la ventana.

—En la página siguiente dice: «Que la verdadera responsable de la célula del PCE de la rama de Historia de la Facultad es Julia Ávila Sanz y que la citada célula de Historia está integrada por Julia Ávila Sanz, como responsable política, Susana Picazo Las Heras, como responsable de información, y María Dolores Cuadra García, como responsable de cotizaciones y finanzas, también estudiantes de la misma facultad».

—Más otros nombres que ahora no nos interesan —cortó la lectura el inspector jefe. Julia seguía enfrascada en la ventana y en la copa del ciprés que se columpiaba tras ella. Hacía viento—. Siga.

—«Que existen, dentro de la Facultad de Filosofía y Letras, otras dos células dependientes del PCE, una en la rama de Románicas, cuyo responsable es Isidro Sánchez Gómez, estudiante de primero de Románicas, y otra en el Hospital Real, de la que es responsable política Julia Ávila Sanz».

—A ver, vaya usted a lo que tenemos marcado en la página cinco, subinspector.

El ruido de los folios que pasó aquel policía se volvió a oír, pero, esta vez, la mirada de Julia no se desvió ni un ápice de la copa del ciprés.

—Aquí lo tengo: «Que está constituido un comité de célula a nivel superior, que es el que coordina y enlaza las células antes mencionadas, estando este comité integrado por Isidro Sánchez Gómez, Julia Ávila Sanz y el declarante, siendo su responsable político, hasta finales del curso pasado, Julia Ávila Sanz».

—A ver, lea ahora lo que dice en la página seis respecto a la propaganda ilegal.

—Aquí está, señor:

Con respecto a un papel aparecido en su domicilio, en el registro efectuado, y escrito de su puño y letra, dice el declarante que él tenía la misión de buscar los lugares y el horario adecuados para la siembra de propaganda subversiva. Que, una vez establecidos los lugares y horarios, tenía que ir al bar Tulipán Negro, sito en el cruce de la calle Sol con pintor López Mezquita, donde le entregarían la propaganda para que la repartiera, lo que hacía en el coche de algún camarada, que, muchas veces, era el coche de Julia... Que, en algunas ocasiones, en unión de Julia Ávila Sanz, ha puesto carteles en la Facultad de Filosofía y, en un par de ocasiones, en el Hospital Real. Que, en unión de los componentes de su célula, ha tomado parte en siembras de propaganda subversiva, muchas veces en pareja con Julia. Que esta propaganda a veces iba firmada por el Comité Provincial de Granada del PCE y, en otras ocasiones, no llevaba firma. Respecto a los diversos folletos y publicaciones de carácter clandestino, firmados por el Partido Comunista de

España y el Partido del Trabajo de España, antes Partido Comunista de España (Internacional), que se encontraron en su domicilio cuando se efectuó el registro, dice que le fueron entregados en varias ocasiones por Julia Ávila... Que, respecto a los libros de curso ilegal, igualmente encontrados en su domicilio, la mayoría de ellos se los entregó Julia, que cree que los había traído en alguna ocasión de Francia...

—¿Sigo, señor?

Julia se distrajo un momento pensando de dónde habría sacado Paco aquellos folletos del PTE que ella nunca le había dado. ¡Qué calladito se lo tenía! Pero decidió que no era momento de elucubraciones y volvió a centrarse en lo que decían aquellos dos policías.

—No. Deje eso ya y lea lo que ha declarado Francisco Blanco de las cuotas.

—Aquí está, señor: «Que ha cotizado para el PCE ciento cincuenta pesetas mensuales desde su ingreso en el mismo, al igual que todos los componentes de su célula. Que esta cantidad la entregaba directamente a Julia Ávila Sanz o a José Gómez Monereo».

—Y ¿lo que dice de las reuniones en la última página?

Que las reuniones de tipo orgánico del partido se celebraban por indicación de Julia y en el domicilio de la misma, sito en esta capital, avenida de Badajoz, bloque número uno, piso séptimo, puerta D, y que, otras veces, en el coche de la citada, se iban al campo, a la carretera de la Sierra o a algunas ventas de la carretera de Santa Fe, como la llamada La Pulga... Que, a otras reuniones, las del Comité de Célula, solamente asistían Julia, Isidro y el declarante, y que estas se realizaban en algunas ocasiones de forma rápida en el coche de Julia Ávila... Que ha asistido a otras reuniones de tipo orgánico, a las que han concurrido los responsables políticos de las distintas células de Medicina, Derecho y Filosofía, respectivamente representados por Fernando Almenar, José Gómez Monereo, Julia Ávila Sanz y el declarante. Que el responsable de Ciencias no asistía porque, al parecer, era Julia Ávila la encargada de aquella facultad.

«¿Yo encargada de la Facultad de Ciencias?, pero ¿qué te habrán hecho, Paco, para haberles dicho cosas que no sabes?». Julia seguía mirando por la ventana, quizás a la búsqueda de un rayo de sol, que aquel día se resistía a asomar. Cuando vio que habían llegado al final de lo que le pensaban leer, se dio cuenta de que de la única persona de la que no había dicho nada Paco, al que conocían en la facultad como el Masero porque siempre que intervenía en las asambleas hablaba de las masas, era de su hermano Miguel, escolapio y todavía más guapo que él. Julia había ido muchas veces en su coche con Paco, ya casi de noche, a guardar la vietnamita en uno de los cuartitos subterráneos de los muchos que tenía aquel convento, y a la vez colegio, del paseo de los Basílios. Miguel les abría la puerta y los conducía, a través del claustro, con sus paredes llenas de baldosines multicolores, hacia la esquina opuesta a la de la puerta del zaguán de entrada y, desde allí, entraban en un pequeño recibidor en el que se abrían las escaleras que llevaban a aquel semisótano alargado

lleno de pupitres y sillas apiladas. Alguna vez, incluso, los había dejado imprimir los panfletos allí.

—Bueno, ¿qué nos tienes que decir? Ya ves que Francisco ha decidido colaborar. Creo yo que deberías hacer lo mismo porque, solo con esta declaración, ya tendríamos suficiente para que te cayeran unos cuantos añitos y, encima, tenemos muchas más. Si colaboras, el juez de instrucción lo tendrá en cuenta y te rebajará la petición de pena.

—Como ya les dije ayer, conozco a Paco porque es compañero de facultad y es un buen amigo mío. Hemos estudiado juntos muchas veces, pero no es cierto nada de lo que ha dicho en su declaración —respondió Julia sin ni siquiera mirarlos.

Siguieron con la declaración de Dolomitas, que Julia escuchó ya sin sorpresas. Pobre Dolomitas, qué mal lo estaría pasando, con lo miedosa que era. Tan bajita, tan regordeta, con su pelo encrespado que no lograba dominar, con los sujetadores que usaba para recoger sus enormes pechos, que parecían sacados de una tienda de lencería de los años cuarenta. Dolomitas había firmado que, con Simón Granados Avilés, Javier Gómez Santiuste y Francisco La Carolina Valverde, además de con Julia Ávila Sanz, formaba parte de un grupo o célula de la llamada Junta Democrática. Que dicho grupo se había constituido aproximadamente en el mes de marzo de aquel año 75 y que solían celebrar las reuniones en el domicilio de Julia, con la que ella convivía. Llegó a decirles que se reunieron por lo menos unas veinte veces. «¿Tantas, Dolomitas?, ¿estás segura? Parecen muchas para los cuatro meses que van de marzo a junio, ¿no?», pensó Julia. Afirmó también que, en las reuniones, Julia, teniendo a la vista un programa de la Junta Democrática, explicaba o comentaba cada punto o cláusula del mismo, exponía su opinión acerca de la necesidad de que en España se formara un gobierno provisional para que el pueblo, mediante elecciones libres, eligiese la forma definitiva, esperando que en tales elecciones ganara el PC y, de esta forma, se instaurase en España un régimen de tipo socialista. Declaró que, en aquellas reuniones, era Julia la que señalaba las directrices que debían seguirse en las asambleas de curso y que les aconsejaba que cada uno interviniese una sola vez, con objeto de no infundir sospechas de que seguían consignas. Les dijo que Julia les explicaba que la forma de expresarse debía ser natural, reposada, sin nerviosismo y en el tono más convincente posible. Y que les indicaba, en cada caso concreto, la conveniencia o no de apoyar o defender las reivindicaciones de los PNN, de votar o no la huelga o de desalojar las facultades. También les daba consejos acerca de la actuación de los componentes de la célula en caso

de manifestaciones e indicaba las palabras o frases que tenían que gritar en ellas. En las reuniones, Julia, además, facilitaba ejemplares de *Mundo Obrero* y *Unidad*, y explicaba y comentaba el contenido de los mismos. Era la responsable de la célula. En la práctica, estaban totalmente sometidos a su dirección. «Ay, sometidos, sometidos, Dolomitas, seguro que esa palabra te la han puesto ellos en la boca durante el interrogatorio. No te pega nada». Y seguía diciendo que también conocía, por los datos facilitados por Julia en el transcurso de las reuniones, que la finalidad de la Junta Democrática era el derrocamiento del régimen, para lo que se había efectuado una alianza entre el PCE y varios frentes o fuerzas de oposición con el fin de conseguir, conjuntamente, el citado objetivo. Que esta alianza o unión era conocida, según creía recordar, como Pacto por la Libertad...

Julia llegó a enternecerse al darse cuenta de que Dolomitas les había dado un curso de formación política acelerado a aquellos sociales y se le escapó una sonrisa, que fue rápidamente teñida por el sol que entraba por la ventana. ¿No se daban cuenta aquellos policías de que hubiera sido mejor interrogarla en un despacho sin ventanas? Aquel sol le daba fuerza, porque parecía estar allí para recordarle que aquella situación, al fin y al cabo, pasaría. «*Siete una persona solare*», le había dicho, en el campo del Príncipe, aquel joven arquitecto italiano que había traído Mateo Revilla a dar un seminario sobre el GATEPAC al auditorio de Banco de Granada en la Gran Vía. Y, desde aquel día, Julia pensaba que era una pena que la palabra solar, en castellano, fuera un sustantivo que sirviera para denominar un espacio vacío, destinado a la construcción de casas, en lugar de un adjetivo para describir a las personas.

—Que ya en Granada —seguía leyendo el subinspector—, en casa de Julia, esta le recomendó que leyera obras de Marx, Engels, Lenin... Y también le proporcionó ejemplares de *Unidad*, *Mundo Obrero* y *Granda Roja*. Que, simultáneamente, empezó a hablarle de temas políticos, siempre tratando de imbuirle ideas de tipo comunista...

Julia recordó a Dolomitas llegando con su pequeña maleta a la casa de La Chana. Su padre, un comunista que había estado exiliado en Francia desde el final de la guerra y había vuelto a Cúllar Baza aprovechando el indulto dado por Franco en 1963 por la coronación del Pablo VI, había conseguido, a través del partido, que Julia acogiera a Dolores en su piso durante su primer año de facultad. Así la concienciaría, le había dicho aquel luchador con el pelo cortado a cepillo y bastante brusco, que casi siempre lograba imponer sus deseos como si fueran órdenes. Y fue verdad, Dolomitas se concienció. Y, a pesar de su timidez, participó, de la mano de Julia, en la lucha estudiantil.

Aquí estaban las consecuencias: ahora, Dolores había sido detenida por segunda vez. Y también ella había implicado a Julia en su declaración. ¿Qué pensaría su padre ahora?

—La declarante quiere hacer constar que, el día 2 de mayo del año en curso, se encontró, en el camino de Ronda, a Julia Ávila Sanz formando parte de un piquete, que se dedicaba a recorrer las obras incitando a los obreros a declararse en paro en solidaridad con otros obreros que se hallaban encerrados en la Curia. Que ella se unió al piquete, recorriendo solo dos obras, pues al parecer ya venían de otras varias. Que este piquete estaba formado, además de por Julia, por Simón Granados Avilés...

A Dolomitas la habían detenido aquel día. Julia había conseguido escapar.

«Dolomitas, que todavía no hemos ido a Carcassonne y me lo has prometido». Dolores había nacido en Carcassonne, durante el exilio de su familia, pero, desde los cinco años, llevaba metida en aquel hostel que habían montado sus padres a la salida de Cúllar, en la carretera de Granada, y en el que Julia paraba a dormir algunos domingos por la noche, a la vuelta de los fines de semana que pasaba en Cartagena con Roberto. En aquellas ocasiones, dormía con Dolomitas en una de las habitaciones de dos camas del hostel, que preparaba la madre para la hija cuando venía desde Granada. Julia y Dolomitas salían al amanecer en el 127. A Julia le encantaba conducir en aquel trayecto a esas horas, especialmente a principios de primavera, cuando la sierra seguía llena de nieve, pero ya no había peligro de encontrarse con placas de hielo en las partes más umbrías de la carretera. El sol asomaba cuando dejaban Cúllar y, al llegar a Guadix, la sierra estaba ya totalmente iluminada. Julia pensó, en ese momento, que Dolomitas había empezado a disfrutar cada vez más de aquellas vistas que su mente tan matemática y su familia, tan parca en palabras, parecían no haberle dejado ver nunca antes. La bajada hacia Granada por el puerto de la Mora terminaba por despertarlas del todo y empezaban a cantar, a voz en grito, el romance de la pérdida de Alhama que había musicado Paco Ibáñez. A Dolomitas le encantaba aquella canción y Julia pensó que a Roberto también. Se había ido tan lejos en sus pensamientos que casi se sorprendió al oír la voz del inspector jefe que le preguntaba, irritado, como quien se ha visto obligado a preguntar algo por segunda vez, que qué tenía que decir de aquella declaración firmada por Dolores Fernández Pérez.

—Pues que soy amiga de Dolores, pero no es cierto lo que dice sobre mí en su declaración —contestó una Julia cada vez más relajada. Había entendido que aquellos policías solo tenían intención de leerle y escribir a

máquina todas las declaraciones que la incriminaban, pero que no pensaban insistir en lograr que Julia les dijera la verdad. Ahora ya lo tenía claro. Tenían prisa.

Con gesto de hastío, el inspector jefe le pasó al subinspector otro montón de folios. El subinspector los cogió y manifestó su acuerdo con un leve gesto afirmativo de la cabeza al ver el nombre del declarante.

—Simón Granados Avilés. Vamos a ver si te atreves a negar también lo que ha declarado sobre ti, porque me parece a mí que es todavía más amigo tuyo que Paco, el Masero —dijo, intentando imitar el frío tono de Julia.

«Simón ha hablado. Simón, el posible padre de mi hijo. Él también ha cantado». Julia levantó las manos del regazo como para intentar abrazarse a sí misma, aunque logró detener el movimiento antes de completarlo. El inspector jefe empezó a leer con todo detalle lo que estaba escrito sobre ella en la declaración que había firmado Simón hacía dos días y Julia se dio cuenta de que era mucho. Según avanzaba la lectura, llegó incluso a tener miedo de verse obligada a escuchar algunas intimidades y pensó que se le habría hecho insoportable. Pero no las tuvo que escuchar, porque en aquel papel no se decía nada de sus paseos con Simón por la cuesta de Gomérez, que ellos llamaban de la Vela, ni de cómo la abrazaba por la espalda para intentar transmitirle un poco de calor mientras hacían panfletos con la vietnamita en el húmedo cuchitril del Realejo, con su pequeña ventana asomada a la plaza del Príncipe, ni de sus besos en los solitarios bancos de la plaza de San Nicolás mirando los efectos del atardecer sobre Sierra Nevada y la Alhambra, ni de su tranquila manera de hacer el amor en cualquier parte: en la casa de la Chana, en el 127, en la casa de verano de los padres de Simón en Dílar... Julia intentó recobrar la calma, y el sol, en este caso, decidió colaborar entrando a raudales. Entrecerró los ojos y siguió escuchando. Cuando el policía acabó, Julia volvió a guardar silencio, para obligarlos a preguntar. Se había dado cuenta de que al inspector jefe le irritaba verse obligado a formular preguntas directas para romper el mutismo de Julia. Cuando escuchó la pregunta, contestó lo de siempre:

—Soy amiga de Simón, pero no es cierto nada de lo que dice de mí en esa declaración.

Siguieron leyéndole a Julia fragmentos de declaraciones. Julia escuchó lo que había dicho de ella Francisco La Carolina mirando, como siempre, hacia la ventana y, cuando el inspector jefe le lanzó la pregunta directa sobre lo que acababa de oír, volvió a decir lo que los sociales ya sabían que diría:

—Paco es amigo mío, pero no es cierto lo que dice de mí en su declaración.

Siguieron con la declaración de Javier Gómez Santiuste y, cuando acabaron, la voz de Julia volvió a oírse.

—Soy amiga de Javier, pero no es cierto lo que dice de mí en esa declaración.

Y siguieron con más declaraciones, con más fragmentos. La siguiente fue la de José Miguel Cuadrado Llorca. Cuando Julia oyó ese nombre, empezó a pensar en quién podía ser. No le sonaba de nada. Y, mientras buscaba y buscaba en su memoria, el subinspector seguía leyendo. ¿Quién sería aquel imbécil que hablaba de adoctrinamiento, de ortodoxia y de todas aquellas majaderías? ¿A cuál de todas las caras de su facultad correspondería ese José Miguel Cuadrado que tanto había hablado de ella y que había llegado a decir que entregaba *Mundo Obrero* y *Granada Roja* «a todos los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras» cuando aquellos periódicos llegaban a cuentagotas? Estaba claro que ya habían acabado de leerle fragmentos de declaraciones que la incriminaban de manera importante y que ahora llegaban las migajas de lo que había dicho gente a la que Julia ni siquiera recordaba conocer o con la que tenía muy poca relación. Pero los sociales siguieron. Bruno Almenar Castells también la había incriminado y Julia tampoco sabía ni quién era. Una tal Margarita Conde López creía que, a la denominada Junta Democrática, dependiente del PCE, pertenecía Francisco Blanco Aparicio, Julia Ávila Sanz, un tal Simón, estudiante de Historia, asiduo acompañante de la citada Julia, y Susana Puente Las Heras. Julia pensó que estaban incluso recurriendo a declaraciones que hablaban de lo que creían. Contestó:

—No recuerdo conocer a ninguna Margarita Conde, esa que cree cosas. De todas maneras, no es cierto lo que cree de mí —dijo Julia dirigiendo su mirada de nuevo al inspector jefe y subrayando con el tono las dos veces que había conjugado el verbo creer.

—¿Tú crees que entre todas las personas de las que te hemos leído parte de sus declaraciones existen algunas que te tienen alguna clase de odio, rencor o enemistad? —Ahora fue el inspector jefe el que subrayó el verbo creer.

—Creo que no —contestó Julia, siguiendo con el juego establecido con el tono y con la serenidad de quien sabe que ha logrado superar una prueba.

—Y, entonces, ¿cómo es posible que, de no existir ese odio, rencor o enemistad personal hacia ti por parte de estos estudiantes, todos ellos se hayan puesto de común acuerdo en sus declaraciones, señalándote como la máxima responsable política, con cargo de dirección, propaganda, adoctrinamiento y

captación de masas, en la estructuración orgánica del PCE y, por ende, en su Junta Democrática?

—Creo —repitió el verbo Julia— que lo han hecho por miedo a permanecer más días detenidos en la jefatura de policía —respondió Julia, sorprendiéndose de haber llegado a decir esas palabras.

—Y ¿por qué es a ti precisamente a quien señalan con todos estos cargos?

—No lo sé.

—¿Tienes algo más que decir?

—No.

—Pues ya puedes volver al calabozo —dijo el inspector mirando descaradamente al vientre de Julia—. Subinspector, sáquela inmediatamente de mi vista, antes de que pierda los nervios. Que bastante me ha costado controlarme hasta ahora. No vaya a ser que, al final, le demos algún motivo a su familia para que arrecien sus contactos con todas las autoridades posibles de Granada. ¡Si es que tiene delito la cosa!

—¿Mi familia lo sabe? ¿Están haciendo algo por mí? —preguntó Julia ya desde el pasillo, mientras era arrastrada por el subinspector, que le apretaba el brazo con más fuerza que el día anterior.

—Eso a ti no te importa, hija de puta —murmuró el inspector jefe cuando estuvo seguro de que ya no podían oírle mientras se frotaba con la palma de la mano la frente, dejando un rastro de sudor.

Eran casi las dos y media de la tarde. El interrogatorio había durado algo más de cinco horas. Camino de la celda, Julia pudo ver cómo dos grises, cada uno cogiéndole por un brazo, arrastraban por el pasillo a un joven abatido que, al verla, gritó: «Julia, me están matando a palos». No pudo reconocerle. Su voz sonaba como la de un niño lastimero y un largo pelo negro y liso ocultaba su rostro y sus lágrimas, a pesar de los movimientos de cabeza que hacía para intentar dejar su cara al descubierto. «¿Esa voz?, ¿esa voz? ¿Quién eres?, ¿quién eres?».

Julia fue encerrada de nuevo en su celda. A pesar de que la fugaz visión del torturado en el pasillo le había cerrado la boca del estómago, se obligó a comer del plato de potaje que descansaba en el suelo y que ya se había quedado frío. Antonio le dijo que se lo había dejado allí para cuando la bajaran. «Comételo todo, que tienes que alimentarte por dos», le repitió el mensaje que había empezado a decirle desde que, hacía dos días, la habían llevado al Hospital de San Juan de Dios. Gracias, Antonio. Julia comió, no solo por su hijo, sino también porque sabía que necesitaba estar fuerte para cuando continuaran los interrogatorios. Seguro que estarían pensando alguna

estrategia para obligarla a reconocer toda la verdad que ya tenían acumulada. Cuando acabó con el plato de potaje, decidió recostarse un poco y, sin querer, se quedó profundamente dormida.

A las seis de la tarde el ruido de la llave de la celda la despertó. La volvían a subir a un despacho, pero no era el mismo en el que la habían interrogado toda la mañana. No encontró allí al inspector jefe, pero sí al subinspector que ya conocía y a un joven con aspecto de burócrata, que le entregó catorce abigarradas páginas escritas a máquina.

—Aquí está tu declaración. Puedes firmarla y te sacamos de comisaría para llevarte al juez. Él decidirá qué hacer contigo, si te pone en libertad o te manda a la cárcel.

—No pensarán ustedes que voy a firmar esta declaración sin leerla, ¿no? —dijo Julia mientras pensaba que incluso la cárcel sería una bendición después de ocho días en aquella pocilga de celda y al lado de aquella letrina sucísima que olía a mierda de días.

—Como quieras. Puedes tomarte todo el tiempo del mundo. Si tienes ganas de pasar aquí una noche más, es tu problema —volvió a intervenir el joven.

—No tengo ganas de estar aquí ni un minuto más, pero no pienso firmar algo que no he leído. No se preocupen, que leo rápido.

Julia empezó a leer y se fue encontrando, reproducidos con una fidelidad asombrosa, los dos largos interrogatorios a los que la habían sometido. Al inicio de la página seis, la declaración parecía terminar. Decía:

Que no tiene más que decir, que lo dicho es la verdad y una vez que leyó por sí su declaración, la firma, de conformidad con lo manifestado, en unión del señor instructor de las presentes, de lo que como Secretario habilitado CERTIFICO. —Y, tras esta frase, habían dejado un sitio para firmar. Pero el documento continuaba. Julia continuó leyendo—: AMPLIACIÓN DE LA DECLARACIÓN DE JULIA ÁVILA SANZ. A continuación, y ante la misma presencia y en el mismo lugar, una vez concluida la anterior declaración y por existir diligencias instruidas en esta Jefatura Superior de Policía, en las que los encartados en las mismas hacen alusión a la nombrada al margen y en las que, al referirse a la misma, dicen literalmente... —Aquí se encontró Julia con los larguísimos párrafos que le habían leído de lo declarado por otros estudiantes respecto a ella y las respuestas negativas que les había ido dando ella sobre todo aquello. Y, ocho páginas más adelante, de nuevo el párrafo—: Que no tiene más que decir, que lo dicho es la verdad y una vez que leyó por sí su declaración, la firma de conformidad con lo manifestado, en unión del señor instructor de las presentes, de lo que como secretario habilitado CERTIFICO.

Julia había estado una hora y media leyendo aquel documento. Pidió un bolígrafo y firmó en los dos huecos dejados para la firma. Su nombre y sus dos apellidos quedaron estampados en aquel papel de manera perfectamente legible. Los dos policías también firmaron, después de ella, pero Julia se dio

cuenta de que en ninguna de sus dos firmas se podían adivinar ni sus nombres ni sus apellidos y pensó que estaban muy interesados en guardar el anonimato. Después le hicieron firmar en los márgenes de las páginas pares de aquella larga declaración, mientras el social que hacía las veces de secretario firmó las impares. Y llamaron a un guardia.

Julia fue devuelta a su celda una vez más, pero esta vez no llegó a estar allí ni una hora. Antonio seguía de turno y aprovechó el momento en que Julia recogía las pocas cosas que habían quedado en depósito el día de su detención para pasarle un papelito en el que estaba escrito un número de teléfono.

—Toma, por si alguna vez necesitas algo. Por cierto, a tu marido le tuvieron aquí cinco días y a ti ocho. A él no le interrogaron ni una sola vez y a ti te han subido arriba tres veces. Esto parece el mundo al revés, ¿no?

—El mundo al revés, no, Antonio, que las cosas están cambiando y más que van a cambiar, ya verás. ¿Así que no le interrogaron? Y ¿para qué le habrán tenido aquí cinco días?, digo yo. Con lo preocupado que estaba por incorporarse al trabajo el lunes. Era su primer día.

—Eso se fue diciendo, que esperaba no haber perdido el trabajo. Bueno, que tengas suerte, chiquilla —le dijo Antonio en un susurro mientras le daba un fuerte apretón de manos antes de subirla por las empinadas escaleras que llevaban a la planta baja.

Allí, otro policía nacional la condujo por el enorme vestíbulo hasta la salida principal. Antes de poner un pie en la calle, Julia se volvió y vio a Antonio parado en el último escalón. Le saludó con un movimiento casi imperceptible de cabeza al que Antonio respondió de la misma manera.

En la estrecha calle a la que daba la puerta principal de la comisaría, que no se abría a la plaza de los Lobos, estaba aparcado un furgón policial. Julia miró su reloj Omega recién recuperado. Eran las nueve de la noche y era sábado, pero la plaza de los Lobos estaba desierta, como siempre. El gris abrió la puerta trasera del furgón, y Julia salvó de un salto el alto peldaño que originaba la distancia entre el pavimento de la calle y el suelo del vehículo. Dentro, hecha un ovillo, en uno de los rincones más lejanos a la puerta, estaba Dolomitas mirando fijamente al suelo. Julia se apresuró a darle un abrazo. Dolomitas se encogió aún más y ocultó su cara en el regazo de Julia, sin atreverse a mostrarle los ojos. Estaba llorando. «No te preocupes, que ya lo sé. No llores. Es normal, no pasa nada. ¿Te han pegado?». De la boca de Dolomitas salió un tímido no, acompañado de un enérgico movimiento negativo con la cabeza, que hizo que su rostro golpeará con fuerza el vientre de Julia. Y empezó a llorar más fuerte, con lo que su llanto superó sus ojos y

se encaramó a su espalda como la ola que, al romper, genera un torbellino de arena y guijarros en la playa. Dolomitas no volvió a decir nada en todo el trayecto. «No te preocupes, no pasa nada, es normal», continuó Julia con su letanía. Y el movimiento de los hombros de Dolomitas que acompañaba sus gemidos se fue diluyendo en las palmas de las manos de Julia.

Cuando el furgón aminoró la marcha para estacionar ante la Audiencia Provincial, sobre el enlosado gris y blanco de plaza Nueva, la espalda de Dolomitas se movía ya con la regularidad de una respiración que parecía querer pasar desapercibida, y Julia tuvo tiempo de decirle, antes de que las bajarán, tomándola de los brazos:

—Mírame, Dolo. Tranquilízate y recuerda que tienes que negar ante el juez todo lo que has dicho en comisaría. Es fácil. Diles que has declarado todas esas cosas porque estabas nerviosa y tenías mucho miedo. Que te amenazaban con tenerte más días en comisaría si no firmabas. Que por eso has firmado todo lo que ellos han escrito en tu declaración. Para que te dejaran marchar.

Dolomitas asintió, liberó sus brazos de las manos de Julia y esbozó una ligera sonrisa mientras se secaba con las dos manos las últimas lágrimas, que habían quedado enganchadas a sus mejillas. Se dieron un beso y se giraron para bajar del furgón.

Dolores fue la primera en entrar a declarar ante el juez. Mientras, Julia permaneció sentada en un largo banco de madera oscura adornado con motivos escultóricos de conquistadores y animales monstruosos. Ella no podía saber que era el mismo banco en el que había estado sentado Roberto tres días antes. A la media hora, pidió ir al lavabo y un gris la acompañó hasta la puerta. Le dijo que no cerrara con pestillo y que saliera pronto. Al entrar en aquel pequeño servicio limpiísimo, volvió a sentir la misma urgencia que la había empujado ocho días antes al entrar en el cuarto de baño del apartamento de La Chana. Se adecentó lo mejor que pudo a base de agua, jabón y papel higiénico, y salió en cuanto el policía, que había empezado a impacientarse, llamó con los nudillos a la puerta. Dolomitas acababa de abandonar el despacho del juez. La sentaron en la silla que se encontraba al otro lado de la sala, para que no pudieran comunicarse, pero, por la mirada que le dirigió, Julia supo que había conseguido negar lo firmado en su declaración en comisaría. Se sonrieron.

A Julia empezaron por leerle la declaración que había hecho ante la Policía y ella se ratificó. Además, dijo que quería aclarar las circunstancias en las que se llevó a cabo el registro en su domicilio. Explicó que había sido

detenida en un bar sobre las seis de la tarde y que los policías le pidieron la llave de su piso y ella se la dio. Que la tuvieron en su poder como una media hora y que solo después de pasado este tiempo fueron con ella a hacer el registro. Pero, como no había luz eléctrica, lo pospusieron hasta la mañana siguiente. Además, aclaró que las vecinas que habían hecho de testigos, a pesar de estar allí, no pudieron ver lo que encontraban los policías, porque solo les enseñaron un paquete y en ese paquete había libros y papeles que eran de su propiedad y otros que no había visto en su vida.

—Y, para colmo, el acta de registro no se terminó de redactar ni firmar en mi casa. No tengo ni idea de dónde la terminaron de redactar. Por eso no quise firmar el acta —concluyó.

El secretario leyó la declaración, y Julia la firmó junto con el juez. Pero, después de firmar, Julia dijo que quería añadir algo más. El secretario judicial metió con premura de nuevo los folios y los papeles de calco en la máquina.

—Quiero hacer constar que cuando me detuvieron no me dejaron avisar a mis padres, a pesar de que lo pedí varias veces. Y también quiero añadir que a mi marido lo detuvieron el mismo día que a mí y ha estado cinco días en la comisaría sin que ni siquiera le llamaran a declarar. Quizás pierda el trabajo por eso. Y otra cosa: yo he estado los cinco primeros días en la comisaría sin ser interrogada ni una sola vez. Y eso me parece una pérdida intencionada de tiempo. Solo me empezaron a interrogar después de que solicité que me llevaran al médico porque tenía pérdidas de sangre.

»Y, como estoy embarazada de cinco meses, estaba muy preocupada. Me llevaron al Hospital de San Juan de Dios y el médico me recomendó reposo y tomar una medicación. Y, una última cosa: cuando me trajeron del hospital, pude ver a un detenido bajando de declarar y quejándose de que le habían pegado.

El secretario judicial volvió a sacar los folios del rodillo de la máquina y Julia y el juez volvieron a firmar.

Cuando sacaron a Julia del despacho del juez, la devolvieron al banco en el que había esperado a que Dolomitas hiciera su declaración. Dolo seguía sentada en la misma silla, parecía que no hubiera movido ni un solo músculo, y su cara seguía serena. Julia sonrió y se dispuso a esperar. Estaba contenta. Quizás había alguna posibilidad de que el juez las pusiera en libertad. Con cargos, eso seguro, pero libertad, al fin y al cabo.

Unos veinte minutos más tarde las hicieron pasar de nuevo al despacho. Esta vez a las dos juntas. Allí, el juez les leyó un breve documento, «un auto», lo llamó. Después de la fecha, escucharon la palabra «resultando», de la que

colgaban los cargos contra Julia y Dolores. Tras el «resultando», vino un «considerando» que se cerraba hablando del artículo ciento setenta y dos del Código Penal, del quinientos tres de la Ley de Enjuiciamiento Criminal y del quince del Decreto Ley de 26 de agosto de 1975, contra el terrorismo, que llamaban ellos. La verdad es que no sonaba muy bien tanto considerando. Peor sonó cuando el juez leyó lo que procedía hacer: «Decretar su prisión provisional sin admisión de fianza, por ahora». «¡Joder! —murmuró Dolomitas—, a la cárcel», pero Julia no la oyó. Tenía la vista clavada en el papel que leía el juez. Un nuevo «considerando» señalaba que el «supuesto delito» era de la competencia del Tribunal de Orden Público, con sede en Madrid, por lo que procedía inhibirse en favor de ese tribunal. Luego ordenaba enviar un mandamiento al director del Centro Penitenciario de Granada y que pasaran los autos al Ministerio Fiscal.

Julia miró a Dolores e intentó compartir con ella, de alguna manera, lo que acababan de oír y la conciencia de que no iban a pisar la calle por un tiempo. Tuvo miedo de que Dolo volviera a derrumbarse y le intentó transmitir una tranquilidad que a ella no la había abandonado. Después de ocho noches en comisaría, incluso la cárcel sonaba a buena opción: no habría más interrogatorios, no habría la soledad extrema de la celda, no habría letrina maloliente. Y habría cosas, pequeñas, pero que sonaban a gloria tras ese largo infierno: largas conversaciones con Dolo, agua y jabón, toalla, un lavadero, ropa limpia, sábanas en la cama, lectura —¿habría en la cárcel de Granada una maestra maravillosa como la que había en la de Valencia?—. Disfrutarían también de un tiempo medido por relojes y horarios fijos, sin sorpresas desagradables. Y podrían cocinar algo especial cuando tuvieran ganas de hacerlo y dinero para comprar en el economato. Y podrían hablar con otras presas. ¿Habría más políticas?

El juez estaba terminando de dictar la providencia para el director de la cárcel al secretario judicial, y la mente de Julia volvió a aquella sala para oír claramente el final: «Haciéndole saber el estado de embarazo de la presa Julia Ávila Sanz, remitiéndole las recetas relativas a su medicación, a fin de que se adopten las medidas propias del caso y sea sometida a vigilancia médica para asegurar su salud y el normal desenvolvimiento de su estado de gravidez. Lo provee y lo firma su señoría ilustrísima, doy fe».

Cuando las metieron de nuevo en el furgón, sonaban las once de la noche en las campanas de la catedral.

—No te preocupes, Dolo, la cárcel no nos va a parecer tan mal después del horror de comisaría.

—No me preocupo, Julia. Estoy contenta de que estemos juntas.

Se cogieron de la mano y no se dijeron nada más. Las dos necesitaban silencio. Cuando el vehículo paró a la puerta de la cárcel, Julia miró su reloj: las once y veinte. Las sacaron del furgón. Un guardia civil abrió desde dentro el primer portón, como si ya estuviera sobre aviso de su llegada, y recogió los papeles que le entregó el policía nacional que conducía a las presas.

El guardia civil las hizo pasar a un primer zaguán, rectangular y no muy grande, pero de altísimo techo, o al menos así lo percibió Julia. Se fijó en que estaba embaldosado con losas cuadradas de cerámica sin cocer, de color natural pero ennegrecidas por el tiempo. Dos peldaños separaban el nivel de la calle de un descansillo en el que se abrían dos enormes puertas. Sobre la de la izquierda, escrita con una cuidada caligrafía en color azul oscuro, leyeron la palabra «hombres». Sobre la de la derecha, en color granate, «mujeres». El guardia civil cerró el portón de la calle y llamó largamente al timbre que había junto a la puerta de la derecha. Julia se sobresaltó. El sonido de aquel timbre, que se escuchó a los dos lados del portón, le pareció atronador. Traía con él hasta aquel zaguán, al que no llegaba a esas horas ningún sonido de la calle, ecos de siniestras oquedades. Las dos amigas se cogieron de nuevo de la mano y se las apretaron con fuerza. El guardia civil percibió el gesto, pero no dijo nada.

Al cabo de dos minutos, que les parecieron más, oyeron un ruido de pasos al otro lado de la puerta. Escucharon una llave girar en una enorme cerradura y un cerrojo al desplazarse hacia la izquierda. Cuando la puerta se abrió, apareció al otro lado una mujer extremadamente delgada y bastante alta con un uniforme verde oscuro. El guardia civil se quitó el tricornio y saludó con respeto a la funcionaria. Ella se levantó las gafas, como si echara de menos una gorra que poderse quitar, y le dio las buenas noches mientras recogía los papeles que le alargaba su compañero. Julia y Dolo cruzaron el umbral. Entraron así en un silencioso y limpio mundo de mujeres, que olía a cera, zotal, amoniaco y lejía. Iban a pasar allí casi un mes.

En la pequeña sala en la que las introdujo la funcionaria, también de techo altísimo y con unas enormes ventanas enrejadas que quedaban muy por encima de la altura de los ojos, el suelo ya no era de cerámica sin cocer, sino de baldosas hidráulicas con dibujos geométricos en tonos grises. Parecían dotadas de relieve. Julia pensó que brillaban como si el agua con que las habían alimentado en los años de limpieza se hubiera ido quedando allí agradecida. También relucía de pulcritud la mesa de madera oscura que ocupaba casi toda la sala. La funcionaria se sentó en uno de los lados cortos,

cogió dos folios impresos y se puso a rellenar, a mano y con una letra perfecta, los espacios en blanco de las hojas de filiación de las nuevas reclusas. Parecía que iba a tardar una eternidad, pero no las hizo sentar, a pesar de que había dos sillas de asiento cuadrado de enea y respaldo recto arrambladas contra la pared. Empezó a cumplimentar las dos hojas al mismo tiempo. Buscaba los datos en la documentación que le acababan de entregar, levantándose las gafas cada vez que debía leer lo escrito en la orden del juez. Al llegar a un punto, se calzó sobre la nariz unas pequeñas gafas redondas de concha marrón que le daban un aire como fuera de tiempo y, levantando sus pequeños ojos negros, preguntó:

—¿Religión?

—Estoy bautizada, pero no practico —Julia fue la primera en responder. Sabía que la controlada libertad religiosa otorgada por el dictador en el decreto de 1967 le permitía darse el lujo de dar esa respuesta sin tener problemas y pensó en si sería precisamente aquel decreto el que había obligado a introducir esa casilla en la hoja de filiación. La funcionaria miró a Julia de arriba abajo.

—Católica, apostólica y romana —dijo mientras escribía «C. A. R.» en la hoja.

—¿No puede añadir, al menos, no practicante? —preguntó Julia.

—Católica apostólica romana a secas —contestó la funcionaria sin ni siquiera mirarla. Esta vez Julia se fijó en su acento. Era tan de Castilla e incontaminado que le sonó a raro en aquella ciudad del sur.

—Tú, lo mismo, ¿no? —dijo, dirigiéndose a Dolomitas.

—Sí —contestó Dolo. Julia sabía que no estaba bautizada. Pero el C. A. R. quedó escrito también en la ficha de su amiga.

—¿Sabéis leer y escribir?

—Sí —contestaron las dos a la vez. Y la funcionaria cumplimentó otro espacio de la ficha.

Cuando empezó con el apartado de «señas generales», tuvo que examinarlas atentamente con la vista:

—¿Color de iris? A ver, acercaos: marrón oscuro las dos —sentenció.

—Los míos tiran un poco a verdosos —dijo Dolomitas. Y Julia sonrió al comprender que su amiga estaba empezando a recuperar el sentido del humor. La funcionaria siguió rellenando, sin hacer ningún caso al comentario que acababa de hacerse.

—Cabellos: negros, Julia Ávila, y castaños, Dolores Pérez. Rizados las dos.

—Sí, pero los míos menos —susurró Julia a Dolo. Y rieron.

—Silencio —ordenó la funcionaria—. Cejas: pobladas, del mismo color que los cabellos, las dos. Piel: clara, Dolores Sánchez y... —Volvió a mirar a Julia, esta vez pensativa—. Aceitunada. —Y lo escribió en el papel.

—Sí, sobre todo después de ocho días sin poder ducharme —volvió a susurrar Julia.

—Silencio —ordenó de nuevo la funcionaria enjuta. Y continuó rellenando los papeles, copiando la información de los documentos judiciales.

Después de rellenar en la ficha de Julia el epígrafe «prisiones en las que estuvo recluido», volvió a hablar.

—Así que tú ya has estado en prisión otra vez, en la cárcel de Valencia, cinco días.

Mientras decía esto, fue sacando una almohadilla entintada de azul de un cajón de la mesa. Cogió el pulgar derecho de Dolomitas, lo entintó con fuerza sobre la almohadilla y lo desplazó a un recuadro de su hoja de filiación sobre el que aparecía escrito: «Entrada». La huella quedó dibujada a medias, por lo que la funcionaria, contrariada, sacó del mismo cajón de la mesa un tintero de cristal, de forma apaisada, con un ancho tapón de rosca de baquelita, y añadió tinta a la almohadilla antes de colocar sobre ella el pulgar derecho de Julia.

—Pues esta vez me parece a mí que vais a estar aquí bastante más tiempo: asociación ilícita y propaganda ilegal, nada menos. Ya veremos cuándo os llega la provisional —dijo mientras presionaba el pulgar de Julia sobre el papel.

Sobre la ficha de Julia la huella formó un borrón azul oscuro en el que solo se adivinaba algún dibujo dactilar en el lado derecho superior. La funcionaria frunció los labios y murmuró: «Siempre igual».

—Bueno, acabemos con esto, que es muy tarde. Mañana le pasaré las hojas de filiación al subdirector para que las firme y ya dirá si quiere que pongamos algo más.

Julia había estado asomada sobre aquellas hojas todo el tiempo, por lo que se fue dando cuenta de que gran parte de los epígrafes de aquel documento habían quedado sin cubrir: «Conocido por», «grado de instrucción», «estatura y complexión» —a pesar de que había una báscula blanca con un medidor de altura tras la silla que ocupaba la funcionaria—, «señas particulares», «ambiente familiar y social en el que se desenvolvía», «antecedentes sanitarios, psiquiátricos, etc.», «antecedentes profesionales o laborales —calificación laboral y empresas en las que ha trabajado, informes de conducta laboral, etc.—» y «otros datos y observaciones». Todo eso quedó en blanco.

La funcionaria metió los papeles, bien ordenados, en el cajón central de la mesa y devolvió la pluma, el tintero y la almohadilla al de la derecha.

—Bueno, tenéis que saber que, a pesar de la hora, aquí la ducha al entrar es obligatoria. Aquí nadie entra sin limpiarse bien. No entiendo por qué no nos han ordenado que paséis el periodo de cuarentena. Bueno, el caso es que estáis en prisión comunicada desde el primer día, pero yo aquí no quiero ni piojos ni roña. Además, es sábado y todas las presas se han tenido que duchar esta mañana. Es obligatorio —subrayó.

A Julia le pareció que la funcionaria decía todo aquello como si ellas no fueran a estar dispuestas a cumplir aquella orden. ¡Con las ganas que tenía ella de mojarse entera! Aprovechó para preguntar si se podrían duchar todos los días.

—¿Todos los días? Pero ¿tú te crees que has venido a pasar una temporada al hotel Alhambra Palace? —contestó la funcionaria—. En la celda tenéis tres lavabos y un bidé para cuatro presas. Con eso creo que tendrás suficiente para poder esperar al sábado, ¿no? —dijo, queriendo parecer enfadada. Pero Julia se dio cuenta de que su tono había girado hasta rozar casi la amabilidad.

Salieron de la sala. La funcionaria cerró tras de sí con llave y cerrojo. Se encontraban ahora en un pasillo ancho y larguísimo, también de suelo hidráulico brillante, pero esta vez de baldosas grises sin decorar. Este pasillo terminaba en unas escaleras por las que se subía a una galería con barandilla de barrotes de hierro que rodeaba todo el primer piso. Tanto las paredes largas de la planta baja como las de la galería superior estaban llenas de puertas a izquierda y derecha, unas quince a cada lado. El pasillo se hallaba iluminado por unos tubos fluorescentes que daban luz a los tramos donde había puertas y dejaban en penumbra a los demás.

Cruzaron el pasillo a lo ancho y entraron en la sala de duchas. Una serie de cubículos se abrían en la pared contraria a la de la puerta: había unas veinte duchas, separadas por estrechos muros de ladrillos revocados con cal. Estaban blanquísimos, como si hubieran sido repintados ese mismo día. Cada cubículo contenía una gran alcachofa de ducha de aluminio brillante pero algo desgastado y una pequeña jabonera de loza empotrada en la pared. Delante de cada espacio de ducha un pequeño taburete de tres patas, también pintado de blanco, terminaba por ofrecer una sensación de ordenada armonía hospitalaria.

—Desnudaos y dejad la ropa sobre uno de los taburetes. Y después os sentáis sobre el taburete que está al lado —dijo la funcionaria.

Mientras lo hacían, se dirigió hacia un armario de madera también pintado de blanco brillante, que se encontraba en el lado estrecho del final de aquella sala. Sacó de allí dos toallas blancas —pequeñas y muy usadas pero limpiísimas—, dos pequeños cortes de jabón de aceite y un estropajo de esparto nuevo, que partió en dos trozos. Volvió con todo ello y se lo entregó a las dos presas. Julia y Dolomitas se habían ido encogiendo en los taburetes. Empezaban a sentir frío e hicieron el gesto de levantarse, pero la funcionaria lo cortó en seco:

—No os mováis. Quedaos sentadas.

Empezó entonces a examinarles el pelo, moviéndolo en mechones de un lado a otro con unos dedos largos y nerviosos. Prestó especial atención a la parte de atrás de las orejas.

—Menos mal que tenéis las dos el pelo bastante corto —dijo. Y sentenció —: Piojos no hay. Ahora sí que os podéis levantar. A ver, alzad los brazos. — Y repitió la operación en el pelo de las axilas—. Ahora, levantaos y poneos de pie sobre el taburete. —Inclinó entonces ligeramente la cabeza hacia adelante y examinó el vello púbico, pero esta vez intentando alejar su nariz lo más posible—. Bien. Tampoco hay ladillas. Pasad a la ducha.

El agua estaba solo templada, pero salía con buena presión. «Parece que a la cárcel no llegan las restricciones nocturnas del agua», pensó Julia, pero decidió no desperdiciar aquel lujo calibrando los grados de temperatura que le faltaban al agua para estar perfecta. Frotó el jabón sobre el esparto y se empezó a restregar con fuerza por todo el cuerpo. Después se enjabonó la cabeza, el cuello y las axilas directamente con la pastilla. Cuando iba a empezar a enjabonarse el pubis, se dio cuenta de que la funcionaria la estaba mirando y se giró hacia a la pared.

—Desnuda sí que se te nota el embarazo —la oyó decir—. Pero estás muy delgada. Me parece que vas a tener que esforzarte un poco para alimentarte mejor. Hazlo por tu hijo, que tienes que comer por dos. —Julia se acordó de Antonio mientras se enjabonaba con cuidado los pies.

Cuando terminaron de secarse, la funcionaria les alargó unos camisones blancos de un algodón basto pero limpios y planchados, y unas bragas, también blancas y también de algodón. Las bragas les llegaron hasta más arriba de la cintura. Se rieron al mirarse. El camisón, a Julia le llegaba por debajo de las rodillas sin marcar ninguna parte de su cuerpo. El de Dolomitas le caía hasta casi rozar el suelo, a pesar de que se abultaba a la altura de su pecho. Volvieron a reírse.

—No pareces tú, Dolo, con esas pintas.

—¡Pues anda que tú! —Recién duchadas y con el pelo mojado y pegado a sus cabezas, parecían dos niñas buenas que nunca hubieran roto un plato.

Julia preguntó si se podían lavar la ropa con el jabón que había sobrado, puesto que no tenían otra que ponerse al día siguiente, y la funcionaria accedió, pero les dijo que les daba cinco minutos. Corrieron hacia la pila que había en el extremo derecho de la habitación y empezaron a restregar con fuerza. La funcionaria les dio un pequeño barreño de estaño gris para que llevaran la ropa mojada a la celda y empezaron a recorrer tras ella el enorme pasillo en dirección a las escaleras que había al final. A Julia le pareció que unos ojos las observaban tras la mirilla rectangular que se abría en la parte superior de una de las celdas.

—A dormir, Soledad, que mañana a las siete te quiero la primera formando —dijo la funcionaria.

Al final de las escaleras, en uno de los tramos estrechos de la galería del primer piso, la funcionaria abrió la puerta de una celda. Aquel espacio también devolvió a Julia una imagen hospitalaria. Había unas veinte camas con cabezales metálicos pintados de blanco. Solo dos de ellas, las más cercanas a la puerta, estaban ocupadas. Dos cabezas se levantaron de las dos almohadas.

—Hola —se oyó.

—No quiero oír ni el ruido de una mosca —dijo la funcionaria sentándose en una silla cercana a la puerta para obligar a aquellas mujeres a cumplir su orden.

Julia y Dolo, siguiendo las instrucciones de la funcionaria, dejaron los barreños al lado de las camas que estaban hechas frente a las dos ya ocupadas y extendieron como pudieron las ropas húmedas sobre las sillas que estaban junto a los cabezales. Después, se metieron en la cama. Julia olió las sábanas. Olían también a jabón, como su cuerpo. Se puso de lado y se alzó el camisón hasta la altura de los muslos, separando sus piernas hasta que sus pies se encontraron con el embozo que recogía a la perfección la ropa a cada lado de la cama. Colocó la palma de su mano derecha sobre el vientre y la izquierda sobre el pecho, que notaba cada vez más duro y abultado. Se dispuso a dormir. Antes de cerrar los ojos, miró hacia la cama de Dolo y vio solo su cabecita, girada hacia la silla donde descansaba su ropa. Sonrió y cerró los ojos. Por un instante, le pareció que Florita quería irrumpir en su cabeza y casi la oyó decir: «Otra vez, otra vez, vas a matar a tu padre a disgustos, con lo enfermo que está». Pero el cansancio y el placer de las sábanas limpias pudieron más que los pensamientos desagradables.

A las siete menos diez del día siguiente, sonó un primer timbre que no consiguió despertar a Julia. Así que lo primero que vio, al abrir los ojos, fue la cara de Dolomitas. «Julia, Julia, que en cinco minutos tenemos que estar formando. Toma tu ropa. Casi está seca. La mía también». Sonó un segundo timbre. Julia se levantó de un salto, se vistió, fue hacia los lavabos, que estaban tras una simple estructura de madera vestida con retales de algodón blanco fruncido a la altura de las varillas, superior e inferior, que los sujetaban. Se pasó agua por la cara y, sobre todo, por el pelo, para intentar controlarlo de alguna manera. Le había crecido esos días. Se lo tendría que cortar. Estiró la sábana de arriba y la manta, como vio que hacían las demás y se dio cuenta de que era posible hacer todo eso en cuatro minutos. A las siete en punto estaba formando en el corredor de abajo junto al pequeño grupo de presas que habitaban entonces aquella cárcel enorme. Solo eran diez, cuatro políticas, incluyendo a Dolomitas y ella, y seis comunes. Tras el recuento, realizado por dos funcionarias, la de la noche anterior presentó a las demás presas a Julia y Dolomitas, diciendo solamente los nombres de pila.

A continuación, le pasó un manojito de llaves a la otra funcionaria, que parecía que se acababa de incorporar al trabajo del día, y se marchó hacia la salida del final del pasillo por la que habían entrado Julia y Dolo la noche anterior. Cuando la funcionaria que dejaba su turno cerró la puerta tras de sí, todo el mundo pareció relajarse. La funcionaria que había quedado con ellas les dijo que ya podían hablar y que fueran hacia el comedor.

—Preparad todo para las nuevas, anda, que es su primer día y quiero hablar un momento con ellas.

Allí, en el pasillo, les tendió la mano y las llamó por su nombre.

—Ya sé que en estas circunstancias no se puede decir bienvenidas, Dolores y Julia, pero quiero que sepáis que podéis contar conmigo para cualquier problema que os surja y que esté en mi mano solucionar. Preguntadme sobre cualquier duda que tengáis. También quiero que os toméis con tranquilidad el día de hoy. No solo es vuestro primer día. Es que, además, es domingo. Tendremos paella para comer y el preso cocinero que guisa ahora es muy bueno. Ya lo veréis. Bueno, me llamo Mariana. Por Mariana Pineda, dice mi madre. Sabéis quién es, supongo. —Julia y Dolomitas se habían quedado mudas—. Anda, id con las demás al comedor pequeño, que ya tendremos tiempo de conocernos y se os va a quedar frío el café. Por cierto, ¿vais a asistir a la misa?

—No —contestaron las dos casi a la vez y les pareció que Mariana recibía esta respuesta con una cierta satisfacción.

Al entrar en el comedor pequeño, se encontraron en una habitación cuadrada que tenía dos mesas: una larga, de madera de pino barnizada, con dos bancos, uno a cada lado; y otra redonda, vestida con unas faldillas de tela gruesa estampada con flores y un hule circular de cuadros marrones y negros encajado arriba. Julia miró hacia las ventanas de aquella sala y descubrió una robusta rama de acacia, tan larga que era la misma la que cruzaba las dos ventanas. Pensó que, probablemente, aquella sala daría al patio. Era una pena. Aquellas ventanas estaban tan altas que, a pesar de que servían para dejar entrar la luz natural, no ofrecían ninguna posibilidad de disfrutar del exterior.

Sobre la mesa camilla, en un estante triangular, había una televisión de tamaño mediano que permanecía apagada. Julia y Dolo se sentaron en el banco que se apoyaba en la pared, frente a dos cuencos de loza blanca ya llenos de café con leche y empezaron a mojar con ansia, de dos en dos, las ocho galletas maría que tenían delante. No habían comido nada desde el último potaje de comisaría y de eso hacía ya más de quince horas. Cuando acabaron con sus galletas, una de sus compañeras de celda les ofreció unas magdalenas que tenía en una bolsa de plástico. «Las hace mi madre», les dijo. Estaban buenísimas.

Julia y Dolo acabaron las últimas. Solo entonces, las demás fueron pasando su cuenco a la que estaba a su lado y se fueron formando dos torres, de cuatro cuencos cada una, que recogieron y se llevaron las dos presas que dormían en su celda.

—Cada día nos toca a dos, por turnos, fregar los platos —dijo una de ellas mientras salían hacia una especie de pasillo anexo a aquella sala.

Julia se levantó y se asomó. En aquel espacio había un fregadero de obra. También una cocina de butano, de dos hornillos, y unos estantes, pintados de blanco, «como todo en la cárcel», pensó, con algunas cosas de comida separadas en pequeños grupos.

Mientras sus compañeras de celda fregaban, se inició una tímida conversación con las demás. Empezaron por hablar de cosas nada comprometidas. Les explicaron que a ellas no les tocaría el turno de fregar los platos hasta dentro de cuatro días: a las nuevas las ponían en el turno del final para que tuvieran tiempo de ir enterándose de cómo funcionaba aquello, comentó una de ellas. Otra les dijo que todos los días, después del desayuno, menos los domingos, limpiaban los espacios que se utilizaban a diario y luego tenían un rato de patio. Después comían y, por la tarde, las que trabajaban para el exterior lo hacían. Que con el trabajo reducían pena y ganaban algunas

pesetas para poder comprar algo en el economato o, incluso, ayudar un poco a sus familias. Julia cambió de tema.

—Nosotras estamos aquí por luchar contra la dictadura. ¿Y vosotras? —enseguida se dio cuenta de que la pregunta había caído como una bomba.

—Las que están fregando son de vuestra cuerda. Las demás, no —dijo Mari, la presa más alta y guapa de la cárcel.

Después se hizo el silencio. Julia se acercó al fregadero y Dolo la siguió.

—Nos han dicho que vosotras también sois políticas. Qué bien que estemos todas en la misma celda, ¿no?

—Sí. No está mal. Las políticas somos las únicas que estamos en el piso de arriba —dijo la que se llamaba Mercedes y, bajando la voz, mientras secaba los cubiertos, añadió—: No hables muy alto que aquí todo son oídos y con Mariana no pasa nada, pero Pilar, la otra funcionaria, es bastante bruja y hay alguna que le cuenta todo. Ya hablaremos en el patio, cuando las demás estén en misa. Ahora, volved a la mesa y hablad del tiempo. Es lo mejor.

Julia y Dolo volvieron a la mesa, pero no hablaron del tiempo.

—Y ¿qué trabajo hacéis aquí para fuera de la cárcel? —preguntó Julia.

—¿Ves aquellos dos cestos de mimbre que hay allí, debajo de la televisión? —fue Mari la que volvió a responder—. Pues si miras lo que hay dentro lo entenderás.

Julia y Dolo se acercaron a los cestos y levantaron los paños blancos que los cubrían. El grande estaba lleno de muñecos de cerámica del tamaño de un pulgar, más o menos, cocidos, pero en color barro. El otro cesto, más pequeño, estaba lleno de tarros de pintura, botes de cristal de Danone bien lavados y un montón de pinceles finos. En cinco cajas de zapatos, que estaban al lado, sobre un poyete de obra, aparecían cuidadosamente ordenados, y de pie, los muñecos ya pintados: sevillanas con trajes de volantes rojos con lunares blancos, guardias civiles con sus uniformes verdes y tricornios negros brillantes, toreros en traje de luces multicolor y con la capa roja en la mano, enfermeras y médicos blanquísimos con una cruz roja sobre los delantales o las batas, y futbolistas de diferentes equipos con su balón de pequeños hexágonos blancos y negros. Cada caja tenía un nombre sobre la tapa: Mari, Pepi, Rosa, Tere y Virginia.

—Soledad, ¿tú no pintas muñequitos? —preguntó Dolo, pero Soledad no dijo nada.

—Dice que no sabe. Pero lo que pasa es que no le gusta trabajar, como a ninguno de los gitanos —dijo Maite.

—Me parece a mí que eso es mucho afirmar, ¿no crees? —intervino Julia mirando a Soledad, que ni tan siquiera se removió en su rincón—. Bueno, cambiando de tema, ¿y cuánto os pagan?

—Dos pesetas por muñeco. Lo hacemos rápido, pero es poco. Al final, no sale ni a cincuenta pesetas la hora —intervino Virginia—. Mariana dice que tenemos razón en quejarnos, pero que ella no puede hacer nada. Creo que se lo ha dicho alguna vez al director de la cárcel, pero el precio por muñeco no ha cambiado desde que yo estoy aquí y ya llevo un año. Bueno, al menos tenemos algo que hacer y algunas pesetas en el bolsillo.

—¿Nosotras también podremos pintar muñecos? —preguntó Dolo.

—Me imagino que sí —contestó Mari—, pero nunca he visto a ninguna de las políticas pintándolos. Vosotras, venga a leer y leer mientras las demás trabajamos. Y nunca os falta el dinero. No sé cómo lo hacéis. Si os interesa pintar muñecos, preguntadle a Mariana, a ver qué os dice.

—Yo prefiero leer —intervino Julia.

—Pues yo a lo mejor me lo pienso, que creo que aquí va a haber tiempo para todo y eso de pintar muñecos debe de ser muy entretenido —dijo Dolo, consiguiendo que las comunes se miraran entre ellas al escuchar la frase.

En ese momento entró Mariana, la funcionaria, con su sonrisa de Gioconda.

—A ver, que ya son las ocho y media. Las que vayáis a ir a misa, a la celda a por el velo y el misal. Las demás, podéis pasar por la celda, pero después al patio, que ya está dando el sol en la esquina. —Dio las órdenes sin perder su tono amable.

Las cuatro políticas, las únicas que habían dicho que no irían a misa, subieron un momento a la celda. Allí, Mercedes y Fernanda cogieron unas rebecas de lana para ellas y prestaron otras a Julia y Dolo. También cogieron dos libros y les ofrecieron alguno de los que estaban amontonados en una de las sillas. «Son de la biblioteca —explicaron—. Pero está en la parte de hombres y, cuando pedimos algo, nos traen cualquier cosa». Julia cogió *Viaje de novios*, de Emilia Pardo Bazán. Nunca había leído nada de aquella mujer. Dolo prefirió *La Gaviota*, de Fernán Caballero.

—¿Sabes que Fernán Caballero era una mujer? —dijo Julia a Dolo.

—No, no tenía ni idea.

—Pues sí, se llamaba Cecilia Böhl de Faber y ya verás qué ñoñería de novela.

—Bueno, es lo que hay —contestó Dolo.

Bajaron las escaleras y se pusieron a esperar a que Mariana les abriera la puerta y la reja que daban al patio. Poco después, estaban sentadas en el poyete, con las rebecas abrochadas hasta el último botón —el sol calentaba solo a medias— y los libros abiertos. Pero no leyeron. Hablaron. Julia y Dolo supieron que Mercedes y Fernanda eran de Motril y que llevaban allí más de un mes. También estaban procesadas por asociación ilícita y propaganda ilegal. Su abogado les había dicho que era probable que les llegara pronto la libertad provisional.

—¿Sois del PCE? —preguntó Dolo.

—Nos acusan de ser de Bandera Roja, pero no os vamos a decir lo que somos o lo que no somos —dijo Mercedes—. Entre nosotras podremos hablar de algo más que del tiempo, claro: de los libros que leamos, de películas que hayamos visto o de lo que sepamos de las funcionarias o de las otras presas. Vosotras podéis contarnos lo que queráis, pero nosotras dos no vamos a hablar con vosotras de nada más, ¿queda claro?

—Sí —contestó Dolo. Y se quedó callada un buen rato.

En esta primera conversación con Mercedes y Fernanda, Julia y Dolo se enteraron también de algunas cosas de las demás presas. Pero enseguida se dieron cuenta de que en la cárcel la información se lograba poco a poco, con el paso del tiempo, por acumulación, a retazos, uniendo pequeños detalles recogidos aquí y allí, a partir de las confidencias hechas por las demás, cuando una de las presas no estaba presente.

La misa había terminado y las comunes aparecieron en el patio quitándose los velos negros y doblándolos en triángulos perfectos. No se sentaron con ellas. Todas, excepto Soledad, se agruparon en el banco que había junto a la acacia y se pusieron también a buscar el sol, pero ellas bajo las vetas de luz que se colaban entre las pequeñas hojas del árbol al moverse. Soledad caminaba lentamente, siguiendo de cerca los muros de aquel gran patio rectangular, con la cabeza inclinada hacia delante, como si su barbilla buscara un refugio en el espacio que se abría entre sus pequeños pechos caídos. Era muy delgada y el negro de sus ropas parecía ajustarse perfectamente al tono bruñido de su piel. Julia se levantó y se puso a caminar a su lado. Le intrigaba aquella mujer. No había tenido una conversación con una gitana en su vida y no pensaba desaprovechar la ocasión. Caminaron un rato sin decirse nada. Soledad ni siquiera la miraba.

—¿Estás de luto? —preguntó Julia.

—Sí, por mi marido.

—Y ¿tienes hijos? —Soledad esta vez levantó la vista y miró a Julia.

—Tengo cinco, pero no me dejan tener a ninguno conmigo aquí en la cárcel porque todos tienen ya más de siete años.

—¿Te acuerdas mucho de ellos?

—Sí, mucho. Pero sé que están bien. Viven con mi hermana y sus hijos en la cueva del Sacromonte, que está al lado de la nuestra. Mi cuñado también está en la cárcel. Aquí al lado. Por la misma riña que yo.

—¿Por una riña en la cárcel?

—Sí. Por una riña en la cárcel y sin mis hijos. Y tú estás esperando uno, que se te nota en esa cara de niña que tienes.

—¿En la cara?

—Sí, sobre todo en la cara. En la barriga también, pero menos. Si me dejas que te palpe, te podré decir si va a ser niño o niña.

—Toca, toca —dijo Julia desabrochándose la rebeca y ofreciéndole su vientre cubierto por las pequeñas flores rojas de su vestido de cretona. Soledad empezó a palparlo con sus delgadas manos nudosas, que parecían mucho más viejas que su cara.

—Va a ser un niño, y fuerte, que esto tira mucho para adelante. Anda, alegra esa cara, que ya puedes estar contenta.

—¿Por qué tendría que estar contenta? —preguntó Julia.

—Porque las mujeres venimos a este mundo a sufrir y tu hijo va a ser un hombre.

—Bueno, no será para tanto, Soledad.

—Ya lo verás por ti misma, guapa. Y anda, déjame sola. Que se ve que eres buena gente, pero yo quiero estar sola. Ya te lo habrán dicho las otras, ¿no?

—Sí, pero no me lo he creído.

—Pues es verdad.

—Vale, vale, Sole, te dejo.

—Oye, que no me llamo Sole, me llamo Soledad Montoya.

—Ahí va, como la de Lorca.

—Sí, como la de Lorca. ¿Te sabes la poesía?

—Sí, me la sé.

—Pues recítamela, anda, que a mí se me está olvidando. —Julia se puso a recitar mientras Soledad cerraba sus ojos y abría un poco los labios como para estar preparada para seguir a Julia cuando pudiera.

—Las piquetas de los gallos cavan buscando la aurora, cuando por el monte oscuro baja Soledad Montoya. —Y el nombre de la gitana sonó a dos voces—. Cobre amarillo su carne, huele a caballo y a sombra. Yunque

ahumados sus pechos, gimen canciones redondas. Soledad, ¿por quién preguntas sin compañía y a estas horas? Pregunte por quien pregunte, dime: ¿a ti qué se te importa? —Julia no pudo continuar porque Soledad la interrumpió.

—Pues eso te digo yo a ti, que a ti qué se te importa. Anda, déjame en paz.

—Vengo a buscar lo que busco, mi alegría y mi persona —siguió Julia mientras se daba la vuelta para volver al poyete.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que todas las miradas habían estado pendientes de Soledad y de ella. Decidió ir hacia la acacia a ver si las otras le querían explicar el porqué de tanta atención y el romance de la pena negra la siguió acompañando en el camino, pegado a sus labios en un bisbiseo: «Soledad de mis pesares, caballo que se desboca, al fin encuentra la mar y se lo tragan las olas. No me recuerdes el mar, que la pena negra brota en las tierras de aceituna bajo el rumor de las olas».

En la acacia tampoco pasó Julia mucho tiempo. Todas se callaron al verla acercarse.

—Si molesto, me voy.

—Como quieras —dijo la más joven, Virginia, con su falsa vocecita de niña santa—. Pero te recomiendo que no te dejes tocar mucho por esa mujer. Te puede echar el mal de ojo. Ella dice que está aquí por una riña, pero está presa por haber matado a un joven gitano de otro clan que desvirgó a una muchacha de su familia sin haber pasado antes por la ceremonia nupcial ni tener el permiso de los dos patriarcas. Dicen que le cortaron «la cosa» —señaló Virginia su entrepierna— y se la metieron en la boca antes de enterrarlo.

—No me lo creo —dijo Julia y volvió al poyete de las políticas como quien ha sido derrotada en la batalla antes de ni tan siquiera haberla empezado. Lorca seguía insistiendo: «¡Soledad, qué pena tienes! ¡Qué pena tan lastimosa! Lloras zumo de limón agrio de espera y de boca. ¡Qué pena tan grade! Corro mi casa como una loca, mis dos trenzas por el suelo, de la cocina a la alcoba. ¡Qué pena! Me estoy poniendo de azabache carne y ropa. ¡Ay, mis camisas de hilo! ¡Ay, mis muslos de amapola!».

Abrió el libro de Pardo Bazán y se puso a leer: «Prefacio. En septiembre del pasado año 1880, me ordenó la ciencia médica beber las aguas de Vichy en sus mismos manantiales y, habiendo de atravesar para tal objeto toda España y toda Francia...». Ya estaba enganchada. Hacía diez días que no leía una línea. El sol empezaba a calentar, pero con el calor agradable de principios de otoño.

Serían las doce cuando apareció Mariana en el patio y llamó a Dolomitas. Tenía visita. Sus padres habían venido a verla. Al cabo de poco tiempo, volvió a aparecer Mariana y llamó a otra de las presas. El domingo era el día de comunicar, le explicaron Mercedes y Fernanda a Julia. Al final, en el patio solo quedaron dos presas: Julia y Soledad. Pero Soledad no se acercó, y Julia siguió leyendo. Estaba contenta de no tener que enfrentarse tan pronto a Florita y Dionisio. Una bronca de su madre y toda la tristeza del mundo en la cara de su padre habrían sido un castigo peor que estar en la cárcel, eso era seguro; pero le hubiera encantado que Roberto, o Isaías o Emilio —sus dos hermanos más cercanos—, hubieran venido a verla aquel día. ¿Sabrían ya que la habían trasladado a la cárcel?, ¿quién se lo podría haber dicho? Estas preguntas no tenían posibilidad de respuesta, por lo que Julia intentó volver a Pardo Bazán. Pero no lo consiguió. Cerró los ojos y se puso a tomar el sol. Se sentía muy sola, quizás tan sola como Soledad: «Soledad: lava tu cuerpo con agua de las alondras y deja tu corazón en paz», vino Lorca en su auxilio.

Al cabo de un rato, volvió Mariana, la funcionaria amable. Esta vez traía en la mano un cucurucho de papel de estraza que aparecía manchado aquí y allí con algunos lamparones de aceite.

—Julia, ven un momento. —Julia se acercó—. Ha venido una chica a verte, dice que se llama Irene Peral y que ha sido compañera tuya de curso. Como no la han dejado entrar porque no es familiar, ha dicho que es la novia de tu hermano Emilio y que se van a casar muy pronto. Pero tampoco eso ha servido.

—Pero si es verdad, sí que es la novia de mi hermano Emilio. Se conocieron cuando él vino de Alcoy a verme y a conocer la fiesta de las

cruces, a principios de mayo —dijo Julia con la esperanza asomando a sus ojos.

—Eso no les basta. Lo que sí ha conseguido es que le dejaran pasar estos churros que te traía, recién hechos, ha dicho. Aunque no sé cómo estarán ahora. Ha pasado un buen rato en la cancela mientras esperaba a que los guardias consultaran. Pero, bueno, al final le han dicho que sí. Y aquí están —dijo alargándoselos—. Dice que te gustan mucho los churros de Granada.

—Sí. Me encantan. Sobre todo, los de la plaza de Bib-Rambla.

—También ha dicho que si te podíamos preguntar si necesitas algo. Está esperando.

—Sí, por favor, que me traiga algún jersey viejo y leotardos de lana y ropa interior de recambio y algo para leer y un cuaderno y un boli y un poco de dinero —dijo Julia lo más rápido que pudo mientras Mariana tomaba unas rápidas notas para hacer una lista con las cosas que estaba pidiendo Julia.

—Vale, ahora lo trasmito y se lo dirán. Siento que no la hayan dejado pasar. De verdad, lo siento muchísimo —dijo Mariana apoyando su mano en el hombro de Julia y mirándola a los ojos. Y entró de nuevo al pasillo.

Julia volvió al poyete y se sentó. Abrió con cuidado la punta de papel que cerraba el cucurucho, sacó un churro y apoyó la cabeza contra la pared. Le dio un primer mordisco.

«Irene, la guapísima Irene, la simpática Irene, la habladora Irene. Gracias por estos churros, amiga. Ahora me siento un poco menos sola».

Irene y Julia habían sido compañeras de curso desde que Julia llegó a Granada a hacer tercero en octubre de 1972. Al principio no habían tenido ninguna relación. Irene pertenecía al grupo de las niñas bien de la clase, las que no se comprometían con nada que no fuera estudiar. Era de las que subían a esquiar los fines de semana de invierno a Sierra Nevada y venían a clase los lunes con un bronceado oscuro que dibujaba la forma de las enormes gafas en un espacio que iba desde más arriba de las cejas hasta la mitad de las mejillas. Nada que ver con el grupo de los progres, que no habrían subido a esquiar ni muertos. Pero luego apareció Ignacio en la clase, mayor que todos los demás y recién llegado de Bilbao. Muy guapo y la única persona del PSOE que llegó a conocer Julia en toda su lucha universitaria. Ignacio empezó a rondar a Irene y consiguió lo que parecía imposible: alejarla del grupo de las niñas bien y atraerla al grupo de los progres. Irene empezó a ir de vinos con Julia y los demás. Pero perdió el habla. Allí no se hablaba de lo que a ella le interesaba: de asignaturas, de ropa, de cómo estaba la nieve de la sierra en invierno y la playa de Almuñécar en primavera. Allí se hablaba de política y

ella no tenía ni idea. Así que empezó por escuchar y consiguió ir entrando poco a poco en el grupo. El problema llegó cuando se enteró de que Ignacio estaba casado y que su mujer iba a venir a Granada a vivir con él. Irene lo pasó mal y, cuando llegó la mujer de Ignacio, se debatió entre romper con él o continuar una relación clandestina, que ella vivía desde la posición de la amante, aunque él se la quisiera vender como el colmo de la progresía y el amor libre. Irene habló con Julia de lo mal que se sentía y entre las dos empezaron a pensar y repensar la delgada pero importante línea que separaba la libertad sexual del tener «dos mujeres a la vez y no estar loco» que cantaba Machín. Y se dieron cuenta de que esa línea Ignacio la subrayaba con expresiones como «trozo de carne», que utilizaba para hablar de las mujeres que él consideraba que estaban buenas, entre ellas Irene, o de «enconamiento», para referirse a una gran atracción sexual desprovista de cualquier posibilidad de propiciar otro tipo de encuentro. Irene dejó a Ignacio y empezó a asistir a las asambleas y a participar con Julia en el lanzamiento de octavillas en la facultad. Julia empezó a quedarse muchas noches a dormir en casa de Irene en la época de exámenes mientras Roberto seguía en Cartagena en su interminable mili. Eulalia, la madre de Irene, les preparaba la cena y cafés para aguantar hasta tarde y, cuando las despertaba por las mañanas, ya había salido a comprar churros a Bib-Rambla, pasando por la plaza de los Lobos, que era el camino más corto. Ella no rehuía el paso por aquella plaza. Luego vino el viaje a Granada de Emilio. Vinos de la costa por el Albaicín, y Emilio, un hombre guapo, vestido como un chico bien como Irene, pero algo imbuido de las ideas democráticas de su hermana, se fue acercando cada vez más a aquella belleza. La barbilla enrojecida de Irene el lunes en la facultad señaló como un faro, a quien lo supo ver, el principio de una relación que iba a ser muy larga.

Julia se había comido casi todos los churros cuando abrió los ojos y se fijó en que Soledad la estaba mirando. Fue hacia ella y le acercó el cucurucho. «Solo uno», dijo Soledad. «No, dos, que quedan tres y yo ya he comido muchos». Y comieron los últimos churros las dos en silencio. Cuando terminaron, Julia preguntó:

—¿Y tu hermana no viene a verte? ¿No te trae a tus hijos?

—Mi hermana no se acerca a una cárcel ni muerta —contestó Soledad—. Ni siquiera viene a ver a su marido. Déjala en paz, que bastante tiene, la pobre.

A partir de aquel domingo, Julia tuvo churros todos los días. Y pudo pedir las cosas que necesitaba a Irene, que siempre se quedaba a esperar hablando

con los dos guardias civiles de la entrada, que, desde el respeto que les provocaba el pensar que aquella mujer era de una clase social a la que ellos no pertenecían, no dejaban de apreciar su belleza. Y es que parecía salida de un cuento de *Las mil y una noches*, con su melena azabache, sus grandes ojos negros y unos labios que estaban rojos incluso cuando no se los pintaba. Seguro que su belleza le ayudó bastante a sortear la burocracia carcelaria para que la llegada de aquellos cucuruchos cargados de churros y la salida de los mensajes de vuelta no fueran interrumpidos por ningún funcionario de prisiones.

Se había acabado el tiempo de comunicar y todas las presas volvieron al patio. Faltaba muy poco ya para que fueran las dos, la hora de la comida, y aprovecharon para hablar de sus visitas. Estaban mucho más animadas que antes. La única cara discordante era la de Dolomitas. Tenía los ojos enrojecidos.

—Pero ¿qué te pasa, Dolo? —le preguntó Julia.

—Que mis padres estaban hechos polvo. He visto llorar a mi padre por primera vez en la vida. Y con eso sí que no he podido —dijo mientras aparecía en cada uno de sus ojos una lágrima grande que amenazaba con rodar por su mejilla.

—Y eso que tu padre ha luchado toda su vida por lo mismo que nos han detenido a nosotras —dijo Julia—. Imagínate cómo estarán los míos, que son más del régimen que Carrero Blanco. No te preocupes, Dolo, que se les irá pasando. Dales tiempo.

Cuando vino Mariana a buscarlas, se dirigieron al comedor, y la puerta y la reja del patio se cerraron tras ellas. La paella, que trajeron en una cazuela de aluminio desde la cárcel de hombres, estaba bastante rica, pero la habían hecho con guisantes y a Julia le gustaba mucho más con judías verdes, como la hacía su suegra en Denia. Además, con tanto churro, no tenía mucha hambre.

Comieron con la televisión encendida, como harían todos los demás días que pasaran en la cárcel. Las insípidas noticias que permitía la dictadura que llegaran a los telediarios no parecían interesar a nadie y se mantuvo el tono animado de la conversación. Después de comer, les dejaron estar un poco más allí con la tele encendida. Era domingo y no les obligaban a encerrarse en la celda un rato como los días de diario. Cuando empezaron los dibujos animados de *Heidi*, se hizo el silencio y todas siguieron la historia de la niña buena como si buscaran algo de su candidez entre las heridas que en casi todas ellas había dejado la infancia. Pero cuando Heidi se puso a saltar con

Pedro alrededor de la silla de ruedas de Clara y sonó la canción que señalaba el fin del capítulo, la conversación entre las presas ya no volvió a ser animada. Poco a poco fue languideciendo y la melancolía se fue adueñando de todo, de las presas y de la sala, al tiempo que una penumbra cada vez más oscura se colaba por las altas ventanas que daban al patio. «Negra pena que me asombra», recordó Julia a Rosalía de Castro.

Julia y Dolo aprendieron aquella tarde de domingo el significado de «día carcelero». Fue Maite, la rubia y rellenita mujer de un policía nacional, la que había estado más alegre todo el día, la que empezó a tener los primeros síntomas. Las otras presas les dijeron que le pasaba todos los domingos por la tarde en que jugaba el Granada en su campo, cercano a la cárcel. Maite suponía que su marido estaría de servicio por las inmediaciones y empezaba por decir en voz baja:

—Cabrón, hijo de puta, hijo de puta, cabrón. —Hasta que empezaba a subir la voz y se alejaba, hecha un mar de lágrimas, para sentarse en el rincón más lejano de la galería de arriba, lo más lejos posible de las demás, a gritar su letanía.

—Su marido la ha denunciado, por adúltera. Le puso los cuernos con un compañero. Además, el muy cabrón, no deja a su hermana que le traiga a los niños. Y ya lleva aquí un año. Sin verlos. Y todavía le queda otro —les explicó Mari a Julia y Dolo.

Se acercaron a intentar consolarla. No lo consiguieron. A la hora de la cena, Maite volvía a estar como una rosa.

El lunes por la mañana, que el calendario marcaba como 20 de octubre, empezó una rutina que se repitió sin variaciones —excepto los sábados por la ducha y los domingos por la misa, las visitas y los cambios de horario— en los veinticinco días que Julia iba a pasar en la cárcel de Granada: timbre a las siete menos diez, carreras para lavarse y hacer las camas, recuento a las siete, desayuno, limpieza de los espacios más utilizados de la cárcel, patio de doce a dos, comida con telediarario, celda de tres a cinco, merienda en el patio y trabajo o lectura en el comedor hasta la hora de la cena, a las nueve, de nuevo con el telediarario en la televisión. A las diez, a la celda y luz solo hasta las once.

Hubo algunos días en que la rutina se rompió.

Ese mismo lunes hubo una novedad. Pilar, la funcionaria de turno aquel día, la llamó cuando Julia acababa de terminar la limpieza —barrido y fregado de aquel interminable pasillo que estaba limpio antes de empezar—. «Limpio sobre limpio», como recomendaba Florita a las sirvientas que

llegaban nuevas a la casa y a las que ella llamaba muchachas. Cuando la funcionaria y Julia entraron en la pequeña sala en la que había llenado su hoja de filiación hacía dos días, le alargó un documento del Juzgado de Instrucción número dos de Granada:

—Lee esto —le dijo. Y Julia leyó.

Tengo el honor de participar a usted que el preso en ese establecimiento penitenciario de detención, doña Julia Ávila Sanz, deberá continuar en el mismo a disposición del Juzgado Especial de Orden Público con sede en Madrid, a virtud de la inhibición a favor del mismo de las diligencias previas de las indicaciones del margen. Sírvasse acusar recibo. Dios guarde a usted muchos años.

Granada a 20 de octubre de 1975.

El magistrado juez

Julia devolvió el documento a la funcionaria.

—Firma aquí la notificación. —Julia firmó—. Ya te puedes ir.

El miércoles, 22 de octubre, era Mariana la que estaba de turno. Llamó a Julia cuando había terminado de barrer y empezaba a pasar la fregona.

—Deja eso como está, que ya está bastante limpio y tienes visita.

—Pero si es miércoles —dijo Julia.

—Sí, pero es tu abogado.

—¿Tengo abogado?

—Pues parece que sí. Vamos, anda.

Julia entró en la pequeña sala que daba cobijo a las funcionarias en los ratos de descanso y se encontró, sentado en una silla de madera oscura frente a una pequeña mesa rectangular del mismo color, a un hombre delgado y joven, con la cara alargada y una desordenada barba no muy poblada que hacía juego con su despeinado cabello. Llevaba chaqueta y corbata, pero sin mucha convicción, como si se tuviera que disfrazar cada día para ir al trabajo. Mariana salió, dejándolos solos.

—Hola, Julia. Soy Miguel Medina, pero me conocerás mejor por mi segundo apellido: Fernández-Aceituno. No nos conocíamos personalmente —dijo, alargándole la mano mientras se levantaba de la silla sin terminar de completar el movimiento—. Bueno, ahora ya nos conocemos. Vengo porque el partido me ha encargado tu defensa. He traído este escrito para que lo firmes. Léelo —le dijo alargándoselo—, que ya he visto que sabes muy bien lo que hay que hacer cuando te dan a firmar un documento —añadió sonriendo. Julia también sonrió, pero no renunció a la lectura:

AL JUZGADO DE INSTRUCCIÓN N.º 2. GRANADA. Julia Ávila Sanz, mayor de edad, cuyas demás circunstancias personales constan en diligencias previas n.º 2053/75 que se sigue en ese juzgado por el supuesto delito de asociación ilícita, ante el mismo comparezco y como mejor proceda en derecho DIGO: Que a los efectos del artículo dieciséis del Decreto n.º 10/75 de 26 de

agosto, por medio del presente escrito designo como abogados a los letrados don Antonio Villar del Castillo y don Miguel Medina Fernández-Aceituno, ambos del Ilustre Colegio de Abogados de Granada, con despacho abierto respectivamente en esta capital en calle Manuel de Falla tres y Escuelas seis, quienes deberán ser acreditados como defensores por ese juzgado ante el Centro de Detención de Granada, de conformidad con lo dispuesto en el artículo uno antes referido. Por lo expuesto, AL JUZGADO SUPLENTE que habiendo por presentado este escrito lo admita a trámite y tenga a bien acreditar el nombramiento como defensores de la exponente ante el Centro de Detención de Granada, en el que se encuentra recluida. Es justicia.

Antes de firmar, Julia preguntó a Aceituno quién era Antonio Villar del Castillo.

—Un abogado de la burguesía granadina, pero demócrata. El partido ha pensado que hay que ir implicando a los sectores moderados pero antifranquistas. —Julia firmó el escrito con una firma larga y potente que le hizo entender que estaba optimista.

Aceituno, además, le contó muchas cosas: el paso de Roberto por el despacho el día que le pusieron en libertad, el escrito al juzgado sobre su embarazo, la recuperación del 127 y también que le había dicho a Roberto el lunes que ella había ingresado en prisión. Vendría a Granada el viernes por la tarde para hablar con él y para visitarla a ella en la cárcel el domingo por la mañana. También le dijo que Roberto había empezado ya a trabajar en el Hospital Provincial de Valencia. No habían tenido en cuenta los días de retraso en su incorporación cuando les había explicado las causas. «Menos mal», pensó Julia.

—Por cierto, ¿cómo estás? Se lo tengo que decir a Roberto. Está preocupado por si todo va bien con el embarazo.

—Todo bien, Miguel. Dile que estoy muy bien, que no se preocupe. ¿Y Roberto cómo está? ¿Cómo están sus padres? ¿Cómo están los míos? ¿Cómo han reaccionado? —Julia tenía tantas cosas que preguntar...

—Roberto está bien. No te preocupes. Lo demás, no lo sé. Tendrás que esperar hasta el domingo a que te lo cuente él directamente. —Después de decir esto, Fernández-Aceituno bajó la voz y acercó su cabeza a la de Julia, a pesar de que estaban solos y la puerta bien cerrada—. ¿Os habéis enterado ya?

—¿De qué?

—Han tenido que reconocerlo públicamente: Franco está muy mal. Ayer por la noche, leyeron en Radio Nacional de España un parte médico. Parece que ha tenido un infarto.

—Qué bien. No sabíamos nada. ¡Cómo estará mi madre! —verbalizó Julia casi sin querer.

—Pues sí. Me lo puedo imaginar. Ya me ha dicho Roberto que tu madre es más franquista que Franco. Estará contenta de que estés en la cárcel.

—No lo sabes tú bien. Pero mejor que no hablemos del tema, que eso es lo que peor llevo.

—Vale, vale, tranquila. Sigamos con lo nuestro. El caso es que el partido ha empezado a preparar acciones para el momento de la muerte del dictador. Me han dicho que tengo que comunicar a las personas que estáis en la cárcel que se convocarán manifestaciones pidiendo la amnistía para los presos políticos a las puertas de las prisiones. Se quiere repetir algo parecido a lo que pasó en febrero del 36 tras la victoria del Frente Popular, cuando el pueblo impuso la amnistía liberando a los presos que el Bienio Negro había metido en las cárceles.

—Uf. Qué bonito que suena, pero qué difícil que me parece, Miguel. No sabes el bajón que me ha dado ver cómo piensan las presas comunes.

—No seas derrotista, Julia, que la situación está muy madura. Y las comunes, al fin y al cabo, son el lumpen proletariado.

—No todas, no todas. Pero, bueno, ojalá salgan las cosas como tú dices. Aquí estaremos esperando a esas masas que vendrán a liberarnos. Por nuestra parte no quedará, claro —dijo Julia esbozando una sonrisa.

—Bueno, ya veremos. —Fernández Aceituno miró el reloj y se puso de pie casi de un salto—. Qué tarde se nos ha hecho. Tengo que ver a otros presos en la cárcel de hombres.

—¿Hay muchos políticos? —preguntó Julia.

—Exactamente, diecinueve —contestó Aceituno.

—¿Y está alguno de los que detuvieron con nosotros?

—Sí. Simón Granados Avilés entró en prisión dos días antes que Dolores y tú —dijo Aceituno mientras llamaba al timbre para que volviera la funcionaria.

—¿Le vas a ver a él?

—Sí. Justo ahora.

—Dile que estoy aquí, por favor —dijo Julia mientras entraba Mariana con las llaves.

—De acuerdo. Hasta pronto —dijo Aceituno mientras le daba la mano y tomaba el camino de la puerta.

«Simón, Simón, qué cerca estamos y no te puedo ver», iba pensando Julia mientras Mariana la acompañaba hasta el patio y ella arrastraba la palma de la mano por la pared, como si con ese gesto fuera capaz de transmitir el contacto a la pared de la que estuviera cerca Simón en aquel momento.

Cuando Julia se encontró a sus compañeras políticas, les contó lo del parte médico sobre Franco. Las cuatro se levantaron y, sin saber muy bien por qué, se pusieron a jugar al corro de la patata como unas posesas. Aquel día sí que estuvieron atentas al telediario. Y sí. Allí también leyeron el parte médico. Cuando empezaron a sonar las notas del himno nacional que le precedió, hicieron callar a todas y escucharon:

—A través de los Servicios Informativos de la Dirección General de Coordinación Informativa del Ministerio del Información y Turismo, la Casa Civil del jefe del Estado ha hecho público el siguiente comunicado: «En el curso de un proceso gripal, su excelencia, el jefe del Estado, ha sufrido una crisis de insuficiencia coronaria aguda que está evolucionando satisfactoriamente habiendo comenzado ya su rehabilitación y parte de sus actividades habituales. A las diecinueve horas del día de ayer, su excelencia, el jefe del Estado, recibió en su despacho al presidente del Gobierno, con quien mantuvo una conversación de cuarenta y cinco minutos».

—Hurra —soltó Fernanda cuando acabó la lectura del parte.

—Hurra —corearon las otras tres presas políticas. Las comunes las miraban entre la incredulidad y la reprobación.

—¿Vosotras no habéis pensado nunca que a lo mejor también estáis aquí por culpa de Franco? —preguntó Julia, mirando sobre todo a Maite, la adúltera, y a Mari, la presa alta y tranquila. Era enfermera y estaba allí por haber hecho un aborto a una amiga. Le quedaban todavía tres años de condena a sumar a los dos que ya llevaba y no había perdido ni un ápice de su dignidad natural. Era la única que no escondía su delito. Pero tampoco daba muchas explicaciones.

—El mal no se le desea a nadie —respondió la beata Virginia, la única que rezaba antes de cada comida. Estaba cumpliendo cinco años por haber abortado. Ella siempre decía que había perdido el feto de manera natural y que todo aquello era un error. Nadie la creía. Era soltera—. Y tú deberías pensar más en el hijo que esperas y dejar de pensar en política, que mira lo que te ha pasado y dónde va a nacer tu hijo —añadió, mirando a Julia.

Nadie más dijo nada. Ni siquiera Mariana, la funcionaria, que había observado toda la escena y que en ningún momento las mandó callar.

Aquel día, a las cuatro presas políticas la comida les supo mejor. Cuando acabaron de comer y fueron a la celda, Julia comentó con sus compañeras que Aceituno le había dicho que había diecinueve políticos en la cárcel de hombres.

—¿Por qué no preparamos dos tortillas, una para nosotras y otra para los compañeros que están al lado? A mí me salen muy buenas. Así podemos celebrar con ellos, de alguna manera, el infarto de Franco. Además, hoy está de turno Mariana. Seguro que se la pasa.

Todas estuvieron de acuerdo y juntaron el dinero para encargarse en el economato, que estaba en la parte de hombres, una docena y media de huevos y dos kilos de patatas.

—¿Le ponemos cebolla? —preguntó Fernanda.

—No, cebolla no, que yo sé de uno al que no le gusta con cebolla.

Por la tarde no se dedicaron a leer en el comedor mientras las comunes pintaban los pequeños muñecos de barro cocido, sino a pelar patatas, batir huevos y hacer dos tortillas. Una de ellas era la más grande que habían hecho en su vida.

A las nueve de la noche, Simón se dirigió al comedor, mucho más grande que el de la prisión de mujeres, con el resto de los presos políticos. Estaba mustio. La noticia que le había dado Aceituno: Julia también estaba presa, al lado, le dejó un regusto a tristeza en el paladar que no logró quitarse de encima en toda la tarde. Sabía que para Julia sería muy duro. «Sus padres, Dios mío, ¿cómo estarían sus padres? ¿Cómo reaccionarían esta vez?». Y, encima, embarazada. Un nieto de franquistas en camino y que quizás iba a nacer en la cárcel. Demasiado para la familia de Julia. No los conocía, pero sabía muy bien cómo eran. Era verdad que lo que estaban viviendo no era muy normal, pero el pavor que sentía Julia cuando él le decía, en broma, que por qué no le presentaba a su familia como uno de los posibles padres de su nieto tampoco era normal. Desaparecía de inmediato la sonrisa y el miedo le asomaba primero en los ojos para ir a instalarse, después, en los labios, dibujando en las comisuras un tono violáceo que Simón intentaba borrar a base de besos alternos: ahora en la derecha, ahora en la izquierda. Nunca podía seguir con la broma. Imaginaba a la perfección las escenas que le esperaban a Julia. Y sufría por ella. Pero es que, además, según se había ido reponiendo de las palizas de comisaría, había empezado a preguntarse si no habría podido aguantar un poco más. Y, ahora, tras la visita de Aceituno, se había añadido el tormento de pensar qué parte de culpa podía tener él en que Julia estuviera en la cárcel. ¿Habría cantado ella también?

Comparando su situación con la de Julia, pensaba que para él era más fácil. Era verdad que su padre era militar, teniente en esos momentos. Pero había llegado hasta allí porque se había reenganchado después de la guerra. No tuvo otra opción. Había estado en el bando «nacional» —o sublevado,

como prefería decir Simón— porque en Dílar le llamaron a filas. Seguir en el Ejército le había permitido colocar a los suyos en el bando de los vencedores y librarlos de las posibles consecuencias que les podía acarrear el tímido pasado republicano de alguno de ellos. «Y mi madre —pensó Simón—, la bondad personificada. Nunca ha intentado imponerse y ha respetado siempre, sin decir nada, las decisiones que he tomado». No había dicho ni mu cuando le captaron los del OPUS, en primero de carrera, y se encontraba con las pequeñas manchas de sangre que dejaba el cilicio en las mangas de sus camisas. «Tampoco dijo nada después —recordó Simón—, cuando me impliqué en el movimiento antifranquista. Ningún reproche tampoco cuando me detuvieron por primera vez en la panfletada que hicimos por las obras para llamar a la solidaridad con los obreros encerrados en la Curia. Siempre he podido contar con los cuidados de mi madre, su respeto, sus abrazos, sus “bueno, hijo mío, no pasa nada, nosotros te querremos siempre”».

Los presos políticos se sentaron como todos los días en la mesa más lejana a la puerta. Fue entonces cuando vieron, en el centro, una enorme tortilla de patatas. Paco, un obrero de la construcción, miró hacia las mesas en las que comían los comunes y vio que tortilla solo había en la suya.

—¿Y esto? —preguntó—. ¡Qué buena pinta que tiene!

—Os la mandan vuestras compañeras de la cárcel de mujeres. Dicen que es para que lo celebréis. Pero no han dicho el qué —contestó el preso que les estaba sirviendo la sopa en los cuencos con un gran cucharón mientras lo sumergía en una cazuela que transportaba otro preso. Este parecía respirar algo más aliviado cada vez que la cantidad de sopa desalojada en un plato restaba peso a la cazuela.

—Pues yo creo que ya sé lo que quieren que celebremos —comentó José Antonio—. ¡Qué idea más buena han tenido las chicas! ¿La parto? —preguntó, poniéndose de pie y cogiendo un gran cuchillo romo que había en el centro de la mesa y que servía para cortar el pan.

—No, mejor que la parta otro, anda, que a saber cuánto hace que no te has lavado las manos ni cortado las uñas. Si es que parece que las llevas de luto —dijo Peinado, uno de sus compañeros en la célula de Derecho, que ya había contado a todos que, en la facultad, a José Antonio le llamaban el Asqueroso porque decían que solo se lavaba el pelo una vez al mes.

—Cómo te pasas —dijo José Antonio—. Un día me voy a hartar y te voy a dar un buen puñetazo, Peinado, que me tienes hartado.

—Vale, vale, no empecéis otra vez. Anda, José Antonio, siéntate y pásame el cuchillo este de mentirijillas que nos dan, que ya parto yo la

tortilla. Es que cuando tienes hambre te pones insoportable. Y rápido, anda, que todavía está templada, como a mí me gusta —ordenó José, un preso que peinaba hacia atrás las ondas de su pelo cano. Había sido el dirigente de la huelga de la construcción del barrio de La Cartuja y del encierro de los trabajadores en la Curia.

Simón no decía nada. Todos se habían dado cuenta de que había entrado en uno de sus típicos periodos de laconismo, solo habitados por la melancolía. Su carácter parecía estar marcado por un reloj de arena, que se girara de improviso sin que nadie pudiera adivinar el motivo.

—La tortilla está buena, pero la han hecho sin cebolla —dijo Paco un poco decepcionado.

—A mí me gusta sin cebolla —habló Simón por primera vez mientras cortaba con el tenedor el triángulo de tortilla que le acababan de servir—. Y está muy buena —dijo al darle el primer bocado.

—Oye, esperad. Que aquí hay algo —dijo José bajando la voz cuando estaba cortando el último trozo. Y, cogiendo su tenedor, recogió el rulo de plástico y lo puso en el plato de José Antonio, que estaba a su lado.

José Antonio chupó el rulo para quitarle los restos de huevo.

—Mira que eres asqueroso, José Antonio —dijo Peinado. Pero, esta vez, él ni se inmutó. Con algo en el estómago parecía capaz de obviar todas las bromas de mal gusto. Desenrolló el plástico, sacó el papel y leyó para todos, bajando la voz lo más posible:

Para que lo podáis celebrar, compañeros. Hemos hecho una también para nosotras y la estaremos comiendo al mismo tiempo. Un fuerte abrazo de las presas políticas. Mensaje especial para Simón Granados Avilés: «Estoy bien. Pienso mucho en ti». Julia.

Simón, que acababa de dar el último mordisco a su porción de tortilla, se abalanzó sobre el papel. Reconoció la letra de Julia y empezó a leer el último fragmento en un susurro.

—Estoy bien. Pienso mucho en ti. Estoy bien. Pienso mucho en ti. Estoy bien. Pienso mucho en ti...

—Bueno, basta ya. No seas tan cabrito —le paró José Antonio—. ¿Qué pretendes? ¿Ponernos los dientes largos? Aquí, los que están encoñados se lo guardan para ellos y dejan tranquilos a los demás.

Simón calló, dobló el papel en cuatro y lo colocó con cuidado en el bolsillo derecho de su pantalón. Nadie le discutió la posesión del mensaje. Empezó a comer la sopa llevando cada cucharada a la boca con una lentitud extrema. También se demoraba en el gesto de devolver la cuchara al plato para cargarla otra vez, como si se viera obligado a hacerlo en cuatro tiempos.

Cuando acabó la sopa, se levantó de la mesa. Había tomado una decisión y no pensaba esperar ni un minuto más para ponerla en práctica. Se dirigió hacia la puerta del comedor. Allí, apoyado en el quicio, había un funcionario que observaba, con un movimiento circular de sus ojos, las tres mesas más cercanas, en las que comían los presos comunes más peligrosos.

—Buenas noches, señor, —dijo Simón—, ¿le puedo preguntar una cosa? —El funcionario fijó sobre él unos pequeños y nerviosos ojos de pájaro, que brillaban bajo una calvicie incipiente y unas cejas demasiado finas. Más abajo, el bigotito parecía haber sido puesto allí para construir una frontera que subrayara la contradicción entre una nariz demasiado grande y una boca demasiado pequeña.

—Sí, claro, Simón. Dime, dime.

—¿Yo podría escribir una carta a una amiga, que está aquí al lado? ¿Se la harían llegar?

—¿Una amiga? Ya será algo más, ¿no? —dijo el funcionario sin dejar de vigilar a los presos.

—Sí, tiene razón. Es bastante más que una amiga.

—Bueno, no es lo que dice el reglamento. Las cartas tienen que ir por correo ordinario y pasar censura. —Volvió a mirar a Simón por un momento, apreció que la desilusión se colocaba en sus ojos y desvió rápidamente la mirada hacia las mesas—. De todas maneras, sé de alguna vez en que se ha hecho. Déjame que le pregunte a la funcionaria que está hoy de turno con las mujeres y, si ella está de acuerdo, por mí no hay problema. Pero esto queda entre nosotros, ¿eh? Ni se te ocurra decirles nada a los demás.

—Muchas gracias, señor —dijo Simón.

—No me lo agradezcas a mí, que lo hago por tus padres. —Simón le miró extrañado—. Es que mi mujer es de Dílar y me ha dicho que tus padres son unas bellísimas personas. Y, no sé si lo sabes, pero fueron a hablar con ella para decirle que si yo te pudiera ayudar en alguna cosa, que, por favor, lo hiciera, que me estarían eternamente agradecidos. Eso sí, tu madre le dejó bien claro a mi mujer que no había compromiso alguno, que no querían ponerme en un aprieto.

—Pues no sabía nada. No me lo dijeron cuando vinieron a verme el domingo.

—¿Ves? Lo que yo decía. El colmo de la discreción son tus padres. Parece que en el pueblo están todos consternados por tu detención y van diciendo que tus padres no se merecían una cosa así.

—Sí. Ya me imagino. La comidilla del pueblo será.

—Antes de que subáis a las celdas, te podré decir alguna cosa. Y, ahora, vete, que tus compañeros están mirando mucho para aquí y me parece que van a insistir bastante para que les cuentes qué nos traemos entre manos. Así que ni una palabra.

—Puede estar seguro, señor.

—Oye, cuando estemos solos, tutéame, que para algo eres hijo de militar. Y no hace falta que me llames señor. Anda, vete ya a la mesa, que no puedo perder de vista a estos de aquí, que fíjate la que estuvo a punto de armarse el otro día.

Al día siguiente, después del recuento de las siete de la mañana en la cárcel de mujeres, se produjo el cambio de funcionarias. Pero antes de marchar Mariana se dirigió a Julia:

—Acompáñame al despacho —le dijo. Cuando estuvieron dentro, cerró la puerta—. ¿Tú conoces a Ramona? —preguntó Mariana.

—Creo que no conozco a ninguna Ramona —contestó Julia.

—Ramona fue una presa política que estuvo muchos años aquí. Solo por ella había hecho yo esto que voy a hacer ahora por ti —dijo mientras sacaba un sobre del bolsillo de su chaqueta y se lo entregaba a Julia—. Pero me lo ha pedido un funcionario que es de fiar y me ha dicho que es de tu compañero, que está preso aquí al lado. Esto no se lo puedes decir a nadie, ¿queda claro?

—Clarísimo —dijo Julia mientras cogía el sobre, intentando esconder el temblor de manos que la había cogido por sorpresa. Estiró del cuello alto del jersey negro que llevaba y se guardó el sobre a la altura del pecho—. Muchísimas gracias, Mariana.

Hasta después de comer, ya en la celda, no pudo leer la carta. Cogió la libreta y el bolígrafo que le había traído Irene el día anterior y dijo que iba a escribir un poco y que necesitaba estar sola. Entró en el lavabo y corrió la cortina. Era el único espacio en el que se disponía de algo de intimidad en la cárcel. Se quedó de pie bajo la alta ventana enrejada. «No entréis, por favor», dijo antes de sacar la carta con cuidado para no hacer mucho ruido.

Querida Julia:

No sabes la alegría que hemos tenido cuando hemos visto la tortilla de patatas relucir como un sol en medio de nuestra mesa. Y la sorpresa al encontrar el mensaje. Y la emoción cuando he leído lo que has escrito para mí.

Dices que estás bien. ¿Me lo puedo creer? Que a mí nunca me engañas cuando estamos cara a cara, a pesar de ese estoicismo castellano que te acompaña casi siempre, tan tuyo y que tanto reivindicas. Tú eres así y punto, sentencias. Me doy cuenta ahora de que esa manera de ser es una de las pocas cosas que te he oído agradecer a tu madre. Dices que se la debes a ella.

Siempre te escucho, pero también pongo tus palabras en cuarentena cuando tus ojos o tus manos o tus brazos o tu boca me están diciendo algo que, lejos de confirmar tus palabras, las

contradice. Pero ahora, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, tienes que decirme la verdad, porque no tendré otra fuente de información que tus cartas y bien me conozco yo el férreo control que ejerces tú sobre el lenguaje. Me va a ser imposible leer entre líneas. Dime también cómo va tu barriga. ¿Crece y crece sin parar? ¿Te voy a reconocer cuando nos veamos?

El domingo vinieron mis padres. ¿Los tuyos también? Espero que no haya sido demasiado duro para ti. Mi madre estaba algo triste pero tranquila. Eso sí, dijo varias veces aquello de «¿qué se le va a hacer? Así son las cosas». Para que luego presumas de estoicismo castellano cuando el fatalismo andaluz le supera por goleada. Pero, bueno, lo que te quería contar es que me trajeron comida y ropa, y ¿a que no sabes qué jersey me encontré en el paquete cuando lo abrí? El tuyo de cuadros marrones y beis que te había hecho tu madre para estar en casa y me regalaste porque sabías que me gustaba. Ahora lo llevo puesto y lo acaricio. Lo acaricio como lo acariciaba el día en que eras tú la que lo llevabas, en el cuchitril de El Realejo, aquella noche que hacía tanto frío y que tenías las manos heladas.

Tengo que terminar, porque van a apagar la luz, pero recuerda que «yo nunca cejo, amor, yo nunca cejo». O, si prefieres, aquello de «*I'll be around*». Pon tú la música.

Me pienso dormir pensando en ti para soñar, soñando, contigo, toda la noche. ¿Quién será ahora nuestro Klopstock? Te quiero,

Simón

P. D.: Todavía me queda un minuto para decirte que, después de todo lo que ha pasado, quizás te puedas replantear el aceptar la plaza de medieval que te ofrecieron en Málaga. Está aquí José Luis y me ha dicho que todavía no la han asignado. Estaríamos un poquito más cerca.

Julia apoyó la carta en el lavabo, se sentó en el único taburete que había, abrió la libreta por la primera página y empezó a intentar transcribir unas palabras que le llegaban a borbotones:

No me hagas esto, Simón, no me hagas esto. Sabes que no puedo, que quiero, pero no puedo. Lo hemos hablado miles de veces. Tú estás preso, pero te sientes libre. Yo estoy presa y me siento menos presa ahora que en casa de mis padres. Tú piensas que tu vida es tuya y que puedes hacer con ella lo que quieras. Pero ¿yo qué quieres que les diga, que esperando un hijo no me voy con mi marido a Valencia?, ¿que me voy a vivir a Málaga yo sola? Me crees demasiado valiente y no lo soy tanto. Tantos años siendo la hija perfecta, la de las buenas notas, la que tocaba el piano, la que ayudaba con los deberes a sus hermanos y todo esto por el suelo con la primera detención. Y, después, la segunda, de la que nunca supieron nada. Menos mal. Pero esta vez es la gorda, la de verdad y ya no puedo sumar más decepción. No puedo verter más dolor. Lo de Málaga no lo puedo ni empezar a pensar. Es imposible. Me tendré que ir a Valencia con Roberto. No insistas, mi amor, no insistas. ¿Quizás más adelante?

Dolo llamó a Julia desde el otro lado de la cortina:

—Julia, ¿estás bien?

—Sí, claro que estoy bien, Dolo. No te preocupes. Ahora salgo —Julia siguió con el bolígrafo sobre el papel, pero ya no fue capaz de escribir nada más.

Dos días más tarde era sábado. En el comedor pequeño, al mediodía, se oyó en la televisión el punteado del himno nacional que había abierto la lectura del primer parte médico sobre la enfermedad de Franco.

—Callad un momento, por favor —dijo Fernanda dirigiéndose a las comunes. Y la voz del locutor llegó con claridad:

A través de los Servicios Informativos de la Dirección General de Coordinación Informativa del Ministerio del Información y Turismo, a las once treinta horas de hoy, la Casa Civil del jefe del Estado ha hecho público el siguiente comunicado. Día 25 de octubre. Desde las veinte treinta horas del día de ayer, su excelencia, el jefe del Estado, ha tenido las siguientes incidencias en la evolución de su enfermedad: a las veintidós horas, tuvo un episodio de distensión abdominal por paresia intestinal, que se resolvió con la medicación habitual. Con este motivo, se solicitó el consejo del profesor Marina Fiol, que ratificó la actuación. Asimismo, se consultó al profesor Obrador Alcalde la posible influencia de su medicación antiparkinsoniana sobre el episodio digestivo. Durante la noche y la madrugada permaneció tranquilo. A las ocho treinta horas del día 25 se acentúan los signos de insuficiencia cardíaca y desarrolla un edema pulmonar que cede con el tratamiento adecuado. En el momento de redactar este parte, a las once horas, persisten acentuados los signos de insuficiencia cardíaca congestiva. Firmado: Vicente Pozuelo Escudero, Luis Pescador del Hoyo, Vital Haza y Fernández Nestrál, Eloy López García, José María Gómez Mantilla, José Luis Palma Gámiz, Ernesto Castro Fariñas, Jesús Señor de Uría, Mínguez Enríquez de Salamanca, Luis Alonso Castrillo y Gabriel Artero Guirao.

Palacio de El Pardo, 25 de octubre de 1975

—Me parece que han dicho que se ha cagado —comentó Dolo, con la boca llena de garbanzos. La risotada fue generalizada. Hasta las comunes se rieron. Menos la beatita de Virginia, claro.

—A ver, ¿qué está pasando aquí? —dijo Pilar, la funcionaria más dura, asomándose a la puerta.

Intentaron ahogar las risas con las manos, como cuando eran pequeñas y estaban en la escuela. Imposible: las carcajadas se convirtieron en pequeñas convulsiones que obligaron a algunas a ir corriendo al lavabo. Aquel día, muchas supieron que mearse de risa no era solo una frase hecha.

Roberto también acababa de oír el parte médico, pero en el radiocasete del 127. Estaba yendo a comer al Club Náutico Universitario del Pantano de Cubillas. Con Irene. Había llegado la tarde anterior a Granada, justo media hora antes de que Aceituno y Sena cerraran el despacho. Habló con ellos y le dieron noticias de Julia.

—¿Sabes una cosa, Irene? Te parecerá raro, pero estoy contento —dijo Roberto cuando ya estaban cerca del club—. Me he dado cuenta en el hospital de que me gusta mucho mi trabajo y creo que volver a Valencia ha sido la buena opción. Además, pronto estará Julia allí también. Aceituno me ha dicho que seguramente la libertad provisional le llegará en una semana o poco más. Que, en esta situación, con Franco en agonía y las cárceles llenas de presos políticos, quieren darse prisa en vaciarlas lo máximo posible.

Lo que no le contó fue que, además, había tenido la suerte de reencontrarse en el hospital con aquella compañera de la facultad de los primeros cursos que estaba tan buena y que el primer día que habían compartido la guardia les permitió recordar que ya conocían sus cuerpos.

Roberto se había dado cuenta de que había olvidado algunos detalles que, ahora, después de tres años, le sorprendieron muy agradablemente.

Cuando llegaron al portón del Club Náutico, que se abría en la carretera, Irene se bajó del coche para levantar la tranca. Roberto la observó, con su cuerpo perfecto, su minifalda de cuero negro y un ajustado jersey de cuello alto color teja, vacilante sobre unos zuecos altísimos, y sintió nostalgia de los vaqueros y las bambas blancas que se ponía Julia para ir al club. Metió el coche en el camino de tierra y esperó a que Irene subiera de nuevo. El olor a pino lo invadía todo y el ruido que hacía la grava, al ser aplastada por las ruedas del coche que giraban lentamente, le produjo a Roberto la sensación de que el mundo, casi, casi, estaba bien hecho. «A ver si se muere Franco ya de una vez y podemos dedicarnos solamente a disfrutar de todo esto», le comentó a Irene. Aparcaron en la trasera de la pequeña construcción y se dirigieron al comedor atravesando la galería que se abría hacia el pantano en ocho arcadas encaladas. Roberto pidió al camarero una mesa con vistas al pantano.

—Pues está libre la pequeña que os gustaba a Julia y a ti —le dijo—. La que tiene mejor vista a los veleros. Por cierto, no pensaba verte tan pronto por aquí. Como te llevaste el 420 en junio, pensaba que ya os habíais marchado definitivamente de Granada.

—Sí. Nos hemos ido, pero he venido este fin de semana a solucionar algunos asuntos pendientes.

—¿Y Julia no ha venido contigo?

—No. Ella ya estaba aquí, pero no ha podido venir hoy —dijo Roberto, algo molesto con tantas preguntas. Por eso, justo por eso, decidió contestar a la que sabía que vendría después, dadas las miradas que el camarero estaba lanzando a su acompañante, antes de que fuera formulada—. Te presento a Irene, la que va a ser mi cuñada, la novia de un hermano de Julia que vino con nosotros por aquí algunas veces. Seguro que te acuerdas de él.

—Me acuerdo de haber visto por aquí a dos hermanos de Julia —y, extendiendo la mano hacia Irene, añadió—: Tu cara también me suena. Creo que ya has venido alguna otra vez por aquí, con Julia también, ¿no?

—Sí, sí. He venido alguna vez con ella —intervino Irene aceptando la mano extendida—. Cuando tú estabas en la mili —dijo mirando a Roberto—. Bueno, a mí esto de los deportes no me va mucho, pero Julia me pedía que la acompañara y tampoco estaba mal pasarme un rato mirando el agua.

—Oye, ponnos unas patatas a lo pobre y un choto al ajillo con un cuarto de vino de la costa —dijo Roberto intentando dar la conversación por

terminada—. ¿Te parece bien, Irene?

—Sí, sí, perfecto, pero con un tomate aliñado también, por favor.

Durante la comida hablaron de planes de futuro. Irene le dijo que pensaba seguir en el banco en el que había encontrado trabajo. Le gustaba. Lo de dar clases ni se lo planteaba, por el momento.

—Y, fíjate por dónde, lo bien que me ha venido ahora: el banco está tan cerca de la cárcel que he podido llevar churros a Julia todos los días en el rato de descanso que nos dan para el café de media mañana. Pero no me dejan entrar a verla. ¿Sabes lo que piensa hacer cuando salga?

—Mañana, cuando la vea... Bueno, imagino que dar a luz y esperar a que la criatura pueda ir a una guardería. En esta situación, no podrá continuar buscando trabajo. Ya está de seis meses y, por muy pronto que salga, ya se le notará mucho el embarazo. Aunque se empeñara en encontrar trabajo, que es muy capaz de intentarlo, no se lo darían.

Cuando estaban tomando los cafés, el camarero se acercó a la mesa.

—¿Te has dado cuenta de que han puesto en el corcho la foto que os hice a Julia y a ti a principios de marzo del 73? Aquel domingo hacía tanto frío que solo navegasteis vosotros y decidimos que la proeza merecía una foto. Bueno, pues no sé muy bien por qué, pero la semana pasada hubo un socio que se empeñó en que teníamos que poner una foto vuestra. No cejó hasta que lo consiguió.

—¿No me digas que tenéis esa foto? La he buscado miles de veces. Creía recordar que habíamos hecho una copia para nosotros —dijo Roberto, levantándose y acercándose al corcho.

Tras unos segundos de búsqueda, encontró la foto en la parte de abajo, a la izquierda: el 420, con la proa recostada en la arena y las velas todavía desplegadas. Julia y él en primer plano, los dos de medio perfil y muy juntos. Él con el pelo tan largo que le tapaba toda la frente, hasta las cejas, y también el cuello. Un bocadillo en la mano. Vestido con un jersey beis, muy amplio, metido por dentro de unos pantalones viejísimos de pana, que necesitaban un cinturón, de cuero, para sostenerse. Las botas, viejas pero bien engrasadas. Julia, con el anorak azul marino que él le había dejado para que no tuviera tanto frío. Le quedaba muy largo y, con el cuello levantado, solo dejaba asomar su cabecita y sus delgadas piernas, cubiertas por unos vaqueros también muy viejos y con las rodilleras dadas de sí. Estaba apoyada sobre él. Su cabeza parecía amoldarse a la perfección al hueco que quedaba entre su barbilla y su hombro —o al menos así lo percibía ahora Roberto—. Los dos miraban a cámara, sonrientes. Ese momento, y tantos otros como ese, no

podrían ser barridos de golpe por un vendaval llamado Simón, pensó. Y tuvo claro que Julia le quería a él. Y él a ella también. Y que al día siguiente la podría ver.

A las diez menos cuarto de la mañana esperaba a la puerta de la cárcel. Unas cincuenta personas estaban ya haciendo cola. Y siguieron llegando más. Eran sobre todo mujeres. Algunas se saludaban y hablaban entre ellas. Roberto no saludó a nadie. No conocía a los padres de Simón ni a ninguna de las otras personas que esperaban. Lo que sí le pareció fácil era jugar a diferenciar a los familiares de los presos políticos de los de los comunes. Empezó a intentar averiguarlo, pero abandonó cuando la clasificación de algunas de las personas se le empezaba a hacer dudosa. A las diez en punto, se abrió el portón.

Aquel domingo, 26 de octubre, no hacía sol. En el patio de la cárcel de mujeres la alegría de las presas que esperaban visita se veía amenazada por la tristeza que trataban de imponer el cielo encapotado y las pequeñas hojas de la acacia que, amarillas, caían al suelo con una cadencia que alimentaba la melancolía. Sin el sol como guía, las presas parecían estar desorientadas y movían erráticamente sus cabezas, como si no supieran hacia dónde dirigir sus rostros. Mariana apareció en la puerta del patio. No la acompañaba su habitual sonrisa.

—Julia, a comunicar —gritó sin acercarse.

Cuando habían recorrido juntas casi todo el pasillo, en un extraño silencio, y estaban a punto de llegar a la puerta de la pequeña sala de descanso de las funcionarias, Mariana habló.

—Está aquí tu marido y, por lo tanto, tienes derecho a verte con él sin rejas, en nuestra sala. Estarás contenta, ¿no?

—Sí. Muy contenta. Gracias, Mariana —contestó Julia.

—Pero vamos a ver. —El ceño de la funcionaria se contrajo—. ¿Tu compañero no estaba preso en la cárcel de hombres? Te he pasado una carta suya hace dos días y he enviado tu respuesta ayer. Eso no se hace, Julia. Yo creía que eras una nueva Ramona, pero ya veo que me he equivocado. Y mucho.

—Lo siento. De verdad, Mariana. Créeme que lo siento, por favor. Luego te lo explico todo.

—Yo no necesito ninguna explicación. Anda, pasa ya —dijo, suavizando el tono, mientras abría la puerta.

Julia entró y encontró a Roberto de pie, con la vista clavada en la puerta que se acababa de abrir. Se abrazaron muy fuerte. Cuando se oyó el ruido de

la llave cerrando la puerta, Roberto buscó los labios de Julia, pero ella no fue capaz de sacar su rostro del centro del pecho de él, en el que lo había escondido. Se sentaron y acercaron las sillas para poder estar cogidos de las manos.

—¿Cómo estás, Julia? Ya se te nota bastante el embarazo. ¿Has vuelto a tener pérdidas?

—Sí, un poco, pero nada importantes. Pequeñas manchas de vez en cuando. Estoy bien, estoy bien, no te preocupes. Parece que los lunes, cada quince días, visita el médico de la cárcel. Mañana me examinará. Dime, ¿cómo están mis padres? ¿Sabes algo de ellos?

—Hablé con tu padre por teléfono. Tu madre ni siquiera quiso ponerse. Es que me echa la culpa de todo a mí. Si ella supiera...

—Deja eso ya, Roberto —le interrumpió Julia—, mira que te gusta volver siempre a ese tema. Y ¿qué te dijo mi padre? Espero que no se echara a llorar.

—No, no lloró, pero parecía muy afectado. No tenía esa voz suya de siempre, tan segura, tan amable. Sonaba como roto por dentro. Me dijo que estaban muy preocupados porque intentaron por todos los medios que no pasaras a la cárcel. Echaron mano de todos sus contactos y no lo consiguieron. Creen que eso no augura nada bueno. Pero Aceituno me dijo el viernes que seguramente te van a dar pronto la provisional porque están llegando muchas y muy rápido. Parece como si quisieran vaciar al máximo las cárceles de presos políticos antes de que muera Franco.

—¿Te dijo mi padre si van a venir a verme? No sé si lo podría soportar —dijo Julia olvidando a Aceituno.

—Me ha dicho tu hermano Isaías que tu madre no piensa venir, que les repite cada día que con la visita que te hizo en la cárcel de Valencia ya ha tenido más que suficiente. Que, si tú no piensas cambiar, ella tampoco tiene por qué hacerlo.

—¿Y mi padre? ¿Él sí vendrá?

—A tu padre no le dejan los médicos. Al parecer, van a tener que adelantarle la operación que tenían prevista para principios de diciembre. Dicen que ya no pueden esperar más. Parece que el grado que han alcanzado las supuraciones en la zona del vientre es terrible. Lo que sí me ha dicho Isaías es que van a mandar a tu hermano Dionisio, para que te haga de abogado.

—No, por favor. Dionisio no, por favor —casi pareció oírse un sollozo de Julia apretando las manos de Roberto—. ¿No les has dicho que ya tengo abogado?

—Sí. Se lo he dicho a Isaías. Pero tus padres le han preguntado que de dónde ha salido ese abogado, que quién te lo ha buscado. Y, claro, Isaías no ha podido contestar a esas preguntas. Pensarán que será un abogaducho de tres al cuarto y que no puede ser tan bueno como tu hermanísimo —al utilizar esa palabra consiguió arrancar la primera sonrisa a Julia.

Hablaron también de cómo estaban los padres y la hermana de Roberto. De lo curioso que era que en las dos familias los papeles estuvieran invertidos. El padre de Roberto echaba las culpas a Julia, muy enfadado, de las cosas que le estaban pasando a su hijo y su madre, sin embargo, todo lo disculpaba y la quería muchísimo.

—Mi madre me ha dado magdalenas para ti en Denia y he tenido que venir cargado con ellas. Encima me dijo que ni se me ocurriera comerme ninguna, que eran solo para ti. Que ya me haría más para mí a la vuelta. Y en el viaje me dieron unas tentaciones... Pero han llegado íntegras hasta aquí. A ver qué pasa ahora, porque me las han quitado antes de entrar. También te he traído unos churros y el libro de *La naranja mecánica*, de parte de Irene. Me han dicho que te lo darán todo después.

Roberto le contó de su trabajo en el hospital y de lo a gusto que se encontraba allí. También le dijo que estaba buscando piso en un barrio nuevo de Valencia, Benicalap, cerca de la estación de autobuses, por donde vivía antes de que se fueran a Granada.

—Está muy bien porque, delante de los bloques, todavía se pueden ver los huertos, que llegan hasta la autopista de Ademuz —dijo Roberto.

—El lugar ideal para que le guste a mi madre —añadió Julia. Y los dos rieron, cómplices. También le contó Roberto que los muebles estaban en un depósito esperando a que pasaran a buscarlos.

—Por cierto, que la secretaria de la empresa de mudanzas, cuando me vio aparecer, abrió los ojos como platos. Me contó que los empleados que habían traído los muebles desde Granada habían llegado a Valencia todavía blancos como el papel. Resulta que, cuando llamaron al timbre de La Chana para recoger los muebles, les abrieron la puerta dos de la Social apuntándolos con las pistolas. Nunca se habían visto en una igual. —Julia rio con ganas—. Julia, necesito besarte.

—Yo también, Roberto. Yo también —dijo Julia, levantándose de la silla y dejando sin hacer la pregunta que justo acababa de asomar a su cabeza: «¿Alguna invasora?».

Cuando Mariana vino a buscarla, traía en las manos los churros, las magdalenas y *La naranja mecánica*. Parecía que el enfado se había diluido en

la hora que había pasado, aunque seguía sin ser la de siempre. Se le pasaría. Seguro que se le pasaría. Menos mal.

Julia volvió al patio y se acercó a Soledad para compartir los churros con ella. Ya estaban fríos, pero se los comieron todos. Después se fue hacia el poyete y abrió el libro. Entre la portada y la primera hoja, encontró un folio doblado cuidadosamente en cuatro. Lo abrió y leyó en la impecable escritura de Irene: «¿Cómo preparar una mascarilla facial con yema de huevo?». «Qué cosas tiene», pensó sonriendo. Y siguió leyendo: «¿Quieres tener una piel saludable y radiante sin tener que comprar productos cosméticos caros? ¡Buenas noticias! Puedes hacer una fantástica mascarilla facial utilizando yema de huevo, aceite de oliva y plátano. La mascarilla de yema de huevo te ayudará a humectar y nutrir la piel. Cantidades: una yema de huevo, un plátano hecho puré y dos cucharaditas de aceite de oliva». Pensó que no era mala idea y que después les propondría a sus compañeras de celda comprar los productos en el economato y dedicar algún rato a hidratar sus caras con la receta de Irene. No les vendría mal, después de tantas horas de sol en aquel patio.

Al día siguiente, a media mañana, Julia esperaba a la puerta de la enfermería. Cuando oyó un adelanto y entró, vio a dos personas en la sala: el médico, de traje y corbata y sin bata blanca, parecía un falangista de los que ya no quedaban. Como si fuera el último mohicano y no estuviera dispuesto a renunciar ni al bigotito ni al rictus de «solo nosotros tenemos razón». Muchos de sus compañeros de militancia se habían quitado ya el disfraz de hombre del régimen. A su lado, una monja joven, bajita y muy delgada, vestía el hábito de las Hermanas de la Caridad. Una enorme toca blanca, muy almidonada, desafiaba las leyes de la gravedad encima de su cabeza.

—Tumbese en la camilla —dijo el médico.

—¿Me tengo que desvestir? —preguntó Julia.

—No. No es necesario.

El médico palpó su vientre con rapidez, sobre la cretona, y le hizo algunas preguntas. Después, ordenó a la monja que se sentara a la máquina de escribir que había en uno de los rincones de aquella sala, sobre una mesa pequeña de madera pintada de blanco. «Dos copias por favor», dijo.

La monja cogió dos folios y una hoja de papel de calco entintada de azul. Una vez colocada la hoja azul entre las dos blancas, las introdujo en la máquina y empezó a girar el grueso botón en el que terminaba el rodillo, hasta que las hojas aparecieron frente a las teclas, que se abrían en forma de abanico. Dejó un ancho margen en la parte superior. El ruido que había hecho

la máquina al engullir los tres folios se llevó a Julia muy lejos: a la sala de oficiales de la notaría de su padre donde, en los meses de julio de los años anteriores a su matrimonio, trabajaba para recibir un sueldo que le permitiera viajar en agosto. El recuerdo de las risas que estallaban entre las empleadas al final de la tarde, cuando la concentración del día empezaba a disminuir, le devolvió la cara airada del señor Espadero, el oficial mayor, que no se atrevía a censurarles la algarabía al estar acompañadas por la hija de don Dionisio. El médico de la cárcel comenzó a dictar a la sor:

—Francisco Morata García, médico del Centro de Detención de Granada, certifica. —La monja presionó el tabulador de la izquierda y lo corrió hacia la derecha para agrandar el margen. El médico continuó dictando—: Que la interna Julia Ávila Sanz presenta un estado de gestación de unos seis meses, habiendo presentado en el primer trimestre del mismo, según manifiesta, episodios hemorrágicos que, con reposo y tratamiento adecuados, desaparecieron. Durante su estancia en este centro, en los últimos días, ha presentado pequeñas sufusiones hemorrágicas, quizás debidas a colpitis concomitante a su embarazo, y que han ido cediendo paulatinamente, con el reposo establecido. Granada, 27 de octubre de 1975.

El médico firmó bajo aquel texto, que solo había ocupado la mitad del folio, y salió de la enfermería. Julia iba a seguirle, pero Francisco Morata García la detuvo.

—Quédese un rato a hablar con sor Ángela, le hará bien —dijo, antes de cerrar la puerta.

Julia se había quedado a medio camino, sin saber qué hacer, pero tenía clarísimo que le apetecía tanto hablar con aquella monja como con su madre. Se volvió hacia ella y la encontró sonriendo, al lado de la camilla.

—Ven, anda, ven —dijo, acompañando las palabras con un gesto de las manos que pretendía ser dulce. Julia se acercó tan lentamente como cuando la llamaba la monja que daba clases de dibujo en el Colegio de la Esclavas—. Eres muy joven para estar embarazada, ¿no?

—Estoy a punto de cumplir veintidós años. Creo que no es una mala edad para ser madre.

—Bueno, yo... lo que te quería decir... es que quizás la cárcel no es un buen sitio para que venga un niño al mundo, ¿no crees?

—Pues estoy muy de acuerdo. Pero está claro que yo no estoy aquí por voluntad propia. ¿O cree usted que sí? —preguntó Julia subrayando el usted con el tono.

—Mira, no te pongas así, que yo lo que quiero es ofrecerte ayuda. Si tú quisieras, podrías tener al niño en una buena clínica de Granada, la que está en el paseo del Salón.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tengo que hacer para que pase eso?

—Bueno, compréndelo. Hay muchas buenas familias a quienes Dios no les da hijos. Y eso que están deseándolo y se lo piden a la Virgen todos los días.

—Si me puede decir ya a dónde quiere ir a parar, se lo agradecería. Tengo ganas de volver al patio con mis compañeras.

—Veo que eres una de esas personas a las que no les gusta ser ayudadas. Pero yo quiero ayudarte... Mira. Nadie tiene por qué saber que estás embarazada.

—Pues ya hay mucha gente que lo sabe.

—Entonces, puedes decir que has perdido al niño. Tendrás que reconocer que siempre será mejor para tu hijo que crezca en un hogar donde no le falte de nada, con todo el cariño, con una buena educación cristiana, con todas las comodidades...

Julia no la dejó terminar. Se giró y empezó a caminar a toda prisa. Casi en la puerta, oyó la voz de la monja:

—Me llamo sor Ángela. Si cambias de opinión, diles a las funcionarias que quieres hablar conmigo. Ellas me llamarán. Y yo vendré enseguida —fue lo último que oyó.

Julia corrió por el pasillo como si estuviera huyendo del mismo diablo. Le faltaba el aire.

Estaba ya estaba en el patio contándoles a sus compañeras lo que acababa de pasar cuando vio aparecer a la monja. Julia calló. Sor Ángela se dirigió hacia el grupo de las comunes, y Julia respiró aliviada. Vio como Virginia, la beata del aborto, se levantaba enseguida a besar la mano que le ofrecía la monjita. La tenía extendida hacia adelante, con la palma vuelta hacia el suelo. Las demás le besaron la mano después, pero a Julia le pareció que lo hacían con menos ganas. Sor Ángela estuvo junto al corro que habían formado aquellas presas en torno a ella un buen rato, charlando animadamente. Después, se dirigió hacia Soledad, que, como siempre, caminaba resiguiendo los muros. La monja le hablaba, pero Soledad parecía no escucharla y seguía su camino mirando hacia adelante. Al cabo de poco tiempo, sor Ángela pareció darse por vencida y empezó a caminar hacia la puerta que comunicaba el patio con el pasillo. Cuando estaba a punto de salir, se volvió para saludar con aquellas manitas de niña, que se movían a trompicones como

lo hacen las alas de las palomas moribundas. Solo las comunes, menos Soledad, claro, devolvieron el saludo a la monja.

—Julia, a comunicar —volvió a llamarla de nuevo Mariana, dos días después, el miércoles por la mañana.

En la sala de funcionarias se encontró, sentado en el sillón de mimbre, a su hermano Dionisio. Iba vestido como cuando tenía un juicio: un impecable traje de chaqueta azul marino, de los que le confeccionaban a medida, en la sastrería de Celso de Salamanca, a su padre y a él; camisa blanca resplandeciente y corbata de rayas verde botella sobre fondo azul marino; la insignia del Colegio de Abogados de Madrid relucía dorada en el ojal de la solapa izquierda de su chaqueta. El pelo, liso, caía sobre la parte superior de su oreja izquierda con la perfección aportada por una raya marcada y un corte impecable a navaja. Miraba hacia la puerta con unos ojos que parecían haber llorado, pero no se levantó del sillón cuando vio entrar a su hermana. Julia le dio un frío beso en la mejilla. Se sentó frente a él, en la silla de enea, dejando la mesa camilla entre los dos. Guardaron un silencio incómodo hasta que oyeron el ruido que hizo la puerta al cerrarse.

—¿Qué es eso de que tienes un abogado? —fue lo primero que dijo Dionisio.

—Pues eso, que tengo un abogado —respondió Julia.

—¿Y quién es? ¿Quién te lo ha buscado? —casi gritó Dionisio.

—Fernández Aceituno, se llama. Me lo ha buscado la coordinadora de solidaridad con los estudiantes detenidos —mintió Julia—. Además, no lo tengo solo a él. Él es el que ha venido a que firmara el nombramiento a la cárcel. Pero he nombrado a dos. El otro se llama Antonio Villar del Castillo.

—Pues tu abogado voy a ser yo. Eso es lo que quieren papá y mamá. Además, yo he sido el que ha estado moviéndose como un loco desde que nos enteramos de tu detención. Tengo ya toda la documentación.

—Dionisio, para un poco. Me parece que te olvidas de que soy mayor de edad desde hace casi un año. Cumplí veintiuno en noviembre pasado y eso no me lo quita nadie. ¿O es que no recuerdas la gran celebración que hicimos en la casa de Alicante? Además, al estar casada, en todo caso tendría que ser Roberto el que decidiera, ¿no crees? Al menos, eso es lo que dicen las leyes que tenemos. Y que tanto os gustan a mamá y a ti —subrayó.

—Julia, por favor. Ya basta. No pretenderás seguir sumando más disgustos. Papá y mamá ya no pueden más. Y no sabes lo mal que está papá. Si cuando le operen no estás fuera de aquí, será terrible. Con lo que le gusta a él que seas tú la que te quedes en el sanatorio por las noches cuando mamá se

va a dormir a casa. Si es que no hay manera de que nos quedemos ninguno de nosotros. Siempre tienes que ser tú.

—Y yo también quiero estar con él, ya lo sabes —dijo Julia, recordando a su padre enfermo, con la mano tendida hacia ella para que el contacto entre los dos le ayudara a quedarse dormido en las primeras noches que seguían a las operaciones—. Vale, arréglalo con Aceituno o con Villar. Sí, mejor con Villar, que creo que no te disgustará tanto. A lo mejor puedo tener tres abogados, ¿no? Eso lo sabréis vosotros mejor que yo.

—Vale. Esta tarde mismo me paso por el despacho de Villar. Bueno, y ¿cómo estás? En casa están muy preocupados por tu embarazo. Y eso que no les he dicho lo de las pérdidas que tuviste en comisaría. ¿Estás mejor?

—Sí. Diles que no se preocupen. Ayer me vio el médico de la cárcel y dijo que todo iba bien. Y yo me siento perfectamente.

Después hablaron de todos los hermanos. A Juan, el mayor, habían decidido no contarle nada. No querían preocuparle estando tan lejos. Ya se lo explicarían cuando viniera de vacaciones con su familia desde Caracas. José seguía el caso desde Madrid y también estaba haciendo gestiones allí, aprovechando su título de abogado y la cercanía de tío Melchor y su magistratura en el Supremo. Emilio vendría a verla el domingo siguiente y aprovecharía para pasar el fin de semana en Granada con Irene. Seguían muy enamorados, dijo Dionisio. Isaías y Gabriel, los únicos que vivían todavía en la casa familiar, estaban haciendo todo lo posible por aliviar el dolor de sus padres.

—Por cierto, que Irene ha intentado que la dejaran pasar hoy conmigo. Pero no lo ha conseguido. La verdad es que me ha puesto un poco nervioso con su insistencia. Los guardias civiles de la puerta a mí ni siquiera me miraban. Me he tenido que poner serio y recordarles que, además de tu hermano, soy un abogado colegiado en Madrid.

Julia imaginó la escena y no pudo evitar sonreír al imaginar el ego de su hermano castigado por dos guardias civiles que, según él, deberían casi haberse cuadrado ante su impecable traje, su insignia dorada y su maletín de cuero negro.

—¿Y a Roberto le has visto? —preguntó Julia.

—No. A Roberto no. Está claro que él no me puede ni ver. Y, bueno, yo a él tampoco.

—En esto, como en tantas otras cosas, también coincides con tu madre.

—Y la tuya, Julia, y la tuya, que también es tu madre.

Cuando vinieron a buscarla, Dionisio se levantó y se dieron un abrazo de los de verdad. Julia se dio cuenta de que la entrevista no había sido tan dura como había imaginado. Pensó, como tantas veces había hecho en otras ocasiones, en lo raras que eran las relaciones entre hermanos. Y es que, a pesar del abismo ideológico que los separaba, allí estaban siempre, formando un suave colchón de lana, todas las cosas que habían compartido en la infancia, como para protegerlos de posibles rupturas definitivas. Y volvió a verse en las fiestas de Medina, en brazos de su padre, en los soportales de la plaza cercanos a la puerta de casa, a punto de llorar, atemorizada por un extraño ser con una cabeza enorme, que se acercaba saludando con unas manos minúsculas. Y su puchero transformado en risas cuando el monstruo se despojó de la falsa cabeza y ella vio aparecer la cara sonriente de su hermano Dionisio.

Ese día, a la hora de la comida, la televisión fundió a negro cuando estaban empezando la sopa de cocido. Todas pensaron que Franco habría muerto y las políticas lanzaron, en susurros, algunos hurras. Virginia, la beata, llamó a gritos a la funcionaria. Pilar llegó enseguida.

—Silencio. ¿Qué pasa aquí? —Todas callaron.

—Nada. Que la tele ha dejado de emitir —respondió Dolomitas.

La funcionaria empezó a apretar varias veces el botón de encendido y apagado, pero sin convencimiento, como quien espera un milagro. La imagen no volvió.

—Es un problema técnico, voy a avisar —sentenció Pilar mientras desaparecía por el pasillo.

Cuando estaban acabando de comer y empezando a formar el montón de platos que aquel día les tocaba fregar a Dolo y a Julia, apareció Pilar con un preso muy joven de pelo negro y rizado.

—Ya tenemos aquí al técnico —dijo.

Silencio absoluto. Paralización de las acciones que se habían iniciado. Todas las miradas empezaron a seguir al hombre en su desplazamiento. El joven, guapo como él solo y con la cara roja como un tomate, cogió una silla, sin decir nada, y la acercó al televisor. Se subió a ella cogiéndose del respaldo con la mano izquierda y con un destornillador y unos pequeños alicates en la mano derecha. Quedó de espaldas a todas aquellas mujeres. Julia imaginó que la cara se le habría puesto más roja todavía. Pero enseguida pensó que era imposible. El silencio continuaba, y el crujido que producía el destornillador sacando los cuatro tornillos que sostenían la pequeña tapa de rejilla sonaba como una banda sonora perfecta para generar tensión. Sexual, claro. Además,

el pequeño esfuerzo que hacía el muchacho al girar su mano derecha para desatornillar los minúsculos tornillos parecía transmitirse del brazo al hombro. De allí a su espalda, suavizado, y, al final de la espalda, al culo, que se movía ligeramente bajo sus amplios pantalones de presidiario. Maite, la mujer del policía nacional que estaba allí por adulterio, ya no pudo más.

—No te des mucha bulla, guapo, que nos gusta más mirar esto que lo que dan en la tele.

Todas rieron y el chico se volvió a mirarlas algo más compuesto. También rio y unos dientes muy blancos y de cadencia perfecta asomaron entre los labios carnosos. Julia pensó en *El tañedor de laúd* de Caravaggio. Solo le faltaba la cinta blanca que cae del pelo a la derecha del cuadro y las flores y la fruta que descansan a la izquierda.

Con un barrido circular de sus grandes ojos negros, el preso comprobó que no estuviera la funcionaria.

—No os preocupéis, guapas, que sé esperarme lo que haga falta. —Más risas adornaron la frase de aquel falso tímido que ya tendría algo que contarles a los otros presos cuando volviera a la parte de los hombres.

Las bromas siguieron, pero por poco rato.

—Es la hora de volver a las celdas —dijo Pilar asomando la cabeza por la puerta.

—Pero Julia y yo todavía no hemos fregado los platos —dijo Dolo.

—Pues ya los fregaréis luego. Ahora, todas a la celda —ordenó Pilar.

Aquella noche las presas sí pudieron ver el telediario. Escucharon un nuevo parte médico. Franco no había muerto. Le seguían torturando un poco más. Y a Julia no le daba ninguna pena.

A las 20:30 del día de hoy la evolución clínica de S. E., el jefe del Estado, ha sido la siguiente: la situación cardíaca no ha sufrido alteración desde el parte anterior. Ha empeorado su estado general en el curso de las últimas horas. Se ha presentado una parálisis intestinal con ascitis originada por trombosis venosa mesentérica. El estado es extraordinariamente grave. Firmado: Vicente Pozuelo Escudero, Luis Pescador del Hoyo, Vital Aza y Fernández Nespral, Eloy López García, José María Mez Mantilla, José Luis Palma Gámiz, Ernesto Castro Fariñas, Jesús Señor de Uría, Luis Alonso Castrillo Aladrén, Gabriel Artero Guirao, Joaquín Carbonell Cadenas, María Paz Sánchez Aguado, Isidoro Mínguez y Enríquez de Salamanca, Luis Sánchez Sicilia, C. Marina Fiol y Manuel Hidalgo Huertas.

Palacio de El Pardo, 29 de octubre de 1975

Al día siguiente, al mediodía, escucharon otro: «La evolución clínica de S. E., el jefe del Estado, ha sido la siguiente: en las últimas veinticuatro horas ha mejorado el estado general, manteniendo un nivel de consciencia normal. Continúa con el mismo grado de insuficiencia cardíaca congestiva. La tensión

arterial y la frecuencia cardíaca son normales con extrasístoles ventriculares muy aisladas. Al reanudarse la actividad intestinal, se han apreciado heces hemorrágicas en forma de melena. La ascitis no se ha modificado. El pronóstico no ha variado». Y después leyeron toda la lista de médicos, como siempre.

—No me negaréis que hoy sí que han hablado de cacas —dijo Dolo.

El viernes llamaron de nuevo a Julia al despacho.

—Julia, tienes que firmarme este papel —le dijo Pilar, la seca funcionaria del primer día que había ido ganando un gramo de amabilidad a cada turno que hacía, mientras le entregaba el escrito.

Julia vio en la parte de arriba, a la izquierda, el membrete de la Dirección General de Seguridad del Ministerio de la Gobernación. Leyó:

Granada, 31 de octubre de 1975. Asunto: Interesando notificación de una sanción. N/Ref.: Brigada Regional de Orden público. R. S. número 12 868. Ilustrísimo señor: Adjunto tengo el honor de remitir a V. I. por duplicado notificación de la multa de 450 000 pesetas, impuesta por el Gobierno Civil de la provincia, a la interna en ese centro de su digna dirección, doña Julia Ávila Sanz, en expediente número 2843/75, por sus actividades subversivas, con el ruego de que, por funcionarios a sus órdenes, se notifique a la interesada la expresada sanción, devolviéndose a esta jefatura, debidamente diligenciado, el duplicado de la misma. Dios guarde a V. I. muchos años. El jefe superior, P. O. El inspector de servicio.

La firma era ilegible. «Como siempre», pensó Julia. Pilar pidió a Julia que firmara la copia y le dio el original, anunciándole que disponía de un plazo de diez días para el correspondiente recurso.

—Pues será necesario que avisen a mis abogados, para que puedan recurrir.

—Llamaremos a uno de los tres. ¿A cuál de ellos quieres que lo hagamos? —preguntó Pilar. Julia tardó en responder.

—A mi hermano, Dionisio Ávila Sanz —respondió.

—Así lo haré —dijo Pilar, como si estuviera muy satisfecha con lo que acababa de oír.

El sábado las cuatro políticas decidieron que era el día ideal para las mascarillas de yema de huevo. Ya habían logrado reunir todos los ingredientes y prepararon, junto al fregadero, en un pequeño cazo, la mezcla amarillenta conseguida con las cuatro yemas de huevo, los cuatro plátanos y las cuatro cucharadas de aceite de oliva. Pidieron permiso a Mariana para subir el cazo a la celda después de comer. Mariana se lo dio.

Cuando ya estaban en la celda, Julia dijo que Irene siempre le advertía que para que las mascarillas hicieran efecto había que tenerlas puestas veinte

minutos. Y, lo más importante, para que no contribuyeran a la generación de arrugas, tenían que estar muy relajadas y no hacer el más mínimo gesto. Así que todas, muy serias, se fueron poniendo la mezcla, cada una con un pincel de los cuatro que habían pedido prestados a las comunes de su cesto de pintar muñecos. Intentando que aquella masa viscosa no resbalara, fueron a las camas y se tumbaron bocarriba sobre las almohadas, que previamente habían protegido con sus toallas de mano. Todas cerraron los ojos. Menos Dolomitas, que no conseguía relajarse con aquel potingue en la cara. Además, estaba frío. De todas maneras, logró estar callada casi diez minutos, aunque levantaba de vez en cuando la cabeza para ver si las demás seguían tumbadas. Cada vez que lo hacía, observaba cómo la masa iba secando sobre los rostros de sus compañeras e iba adquiriendo un color cada vez más amarillento. Y, de repente, no pudo más.

—Pues si vienen a liberarnos ahora las masas, como dice Aceituno, van a pensar que somos todas proquinas. —Las carcajadas produjeron el efecto no deseado en las mascarillas, que, al estar ya secas, empezaron a agrietarse sobre las caras como lo hace la pintura al temple sobre la madera cuando pasan los años.

—Rápido. Hay que quitarse esto inmediatamente con agua. Si no, arrugas a gogó —dijo Julia. Y corrieron todas hacia el lavabo tapándose la nariz y la boca para que no se oyeran sus risas.

Las cuatro, apretadísimas junto al lavabo, empezaron a lavarse bien las caras, sin dejar de reír, y el suelo se fue llenando de salpicones como los que se forman delante de las puertas de las casas, en los pueblos de Andalucía, cuando las mujeres echan en las tardes calurosas del verano el agua que llevan en un cubo con los gestos rápidos de sus manos. Para que refresque, dicen.

El viernes por la mañana, cuando estaban en el patio, Pilar vino a buscar a Dolomitas.

—Prepara tus cosas. Ha llegado tu orden de libertad. —Dolomitas dio un salto y sus tres compañeras de celda se levantaron también y, cogidas de los hombros haciendo un corro, empezaron a girar y a darle todos los besos que pudieron. Pilar no interrumpió la alegría.

—¿Puedo acompañar a Dolo a la celda para ayudarla a recoger? —preguntó Julia.

—Vale, de acuerdo —dijo Pilar haciendo un gesto que casi parecía una sonrisa. Y acompañó a las dos amigas hasta la celda. Allí, las dejó solas.

—Anda, coge tus libros y tus apuntes, que yo me encargo de doblar las sábanas y las toallas para llevarlas al lavadero —le dijo Julia sintiendo que un

sabor agridulce se instalaba en su garganta.

Dolo metió sus cosas en la pequeña maleta que le habían traído sus padres con la ropa en la primera visita, y sus materiales de estudio en la cartera de cuero marrón con hebillas que también le habían traído, más adelante, con los apuntes del curso, que les iba pasando una compañera, porque ella no había tenido, todavía, tiempo de empezar. Durante los días de cárcel, mientras unas pintaban muñecos y otras leían novelas, Dolo se había concentrado sobre aquellos papeles llenos de problemas que las demás no podían ni aspirar a entender, y Julia, mientras la veía recogerlos ahora, se dio cuenta de que ya empezaba a sentir nostalgia de la imagen de su amiga inclinada sobre la mesa del comedor y su cara de concentración cuando parecía estar ajena a cualquier posible distracción. Ahora ya podría ir a sus clases de segundo curso de Exactas. Contenta por Dolo y triste por ella, se sintió Julia aquellos cinco días que faltaban para que llegara también su libertad provisional.

El lunes 10 de noviembre, a las trece horas, Julia conoció a Antonio Villar del Castillo. La esperaba, como su hermano Dionisio, sentado en el sillón de mimbre de la sala de funcionarias y también impecablemente vestido de abogado, aunque algunos años más y los kilos que le sobraban le hacían parecer menos elegante. Se levantó para darle la mano, sin poder esconder un gesto de sorpresa.

—He venido yo porque ayer detuvieron a Aceituno y a Sena. Hicieron un registro en su despacho y se los llevaron a los dos a comisaría. No sé lo que nos quedará por ver todavía.

—No me diga. También a ellos. Estarán tan nerviosos con la agonía de Franco...

—Sí. Eso debe ser. Bueno, mira. Me tienes que firmar el recurso de la multa gubernativa. Lo ha preparado tu hermano Dionisio, pero me lo ha enviado por correo urgente. No podía venir él de nuevo desde Madrid. Firma aquí. —Julia firmó—. Lo siento, pero me tengo que ir corriendo, tengo que ver también a todos vuestros compañeros, que llevaba también Aceituno.

—De acuerdo, de acuerdo. Gracias por venir.

—Es mi trabajo. Y, además, aquí donde me ves, yo también me comprometo con los presos políticos. Pero no te confundas, que yo no comparto vuestras ideas. Ahora bien, en lo que sí estamos de acuerdo es en que esto tiene que acabar ya de una vez. La última dictadura de Europa occidental. Tiene delito la cosa. Ya ni siquiera Grecia y Portugal nos acompañan. La vergüenza de Europa. —Se levantó para marcharse y, justo en

ese momento, se olvidó de la autocensura—. Así que tú eres la Mata Hari de la que habla la Policía. Pues no te esperaba yo así.

—Siento haberle decepcionado —dijo Julia.

—No me has decepcionado. Eres muy guapa.

Villar tiró de la mano que Julia había extendido y la atrajo hacia él para darle un beso de despedida, que Julia desvió hacia la mejilla con un ligero giro de su cara. Había hombres que pensaban que si las progres hacían cosas que las demás mujeres no hacían es que estaban a disposición de todos. Eso también habría que cambiarlo, pensó Julia.

Julia fue llevada por la funcionaria directamente al comedor.

—Han detenido a mi abogado. —Las compañeras de Bandera Roja lo admitieron como una noticia más, pero las comunes...

—¿Cómo, un abogado detenido? Eso no me lo creo yo ni loca. Qué cosas tienes, Julia —dijo Mari.

—Pero si es verdad. Te lo juro.

Julia salió de la cárcel de Granada cinco días después de Dolomitas, el 13 de noviembre de 1975, en libertad provisional, cuando hacía exactamente un mes y tres días de su detención y con un embarazo ya claramente visible. La funcionaria había venido a buscarla a la celda a las cinco de la tarde. Le dijo que recogiera sus cosas. Julia metió, con una lentitud que extrañó a sus compañeras, todas sus cosas en la bolsa de viaje que le había traído Irene con ropa de abrigo. Después se colocó su bolso de ganchillo en bandolera y les dio un abrazo muy fuerte a las dos presas políticas que quedaron allí. Se dirigió a la sala de funcionarias diciendo adiós por el pasillo para que la escucharan todas las demás presas. «Adiós, Julia, mucha felicidad, mucha suerte, y que tengas un niño muy guapo», se oyeron algunas voces desde la ventanita enrejada que se abría en la parte superior de la puerta de la celda de las comunes. En la sala, Mariana le entregó la orden de libertad. Julia leyó:

Don José Cano Damiano, magistrado. Juez de Instrucción del número tres de Granada. Por virtud del presente, el Sr. director de la Prisión Provincial pondrá inmediatamente en libertad, si de ella no estuviere privado por otra causa, a Julia Ávila Sanz. Así se ha acordado con esta fecha en exhorto dimanante del Sumario n.º 1674 de 1975, del Juzgado de Orden Público número uno de Madrid, sobre Asociación Ilícita. Sírvasse acusar recibo. Dado en Granada a 13 de noviembre de 1975.

El secretario

Y dos firmas ilegibles. Julia firmó el recibí y la funcionaria abrió la puerta que había cerrado tras ella veintisiete días antes. La pasó a un espacio común a la cárcel de hombres y a la de mujeres, y allí Julia se encontró con dos

funcionarios. Le dieron un nuevo documento. Bajo el membrete de Centro Penitenciario de Detención y Diligencias de Granada pudo leer:

Orden de Salida: Sr. jefe de Servicios: Permita la salida del establecimiento, previa identificación y cacheo, de Julia Ávila Sanz por Libertad en virtud de mandamiento del Juzgado de Instrucción número 3 de Granada y en cumplimiento de exhorto dimanante del sumario n.º 1674/75 del Juzgado de Orden Público número 1 de Madrid, s/asociación ilícita. —Y, debajo de este texto, a la izquierda—: Cumplimentese la presente orden por los Sres. funcionarios de Rastrillo y Cancela. El jefe de Servicios. —A la derecha de la hoja, la ciudad y la fecha—: Granada, 13 de noviembre de 1975. El director.

Más abajo, también a la izquierda, Julia leyó: «Fórmula dactiloscopia» y, bajo este título, dos recuadros. En la parte superior de cada uno aparecía escrito «salida» y «entrada». Así, en este orden absurdo. Entintaron el dedo de Julia y estampó su huella dactilar bajo el que ponía salida, que quedó así emparejada con aquella otra huella que había puesto, entintada esa vez por Pilar, en la casilla de entrada. Para terminar, a la misma altura que las huellas, pero en el lado derecho de la hoja, leyó: «Cumplimentada la presente orden a las 18:05 del día de la fecha. —Y, tras ello—: Rastrillo: el funcionario». Firmó un funcionario con una firma ilegible. Y «cancela: el funcionario». Firmó el otro, con otra firma ilegible, claro, pero con trazo seguro, como dibujando una especie de ovillo alargado o el rastro que podía dejar el vuelo de un moscardón, como el que recordaba Julia que había dibujado en la pizarra Joan Oleza, su profesor de Literatura de primero de Comunes, para explicar a una clase que se le comía con los ojos el sistema narrativo de Gabriel García Márquez. El trazo de la firma empezó potente y largo, para ir disminuyendo de tamaño según se acercaba al final.

A las 18:10 exactamente de aquel 13 de noviembre de 1975, Julia se vio en la calle. Miró hacia izquierda y derecha como si quisiera encontrar a alguien esperándola... Pero la acera estaba totalmente vacía. Le costó un poco llegar a la conclusión de que, en realidad, nadie sabía que saldría precisamente ese día de la prisión y mucho menos la hora exacta. Tampoco ella había sabido exactamente el día ni la hora cuando se pusieron en marcha los trámites burocráticos para su liberación. Tampoco había encontrado a nadie esperándola cuando salió de la cárcel de mujeres de Valencia tres años antes. Miró el reloj que le acababan de devolver y comprobó de nuevo la hora: las seis y cuarto. La mirada de un transeúnte, que pasaba por la acera de enfrente, le hizo pensar que sería mejor salir cuanto antes del significativo marco arquitectónico en el que se encontraba: la enorme puerta de arco de medio punto con enormes dovelas a la romana, sobre la que se podía leer en letras mayúsculas esculpidas en el alfiz: «Prisión provincial de Granada». Y,

curiosamente, por primera vez se le ocurrió pensar que aquella cárcel seguramente había sido construida en los años de la Restauración en los que Concepción Arenal se propuso reformar el sistema penitenciario español. Pero no era momento para ponerse a pensar.

Había que tomar decisiones. La primera era fácil: lo único que tenía que hacer era ponerse a caminar hacia la derecha o hacia la izquierda. Tomó hacia la izquierda, para acercarse al centro de la ciudad. «Voy a casa de Irene», pensó nada más dar el primer paso.

Cuando llegó a la altura de la plaza de toros, empezó a buscar una cabina de teléfonos —quizá fuera mejor asegurarse de que habría alguien—. No vio ninguna, pero sí un quiosco, todavía abierto, en la acera de enfrente. Cruzó la calle para comprar el *Informaciones*.

Julia sacó del bolso de ganchillo, que volvía a colgar de su hombro, el monedero. Se lo había comprado Simón en una de las pequeñas tiendas de recuerdos de la cuesta de la Vela un día de finales de junio que ya sabía a despedida. A Julia, aquel día, el monedero le había parecido bastante infantil. Era cuadrado, de cordobán de color granate, con pequeños motivos dorados y se abría y cerraba como un pequeño fuelle. Lo utilizaba desde entonces. Sacó una moneda de cinco duros y se la dio al quiosquero agachándose después a coger el periódico de los montones que, ya muy ralos a aquellas horas de la tarde, reposaban sobre una tabla alargada sostenida por ladrillos en sus extremos: algunos ejemplares del *ABC* de Sevilla y del *Ideal* de Granada y solo un *Informaciones* de la tarde anterior. Menos mal que quedaba. Este diario de la tarde de Madrid era el único periódico que, desde la Ley de Prensa de Fraga del 62, contaba cosas que los demás ni siquiera mencionaban, intentando encontrar un hueco en los márgenes de la autocensura que atenazaba a los redactores desde la ley. A pesar de que de vez en cuando secuestraban los ejemplares, cuando ya estaban en la calle, en aquel periódico era posible leer algo de información política que no emanara directamente del régimen.

El *Informaciones* en la mano, sensación de algo de libertad en un país que no era libre, Julia no pudo esperar para echarle una ojeada. Se sentó en uno de los bancos que había junto al quiosco. Miró la portada y fue directa a la página tres. Supo así que el día anterior no solo había habido un parte médico sobre el estado de Franco, el que habían escuchado en la cárcel, sino varios. También que Franco ya no estaba en el palacio de El Pardo, sino hospitalizado en la Ciudad Sanitaria de la Paz. «De la Seguridad Social», recalca el comunicado que, según el *Informaciones*, había leído el propio

ministro de Información y Turismo, Herrera Esteban. Episodios de hemorragias digestivas, instauración de respiración asistida con intubación, hemodiálisis, siguió leyendo Julia. «Ya no puede respirar solo ni le funcionan los riñones, le están haciendo de todo para mantenerlo vivo algunos días más», pensó. La tromboflebitis se mantenía estacionaria y el estado era muy grave. No hacía falta que lo dijeran: los partes se habían ido sucediendo cada tres horas. Julia contuvo la sonrisa, el quiosquero la estaba mirando, pero, por su gesto, tuvo la sensación de que quizás él también compartía sus tímidas alegrías.

Miró el reloj. Las siete. Se levantó del banco y cogió la calle de la plaza de toros de bajada. Llegaría a la Gran Vía y luego caminaría hacia casa de Irene cruzando los descampados que rodeaban los comedores universitarios y, desde allí, tomaría la calle de la Facultad de Farmacia hasta San Juan de Dios. Seguía buscando una cabina de teléfonos y, cuando llegó a la Gran Vía, vio una en la acera de enfrente. Pero no cruzó. Se había quedado sin monedas al pagar el *Informaciones*. Giró a la derecha por la misma acera. A los dos minutos, como quien hace algo que no ha decidido del todo hacer, estaba llamando al timbre de la casa de los padres de Simón. Les preguntaría por él antes de seguir su camino y les pediría poder llamar por teléfono desde allí. Encarna, la madre de Simón, contestó al interfono.

—Hola, soy Julia. ¿Puedo subir un momento?

—Sí, mi niña, claro que puedes subir. Te abro.

Mientras empujaba la puerta de la calle, Julia oyó la primera sílaba del vocativo que dijo Encarna mientras colgaba el telefonillo y, en ese momento, se dio cuenta de que tenía el estómago vacío, porque se le dio vuelta. Atravesó el amplio *hall* y subió los dos escalones de mármol que daban acceso al viejo ascensor. Lo llamó y esperó tamborileando con los dedos la puerta enrejada. Cuando llegó el ascensor, abrió la primera puerta y, después, las dos pequeñas hojas de madera y cristal que cerraban la cabina. Hicieron un ruido, que a Julia le pareció más fuerte que otras veces. Los tiradores dorados y los cristales que tenía la cabina a la altura de las cabezas brillaban como solo brillan las cosas que se limpian todos los días. Julia cerró las puertas y apretó el botón del cuarto piso. Mientras subía, se miró al espejo. El pelo, demasiado largo, «se le comía la cara», como decía Florita, y eso a Julia nunca le había gustado. Dejó la bolsa de viaje en el suelo y dedicó las dos manos a intentar colocar las ondas detrás de sus pequeñas orejas. Logró sujetar el pelo allí, aunque sobresalía bastante, como la piel con la que Meret Openheimer había forrado su famosa taza de té, pensó. También se vio

demasiado morena, con un color renegrido que se alejaba mucho de los bronceados dorados de sus veranos pasados entre la playa y la vela. Observó su ropa. La chaqueta beis de punto gordo que le había traído Irene cuando empezó a hacer frío estaba bastante nueva, pero no lograba cubrir toda la superficie del vestido de cretona, el único que podía convivir todavía con su vientre y su pecho, ya tan abultados. Lo había lavado tantas veces en la cárcel... Julia, que no se había visto en un espejo durante todos los días que había estado presa, se daba cuenta ahora de que el vestido estaba muy ajado. Pero ya no había vuelta atrás, el ascensor acababa de llegar al piso. Antes de volverse, pudo ver en el espejo los ojos de Simón, empequeñecidos por el movimiento que se producía en su cara cuando fruncía los labios para silbar. Lo encontró rarísimo sin barba.

—Me han soltado esta mañana —dijo mientras cogía la bolsa de viaje de Julia y la depositaba en el suelo para abrazarla.

La mirilla de la puerta de los vecinos soltó un pequeño quejido que les sirvió de aviso para que el abrazo fuera lo más breve posible. Entraron en el *hall* y, tras cerrar la puerta, continuaron el abrazo interrumpido. Julia quiso pararlo.

—Por favor, Simón, tus padres.

—Pero si no vendrán en este momento. Además, no les importa.

—Pues a mí, sí, lo siento. Si has nacido en Valladolid y vivido parte de la infancia en Medina del Campo, no puedes salir indemne de semejante destino geográfico.

—La meseta es mucha meseta —dijo Simón citando una frase que le había oído a Julia mil veces—. Menos mal que los andaluces pusimos la bajadita de Sierra Morena para que se fuera suavizando antes de llegar al valle del Guadalquivir.

—Anda, no me vengas con esas ahora. Es que, además, mira que estás raro sin barba. Y encima picas.

—Me obligaron a afeitarme en la cárcel y hoy he empezado a dejarla crecer otra vez. De nuevo soy libre, aunque solo sea para hacer con mi cara lo que quiera. ¡Bien! —dijo, levantando los puños de aquellas manos que siempre le habían parecido a Julia demasiado pequeñas para semejante altura. Y, abrazándola de nuevo, consiguió besarla por fin, aunque Julia lo apartó enseguida.

—Déjame, anda. Que, por muy castellana que seas, yo no me creo nada de lo que escriben esos geógrafos deterministas. Y opino justo lo contrario que

ellos: todo se puede cambiar. Siempre que el cambio esté bien dirigido, claro —dijo, consiguiendo besarla de nuevo y esta vez más largamente.

Entraron riendo por el pasillo. Encarna estaba en la cocina. Se había puesto a cortar jamón de Guadix y unas rebanadas de pan.

—Seguro que tienes hambre, Julia. Anda, come algo. Mira, pan de Alfacar comprado esta mañana. Que los jueves pasa el panadero con la furgoneta dos caballos por la puerta de casa —dijo Encarna mientras humedecía con un poco de aceite de oliva las rebanadas que acababa de cortar.

—Sí, mucha. Me he dado cuenta cuando he llamado al timbre. Y de jamón, más todavía. Pero que conste que no he venido porque tuviera hambre, ¡eh!

—Ya lo sé, tonta. No te preocupes. Qué cosas tienes —rio—. ¿Quieres que te lo ponga en un bocadillo?

—No, así está muy bien —dijo Julia mientras observaba cómo los trozos de jamón quedaban perfectamente ordenados, en forma de dalia, sobre el plato de loza blanca.

Se sentaron los tres en la mesa de mármol rectangular que ocupaba el centro de la cocina. Pero, antes de que hubieran podido empezar a comer el jamón, asomó por la puerta la cabeza de Andrés, el padre de Simón.

—Julia, me alegro de verte —dijo sin entrar—. Encarna, vente conmigo al salón, anda. ¿No crees que preferirán estar solos?

—No, de verdad, si estamos muy a gusto. —Julia intentó retener a Encarna sujetándola del brazo. Pero no lo consiguió.

—Tienes razón, Andrés, como siempre. Bueno, os dejo, que tendréis muchas cosas que contaros.

Era verdad: Simón le contó a Julia que su madre había salvado del registro algunos libros metiéndoselos en las bragas. Risas. También había salvado su colección de *Cuadernos para el diálogo* diciéndoles a los sociales que no se la podían llevar porque aquella revista era completamente legal.

—Uf. Menos mal, porque a ti, si te quitan tus *Cuadernos*, con los artículos subrayados a dos colores, te dejan sin base teórica. —Más risas.

Simón siguió: su padre estaba en el despacho de Aceituno y Sena cuando fue la Policía a registrarlo. Aceituno le había contado en la cárcel que su padre se había portado como un señor y que casi había hecho cuadrarse a los policías. «Más militares como él necesitaríamos», había dicho uno de los obreros de la construcción que estaba en la cárcel.

—¿Sabes que destruí las cartas que me mandaste por si me cacheaban a la salida y luego resulta que ni me tocaron? —dijo Simón.

—Yo hice lo mismo. Y me da una rabia...

—Julia, ¿sabes que hablé? —preguntó Simón de sopetón y bajando el tono.

—Lo sé, Simón, lo sé. Me leyeron parte de tu declaración. Pero, por favor, no te preocupes, que no fuiste el único. Yo no les dije nada, pero no tiene ningún mérito. Es que, a mí, ni me tocaron.

—Lo peor no eran las palizas, Julia. Lo peor era que ya lo sabían todo. Sabían dónde nos reuníamos, cuándo, con quién, para qué. Me lo dijeron miles de veces y con todos los detalles. También me leyeron las declaraciones de los que habían cantado. Eso fue lo que terminó de hundirme. Aunque las hostias seguro que ayudaron también, claro. Porque todo me lo decían mientras me daban de hostias varios tíos a la vez. Quería salir de allí. Cuando volví a la celda, me di cuenta de que no soportaba la idea de tener que subir a declarar ni una vez más... Y firmé lo que me pusieron delante en cuanto me dieron ocasión.

—Lo entiendo, Simón —le interrumpió Julia tapándole la boca con su mano derecha y añorando de nuevo el tacto de la suave barba que había perdido.

—¿Es que no quieres que coma más jamón? ¿Lo quieres todo para ti? —dijo Simón apartándole la mano y dejando ver la perfección de sus dientes tras los labios desnudos—. Además, las manos te huelen a jamón que no veas y me estarás dejando todo pringoso. Espera, que te las limpio —empezó a chuparle los dedos uno a uno. Julia se dejó hacer.

—No. Lo que quiero es que dejes el tema. De verdad, no te preocupes, que lo entiendo. Anda, no hablemos más de eso, ya tendremos tiempo. Y come, come jamón, que está tan bueno como siempre en casa de tus padres y yo ya no puedo comer más después de esta limpieza de dedos tan exhaustiva. —Julia miró el reloj. Las ocho y media—. Me tengo que ir, Simón. ¿Puedo llamar a casa de Irene desde aquí?

—Espera un poco más, anda.

—No, no puedo. Ya es muy tarde. Quiero estar en casa de Irene antes de las nueve. Imagínate que se enteran en mi casa, o Roberto, de que ya he salido y no saben ni dónde estoy.

—Bueno, vale. —Simón se levantó con la desgana pegada a las zapatillas—. Anda, llama desde el teléfono del pasillo, que yo, mientras, me pongo los zapatos y te acompaño.

Julia llamó a Irene.

—Julia. Ya estás fuera. Qué alegría.

Le dijo que llegaría a su casa en media hora. Le pidió que, por favor, llamara a Alicante, a casa de sus padres, para que supieran que ya estaba libre y que los llamaría. También le pidió que llamara a Denia, a los padres de Roberto, para que le avisaran cuando él llamara.

Fue al salón, a despedirse de los padres de Simón.

—¿Por qué no te quedas a cenar con nosotros? —dijo Encarna.

—Uf, cenar. Con tanto jamón, no me queda ni pizca de hambre. Además, no puedo, tengo que ir a casa de Irene antes de que se haga más tarde.

—Pero si también te puedes quedar a dormir aquí. Está libre la habitación de Enrique. Tiene imaginaria en el cuartel y no vendrá hasta mañana, y no muy pronto. Anda, que te preparo la habitación en un minutito.

—No puedo, Encarna, de verdad que no puedo. Pero muchas gracias —dijo Julia pensando que tampoco sabía muy bien si quería. La última vez que había dormido con Simón no tenía todavía aquella barriga y estaba segura de que a él se le pasaría por la cabeza intentar un cambio de habitación en algún momento de la noche, como había hecho la vez en que ella se había quedado a dormir un sábado en la casa de Dílar. Además, no quería ni imaginarse lo que podría llegar a ser que, en el primer encuentro con Roberto, después de la cárcel, tuviera que comenzar contándole que había estado con Simón. Ni hablar. Se iba de allí y ya.

Simón la acompañó hasta la puerta de casa de Irene. Como los dos pensaron que seguramente esa sería la última vez que caminarían juntos por Granada y, además, la poca luz de las farolas les daba un cierto cobijo, Julia permitió a Simón que le pasara el brazo sobre los hombros y se dio permiso a sí misma para pasar el suyo por detrás de la cintura de él. Hablaron poco, casi nada. Todo estaba ya demasiado claro. Se despidieron en silencio cuando la voz de la madre de Irene se oyó a través del interfono. Simón le dio un folio doblado en cuatro.

—En la cárcel, me dediqué a escribir buscando palabras en el diccionario. Como cuando lo hacíamos juntos. Te dejo este. —Julia guardó el papel en el bolso. Ninguno de los dos sabía cuándo volverían a verse.

En casa de Irene volvieron los abrazos, las risas y las llamadas telefónicas. Florita no se quiso poner al teléfono, pero Julia pudo hablar con su padre.

—No, Roberto no viene a buscarme. Ya sé que mañana es viernes, pero he sido yo la que le he dicho a sus padres que, cuando llame, le digan que prefiero que no venga. Mañana al mediodía cojo el autobús a Alicante y así

llego antes de la hora de cenar. Roberto me puede venir a buscar allí el sábado. ¿Dónde estaremos, en la casa de Alicante o en San Juan?

—Donde diga tu madre, ya sabes. ¿A ti qué te apetece más?

—San Juan.

—Pues si tu madre no quiere venir, nos vamos nosotros dos. Con tal de que me traigas el desayuno a la cama...

—Sí, sí. Yo te lo llevo. Pero a ver si algún día te puedes quitar esa costumbre, que pareces un niño mimado.

—Necesito tus mimos, sí. Y más ahora. Además, la culpa la tiene tu madre. —Florita le había llevado el desayuno a la cama desde el primer día después de la boda—. Pero, bueno, yo creo que ahora lo hace más porque le molesto menos en la cama que dando vueltas por la cocina. Y con el ABC que me pone en la bandeja, cuando ella ya lo ha leído, ya sabe que me tendrá un buen rato entretenido.

—Un beso. Te llamo a la notaría cuando pare el autobús en Baza para decirte a qué hora llego. E intenta que a mamá se le vaya pasando el disgusto y que se digne a hablar conmigo, anda.

—Lo intentaré, lo intentaré.

Cuando estuvo en la cama, Julia desdobló el folio que le había dado Simón y leyó: «Chocar, chocolate, chófer, chopo, chorrear, chorro, choza».

Junto al río, choca el chopo hoy contra el viento del oeste cargado de lluvia. Chorrea el agua por sus hojas lacias hasta llegar a su tronco. Resbala en cortina de plata empapando el suelo de mi choza. Una onza de la corteza del chopo me quitará este dolor y disfrutaré de tu amor sin miedo. Tu olor será dulce y, con él, lograrás cambiar la dirección de mis labios. Cuando no estás, hago jugo con las hojas del chopo y lo tomo tibio con chocolate. A mis oídos llega un alivio guiado por un chófer que sabe viajar por las venas. ¿Cuánto tiempo más sin oír tu voz? Cogeré las pequeñas bayas del chopo, las majaré y las mezclaré con miel: ungüento verde para cuando vuelvas con tus tres heridas: la de la vida, la del amor y la de la muerte. ¿Recuerdas cuando me leíste el poema? Con tres heridas viniste. ¿Cuál podré curar primero? Colocaré la corteza del chopo sobre el suelo y comeremos los hongos que nos dé cuando acabe la lluvia. A los dos nos gustan. Crudos. Entonces, tus brazos se parecerán a sus ramas en los días tranquilos de sol y conseguirán darme el calor que te estoy pidiendo desde que te vi llegar con esos ojos oscuros.

Simón

Cuando se despertó, el papel estaba arrugado bajo la almohada.

Poder ducharse y no tener que correr pensando en formar para el recuento volvió a devolver a Julia la sensación de libertad recuperada. Después, decidió, con Irene, que no desayunarían en casa y se fueron, obviando la plaza de los Lobos, claro, a tomar un chocolate con churros a la plaza de Bib-Rambla. Esos pequeños placeres no se los podría quitar la dictadura, comentó Julia mientras mojaba el primer churro en el chocolate. Después, se fueron a comprar algo de ropa para Julia.

—No te puedes presentar así en Alicante —dijo Irene.

—Pues es verdad, porque si mi madre me ve con estas pintas, lo va a encontrar aún más humillante que el que su hija haya pasado por la cárcel dos veces. —Rieron.

La ropa de embarazada que vendían en las tiendas de la calle Duquesa le pareció a Julia un verdadero horror. Se probaba y se probaba prendas, con canesús realzados con pequeños volantes en tonos pastel y cuellos adornados con los mismos volantes y, cuando se miraba en el espejo, era incapaz de reconocerse en aquel disfraz de futura madre convencional preocupada por no perder ni un ápice de feminidad en el trance de ver cómo avanzaba la deformidad creciente de su cuerpo. Cada vez que se ponía un nuevo modelo, juntaba las manos sobre su pecho, como lo hacía en la foto de primera comunión, e Irene rompía a reír. Y ella también. Por fin, en el Prenatal de plaza Nueva, aquella plaza a la que la última vez había llegado en un furgón policial para declarar ante el juez, encontró un conjunto de jersey de punto fino de máquina, verde botella, que se ensanchaba en forma acampanada y se cerraba en el cuello con un simple lazo en forma de fular. El pantalón, del mismo color, se ajustaba con una goma que se podía ir corriendo según fueran aumentando los centímetros de cintura. «Vale. No soy yo, pero me acerco un poco más». Irene pagó, y Julia se guardó la factura para hacerle un giro postal en cuanto llegara a Alicante. Al salir de la tienda, cuando se vio reflejada en el cristal del escaparate, pensó que no estaba tan mal.

Después, fueron a la peluquería. «Muy corto, por favor. A lo Twiggy». La peluquera no se atrevió a cortar tanto y el pelo de Julia se quedó a medio camino. «Bueno, a Florita le gustará. Y de eso se trata». Por ahora. Ya se lo cortaría más en Valencia.

A las tres y media, después de comer en casa de Irene, las dos se fueron hacia la estación de la Alsina Graells, en el paseo de Ronda. Irene despidió a Julia a la puerta del autobús. Besos de amigas.

—Iré pronto a Valencia, he quedado con Emilio en que pasaremos allí un fin de semana, cuando tengáis casa.

El autobús estaba a punto de arrancar y apareció de nuevo Irene. Pidió permiso al chófer para subir un momento. Aquel hombre barrigón, que estaría por los cincuenta, la miró de arriba abajo mostrando aún más los brillos de su calva al inclinar la cabeza para mirarle las piernas, que salían bajo una minifalda de piel vuelta. Y le dio permiso. Julia estaba en la primera fila de la izquierda. Le encantaba ver la carretera. Irene le alargó el *Informaciones*.

—Para el viaje —dijo—, acaba de llegar al quiosco.

«Franco sigue muy grave» era el gran titular de la portada. Dejó el periódico en su regazo, para más adelante. No se quería perder un detalle de la salida de Granada. Cuando el autobús se puso en marcha, empezó una despedida silenciosa: «Adiós, Hospital de San Juan de Dios, donde me humillasteis; adiós, plaza del Triunfo, donde corrí muerta de miedo perseguida por los grises; adiós, Gran Vía, donde vives tú con tus padres, Simón; adiós, Facultad de Medicina donde has estudiado tú, Roberto; adiós, plaza del Cristo de la Yedra donde casi parecía que estuviéramos jugando a las casitas el primer año de nuestro matrimonio; adiós, Albaicín, donde hemos tomado tantos vinos de la costa, con habas, y que vas apareciendo tras las curvas de la Cuesta de la Mora...». Y, entonces, la poesía de Rosalía de Castro llegó a ella cargada de una morriña que llegaba antes de tiempo.

Cuando el autobús logró superar aquellas cuestas y ponerse en llano, bastantes metros más arriba, Julia recuperó el periódico. Se dio cuenta de que muchos viajeros también leían ensimismados la prensa. Esta vez, también fue en la página tres donde encontró lo que más le interesaba. Leyó:

Según la agencia Pyress, un médico del equipo que atiende a Franco afirmó a primeras horas de la noche que «no se puede aventurar ningún pronóstico, porque la gravedad continúa. Sin embargo, la salud del jefe del Estado ha experimentado una mejoría en relación con la gravedad de esta mañana». El referido especialista añadió que «los partes se discuten punto por punto y se adaptan completamente a la realidad. Desde nuestro criterio médico, los partes puede decirse que van a misa».

Todo iba a misa en aquel país. Incluso los partes médicos sobre Franco. «Y sus cacas», pensó Julia que habría añadido Dolomitas para hacerla reír. Y sonrió. Pero abandonó el periódico, invadida por el cansancio de leer siempre las mismas cosas y decidió volver a disfrutar del paisaje. Sierra Nevada iba apareciendo de vez en cuando a la derecha de la carretera y extensas pinadas, de árboles muy altos, de montaña, parecían querer abrazar la carretera cuando iniciaba de nuevo un ascenso. Después del cambio de rasante, empezaría la bajada hacia Guadix, por la que había conducido tantísimas veces el 127 hacia Alicante o Cartagena.

«Aplausos a los príncipes» abría otro bloque informativo:

Continúa, como en días anteriores, la afluencia de personalidades a la Ciudad Sanitaria para interesarse por la salud del Caudillo. Minutos antes de las nueve y media de la noche llegaron el príncipe don Juan Carlos, jefe del Estado en funciones, y la princesa doña Sofía. Los príncipes, que llegaron en un automóvil conducido por don Juan Carlos, fueron aplaudidos por el numeroso público congregado ante la entrada principal de la Ciudad Sanitaria.

La esposa del Generalísimo, doña Carmen Polo de Franco, llegó hacia las cinco de la tarde, acompañada por su hija, la marquesa de Villaverde, permaneciendo unos diez minutos en la clínica.

Acudieron también durante el día a La Paz el presidente del Gobierno, don Carlos Arias Navarro, el presidente de las Cortes, don Alejandro Rodríguez de Valcárcel, así como los ministros del Gobierno, exministros y otras personalidades, a fin de interesarse por el estado de salud del Caudillo. En estos días se han restringido, para evitar molestias y aglomeraciones, las visitas a la primera planta de La Paz, a la que solo acceden los miembros del equipo médico, a quienes se ha dotado de una acreditación de color azul, y algunas personalidades, familiares, ministros y autoridades militares, a quienes se ha visto con una acreditación de color amarillo. Los periodistas, que limitan su acceso al vestíbulo, tienen una acreditación en color blanco y marrón.

—Qué organización, qué circo.

Guadix ya se veía al fondo y, cuando se estaban acercando a la entrada del pueblo, aprovechó para echar una mirada a aquel lugar en el que tantas veces había parado a cenar cuando volvía a Granada para empezar un nuevo trimestre. Al principio con Roberto. Después, alguna vez con Dolomitas, cuando Roberto ya estaba en Cartagena haciendo la mili. Dejaron el centro de Guadix y la carretera se fue llenando, a derecha y a izquierda, de pobrísimas cuevas donde vivía gente en unas condiciones miserables. El cambio que necesitaban no era solo político, sino también social y económico, porque la libertad, en solitario, quizás supiera convivir cómodamente con la miseria.

Bajo el titular: «Aumenta la expectación», el periódico continuaba su relato:

Sobre las siete de la tarde se advirtió un aumento de la tensión entre los periodistas que se encontraban en el vestíbulo de la Ciudad Sanitaria. Se esperaba con impaciencia el parte médico de las ocho y media. Hacia las nueve menos cinco, el director general de Coordinación Informativa, don Gonzalo Rodríguez del Castillo, en ausencia del titular de Información y Turismo, que a esa hora se encontraba en la reunión del Gabinete previa al consejo de ministros de mañana, leyó el siguiente parte médico: «A las 20:30 del día 13 de noviembre la evolución de la enfermedad de S. E., el jefe del Estado, hospitalizado en la Ciudad Sanitaria de La Paz, de la Seguridad Social, ha sido la siguiente: desde el último parte médico no se han exteriorizado signos clínicos de nuevas hemorragias digestivas. La situación clínica y radiológica pulmonar es superponible a la del último parte. Continúa con respiración controlada y sedación medicamentosa. Prosigue la hemodiálisis, que es bien tolerada. Desde el punto de vista cardiológico no ha habido incidencias. Las tensiones arterial y venosa, el ritmo y la frecuencia del pulso son normales. La tromboflebitis continúa estacionaria. El pronóstico sigue siendo muy grave».

Y volvían a repetir los nombres de los treinta y dos facultativos que firmaban los partes médicos. Entre ellos solo una mujer.

Un nuevo titular: «Llega Cantero Cuadrado», y más información.

«Los partes médicos dictados hasta ahora en el curso de la enfermedad que durante un mes viene padeciendo el Generalísimo ascienden ya a cincuenta, y los comunicados de las Casas Civil y Militar llegan a sesenta y cinco. Desde que el Caudillo se encuentra en La Paz, se han emitido doce partes médicos y veinte comunicados».

«A última hora de la tarde se registró la máxima asistencia de público frente a la residencia sanitaria, y se incrementaron también las entradas y salidas de personalidades del establecimiento

hospitalario. El arzobispo de Zaragoza, monseñor Cantero Cuadrado, miembro del Consejo de Regencia, que asumirá los poderes en el momento del fallecimiento del Generalísimo, llegó en el Talgo procedente de Zaragoza y entró poco antes de las diez de la noche en la Ciudad Sanitaria. Poco antes de la llegada de los príncipes de España, hacia las nueve y media, se presentaron cuatro excombatientes, al frente de los cuales iba el gobernador civil de Jaén, y que portaban una bandera española de pequeñas dimensiones. Hacia las once, acudió al centro un voluntario que se ofreció para dar un riñón en beneficio del Generalísimo. Llegan igualmente de toda España noticias relativas a la celebración de misas y funciones religiosas para orar por el Generalísimo. Han continuado también, ante la entrada principal de la Ciudad Sanitaria, las muestras de adhesión popular. Anónimos oferentes han entregado a la guardia que custodia el establecimiento algunas estampas que sus portadores dicen milagrosas. Una de ellas es del padre Rubio, jesuita, y otra de Santa Gema Galgani. Otra persona, que no ha podido ser identificada, hizo entrega de una reproducción de un Cristo con la cruz a cuestas. La residencia sanitaria fue visitada ayer por miembros de la Junta Nacional de la Hermandad de Sargentos Provisionales que llegaban para interesarse por el estado de su excelencia y, según manifestaron, “para ofrecerse incondicionalmente para lo que haga falta”».

Cuando pasaron de largo por Cúllar Baza, Julia comprendió que aquel autobús no tenía la parada de descanso en el hostel España-Francia de los padres de Dolomitas, en el que paraban tantos autobuses, y se dio cuenta con claridad de que la despedida de aquellos años granadinos se cerraba con una ausencia. Porque intuyó que no volvería a ver a Dolo nunca más.

Segunda parte

Una libertad furtiva

Todavía no eran las siete de la mañana. El despertador no había sonado en la habitación en la que dormía Roberto desde que había llegado a Valencia y que compartía con Julia desde hacía cuatro noches. Se abrió la puerta y entraron Aguas Vivas y Juan con un transistor en la mano.

—¿Os gusta la música clásica para empezar el día? —dijo Juan mientras el cuerpo de Julia intentaba desprenderse del abrazo inconsciente de Roberto, profundamente dormido—. Pues escuchad esta música celestial. ¡Solo música clásica en todas las emisoras de radio!

—¿Qué querrá deciiiiiiiir? —preguntó Aguas Vivas sacudiendo el cuerpo de Roberto para intentar que despertara de una vez.

—¡Se ha muerto! —casi gritó Julia—. ¡Se ha muerto Franco! —bajó el tono de voz al decir el nombre del dictador.

—Exactamente. Así que hoy vamos a empezar el día con champán. Que ya lleva bastante tiempo esperando en la nevera la botella de Codorniú.

—Vale. Pero primero un café, por favor —murmuró Roberto mientras completaba un bostezo que se transmitía a sus brazos originando una onda expansiva en forma de arco sobre su cabeza.

—El café ya está hecho —dijo Aguas Vivas—, que yo he sido la primera en levantarme, como todos los días. Y, encima, no se me ha ocurrido poner la radio y estaba a punto de salir para el trabajo cuando me ha parado Juan en la puerta poniéndome el transistor delante de la cara.

Abrieron la botella de champán con cuidado para no hacer mucho ruido y, menos Julia, todos bebieron la copa de un trago. Casi no había tenido vómitos durante los primeros meses de embarazo, pero algunas cosas le habían empezado a dar asco. Sobre todo, la cerveza, los vinos blancos de aguja y el humo de los cigarrillos que fumaba todo el mundo a su alrededor. Por eso, solo se mojó los labios. Aguas Vivas bebía como los demás. A ella no le sentaba nada mal y eso que estaba más cerca de parir que Julia.

Como se habían prometido que harían, se cogieron los cuatro de los hombros, juntaron las cabezas en el centro del círculo que habían formado y empezaron a cantar muy bajito *La Internacional* mirando hacia el suelo: «Arriba parias de la tierra, en pie famélica legión, atruena la razón en marcha, es el fin de la opresión. Del pasado hay que hacer añicos, legión esclava, en pie, a vencer. El mundo va a cambiar de base, los nada de hoy todo han de ser. Agrupémonos todos en la lucha final del género humano, en la Internacional. Agrupémonos todos... Ni en dioses, reyes ni tribunales está el supremo salvador. Nosotros mismos realicemos el esfuerzo redentor».

Juan sirvió otra ronda, pero Julia apartó su copa, que seguía estando casi llena.

—Bueno. Yo me voy a la ducha, que tengo que ir al hospital —dijo Roberto.

—Llama antes mejor —recomendó Aguas Vivas—. Han decretado tres días de luto y me imagino que solo tendrán que ir los de guardia. Al menos en La Fe es así. Yo no tengo que ir hasta el lunes. Ya me lo han dicho.

Roberto llamó al Hospital Provincial y le confirmaron lo que Aguas Vivas acababa de decir. No tendría que ir hasta el sábado por la noche, a cubrir la guardia que tenía asignada.

—Y ¿ahora qué hacemos? —preguntó—. Estará todo cerrado y aquí, en la ciudad, no podremos decir ni mu. Me imagino la calle con más secretas que gente.

—¿Por qué no nos vamos al campo? —propuso Julia.

—¿O a Calpe? La casa de mis padres está vacía y tengo las llaves —dijo Aguas Vivas.

—Buena idea. Así llamo a mi hermano Isaías y a lo mejor viene desde Alicante.

Una hora más tarde, estaban los cuatro en el 127 con dos mochilas y ganas de ir cantando y silbando durante todo el viaje. Las calles estaban desiertas. Se percibía una atmósfera como de día festivo pero sin posibilidades de celebración, parecida a la de los Viernes Santos. Julia, al volante, decidió ir por la pista de Silla. La carretera de El Saler era más bonita, pero tenían camino por delante y por Silla irían más rápido. Cuando llegaron a Oliva, pararon a comer en aquella larga playa, sin casas, a la que tantas veces habían llegado Julia y Roberto en el 420 los días en que soplaban un buen Garbí y podían ir en empopada con el *spinnaker* desplegado.

—Joder, Julia, cómo está este chorizo de Guijuelo que te compra tu madre —dijo Juan masticando el primer bocado.

—Bueno, mi madre es que es muy pesada, pero también tiene cosas buenas. Porque qué me dices del cargamento de croquetas que traje el otro día de Alicante. Y, cuando va a Medina, llena el coche en la carnicería de la plaza y nos trae de todo y para todos los hijos. Y, luego, de vuelta a Alicante, al pasar por la Mancha, pues un queso que te mueres.

La botella de vino tinto que había metido Juan en el coche, de la que bebían a morro, el mar en calma y un sol invernal, pero Mediterráneo, al fin y al cabo, dejaron en silencio al grupo por un rato.

Serían las tres de la tarde cuando reemprendieron la marcha, pero Julia paró el coche poco después, en el centro del pueblo, para llamar a Isaías desde una cabina.

—Vamos a dormir en Calpe. Vente. Pero, por favor, no digas nada a papá y mamá, que no me apetece verlos en un día como hoy. Ellos de luto y nosotros de celebración, cortocircuito seguro. Y de los gordos. —Isaías se apuntó al plan sin dudarlo.

Siguieron hacia Calpe. La carretera empezó a dibujar sus primeras curvas y, sin haberse puesto de acuerdo, todos callaron un rato. Tras dejar Denia a la izquierda, Julia se fijó en un enorme y solitario pino, recortado frente al cielo, que ponía algo de verde en un paisaje dominado por los enormes murallones naturales de calizas que enmarcaban la carretera por la derecha: «Mediterráneo», pensó, el lugar en el mundo que, casi sin darse cuenta, había adoptado como propio desde el primer verano en La Pobla Llarga.

Allí había desembarcado la familia en el 78, cuando ella tenía quince años, siguiendo la estela originada por el traslado de Dionisio a la notaría de Carcagente. Al final, tras los años castellanos de Olmedo y Sepúlveda, los extremeños de Logrosán y Villanueva de la Serena, y los manchegos de Villanueva de los Infantes y Consuegra, Dionisio y Florita habían decidido dar el gran paso y pedir el traslado a una notaría en una zona que, sin ser Cataluña ni las Vascongadas, como decía Florita, eso nunca, tuviera más movimiento económico que aquellos lugares de nombres sonoros, pero con menos posibilidades.

Aquel primer verano mediterráneo, cada miembro de la familia había reaccionado de manera diferente al cambio. Florita, el perro y el canario fueron los que más lo sufrieron. La nariz de Florita empezó a moquear y su aguda mirada a enrojarse. Todo ello se debía al olor a azahar que flotaba en el aire, de manera independiente a de donde viniera el viento: los naranjos y los limoneros rodeaban el pueblo por todas partes. «De una manera asfixiante», decía Florita.

—Si es que menos mal que vivimos en un sexto que, si no, en este pueblo, con tanto naranjo, nunca veríamos el cielo en condiciones. En Castilla sí que se ve cielo.

—Pues a mí me gusta más esto —contestaba Julia a su madre.

El canario y Nela, la cocker spaniel de color mostaza que tenían entonces, no habían vuelto a ser los mismos después de las mascletás de las fiestas de la Virgen de los Desamparados. «Es que atronaban», era el verbo que utilizaba Florita. Eso había sido a principios de mayo, cuando el matrimonio, aún sin sus hijos, fue a recibir el capitoné con los muebles y a montar la casa. Como no habían podido encontrar una casa suficientemente grande en Carcagente, tuvieron que recurrir a sumar dos viviendas en el único bloque de apartamentos que había por la zona: lo acababan de construir en la plaza de La Pobra, frente al casino.

Poco a poco fueron llegando los hijos. Los mayores primero, cuando acabaron el curso en la Universidad de Salamanca. Los pequeños después, cuando los escolapios y las esclavas de Valladolid cerraron sus puertas al inicio del largo verano escolar. Así se fueron poblando aquellos dos pisos colindantes, que consiguieron dar cobijo a los diez miembros de la familia. La obligación de tener que organizar la vivienda en dos había convertido uno de los pisos, el de la izquierda, en el que dormían los cinco hijos mayores, en el lugar ideal para hacer las cosas que Florita no autorizaba que ocurrieran en su presencia. Los tres pequeños dormían en el mismo apartamento que sus padres, pero escapaban en cuanto podían al otro donde había, además de tres dormitorios, una sala de estar, convertida en estudio, pero que contaba, además, con un tocadiscos y un viejo sofá, enorme, en el que se podían tumbar a escuchar la música que les diera la gana. Aquella habitación pasó a llamarse la «lobera», en honor a la que llevaba el mismo nombre en la casa de Medina.

Menos Florita, Nela y el canario, los demás miembros de la familia se adaptaron bien al cambio. Dionisio pedía ahora el desayuno gritando: «*Bon matí*», desde la cama y llegó a plantearse aprender el valenciano al ver las dificultades que experimentaban para expresarse en castellano muchas de las personas que pasaban por la notaría. Los cinco mayores —Juan, Dionisio, José, Emilio y Daniel— se iban cuando Florita les dejaba su coche, a la playa de Gandía —a conocer extranjeras, decían— y allí se pasaban el día entero. Y los tres pequeños —Isaías, Julia y Gabriel— se subieron a las bicis en cuanto las desembalaron en la cochera y, al cabo de poco tiempo, se conocían los rectos caminos de tierra roja entre naranjos como si hubieran vivido allí toda

la vida. Gabriel, el pequeño, no podía ir siempre con ellos: estaba castigado porque le habían suspendido las matemáticas y se tenía que quedar a hacer los deberes que le ponía la profesora particular. Así fue cómo Julia conoció a Aguas Vivas. Era hermana de la estudiante de Exactas que tuvo Gabriel como profesora aquel verano. Los baños en la alberca de la finca de los padres de Aguas Vivas, en Rafelguaraf, agua verde entre naranjos verdes, hicieron pensar a Julia que no había comparación posible entre aquel lugar, un paraíso terrenal, según ella, y la piscina azul cloro de tamaño olímpico del Campo de Tiro de Valladolid, en la que se bañaba antes, rodeada de un césped muy cuidado a los costados y cubierta por la bóveda de ciento ochenta grados que construía sobre ella el amplio cielo castellano que tanto alababa Florita.

—Me estaba acordando de tu pueblo, Aguas. Y de cómo nos conocimos. ¡Qué verano! —dijo Julia mirando a su amiga, que ocupaba el asiento del copiloto.

—Sí. Amigas para siempre, nos prometimos. En verano y en invierno. ¿Te acuerdas de lo pesadas que nos pusimos para que te matricularan conmigo en Valencia en las Teresianas de Poveda en vez de en las Esclavas? A tu madre, mis monjas le parecían demasiado modernas. Unas monjas sin hábito, decía, ni hablar.

—Sí. Pero al final accedió. Claro, que fue por mi padre. Si no llega a ser por él...

—Yo de lo que más me acuerdo de aquel verano fue de la obsesión que te entró con Serrat. Te aprendiste de memoria todas las canciones del disco que te regalé. Y siempre estabas preguntándome por las palabras que no entendías, que si qué era *bullir*, que si qué era *blat*, que si qué era *trepijant*, que si qué era *vull*, que si qué era *drapaire*.

—Sí, sí. Yo también me acuerdo. Qué pesadita, ¿no? Si no escuché mil veces aquel disco, no lo escuché ninguna. Allí, en la lobera. El paraíso.

En Calpe los esperaba ya Isaías. Dejaron las cosas en la casa de verano que tenían los padres de Aguas Vivas en el pueblo, blanca y rodeada de unos pinos altos, que parecían haberse alargado para buscar el sol. Roberto comprobó que funcionara la tele y sí, funcionaba: carta de ajuste con música clásica.

—¿Por qué no vamos a ver La Manzanera? Es una urbanización de Ricardo Bofill que está al lado del peñón de Ifach. La semana pasada nos trajo el profesor de Historia del Arte del CEU y me quedé con ganas de hacer unas fotos.

A todos les pareció buena idea. Al cabo de poco tiempo estaban escuchando las explicaciones de Isaías.

—Lo que ha querido demostrar Bofill aquí es que se puede hacer algo diferente a las urbanizaciones que están surgiendo como setas por la costa mediterránea española. Él ha pretendido armonizar la arquitectura con el paisaje.

—Y el paisaje es espectacular —dijo Julia—. Parece un anfiteatro natural sobre el mar. Y, encima, cerrado por el peñón de Ifach —dijo señalando hacia la izquierda.

—Fijaos en la utilización de los muros de piedra seca que hace Bofill, típicos de la arquitectura popular mediterránea —dijo Isaías empezando a hacer fotos con la Polaroid que le habían regalado por su cumpleaños—. La vegetación es solo la autóctona, nada de abetos nórdicos como los que plantan en otras urbanizaciones. Por eso, el diálogo entre arquitectura y naturaleza es perfecto. Además, el uso de tejas viejas y las contraventanas blancas en madera lacada también establecen otro diálogo arquitectónico: en este caso entre la nueva arquitectura y las construcciones populares del Mediterráneo.

Fueron entonces a visitar el grupo de apartamentos Xanadú, e Isaías les aclaró las referencias orientales —mongólicas— de su nombre.

—¿Os dais cuenta de que aquí Bofill replica la forma del peñón? Así el diálogo arquitectura-naturaleza no es solo con la vegetación, sino también con la orografía.

—Me encanta el color verde pajizo con el que está pintado Xanadú. Es que combina a la perfección con los cipreses —opinó Julia.

De todas maneras, el edificio que más les impresionó fue la Muralla Roja.

—No me lo puedo creer. Me deja como flotando, confundida —dijo Aguas Vivas.

—Es porque navega entre el neocubismo y la arquitectura popular, y por eso produce esta sensación de estar en su lugar y, a la vez, estar fuera de lugar —explicó Isaías—. Vamos, ya veréis. —Entraron en el recinto—. Los espacios interiores ayudan a protegerse del sol mediterráneo, como lo hacen los patios tradicionales de las casas de la zona, y crean un juego entre luz y penumbra por la penetración constante del espacio interior por el exterior, que se mete dentro de las casas como lo hacía en las villas romanas. De todas maneras, nos dijo el profesor que la percepción completa de estos juegos necesita de la luz del verano.

—Pues tampoco está nada mal verlo en este día soleado de noviembre en el que, por fin, ha muerto el dictador —comentó Aguas Vivas.

Isaías hizo un montón de fotos con su Polaroid y todos esperaban expectantes a que saliera cada una, ya revelada, de la cámara, haciendo un ruidito como de mandar a callar: fotos de los edificios, fotos del mar y fotos del grupo. Y del grupo, sobre todo, fotos de Aguas Vivas y Julia: las dos embarazadas, las dos sonrientes, Julia más alta, Aguas Vivas mucho más guapa. La más celebrada fue la foto en la que estaban las dos amigas de perfil, para que se pudieran ver claramente sus barrigas juntándose para el retrato. A sus espaldas, Juan y Roberto abrazándolas y uniendo con dificultad sus manos delante de sus barrigas. Juan con su pelo rubio tirando a rojizo y ya con unas entradas incipientes, descamisado y con las Ray-Ban que se ponía ante la aparición del menor rayo de sol. Roberto, de *sport*, pero impecable, como siempre, vaqueros Levis y camisa azul claro, el pelo liso bastante largo y su bigote y sus cejas tan poblados separados solo por la recta línea que dibujaba su nariz. Al fondo, el peñón de Ifach, más embarazado que las dos amigas juntas.

Volvieron a la casa al caer la tarde. Casi, casi se habían olvidado de que estaban allí huyendo del luto oficial por la muerte de Franco. Al entrar en la sala, de nuevo, lo primero que hizo Roberto fue encender la televisión. La carta de ajuste y la música clásica seguían, pero se anunciaba en una frase sobreimpresa que iba recorriendo la pantalla de derecha a izquierda que a las veintiuna horas se televisaría de nuevo el discurso del presidente del Gobierno, Arias Navarro. Aprovecharon el tiempo que quedaba para instalarse. Aguas Vivas y Julia se encargaron de hacer las camas mientras los chicos ponían la mesa con un mantel a cuadros, marrones y blancos, sobre el que colocaron los platos y los vasos de Durablex de color caramelo que había en aquella casa de vacaciones.

A las nueve, con un vaso de vino tinto cada uno en la mano, estaban sentados frente al televisor.

Como fondo, una cortina clara de amplios pliegues, imposible saber el marco en el que se estaba produciendo el discurso. «No saben ni dónde ponerse», comentó Julia. Delante, sentado ante una mesa, que los televidentes no pueden ver, Arias Navarro, el presidente del Gobierno que había sustituido a Carrero Blanco tras el atentado de ETA, con sus orejas de soplillo y su bigotito fascista, vestido de riguroso luto: traje y corbata negros, camisa blanca. El borde de un pañuelo, perfectamente doblado, asomando por el bolsillo superior de la chaqueta, dibuja un fragmento horizontal de luz clara. Dos micrófonos ante el orador y un vaso de agua a su derecha.

Españoles: Franco ha muerto —fue lo primero que oyeron y un bien unánime salió de sus bocas—. El hombre de excepción que ante Dios y ante la historia asumió la inmensa responsabilidad del más exigente y sacrificado servicio a España ha entregado su vida, quemada día a día, hora a hora, en el cumplimiento de una misión trascendental. —«Sí. La de asesinar a miles de españoles», murmuró, Juan—. Yo sé que en estos momentos mi voz llegará a vuestros hogares entrecortada y confundida con el murmullo de vuestros sollozos. —«Más bien de nuestras risas, cabrón», de nuevo Juan—. Y de vuestras plegarias. —«O blasfemias». Ahora Roberto—. Es natural. Es el llanto de España. —«O la alegría», Juan—. Que siente como nunca la angustia infinita de su orfandad. —«Franco será tu padre, que el mío ni por asomo», esta vez Julia—. Es la hora del dolor y de la tristeza. —«De las carcajadas, más bien», Juan—. Pero no es la hora del abatimiento ni de la desesperanza. —«Eso, eso, de desesperanza nada. Mucha esperanza», Isaías ahora—. Es cierto que Franco, el que durante tantos años fue nuestro caudillo, ya no está entre nosotros. —«Claro, caudillo, como fue *führer* Hitler para los alemanes y *duce* Mussolini para los italianos», Julia—. Pero nos deja su obra, nos queda su ejemplo, nos lega un mandato histórico de inexcusable cumplimiento. —«Ya veremos si lo podéis cumplir», Isaías—. Porque fui testigo de su última jornada de trabajo. —«Sí, seguro que ayer. Mentiroso», Aguas Vivas—. Cuando ya la muerte había hecho presa en su corazón. —«Rojo de sangre ajena», Juan—. Puedo aseguraros que para vosotros y para España fue su último pensamiento. —«Pues se lo podía haber ahorrado», Aguas Vivas—. Plasmado en este mensaje con que nuestro caudillo se despide de esta España a la que tanto quiso y tan apasionadamente sirvió.

Arias Navarro había terminado esta parte de su discurso con sus nerviosas manos entrelazadas como si casi se fuera a poner a rezar. Pero, en ese momento, dirigió su mano izquierda al bolsillo interior de su chaqueta y sacó de allí un impecable sobre blanco del que extrajo un folio doblado en cuatro. Lo desplegó con lentitud y empezó a leer:

Españoles: al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio, pido a Dios que me acoja benigno a su presencia, pues quise vivir y morir como católico. En el nombre de Cristo me honro y ha sido mi voluntad constante ser hijo fiel de la Iglesia en cuyo seno voy a morir. Pido perdón a todos de todo corazón. —«A buenas horas, mangas verdes», Julia—. Como perdono a cuantos se declararon mis enemigos sin que yo los tuviera como tales. —«Qué hijo de puta», Juan—. Creo y deseo no haber tenido otros que aquellos que lo fueron de España, a la que amo hasta el último momento. —«Pues hay amores que matan», Aguas Vivas—. Y a la que prometí servir hasta el último aliento de mi vida, que ya sé próximo. —«Seguro que ya estabas muerto cuando te escribieron esto», Isaías—. Quiero agradecer a cuantos han colaborado con entusiasmo, entrega y abnegación en la gran empresa de hacer una España unida, grande y libre. —«Claro, claro, como la de los Reyes Católicos, unida a la fuerza y libre ni te digo», Roberto—. Por el amor que siento por nuestra patria os pido que perseveréis en la unidad y en la paz y que rodeéis al futuro rey de España, don Juan Carlos de Borbón, del mismo afecto y lealtad que a mí me habéis brindado y le prestéis en todo momento el mismo apoyo de colaboración que de vosotros he tenido. —«Exactamente el mismo, no te preocupes», Aguas Vivas—. No olvidéis que los enemigos de España y de la civilización cristiana están alerta. —«Claro, la masonería, el judaísmo y el comunismo internacional», Julia—. Velad también vosotros, y para ellos deponed frente a los supremos intereses de la patria y del pueblo español toda mira personal. —«Claro, individuos ni uno, que son muy peligrosos», Isaías—. No cejéis en alcanzar la justicia social y la cultura para todos los hombres de España. —«¿Cómo se puede ser tan cínico? Ya sabemos cómo es la justicia social y la cultura del estado corporativo fascista, cabrón», Juan—. Y haced de ello vuestro primordial objetivo. Mantened la unidad de las tierras de España exaltando la rica multiplicidad de sus regiones como fuente de la fortaleza de la unidad de la patria. —«Y cantando coplas en todas partes, desde Galicia hasta Catalunya, pasando por San Sebastián, no te jode», Juan—. Quisiera, en mi último momento unir

los nombres de Dios y de España y abrazaros a todos para gritar juntos por última vez en los umbrales de mi muerte: arriba España. Viva España.

La voz quebrada de Arias Navarro acompañó un puchero casi infantil al decir las dos últimas frases, pero a Julia le sonaron tan cuartelarias como siempre.

Cogieron los vasos e hicieron el primer brindis:

—Por la República —dijo Roberto.

A ese le siguieron muchos otros. Pero, según fue bajando el nivel de las botellas de tinto que bebieron aquella noche, la alegría se fue desvaneciendo y otro tipo de comentarios fueron viendo la luz acompañando al amanecer que ya se intuía entre la pineda que rodeaba la casa. Todos los comentarios llevaban al mismo punto: tenía delito que el último dictador de Europa les hubiera tocado a ellos y que hubiera muerto en la cama y dejando un testamento —lo hubiera escrito él o alguno de sus hacedores de discursos—. Testamento que había tenido que escucharse en todas las emisoras de radio y en la televisión, leído solemnemente por el presidente del Gobierno que había nombrado el propio dictador, y que al día siguiente saldría publicado en todos los periódicos sin ninguna opinión crítica posible. Bastante deprimente, la verdad.

Ya en la cama y sumando tristeza a la tristeza que la borrachera les había dado, a Roberto le dio por decir a Julia que tampoco era verdad que España fuera la última dictadura de Europa.

—Julia, es que todos los países del este también son dictaduras.

—Bueno, pero los partidos eurocomunistas del sur de Europa las han criticado y públicamente, Roberto.

—Sí, es verdad, Julia, pero han dejado el comunismo por los suelos. Es que no puedo quitarme de la cabeza la película *La confesión*, de Costa Gavras. ¿Te acuerdas de que la vimos juntos en un cine de la Gran Vía de Madrid?

Desde aquel día, la imagen de las dictaduras comunistas atenazaba a Roberto y había empezado a interesarse por quién era ese Jorge Semprún que firmaba el guion de la película. Lo que fue descubriendo no le tranquilizó. Más bien, empezó a sentir cómo un gusano horadaba con lentitud, pero con seguridad, todas las convicciones que había mantenido desde que conoció a Julia.

—El hecho de que la dictadura del proletariado se haya degradado en aquellos países no quiere decir que en España no lo podamos hacer mucho mejor. Fíjate, el propio Costa Gavras sigue siendo comunista. Y mira la

Yugoeslavia de Tito, un país mediterráneo como el nuestro que ha vivido una experiencia mucho más positiva —le dijo Julia para animarle. Pero la verdad es que, también a ella, de vez en cuando, le asomaban las dudas en forma de nubes negras cargadas de granizo.

Durmieron toda la mañana y pasearon toda la tarde. Al día siguiente, salieron para Valencia. Roberto tenía guardia en el hospital.

El lunes, a las nueve de la mañana, Julia esperaba en el portal del piso de Benicalap que había alquilado Roberto en un bloque de cuatro alturas de la calle Nicasio Benlloch. No habían podido ocuparlo antes porque le faltaba el pulido de los suelos. Una bolsa de plástico con productos de limpieza, una escoba, un recogedor, un cubo de fregona y un mocho con su palo descansaban a su lado. La acababa de dejar allí Roberto, antes de irse con el 127 al hospital. Hacía frío. Pero Julia, que iba solo con el conjunto de punto que había comprado con Irene en el Prenatal de Granada, no lo sentía. Un regalo inesperado que le había hecho el embarazo era la sensación física de confort permanente, como si en su barriga habitara una pequeña chimenea encendida que repartiera el calor adecuado por todo su cuerpo. Miró hacia adelante. Ninguna casa construida enfrente y la falta de aceras hacían que aquel lugar recordara su juventud urbana, como un trozo más de tierra arrancado a las huertas que se extendían tras la estrecha carretera, herida gris en el paisaje, asfaltada pero llena de baches.

Poco después de las nueve y cuarto, llegó el propietario con las llaves. Subieron al segundo piso, y el dueño abrió la puerta señalada con la letra B. Nada más entrar, Julia supo que le gustaba. Roberto tenía razón, pensó. El sol entraba por las ventanas. Las paredes estaban impecables y el suelo de terrazo brillaba. Solo los cristales de las ventanas, el fregadero de la cocina y el lavabo y la ducha del baño necesitaban una buena limpieza para quitar algunos restos de cal y pintura. Y a eso se puso en cuanto despidió al dueño. Empezó por los cristales de la sala, que era la primera habitación a la que daba el pequeño pasillo de aquella casa de espacios bien distribuidos. Cuando acabó con los cristales, cerró la ventana y miró las hileras de lechugas plantadas delante que se iban juntando hacia el horizonte hasta acabar en la pista de Ademuz. Repasó después la cocina, que daba al patio interior y estaba frente a la sala. Oyó a una vecina cantar. «Qué valiente», pensó, porque el ambiente oficial seguía siendo de luto. Julia empezó a silbar. Siguió con los cristales del dormitorio de matrimonio, que se asomaban también a la plantación de lechugas. Solo le faltaba el minúsculo baño y el pequeño dormitorio interior que, por ahora, les serviría de estudio y que, más adelante,

sería el cuarto del niño, organizó todo mentalmente Julia. No sabía ella en ese momento que nunca llegaría a ser así. Cuando estaba limpiando el lavabo, sonó el timbre. «Uf. Las diez en punto. Ya están aquí los de la mudanza. Qué puntualidad. Ni que hubieran sido emigrantes en Alemania».

Los tres hombres que encontró Julia al abrir la puerta la miraron con la curiosidad prendida en sus ojos, y Julia recordó lo que le había contado Roberto. ¿Serían los mismos a los que la Policía había abierto el piso de La Chana con las pistolas en la mano?

—¿Fueron ustedes los que fueron a recoger los muebles a Granada? —preguntó.

—No, fueron otros compañeros. Pero ya nos han contado. Vaya susto.

No dijeron nada más. Bajaron de nuevo a la calle y empezaron a subir los muebles y las cajas por las escaleras, en aquel bloque no había ascensor. Iban dejando todo donde les indicaba Julia: el sofá nido y los módulos de madera blanca lacada con sus extremos redondeados en la sala; las cajas de libros en la habitación del fondo a la derecha, allí también las dos mesas de estudio; la cama y el armario, al dormitorio grande. Julia empezó a abrir las cajas.

—¿Quiere que se las abra yo? En su estado no está bien que se agache tanto.

—Vale, gracias. Seguro que lo harás más deprisa. Pero no te preocupes, que mi estado, como tú dices, no me ha convertido en una inválida. Puedo hacerlo perfectamente. Y hágame de tú, por favor. Que estaré embarazada, pero debemos tener casi casi la misma edad.

—Uy, ¿hablarle de tú? Imposible. No nos lo tienen permitido en la empresa y cómo me oiga el jefe... —Julia pensó que el mundo tenía que cambiar. Y pronto.

En una hora estaba todo arriba, y Julia volvió a quedarse sola. Miró de nuevo por la ventana y volvió a fijarse en las hileras de lechugas, tras la carretera, y en cómo iban uniando sus destinos en ordenadas líneas de fuga hacia el horizonte. Batallón de hormigas que caminan hacia un almacén común, enterrado más allá del fin del mundo, pensó. Algunas nubes cruzaban ceremoniosas el cielo, casi transparente, y el sauce junto a la acequia barría el aire con sus ramas. Hacía viento. Vio llegar una nueva nube, solitaria, alejada de las otras, muy negra. Pero el día le siguió pareciendo precioso.

Empezó por la sala. La verdad es que tampoco tenían tantas cosas. Colocó los módulos de las estanterías lacadas en el centro, construyendo una división de aquel espacio en dos: a un lado, la mesa y las cuatro sillas, también en madera lacada blanca, consiguieron crear un comedor agradable. Al otro lado,

el sofá cama nido y la butaca de cuero rojo, el mueble que más le gustaba a Julia de todos los que tenían por aquel diseño simple que imitaba el estilo de la Bauhaus, construían un espacio frío pero a la vez apetecible. Colocó la lámpara de pie, de estructura de madera, también lacada, y pantalla blanca, a la derecha del sofá. Se alejó y contempló el efecto: el lugar ideal para leer. Colocó delante el puf de cordobán, que habían comprado en Granada, para que sirviera de apoyapiés. Volvió a alejarse para calibrar el efecto. Casi le dieron ganas de ir a las cajas de libros y sacar unos cuantos para ponerse allí a dejar pasar la mañana. Pero no. Siguió, porque quería tener aquella casa lo más habitable posible cuando Roberto volviera del hospital. Salía a las tres. Fue hacia el dormitorio y empezó a abrir las cajas de ropa. No eran muchas porque la mayoría de las cosas ya se las habían llevado de Granada en el coche, cuando se habían marchado al terminar el curso, en junio. Encontró la caja con las sábanas e hizo la cama. Le quedó perfecta. Tantos años de aprendizaje y de protestas porque ella tenía que hacer cosas que sus hermanos no hacían la habían convertido en una especialista en camas.

Desde muy pronto, siendo aún una niña, durante las vacaciones de verano, había tenido obligaciones domésticas y, entre ellas, ayudar a Rosa, la doncella, a hacer todas las camas. Le encantaba y, además, así había aprendido muchas canciones. Pero lo que no lograba entender era por qué sus hermanos se libraban de hacer cosas que para ella se consideraban inexcusables. Algunas veces, en busca de comprensión, preguntaba a su madre por los motivos y obtenía, según la ocasión, dos respuestas diferentes.

La corta era: «Porque tú eres niña y ellos niños». Esa fue la que escuchó más veces cuando era pequeña. No recordaba ahora si había sido en relación con esa respuesta que le había preguntado una vez a su madre mientras la sacaba de la bañera y la secaba con una gran toalla:

—¿Las niñas nacen con los pendientes puestos?

—Claro que no, hija mía, qué cosas tienes —había contestado Florita mientras la terminaba de secar.

—Pues, entonces, ¿cómo se puede saber si lo que ha nacido es un niño o una niña?

—Por el culito, hija mía, por el culito —había sido la misteriosa respuesta de Florita.

Julia tardaría años en llegar a averiguar por sí misma las diferencias biológicas entre los hombres y las mujeres. Si jugaba a los médicos, lo hacía siempre con sus primas y el que ella no pudiera ver al completo los cuerpos

de sus hermanos, o el de su padre, había sido una norma que nunca había roto ninguno de los nueve varones de su familia.

Mientras recordaba todo esto, Julia abrió otra caja y se encontró con las toallas, que puso en el pequeño armario de formica blanca que había en el cuarto de baño.

La respuesta larga de Florita a la pregunta de por qué sus hermanos no tenían que hacer las camas había empezado a escucharla Julia ya casi adolescente.

—Porque para saber mandar hacer las cosas bien hechas, lo primero que tienes que aprender es a hacerlas tú misma a la perfección.

Desde el primer día, a Julia le incomodó esa respuesta sin saber muy bien por qué. Fue ya en la facultad cuando comprendió exactamente qué era lo que le molestaba tanto de aquellas palabras, a pesar de la naturalidad con las que las decía su madre. El concepto de clasismo vino en su ayuda para hacerle ver con claridad lo que de verdad se escondía tras aquella frase.

Terminó de abrir las cajas de la mudanza y ordenó el resto del dormitorio y del estudio. Ver sus libros en las estanterías le hizo pensar en los que ya no estaban y se los imaginó en algún almacén de la comisaria de la plaza de los Lobos de Granada. No creía que, por mucho que cambiaran las cosas, pudiera recuperarlos algún día. Miró el reloj. Era solo la una. Quizás todavía tuviera tiempo de bajar a comprar a alguna tienda cercana y preparar algo de comer para cuando llegara Roberto a las tres.

Cuando estuvo en la calle, se dio cuenta de que encontrar alguna tienda no iba a ser fácil. Aquella zona del barrio, acabada de construir, solo tenía viviendas. Ni un bar ni una tienda ni una farmacia. Nada. Nada de nada. La nada. Solo la juventud de los moradores sería capaz de vencer a aquella nada y llenarla de algo. «De vida, quizás», pensó Julia. Pero tampoco estaba tan segura.

Se puso a andar en dirección contraria a las huertas. A las tres o cuatro calles, las casas nuevas, de los setenta, se encontraban con las viejas, construidas en los años cincuenta. La placa del Instituto Nacional de la Vivienda, con el yugo y las flechas, blanco sobre fondo negro, proclamaba su origen en alguno de los bloques, de tres alturas, que habían sido blancos en su día. Aparecían ahora ajados por el paso de tiempo. «Percudidos», habrían dicho sus vecinas de Granada. En el centro de aquellos bloques encontró Julia un ultramarinos bien abastecido. Tras retirar la cortina, pequeños tubitos de plástico engarzados con alambre que tintinearón al ser apartados por sus manos, Julia entró en un espacio enlatado: montañas de latas de conservas se

apilaban al lado de las dos paredes. Las más grandes abajo, después las medianas y, arriba del todo, las más chicas. Al fondo, un mostrador de madera oscura, cubierto por una laja de mármol blanco que atrapaba la luz. «Clarooscuro de pintura barroca», pensó. Sobre el mármol, bajo una enorme campana de cristal, un queso manchego ya empezado, como ahogado en aquella pecera sin agua, sudaba buscando el color del oro hasta casi rozarlo. Ristras de chorizos caían sobre el mostrador, colgados con ganchos de una barra de hierro. Formaban una cortina rojiza tras la que asomaba el matrimonio que regentaba aquel lugar: delantal blanco impoluto, ella; guardapolvos azul, impecable, él. Compró aceite de oliva, una cabeza de ajo, arroz, azafrán, *baxoquetes*, así llaman en Valencia a las «judías verdes», y un poco de bacalao salado. Con eso, podría preparar un arroz de urgencia, o de *recapte*, como diría su suegra. Compró también una botella de CVNE. Para celebrar la primera comida en la casa nueva.

Cuando salió de la tienda, vio una cabina de teléfonos un poco más adelante, en la acera de enfrente, posibilidad de escapar del barrio siguiendo los hilos. Le sorprendió no haberse dado cuenta antes. Aquel barrio era muy feo, pensó Julia. Comprobó que tenía varias monedas de cinco duros y entró. Dejó la bolsa de la compra en el suelo y marcó el número. Mientras sonaban los rings al otro lado del hilo, se entretuvo enlazando entre los dedos el cable enrollado del teléfono y no se reconoció en el gesto: ¿estaba nerviosa?

—Hola, Encarna. Soy Julia. ¿Está Simón en casa?

—No, Julia, no. No está en casa. Está otra vez en la cárcel.

—¿Cómo que en la cárcel? No puede ser.

—Sí, hija, sí. Sí puede ser. Entró hace tres días. El mismo día en que murió Franco. No te pudo decir nada porque no tenía ningún teléfono al que llamarte.

—¡Pero no lo pueden haber detenido otra vez!

—No, si no lo han detenido. Es que, como no nos dejó pagar la multa gubernativa de 50 000 pesetas que le impusieron cuando el encierro de la Curia, tiene que cumplir un arresto sustitutorio de un mes por impago. Nos dijo que si llamabas, te dijéramos que no te preocuparas. Que un mes pasa pronto. Y que en cuanto tengas teléfono nos llames para dejárnoslo.

—Ya lo hemos pedido. Pero, por la pinta que tiene el barrio, me imagino que tenemos para largo. Ya iré llamando yo. Pero, por favor, cuando vayáis a verle, dadle un abrazo muy fuerte de mi parte. ¿Y vosotros cómo estáis? Cuánto lo siento.

—Bien, bien, Julia. No te preocupes, que estamos tranquilos. ¿Qué tal va todo por Valencia?

—Bien, bien. Pero ahora no tengo tiempo de contarte. Solo quería saludar a Simón. Me voy corriendo a hacer la comida. Un beso.

Al salir de la cabina, aturdida por la noticia y cargada con la bolsa de la compra y con su barriga de siete meses, en aquel barrio tan feo, pensó en que no le gustaba nada la imagen que proyectaba en ese momento: la de un ama de casa embarazada, muy joven, que cargara a la fuerza con sus rutinas mientras intentaba imaginar otra vida. Así se estaba viendo a sí misma cuando, sobre la puerta que se abría al lado de la cabina, vio un letrero: «Asociación de Vecinos del Barrio de Benicalap». De su interior emanaba una luz de tubo de neón. Fea también, pero luz, al fin y al cabo. Otra posibilidad de escapar, pero quedándose. Sobre la reja metálica, que estaba completamente bajada, un folio escrito a mano se adaptaba a las curvas que producía la puerta: «Viernes, 28 de noviembre. 17:00. Se convoca a todas las vecinas del barrio para crear la vocalía de mujeres. Ven. Te necesitamos. Puedes traer a los niños. No molestan». «Vendré», pensó Julia y volvió a casa algo más animada. Otra posibilidad de escapar de la fealdad del barrio, pero quedándose.

Cuando entró en el piso, dejó la bolsa de la compra en el poyete de mármol blanco de la cocina y corrió al lavabo. El rojo intenso que encontró en sus bragas le confirmó lo que había sentido subiendo la escalera: una bola caliente y húmeda había bajado por su vagina y el coágulo había estallado al terminar el recorrido. De todas maneras, no era mucho, así que se lavó y cambió, y se puso a hacer el arroz.

Mientras comían, Roberto le contó cómo había ido la mañana en el hospital y ella a él sus descubrimientos en el barrio. Pero sin saber muy bien por qué no le dijo nada sobre la pérdida de sangre. ¿Quizás no quería molestarle en el día en que estrenaban la casa nueva y después de tanto tiempo sin comer los dos solos? Lo que sí le dijo fue que había quedado con Aguas Vivas por la tarde para que la acompañara a la consulta del ginecólogo que le estaba llevando a ella el embarazo y que era del Partido.

Al terminar de comer, Roberto quiso estrenar la cama.

—Roberto, ahora no. No me apetece nada. Estoy muy cansada y lo que quiero es dormir un poco la siesta. Nada más.

—Vale, pues tú duermes y me dejas hacer a mí. Es el primer día que estamos solos desde que saliste. Lo tenemos que celebrar.

En la impecable cama, Julia cerró los ojos y se dejó hacer, pero, como quien no quiere pensar lo que está pensando, se dio cuenta de que aquello era una imposición y que lo único que quería era que acabara lo antes posible.

—Placenta previa —dijo el ginecólogo—. Tienes que hacer reposo y, en cuanto vuelvas a manchar, por poco que sea, te vas a urgencias de La Fe y les dices que estás sangrando. Acaban de instalar una máquina nueva para hacer una prueba diagnóstica que nos será muy útil para saber si hay motivos de preocupación. Una ecografía, se llama. En toda Valencia solo las hacen allí. Y, si no vas por urgencias, te pondrán en la lista y tendrás que esperar mucho más para que te hagan la prueba. Lo mismo no llegamos a tiempo para tenerla antes del parto y es muy importante que sepamos cómo está situada la placenta.

El viernes, a las cinco de la tarde, Julia no estaba a la puerta de la Asociación de Vecinos de Benicalap, sino con Roberto en la sala de espera de urgencias de La Fe. Pensaban que en unas horas estaría todo solucionado. Pero no fue así. A Julia, sin dejar entrar a Roberto, una enfermera la pasó a una sala donde un médico joven le hizo una revisión. Tras ella, rellenó una ficha de ingreso y le dijo a la enfermera que preparase a la paciente. Julia tuvo que desvestirse completamente y la enfermera le afeitó el pubis y le dio un camisón hospitalario que se ataba en el cuello por detrás, quedando el resto completamente abierto.

—Hasta el lunes no podremos hacerte la ecografía —dijo la enfermera—, pero te tienes que quedar aquí, en observación.

—Pero si tampoco he sangrado tanto —protestó Julia—. Puedo venir yo misma el lunes.

—Imposible. El médico de guardia ha ordenado el ingreso. Entiéndelo. Imagínate que te pasa algo durante el fin de semana.

—Al menos, podré salir para avisar a mi marido.

—Ya le aviso yo. Tú no puedes salir así a la sala de espera.

—No, claro. Eso ya me lo imagino. Pero me visto en un momento y luego me vuelvo a poner el camisón. Un segundo solo, por favor...

—Me parece que no has entendido que aquí las órdenes no las das tú, ¿no? Mañana podrá venir a verte entre las once y la una. Ya se lo digo yo.

—Que me traiga algo para leer, por favor —dijo Julia, dando la batalla por perdida.

Julia pasó cinco días ingresada en una habitación de maternidad, en la cuarta planta de La Fe, compartida con una mujer a punto de parir y que estaba muy preocupada porque ya había salido de cuentas hacía días.

—Mi hijo ya está muerto y nadie me lo quiere decir —repetía a menudo.

El sábado y el domingo, Roberto pasó a verla y trajo algunos libros que aliviaron algo aquel fin de semana. Pero a Julia se le hizo larguísimo. Lo peor eran las tardes y no poder abrir las ventanas de aquel edificio, tan moderno pero tan aislado del mundo exterior. Algunas veces Julia llegó a pensar que si hubiera tenido su ropa a mano se habría vestido y salido de allí sin decir nada a nadie. Pero no tenía su ropa y con aquel camisón imposible no podía salir ni al pasillo. Le dijo a Roberto que no le dijera nada a sus padres. Florita había dicho que no pensaba pisar un hospital de la Seguridad Social ni por asomo. Y menos porque a la terca de su hija le diera por ir a alguno de aquellos sitios en vez de optar por un sanatorio privado, como tantas veces le habían ofrecido.

Julia nunca había estado hospitalizada. Se acordó de su padre. Pero enseguida pensó que debía ser diferente si te acababan de operar o tenías alguna enfermedad grave que te mantuviera en el límite de la inactividad. Con todas las energías intactas, ella vivió aquellos días como si formaran parte de un sistema de tortura y pensó en la cárcel. «Al menos, en prisión mi radio de acción era mucho más amplio. Y podía hablar con más gente. Y hacer más cosas. Las horas no pasan en este hospital —pensó—. Y, encima, cuando te quejas, sientes que les importa un rábano en este sistema tan bien organizado y con todo bajo control».

Lo peor eran las larguísimas tardes y ver desaparecer la luz tras los cristales tan pronto y sin tener ni una gota de sueño. A esas horas aumentaba la desesperación de su compañera, y Julia ya no sabía cómo tranquilizarla. Además, tampoco se atrevía a contarle lo mal que se sentía ella también: su situación, comparada con lo que estaba viviendo aquella mujer, le parecía una nimiedad y compartir con ella su desesperación, una falta de respeto a su dolor. Con la cena, les daban medio Valium a cada una. Ella nunca había tomado ninguna pastilla para dormir y tuvo que reconocer, y casi agradecer, que aquella medicación la devolvía al sueño profundo que solo se tiene en la infancia.

Llegó el lunes por la mañana y se puso a esperar a que la llamaran para la «eco», como decían las enfermeras. Pero fueron pasando las horas y nadie vino a por ella. Tampoco pasó Roberto a verla, porque estaba en su hospital. Por la tarde, tampoco hubo novedades. Entonces estalló. Llamó al timbre blanco de perilla que colgaba entre las dos camas.

—Enfermera, ¿qué pasa? ¿Por qué no me llaman para la ecografía?

—Pues mira, bonita. Es que la máquina de ecografías tiene todos los turnos completos y solo te podrán hacer la eco si falla alguien.

—Y, si no, ¿tengo que seguir aquí encerrada? No me lo puedo creer.

—Pues así es, bonita.

—No me llames bonita, por favor. Que no me gusta nada. Mira, yo puedo irme a casa y me paso aquí cada día todas las horas que tengáis abierto el turno de las ecografías y me espero hasta que haya un hueco.

—Se lo diré al médico mañana por la mañana. Pero me temo que no va a ser posible.

—Pero si es que no he vuelto a sangrar y me encuentro perfectamente — casi lloró.

El martes por la mañana, Julia exigió ver al médico y lo consiguió.

—Mire, es que tengo que salir de aquí ya. Mañana, a las doce de la mañana, tengo que presentarme en el juzgado número dos de Valencia. Mi marido, que también es médico, por cierto, me trajo ayer por la tarde una carta certificada con un apremio judicial. Mire, aquí está.

Así que, ayudada por la maquinaria represiva del régimen, a las ocho de la mañana del día siguiente, le entregaron una bata y la llevaron a la sala de espera de consultas externas de la sección en la que se encontraba el famosísimo aparato que hacía las novedosas pruebas diagnósticas. A las nueve de la mañana, estaba saliendo de La Fe con un informe médico. Lo único que contenía aquel papel era la confirmación de lo que su ginecólogo ya le había diagnosticado hacía días: placenta previa. Le dijeron que, si no había más sangrados hasta el momento del parto que la hicieran volver al hospital —«Eso nunca», pensó—, era muy importante que trajera los resultados con ella cuando se pusiera de parto y se los entregara inmediatamente a la enfermera de la recepción.

Al salir de La Fe miró a derecha e izquierda y, como las dos veces que había salido de la cárcel, nadie la esperaba. Pensó que estaba claro que la primera sensación de libertad había que vivirla en solitario. Y casi se alegró de que fuera así. Fue andando hasta la casa. Eran solo veinte minutos. Tenía tiempo. Poder caminar sola, pronto por la mañana, en un día que percibía frío, pero solo por la actitud que tenían el resto de las personas al caminar, puesto que a ella hacía días que ni siquiera le rozaba esa sensación, le produjo una euforia similar a la que se tiene cuando se recibe un regalo que no esperas. Supo que estaba relacionada con el poder tomar decisiones, por pequeñas que fueran, sin la tutela de nadie.

A las doce menos cuarto llegaba desde la calle de la Paz al Parterre y cruzaba la solemne puerta de los juzgados de Valencia con su paso decidido de siempre. Tras dar los buenos días a los dos guardias civiles que se refugiaban del frío a la entrada del enorme zaguán, les preguntó dónde se encontraba el juzgado número dos. Uno de ellos la saludó, colocando su mano derecha en el borde del tricornio y diciendo un «buenos días, señora», que parecía ir dirigido a su enorme barriga. Después, le indicó el complicado recorrido que tenía que hacer para llegar a su destino. Julia subió primero las escaleras señoriales que se abrían a la izquierda. Tras un enorme rellano en piedra, aparecieron otras escaleras, menos imponentes y, al final de varios pasillos, encontró el letrero que indicaba que había llegado a la puerta que estaba buscando. Llamó con los nudillos. Tras escuchar un adelante, entró en un espacio que estaba lejos del recuerdo que tenía del juzgado de Granada, con sus espacios amplios y ordenados. Ahora se encontraba en una sala no muy grande, en la que convivían apretadamente tres enormes escritorios que parecían haber sido depositados allí sin orden ni concierto. Tras cada uno de ellos, un funcionario escribía a máquina en el único hueco que dejaban los montones de legajos que parecían querer invadir todo el espacio. El ruido de las máquinas subía hacia el techo acompañando el humo de los cigarrillos. «Esto parece una república», pensó Julia que habría dicho su madre. Se dirigió a la primera mesa y enseñó el apremio. El funcionario le indicó la mesa más grande y allí firmó Julia su primera comparecencia ante el juzgado. La seguirían dieciocho más y, como aquella primera vez, tras cada una de ellas, al salir de los juzgados, se dirigía a una cabina de teléfonos y llamaba a casa de los padres de Simón. Aquella primera vez, Encarna le dijo que Simón ya estaba en casa porque le había indultado Juan Carlos. El indulto llevaba fecha del 25 de noviembre, fue lo último que oyó Julia antes de oír la voz de Simón, que le había arrebatado el teléfono a su madre.

—Julia, ¿sabes que Susi y yo estamos pensando en ir a Valencia a veros en el puente de la Inmaculada? ¿Qué te parece la idea? —dijo Simón de sopetón, como si no pudiera esperar ni un minuto.

—Me parece genial. Pero espera un poco a que lo comente con Roberto a la hora de comer. Seguro que dirá que sí, pero no me atrevo a dárselo como un hecho consumado. Está un poco raro últimamente. Te llamo mañana y te digo algo, ¿vale?

—Vale, pero que sea que sí, Julia, por favor.

Después, Simón le contó cómo había pasado los días de cárcel y, sobre todo, cómo había sido su vuelta a las clases en la facultad.

—¿Sabes que se habían repartido el trabajo de tomar apuntes para mí y me dieron el primer día una carpeta con todos los apuntes, de todas las asignaturas, perfectamente ordenados? La verdad es que me emocioné. Estuve a punto de echarme a llorar.

—Qué bonito, Simón.

Antes de colgar, Julia le prometió que le llamaría al día siguiente a la misma hora y que le diría qué pensaba Roberto de su visita para la Inmaculada.

Julia decidió ir caminando hasta casa. Era casi una hora, pero tenía tiempo de sobra y necesitaba que la euforia se fuera acompasando a sus andares de embarazada. Por primera vez pensó que aquel rey, que ya habían empezado a llamar El Breve, quizás les trajera algo más que la simple continuidad de la dictadura sin Franco. Cuando estaba casi llegando al barrio, entró de nuevo en una cabina. Esta vez marcó el número de la notaría de su padre en Alicante.

—Qué alegría, Julia. Qué bien que hayas llamado. Esto de que estéis sin teléfono es un auténtico engorro.

—Pues sí, papá, sí. A ver si nos lo ponen pronto. Aunque no sé. Como es un barrio nuevo, dicen que todavía no ha llegado la línea.

—¿Un barrio nuevo, otra vez? ¿Y sin línea telefónica todavía? Bueno, dejemos eso. Quería decirte una cosa: ¿por qué no os venís este fin de semana? Tu madre ya ha empezado a comprar miles de cosas para el niño y creo que estaría bien que vinierais a controlarla un poco o, al menos, a intentar que las cosas sean de tu gusto y no solo del de ella.

—Ah, pues me parece buena idea. Yo voy seguro. Se lo digo a Roberto, a la hora de comer, y te llamo esta tarde para decirte si él también viene.

Roberto dijo que sí a la visita de Simón y Susi, y también le pareció buena idea que Julia fuera a Alicante a pasar el fin de semana con sus padres.

—Pero a mí me dejas en Denia y sigues viaje, ¿vale? Que tu madre estará mucho más a gusto si vas tú sola. Y si no les quieres decir que me he quedado en casa de mis padres, diles que tengo guardia el domingo. O cualquier cosa que se te ocurra.

—De acuerdo, de acuerdo, aguantaré yo sola a mi madre.

—Julia. Sabes perfectamente que es ella la que no me aguanta a mí.

—Sí, sí, lo sé, lo sé. No te preocupes. Te dejo en casa de tus padres. Si te voy a buscar al hospital a las tres y preparo unos bocadillos, a las cinco podemos estar en Denia y me tomo allí un café, que yo sí que tengo ganas de ver a tu madre.

—Julia. Ese tono, por favor.

—Va, no te enfades. Solo te quería decir que así descanso un poco de conducir y luego sigo hacia Alicante.

El viernes Julia preparó los bocadillos y bajó al coche. Metió dos bolsas de viaje en el maletero del 127. Una con las cosas de Roberto y otra, con las suyas. Mientras conducía hacia el Hospital Provincial, puso el casete de Raimon y empezó a cantar a voz en grito *La cara al vent*. Llegó cuando Roberto salía con una compañera de trabajo. Pensó que le sonaba de algo. Cuando los vio darse un beso en la mejilla al despedirse, se paseó por su cabeza una intuición que prefirió desechar.

—¿Quién es? —preguntó a Roberto mientras este abría el maletero y metía allí una pequeña cartera con el fonendo y la bata blanca.

—Una compañera de curso de la facultad, de antes de irnos a Granada. Me la he reencontrado ahora, en el servicio de reumatología. Está haciendo la especialidad —dijo Roberto mientras ocupaba el asiento del copiloto.

—Es muy guapa. —Julia le ofreció los labios.

—Sí, bastante guapa. —Roberto besó a Julia.

—¿Por qué no vamos por El Saler y tomamos los bocatas allí? En media hora llegamos. Y hace un día precioso. Si no tienes mucha hambre...

—Buena idea.

A las cinco estaban en Denia y a las seis salía Julia para Alicante.

—Te paso a buscar el domingo sobre las seis y así me paro otro rato aquí.

—Perfecto. Mi madre estará encantada.

Casi llegando a El Campello, Julia no pudo evitar volver a un recuerdo relacionado con la casa que tenían sus padres frente al mar, en la Urbanización Llop Marí, y que volvía muchas veces a ella con la forma que adopta la culpa cuando se agarra a la boca del estómago.

Era el verano de 1972. Florita estaba en la clínica Ruber de Madrid, cuidando de Dionisio, porque había sido operado por enésima vez de la extrañísima enfermedad de piel que padecía: le producía unas supuraciones en la zona del vientre que tendían a extenderse y que, con el pasar del tiempo, llegaban a límites alarmantes. Cuando se producía esta situación, los médicos sugerían una intervención quirúrgica de limpieza.

Julia había entrado aquel verano en contacto con el PCE de la zona porque la dirección del partido en Valencia le había dicho que en el mes de agosto volvían de Francia, a pasar las vacaciones en la zona de Alicante, muchos militantes que se habían hecho del partido en la emigración, mientras trabajaban en la Renault, ellos o de *bonne a tout faire*, ellas. Había que organizar una reunión para ver cómo enlazar mejor la militancia del exterior

con los jóvenes que estaban entrando en el partido en el interior. Julia había aceptado el encargo y, una tarde, cogió su Vespino y acudió a una cita con un militante. Se encontró con un chico poco mayor que ella, moreno, de ojos muy grandes y que le pareció bastante guapo. Juan, se llamaba, «Jean en francés», le aclaró. Y Julia pensó que ese sería su nombre de guerra. Jean le explicó que vivía en Narbonne con su familia, pero que pasaban las vacaciones en la playa de San Juan desde hacía varios veranos. Él sería el contacto con los militantes que vivían en Francia y estaban veraneando en la zona, y Julia solo se tenía que encargar de buscar un sitio seguro para hacer la reunión, de unas veinte personas, y que acudieran a ella algunos miembros de la organización clandestina de Alicante. Enseguida pensó que por el sitio no había ningún problema: si Florita no estaba y en la casa solo quedaban los tres hermanos pequeños —los demás estaban repartidos en campos de trabajo para jóvenes, en Francia e Inglaterra, para mejorar su francés y su inglés—, podía perfectamente organizar la reunión en el chalet de Llop Marí. Era un sitio tranquilo donde en aquel entonces solo había dos casas construidas y, si hacían la reunión un domingo, no estaría ni siquiera el vigilante de la puerta de entrada a la urbanización. Lo mejor sería que los militantes llegaran por un pequeño camino de tierra poco transitado, al que daba la parte trasera del jardín del chalet y Julia les abriera la puerta metálica que tenía la valla que separaba el jardín de aquel camino rural. Allí podrían dejar los coches. Todo pareció salir aquel día como ella lo había previsto, pero Julia se enteraría poco más de un año después de que no había sido así. Un paseante había avisado a la guardia civil: le había parecido muy raro ver tantos coches franceses aparcados en un camino rural. La casa había estado vigilada aquel día. Fue su tío Melchor, el magistrado, el que se lo dijo a Julia el día de la muerte de su hermano Daniel. También le pidió, casi en una súplica, que, por favor, dejara de hacer esas cosas porque, si se enteraban sus padres, se morirían del disgusto. «¿No crees que ya han tenido bastante con la muerte de un hijo de dieciocho años, seguramente el más querido de todos? Por favor, piensa un poquito, aunque sea solo un poquito, en tus padres, Julia. Ellos no se merecen esto».

A las siete y media, Julia había conseguido desembarazarse de esos recuerdos y estaba dejando el 127 en la plaza de aparcamiento que tenían sus padres para cuando venía alguno de sus hijos a verlos, al lado de las dos que ocupaban el Morris 1100 de Dionisio y el Mini de Florita. En el ascensor apretó el timbre de la planta baja, para saludar al portero. Manolo era siempre muy simpático con ella, y Julia no olvidaba nunca saludarle al llegar y

despedirse cuando se marchaba. Además, le apeteció que viera que su barriga seguía creciendo.

—Gracias por saludar, Julia. Te veo muy guapetona con ese barrigón. Pero, anda, sube, que tu padre ya me ha llamado dos veces por el telefonillo a ver si te había visto entrar en el aparcamiento. Ahora les digo que estás subiendo.

Cuando el ascensor llegó al segundo, Florita estaba ya abriendo la puerta. Madre e hija estaban iniciando el acercamiento para darse un beso protocolario cuando llegó Dionisio y las recogió a las dos en un único abrazo, lo que obligó a madre e hija a acercarse más de lo que lo hacían normalmente. «Déjanos, pesado», dijeron las dos casi a la vez.

—Además, es que con esta barriga ya no puedo ni abrazar bien —añadió Julia. Y los tres rieron juntos como hacía tiempo que no lo hacían.

—¿Y Roberto? ¿No ha venido? —preguntó Dionisio.

—Es que tenía guardia el domingo. Parece que ahora, como está empezando, le ponen muchas.

—Claro, normal —dijo Dionisio mientras Julia vio como asomaba una ligera sonrisa en los labios de Florita, que no supo si interpretar como de satisfacción, por no tener que tener cerca a su yerno, o sospecha sobre la veracidad de la información. «O las dos cosas a la vez», pensó—. Bueno, ¿os apetece dar un paseo por la Explanada? —preguntó Dionisio.

—Sí, después de tanto coche, me apetece mover las piernas. Vamos.

—No, no, yo me quedo, que tengo que dar forma a las croquetas —se justificó Florita—. Id vosotros, anda.

—¡Croquetas, qué bien! Gracias, mamá.

—Las he hecho especialmente para ti.

—¿No quieres que te ayude? —A Julia siempre le había gustado darles forma a las croquetas con las cucharas mientras su madre las rebozaba en huevo y pan rallado.

—No, no, no hace falta. Id a dar ese paseo, que tu padre está pesadísimo esta tarde. Pero a las diez en punto aquí y sin tomar muchas cosas, que ya sabéis que los horarios en esta casa se respetan y, además, quiero que vengáis con hambre. ¡Ah! Y también estará Isaías, que ha salido con los amigos, pero ya le he dicho que hoy ni cine ni nada, que venías tú y que yo quería que estuviéramos todos juntos a la hora de cenar.

—Vale. A las diez en punto, no te preocupes —dijo Julia mientras Florita entraba en la cocina y ella corría por el pasillo a dejar su pequeña bolsa de viaje en el dormitorio—. Espera, papá, enseguida vengo.

Mientras colocaba sus cosas en el armario empezó a canturrear *Poco antes de que den las diez*, de Serrat y, al colocar el camisón bajo la almohada, vivió el tacto de las sábanas de batista blanca, perfectamente planchadas, como un nuevo saludo de vuelta a casa.

A las diez en punto estaban sentados los tres a la mesa del comedor, con la fuente ovalada de loza blanca, llena de croquetas, ocupando el centro de una mesa cubierta por un mantel blanco, de hilo, impecable. Una simple ensalada, de lechuga y tomate, era el único acompañamiento. Fue justo cuando el reloj de péndulo daba la última campanada, cuando se oyó girar el llavín de la puerta de entrada. Julia se levantó como una exhalación a abrazar a Isaías. Lo atrapó cuando bajaba los dos escalones de madera barnizada que separaban el *hall* de entrada del enorme salón comedor.

—Pero, hija mía, que estás esperando un hijo. Ya no puedes correr de ese modo.

—No pasa nada, mamá —dijo Julia mientras deshacía el abrazo—. Y tú deberías ser la primera en saberlo: cuántas veces no nos habrás contado que compaginaste tus ocho embarazos con varios traslados de casa y los dos últimos, además, sin dejar de ir de aquí para allá conduciendo el Citroën dos caballos. Pero si siempre aprovechas esa historia para criticar a las mujeres que viven el embarazo como si fuera una enfermedad. Como si fueran plantas de estufa, dices tú.

—Es verdad, Julia. Te voy a tener que dar la razón. Aunque sea solo por una vez. —Esbozó Florita una sonrisa mientras miraba a Dionisio—. Pero anda, sentaos, que se van a enfriar las croquetas.

El fin de semana en Alicante pasó con suavidad, como cuando una tela de seda se escurre por un cuerpo joven desnudo, entre paseos y aperitivos en el Jumillano con Dionisio e Isaías, y compras, muchísimas compras, con Florita. Del Prenatal de Maisonave salieron cargadas de cosas. Además, de manera sorprendente, no tuvieron grandes discusiones en la elección. Aquella marca parecía poder conjugar las exigencias de calidad de Florita con la intención de dejar atrás los modelos tradicionales que marcaban los gustos de Julia. Compraron: otro conjunto de embarazada —«no puedes ir siempre con la misma ropa, hija mía»— y dos bolsas enormes de ropa de bebé —«en blanco, nada de rosa o azul, que es una cursilada»—. También compraron otras cosas, que no se podían llevar en ese momento. La misma tienda se encargaría unos días después de hacer la entrega, en la dirección de Julia en Valencia, de un moisés para los primeros días y una cuna para después, una bañera plegable de bebé y un cambiador con cajones.

—Te serán comodísimos para bañar y cambiar al niño sin tenerte que agachar —dijo Florita mirando a la dependienta. Y Julia se dio cuenta del placer que le producía a su madre el compartir compras con una hija embarazada.

—¿Tenéis una de esas mochilitas para llevar al bebé cogido por delante? —preguntó Julia a la dependienta.

—Sí, sí, claro que tenemos. En una tela vaquera muy resistente, pero muy suave al mismo tiempo... —Florita interrumpió la explicación y el movimiento de la dependienta que estaba abriendo un cajón, como si la cosa se le estuviera yendo de las manos.

—Bueno, esas moderneces te las compras tú, si quieres. Yo, desde luego, no creo que eso sirva para nada y no pienso pagar un objeto inútil. —Julia miró a la dependienta mientras Florita se giraba para ir a la caja.

—Vale, pues lo pago yo. Démela, por favor. Y muchas gracias por la paciencia.

—Julia, ¿estás contenta con todo lo que te he comprado para el niño? —dijo Florita mientras se dirigían a la puerta de salida.

—Sí, muy contenta. Y con lo que he comprado yo también. Además, recuerda que quizás sea una niña, mamá. Es que parece que solo quieras niños en tu descendencia. Tu primer nieto ha sido niño. Ahora estaría bien una niña, ¿no?

—Bueno, será lo que Dios quiera, Julia. Lo que Dios quiera.

—¿Te acuerdas de cuando te decían qué bien, Florita, que has tenido al menos una hija entre tanto hijo? Tú contestabas siempre que a ti te hubiera dado igual que todos fueran hijos. Nunca te lo he dicho, pero siempre me molestó.

—Anda, vamos, déjate de tonterías —zanjó Florita la confidencia.

El domingo al mediodía, en la última comida del fin de semana antes de que Julia volviera a Valencia, aquel clima de armonía familiar se rompió al sacar Florita dos temas que enturbiaron y agitaron el ambiente como se enturbiaba y agitaba el agua del vaso de la abuela Felisa, la madre de Florita, en la casa de Valladolid, cuando echaba litines y removía todo con una cucharilla. Julia recordaba perfectamente la sorpresa que le produjo aquella operación la primera vez que la vio, cuando llegó desterrada desde Logrosán, el pueblo en el que vivían entonces, para vivir con su abuela y su tía Julia —de ella había heredado el nombre— para poder continuar los estudios en las Esclavas: «Esta niña no puede continuar en el pueblo. Se está haciendo un muchachote, siempre rodeada de sus hermanos». Julia había intentado replicar

que también estaba con muchas niñas, en la escuela, y con sus amigas. Pero Florita había añadido: «Si es que, además, está cogiendo un acento extremeño horroroso». ¿Cuánto había marcado aquel exilio vallisoletano la frialdad de la relación entre su madre y ella?, se preguntaría Julia muchas veces.

En todo caso, al final de aquel fin de semana en Alicante, se produjo el choque entre madre e hija, como casi siempre. El primer motivo estuvo relacionado con la pregunta de Florita sobre cómo era la casa que había alquilado Roberto en Valencia.

—A mí me encanta, mamá. Pero creo que a ti no te va a gustar.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque hemos vuelto a elegir un barrio obrero, como tú dices. Pero la casa tiene mucha luz. No hay nada construido delante. Una gozada.

—Otra vez, Julia. No puede ser. Es que no tienes solución. ¿Y el tonto de tu marido quiere que cuides de su hijo en un barrio así?

—Pues sí, aunque te parezca raro, esa es nuestra intención. Y no le echas la culpa a Roberto, mamá, que yo estoy completamente de acuerdo.

Dionisio e Isaías se resignaron al silencio, como solían hacer, pero la cosa continuó entre ellas. Y lo peor vino después, cuando Florita sacó el otro gran tema de la comida.

—Me imagino que te vendrás a Alicante a tener al niño. El Perpetuo Socorro es un sanatorio fantástico y con unos médicos muy buenos. Además, el servicio es estupendo y todos nos conocen por las veces que han operado a tu padre allí. Nosotros pagaremos todo, por eso no te preocupes.

—Mamá, no voy a tener a mi hijo, o hija, no te olvides, en el Perpetuo Socorro de Alicante. Lo voy a tener en La Fe de Valencia. Es un hospital nuevo, con las últimas novedades técnicas. Lo he podido comprobar en los días en que he estado ingresada. —Julia se dio cuenta enseguida de que había metido la pata hasta el fondo con la última información.

—¿Cómo que ingresada? No sabíamos nada. No nos has dicho nada. Yo ya no puedo más.

—No ha sido nada, mamá. Una pequeña pérdida de sangre. Pero está todo bajo control. No quería preocuparos y que tuvierais que venir a un hospital de la Seguridad Social. Me has dicho tantas veces que te produce horror...

—Pues es verdad. Si es que no entiendo por qué personas como nosotros, que podemos permitirnos pagar buenos sanatorios, tenemos que ir a esos hospitales que están pensados para otro tipo de personas. Yo, desde luego, no pienso pisarlos.

—Están pensados para todos, mamá. Para todos. No solo «para los que no son como nosotros», como tú dices. —Todos percibieron en el tono de irritación de Julia, que se acercaba una de las agrias discusiones entre madre e hija—. Y, en todo caso, yo me considero de ese otro tipo de personas. Tengo más que ver con ellas que contigo. Cada vez me doy más cuenta —dijo Julia a punto de levantarse de la silla.

—Dionisio, dile algo a tu hija. Esto no se puede aguantar. —Dionisio no dijo nada. Siguió Julia, ya levantada.

—Espero que sepas aceptar mis decisiones, bueno, las de todos tus hijos, como decisiones que toman las personas adultas que somos. Ya está bien de ir echando a unos y otros de casa cuando deciden hacer cosas que no se adaptan a tus proyectos: «Si abandonas las oposiciones a notarías, te vas de casa», le dijiste a Dionisio. «Si abandonas las oposiciones a judicaturas te vas de casa», le dijiste a José. «Si tienes un hijo donde yo no quiero, no pienso ni ir a verlo», me dices ahora a mí... —Florita no la dejó terminar.

—Basta ya, Julia. Ya nos has tenido que dar el disgusto. Como siempre. Con lo bien que estábamos. Si en vez de haber muerto tu hermano... —No terminó la frase.

Dionisio cogió la mano de su hija y, tirando de ella, le hizo comprender que le pedía, por favor, que se sentara de nuevo. Julia se sentó. Pero un silencio espeso se posó sobre el segundo plato y el postre. Un silencio que rompía solamente el ruido de los cubiertos rozando la loza de los platos. Cuando acabaron, todos se fueron a los sofás a dar una cabezada. Pero Julia no consiguió dormir ni un minuto. Se levantó, fue al dormitorio, metió las cosas en la bolsa y la dejó en la entrada. Desde el *hall*, volvió a salón: dio un ligero beso, en la frente, a su padre, que no abrió los ojos, y en la mejilla a su hermano, que sí que los abrió y le preguntó en un susurro si la acompañaba al garaje. «No hace falta, Isaías, tranquilo». Subió los tres peldaños sin hacer ningún ruido, para no tener que despedirse de Florita, y cerró la puerta de la casa con tanto cuidado que un ruido sordo, como el que hace el fieltro cuando choca con el fieltro, fue lo único que se oyó. Ni siquiera tuvo ganas de parar en la planta baja para despedirse de Manolo.

En los kilómetros que separan Alicante de Denia, Julia no puso música ni cantó. Llegó muy pronto a Denia y decidió darse un paseo por el puerto antes de llamar al timbre de la casa de los padres de Roberto. El aire era tan limpio que el cielo parecía un cristal muy fino a punto de romperse. Julia sintió frío —«qué raro, si el embarazo me había quitado el frío»— y se volvió a meter en el coche. Esperaría hasta las seis. No tenía ganas de que la madre de

Roberto la viera con esa cara. Cuando llamó al timbre, los besos y las alegrías de siempre fueron devolviendo a Julia el color que había perdido a la hora de la comida. Y se empezó a encontrar mucho mejor. Pero, en cuanto Roberto se subió al coche, le contó con todo detalle aquel final abrupto y doloroso de la visita a Alicante. Él la comprendió perfectamente. Sabía que Florita no aguantaba la comparación con otras madres, por muy franquistas que fueran, y que la convivencia con ella continuaría siendo igual de difícil: «Estuviera Franco en el poder o en la tumba del Valle de los Caídos», dijo.

La semana siguiente Julia se encontró con el camarada responsable del Comité de Zona de Benicalap. Quedaron a las siete de la tarde en el bar de la estación de autobuses, respetando todas las medidas de seguridad. Franco había muerto, pero la dictadura seguía viva y el partido les había dicho que no había que bajar la guardia. Pedro, ese era el nombre de guerra de aquel camarada, le comunicó que, como estaba embarazada y no trabajaba, habían decidido que se integrara en la organización del partido del barrio y que centrara su actividad en la vocalía de mujeres de la Asociación de Vecinos, que se acababa de crear. A Julia le pareció buena idea y decidió pasar por la asociación antes de volver a casa. No podía esperar un día más para volver a la lucha política. Estaba harta de no ser nada más que una joven ama de casa embarazada.

Abrió la puerta muy decidida, pero se encontró con que había una reunión, todos hombres menos una mujer. Hablaban de hacer una campaña para reivindicar la construcción de aceras y el asfaltado de las calles de la zona nueva del barrio. Todos habían mirado a Julia cuando entró, pero siguieron hablando sin preguntarle nada. Ella cogió una silla y se incorporó al corro de los reunidos al lado de la única mujer. Esta le dijo al oído que aquello era la reunión de la Junta Directiva de la Asociación y que estaban haciendo el listado de reivindicaciones. Julia inició un gesto como para retirar su silla del corro. «No, no te muevas. Las reuniones de la Junta son abiertas», susurró aquella mujer. Cuando estaban terminando la lista, Julia tomó la palabra para decir que también habría que incluir la demanda de una guardería en el barrio. El que llevaba la voz cantante —luego sabría Julia que también era del Partido, que era taxista, que se llamaba Félix y que tenía siete hijas—, le dijo, mirándole claramente a la barriga, que ese era un tema que correspondía a la vocalía de mujeres, que se reunía otros días y a las cuatro de la tarde, y que allí estaba su responsable. Félix señaló a la mujer que estaba al lado de Julia, aunque no habría hecho falta, ya que era la única.

—Puedes hablar después con ella. —Julia pensó enseguida en si aquellos hombres no serían los padres de los hijos que tenían las mujeres, pero decidió no decir nada para no hacerse notar tan pronto. Lo que sí hizo fue apartar su silla del corro y llevarla hacia la pared.

Así, fuera del círculo, esperó Julia a que acabara la reunión. No escuchó lo demás, porque su cabeza se entretuvo con otras cosas. Se puso a pensar: quizás ya se habían acabado para ella aquellas relaciones entre hombres y mujeres que parecían tan igualitarias, al menos superficialmente, en la universidad. Allí nadie había discutido nunca su liderazgo. Ahora, tendría que acostumbrarse a su nuevo ser: ya no era la estudiante granadina a la que llamaban la Valenciana, conocida por todo el mundo, sino una mujer anónima y, además, embarazada, lo que parecía haberla colocado definitivamente en otro estatus, y que pisaba por primera vez la asociación de vecinos. La que sí que siguió interesándose por ella fue la responsable de la vocalía de mujeres: Julia se dio cuenta de que la miraba con interés, como si intentara ubicar su rostro en algún espacio de su memoria. Cuando acabó la reunión, se dirigió a ella:

—Ya sé quién eres. Tú estuviste en la cárcel de mujeres unos cuantos días, hace como dos años, ¿no? —Julia se quedó envarada por un momento, pero enseguida la reconoció: ¡era Presen, la maestra de la cárcel!

Cuando salieron, Presen le preguntó:

—¿Tú hacia dónde vas?

—Hacia los bloques nuevos —señaló Julia hacia la izquierda.

—Ah, pues vamos. Yo también vivo por allí.

Caminaron juntas, y Presen le fue contando que aquellas reuniones de la Junta eran bastante pesadas, pero que ella quería dejar claro que la vocalía de mujeres también tenía algo que decir. Por eso las aguantaba, con estoicismo de monja, dijo.

Al final del recorrido, se dieron cuenta de que eran casi vecinas. Presen vivía en el bloque de al lado.

—¿Conoces al grupo feminista francés *Psychanalyse et Politique*? —le dijo ya a la puerta de casa de Julia, antes de despedirse.

—No. Ni me suena.

—Pues es muy interesante, lo que escriben y lo que hacen. ¿Sabes algo de francés?

—Sí. Lo que he estudiado en el colegio y en los primeros años de carrera. Bueno, y también he estado en París dos veces. Y la primera, casi un mes.

—Perfecto. Queremos crear un grupo similar aquí, en Valencia, y lo primero que estamos haciendo es leer sus textos y discutirlos en reuniones tipo seminario de formación. Además, las reuniones las hacemos en mi casa. Y fíjate si estás cerca. ¿Por qué no te vienes? Tenemos una pasada mañana. Te puedo pasar el libro que discutiremos. Será solo el primer capítulo. Si tienes tiempo, le echas un vistazo antes de la reunión.

—Tengo todo el tiempo del mundo. Por ahora —acarició Julia su barriga de arriba abajo con las palmas de las dos manos, como si quisiera decir que su tiempo de espera era también un tiempo de regalo.

Subió las escaleras de casa pensando que, mira por dónde, el encargo que le había hecho el partido la iba a poner en contacto con un tema del que sabía poco. Casi nada. Lo que no podía imaginar entonces es hasta dónde la llevarían aquellas lecturas.

Al día siguiente, por la mañana, Presen pasó por su casa antes de ir a la cárcel y le dejó un libro de Juliet Mitchell: *Psychanalyse et féminisme*. Julia leyó la primera página en el sofá de la sala, pero, al llegar a la segunda, fue al cuarto de estudio en busca de folios y bolígrafo. Cuando entró allí, decidió no volver a la sala y se quedó horas en aquel espacio que hasta entonces solo había utilizado Roberto. Durante aquel rato, se olvidó de esa nueva imagen que la perseguía desde su llegada al barrio: la de joven embarazada que no tenía por qué tener nada más que hacer que esperar y cuidar de una casa y de un marido. ¿Vida intelectual?, qué va. ¿Militante?, qué dices. Justo las preguntas y respuestas que había percibido en la mirada condescendiente de Félix, el taxista, la tarde anterior en la asociación de vecinos.

Así pasó la mañana, leyendo y tomando notas. No barrió, no pasó la fregona, no fue a comprar, no preparó la comida, que era lo que había hecho todos los días desde que se instalaron en esa casa. Y se sintió, por primera vez desde los últimos exámenes de la carrera, en junio, hacía ya cinco meses, arropada por la concentración, que en este caso tenía la forma de un regalo: una novedad teórica que hasta ese momento ni siquiera había vislumbrado. Tomó notas y subrayó después una de ellas: el uso de la teoría psicoanalítica puede ser una nueva herramienta para comprender los mecanismos de censura que habitan la sexualidad de las mujeres. Anotó también palabras que no conocía, como falocracia y su adjetivo derivado falocrático. También nombres de otras teóricas, como Simone de Beauvoir y Kate Millet. Estas sí le sonaban, pero se enteró ahora de que eran hostiles al psicoanálisis freudiano. Por el contrario, Mitchell pensaba que esta disciplina podría

aportar interesantes aspectos teóricos para iluminar el análisis de la opresión y, por tanto, las luchas de las mujeres.

Cuando llegó Roberto del hospital, le dijo que había pensado que hacía mucho que no comían fuera y que había visto un bar con menú, al lado de la asociación de vecinos, al que iban a comer los obreros de la construcción que estaban trabajando en las obras cercanas. Allí fueron a comer aquel día. Y muchos otros de los que vinieron después.

Simón y Susi llegaron a Valencia, en el 850 de los padres de Simón, a las nueve de la noche del viernes 5 de diciembre. El lunes era la fiesta de la Purísima y ese fin de semana tenía un día más. Julia oyó el característico silbido de Simón y se asomó a la ventana.

—¡Es que no habíamos apuntado el piso y la letra! —gritó desde abajo.

—Segundo B. Enseguida os abro. —Corrió Julia a la puerta. Roberto continuó con la lectura del último número de *Triunfo*.

Subieron los granadinos: besos entre Susi y Julia, besos entre Susi y Roberto, abrazo —largo— entre Julia y Simón, apretón de manos entre Simón y Roberto. Enseguida se hicieron dos grupos: en el sofá nido, Susi intentaba poner al día a Julia de todas las novedades de Granada; en la mesa, Roberto y Simón opinaban sobre si era mejor *Cuadernos para el diálogo* —Simón— o *Triunfo* —Roberto—. Cuando ya llevaban un buen rato hablando, Susi se fijó en el montón de la revista *Ser padres* que descansaba sobre la mesa de al lado del sofá. Cogió el último número:

—¿Y esto quién lo lee? —levantó la voz para que quedara claro que se dirigía tanto a Julia como a Roberto.

—Yo, lo leo yo, Susi. ¿Qué pasa? —respondió solo Julia. Simón y Roberto, que habían mirado por un instante, volvieron a lo suyo.

—¿Y no lees nunca *Triunfo*?

—Pues la verdad es que no mucho.

—Julia, esta casa está como los chorros del oro. ¿No te estarás pasando? ¿Haces alguna otra cosa, además de leer revistas sobre bebés y limpiar la casa? ¿O te has convertido ya en la típica ama de casa, histérica con la limpieza y el orden? Mira que ya se te veía la tendencia, que cuando estabas en Granada, mientras los demás teníamos los pisos hechos una guarrada, cuando íbamos al tuyo nos quedábamos de piedra. ¿Te acuerdas cuando la madre de Dolomitas te vio haciendo la maleta y nos dijo a todas que así se hacía una maleta, no como las hacía su hija?

—Claro que me acuerdo, Susi. Mira que nos reímos aquel día. Y no te preocupes, que también hago otras cosas; pero me encanta empezar el día

limpiando la casa. Es que no sabes lo relajante que es. Y este piso, que hemos estrenado nosotros, es tan agradecido... Mira cómo brillan los suelos y es solo de pasarle la fregona con agua cada día.

—¿Todos los días pasas la fregona? No me lo puedo creer, Julia. Quién lo habría dicho hace unos meses. Bueno, bueno, como quieras. Pero sin pasarte, eh. Te doy de plazo hasta un mes después del parto. Luego vendré otra vez a controlarte y a comprobar si has vuelto a ser la de siempre. Necesitas a las amigas para que te pongan coto. Como toda tu energía y tus ansias de perfeccionismo se centren en conseguir ser la perfecta ama de casa y madre de familia, estamos buenas. Y, encima, seguro que lo consigues. Ya te estoy viendo presidiendo fotos de carné de familia numerosa. A Fray Luis de León le habría encantado, pero a mí me preocupa, Julia. De verdad.

—Pero si estoy leyendo cosas buenísimas, y participo en la Asociación de Vecinos, y voy a un grupo de discusión sobre temas de mujeres...

—¿De mujeres? ¿Pero qué dices?

—Ya verás, ven al estudio. Que te enseñe unas cosas. Te vas a quedar con la boca abierta. Te tienes que poner a leer a las teóricas feministas desde ya. Tú dirás que te preocupas por mí, pero yo estoy alucinando ahora, al darme cuenta de que no nos han nombrado a una sola mujer en los cinco años de carrera. Bueno, sí, a dos: Isabel la Católica y Santa Teresa de Jesús.

Julia y Susi fueron al estudio. Los chicos siguieron en la sala. Cuando volvieron, Susi parecía estar algo más conforme con la vida de su amiga. «No todo está perdido, ya lo veo». Entraron en la cocina y allí siguieron hablando mientras preparaban un conejo al ajillo con patatas a lo pobre.

—¡Vosotros dos: dejad de hablar y poned la mesa que enseguida cenamos! —gritó Susi desde la cocina media hora más tarde—. La verdad es que vas a tener razón con esto de que hay que leer a las feministas —le comentó a Julia mientras sacaba el conejo de la sartén y lo colocaba en una fuente de cerámica en tonos verdes y ocre, igual a una que tenía ella en su casa. Las dos se habían comprado la misma un fin de semana en que Isaías había venido a Granada y los tres se habían ido a Níjar a visitar alfareros: Isaías estaba haciendo la tesina sobre la influencia árabe en la decoración de la cerámica popular de la costa mediterránea española.

Los chicos habían puesto la mesa. Menos mal. Y comieron. Y bebieron. Sobre todo, bebieron. Bebieron mucho. De Granada habían venido con una nevera de *camping*, con hielo, llena de quintos de cerveza Alhambra y también con dos botellas de vino de la costa. Y todo fue cayendo, primero las cervezas y después el vino, contribuyendo a aumentar la euforia que ya se

había manifestado en el recibimiento en la puerta. Nada de vino blanco, nada de sidra, nada de champán del Penedés, que eran las bebidas que, a Julia, con el embarazo, le habían empezado a sentar mal. Cuando era casi la una de la madrugada y la conversación empezaba a trufarse con algún bostezo de Julia, Roberto sacó el licor café, que hacían en casa sus tías de Alcoy. Con aquella bebida, la conversación se volvió a animar. Julia también y se dio cuenta de que Simón empezaba a mirarla fijamente, como lo haría quien lanzara una cuerda en un mar agitado, en dirección a una persona a la que quiere salvar, pero que ve alejarse con la resaca. Ella no quería, o quizá no se atrevía, responder a esa mirada. Sobre las dos, fue hacia el dormitorio y apareció con un montón de sábanas perfectamente planchadas, para preparar el sofá camanido. Pensó que ya era gracioso que hubiera sido Florita la última en utilizarlo, en su último viaje a Granada. Menos mal que no podía verlos ahora.

—¿Os preparo las dos camas separadas o las hago juntas? —se dirigió a Susi y Simón. Pero tuvo que repetir la pregunta porque, junto con Roberto, seguían hablando, y cada vez más alto—. Oye, y no gritéis tanto, que vamos a molestar a los vecinos.

—Jo con los vecinos, Julia. Igualita que tu madre, siempre pensando en los vecinos —dijo Roberto—. Yo tengo otra idea. —Pasó el brazo por los hombros de Susi, que tenía la silla muy cerca de la suya—. Tú duermes conmigo y dejamos a estos dos que decidan cómo se organizan en la camanido.

—Pues no me parece nada mal. Así siempre podremos decir que lo hemos hecho de tan buenos que somos. Solo pensando en ellos. —Miró a Roberto—. Que no se enteren de que a mí me apetece mucho —dijo sin bajar en absoluto el tono de voz. Roberto rio y Simón observó cómo Julia elegía, del montón de sábanas que había traído, las más grandes. Se acercó inmediatamente a ayudarle a levantar la cama inferior, que Julia había arrastrado ya fuera de la que hacía de sofá, y la juntó cuidadosamente con la otra.

Así durmieron las tres noches que Susi y Simón pasaron en Valencia. Julia nunca supo lo que había pasado en la otra habitación, ni tampoco lo preguntó. Pero las caricias interminables de Simón aquellas tres noches la acompañaron durante los tres días que siguieron, mientras los cuatro paseaban, hablaban, reían, comían, continuaban bebiendo e iban al cine.

La tarde de la marcha, Julia bajó a despedirlos al coche. Roberto se quedó en casa. Ya sentado en el asiento del conductor, Simón cogió la mano de Julia y tiró de ella obligándola a inclinarse y meter la cabeza por la ventanilla.

Entonces, le cogió la cara, apretándosela con las palmas de las dos manos, como lo hacía su padre cuando era pequeña:

—Prométeme que me avisarás en cuanto nazca el niño.

—O la niña, Simón, o la niña. Que pareces mi madre.

—Lo que sea. Pero avísame, por favor, por favor.

—Bueno, ¿nos vamos ya, Simón? —dijo Susi desde el asiento del copiloto—. ¿O vais a seguir así mucho rato?

Unos segundos después, Julia veía cómo alejaban las dos luces rojas por la pequeña carretera. Era muy curioso el vaivén luminoso que marcaba puntualmente el lugar de cada bache. «No, mi madre no puede venir a esta casa —pensó, sin saber muy bien por qué. Ya no se veían las luces del 850. Estiró con las manos los dos delanteros de la enorme chaqueta de punto que llevaba y se los cruzó para que le cubrieran la barriga. Se giró para dirigirse a la puerta—. Ni enterarse nunca de nada de toda esta historia», murmuró metiendo la llave.

Llegaron las Navidades y las pasaron como siempre habían hecho desde que estaban casados: la Nochebuena en Alicante, con la familia de Julia, y el Día de Navidad en Denia, en casa de los padres de Roberto. Dionisio había pedido a Julia que vinieran, por favor, y Julia, pese a que se había prometido no volver casa de sus padres en mucho tiempo, había terminado por aceptar.

Pasó el mes de enero entre lecturas y reuniones, de la asociación y del partido, para Julia y trabajo en el hospital para Roberto. Y empezó febrero. Este mes trajo a Julia la sensación de que, si bien no sentía el frío y eso era de agradecer, cada vez caminaba con más lentitud, y eso no le gustaba nada. Un día vio su reflejo en un escaparate y le pareció que la barriga ya no estaba en su sitio, sino diez centímetros más abajo. «Dios mío, qué horror, casi parece imposible que pueda mantener el equilibrio». Esa noche fueron al cine. Roberto quiso ver *Tiburón*. La ponían en el Artis, en la Gran Vía Marqués del Turia. A Julia no le hacía mucha ilusión, no le gustaba el cine de Hollywood, y menos el de acción. Del cine americano solo salvaba a unos cuantos directores, que se podían contar con los dedos de una mano. Aceptó la propuesta de Roberto solo porque era una película de Spielberg y le había interesado mucho *El diablo sobre ruedas*. Al primer susto, cuando vio las enormes mandíbulas casi salir de la pantalla, algo parecido a un calambre le recorrió la barriga de arriba abajo. ¿Serían los dolores de parto?

—Roberto, me salgo. No me apetece nada ver esto. Te espero fuera. Estaré en el vasco de las croquetas que hay enfrente.

—Vale. Si quieres, me salgo yo también.

—No, no, no te preocupes, que no pasa nada.

Aquello no fueron los dolores de parto o, al menos, no continuaron. Pero Julia pensó que había hecho bien en salirse del cine. No creía que fuera bueno para el niño que ella estuviera en un ay durante una hora y media cuando estaba a punto de salir de cuentas. Había leído en *Ser padres* que había que intentar no alterarse mucho ni tener disgustos en el último mes de embarazo.

El primer pinchazo arrancó a Julia del sueño. Se levantó con cuidado para no despertar a Roberto y se refugió en el pequeño cuarto de baño agarrándose el vientre. Cuando miró al espejo, el dolor ya había pasado, pero vio una cara que no le pareció la suya. Los labios eran más gruesos y un suave color berenjena se adivinaba bajo los ojos: rastros del dolor, reverberación de un relámpago en el cielo como cuando esperamos el ruido del trueno. Miró el reloj: las cinco y media. Sí, esta vez sí, Julia estaba segura de lo que estaba pasando. De todas maneras, acudió a la sala de estar a buscar el número de *Ser padres* en que se detallaban las formas que adquiriría aquel dolor cuando llegara. Fue en busca de confirmación. Y la obtuvo. Se sentó agitada en el silloncito rojo cuando la serpiente de dolor volvió a anudarse entre su espalda y su vientre. Pero se levantó enseguida y se dirigió encogida hacia la ventana. Esperó a que pasara intentando distraerse con los movimientos del sauce. Sabía que pasaría. Quiso recoger el dolor entre sus dedos apretando con furia el raso del camisón blanco que le había regalado Florita, «para cuando llegase el momento», le había dicho. Julia había decidido estrenarlo antes. No tenía sentido esperar. Sabía que en La Fe le darían el mismo camisón que a todas las demás. Otra vez el dolor. Y esta vez duró más. Cuando acabó, volvió al espejo: dos pequeñas huellas, dibujadas por sus dientes superiores, tomaban la forma de dos guiones sobre el labio inferior.

Decidió no perder el tiempo que tenía hasta la siguiente arremetida. Con sigilo, se puso a preparar sus cosas. Sacó el neceser del armario y metió lo poco que necesitaba: la bolsa de aseo y unos cuantos libros. Roberto seguía durmiendo. Otra vez la serpiente enroscada y, tras su abrazo doloroso, otra tregua que utilizó para ducharse con mucho cuidado. El miedo a la serpiente dotaba a sus movimientos de una lentitud extraña: como de hombre caminando sobre la luna. Tampoco en aquellos movimientos se reconocía, no le parecían suyos, como tampoco se había reconocido la tarde anterior en la imagen que le devolvió el cristal del escaparate con la barriga casi por los suelos. La enjabonó con cuidado, solo con las manos, sin utilizar el guante de esparto, y salió de la ducha. Cuando se estaba secando, otro dolor. También este más largo. Respiró hondo. Miró el reloj: las seis y media. Fue a la cocina

a preparar café. A las siete despertaría a Roberto, calculó. Así podría dejarla en La Fe cuando fuera camino del trabajo.

—¿Por qué no me has despertado antes, Julia? Ya basta de hacerte la fuerte. Eres una mujer y estás de parto. Esto es indiscutible. Y esto son limitaciones, limitaciones que te impone la vida. No puedes seguir haciendo como si no pasara nada.

—¡Bah! No te enfades. Y en vez de echarme sermones date prisa, anda. Tómate el café rápido, que casi no puedo más. —Roberto bebió el café de un sorbo, estaba frío, y cogió sus cosas.

Ya en la calle, delante del coche, Julia volvió a mirar el reloj: las siete y media. Fue ella la que subió en el asiento del conductor. Como siempre. Condujo por aquella carreterita entre lechugas, que había visto el primer día como una herida gris en el paisaje y por la que hacía poco habían llegado y se habían marchado Simón y Susi. Sorteó los baches, que ya se sabía de memoria, y llegó hasta el primer semáforo. La serpiente del dolor volvió, y Julia se bajó para poder inclinarse sobre su vientre. El único coche que había detrás de ellos pitó. Roberto seguía paralizado en el asiento del copiloto. Parecía incapaz de reaccionar. Y Julia, justo en ese momento, pensó: «Si eres niño, no te voy a llamar Roberto. Te llamaré Daniel, como tu tío».

—Roberto, será mejor que conduzcas tú —tuvo que decírselo.

Cambiaron los asientos, y Julia se concentró en intentar que pasara aquel dolor, suplicando en silencio porque las treguas fueran más largas. A la puerta del hospital miró el reloj: las siete y cuarenta y cinco. El rostro de Roberto saludando con la mano, cuando ella se volvió al final del pasillo por el que la conducía la enfermera, la tranquilizó.

—¿Eres primeriza?

—Soy primeriza.

—¿Te duele mucho?

—Bastante.

—Si solo es bastante y eres primeriza, esperamos un poco más. Ya vendremos a buscarte.

—De acuerdo.

Tras media hora de espera vino a buscarla la enfermera. La llevó a una sala.

—Para examinarte —le dijo—. Para ver cómo va la cosa.

Allí la examinó otra enfermera. ¿O sería ya la comadrona?

—¡Dilatación de ocho centímetros! —dijo casi gritando. Y empezaron las prisas. «Ocho centímetros de dilatación, ocho centímetros de dilatación», oía

Julia que repetían. «Una camilla para trasladar a esta mujer al paritorio. Urgente», casi gritó la primera enfermera por un telefonillo. La camilla no llegaba. Desesperación en el labio superior de la que parecía la comadrona, gotas de rocío sobre su frente. Se las seca con un pañuelo.

—Puedo andar. No me hace falta la camilla —se atreve a sugerir Julia.

—Vamos. Yo te ayudo.

—Tengo placenta previa. Está en mi historia —recuerda Julia en ese momento que tenía que avisar.

Más gotas de sudor en la frente de la enfermera, que esta vez quedan sin secar. Dos pasos más y en el paritorio. Siguen las prisas hasta que la tienen tumbada y con las rodillas dobladas. Sus piernas han tomado la forma de una langosta a la espera de dar un salto mortal.

—Está a punto —dice el obstetra. Y esta vez el dolor viene acompañado por un grito. Julia se sorprende, porque le parece que el sonido ha salido de su garganta sin pedirle permiso.

—Empuja, por favor, que ya lo tenemos aquí. —Julia obedece y empuja, gritando cada vez más fuerte. Cada nuevo empujón, un grito. Cada nuevo grito, un empujón. Y el último grito pone a Dani en el mundo.

—Es un niño —dice la comadrona, como quien confirma un hecho científico—. Ha nacido a las nueve y quince minutos. Pesa tres ochocientos. —Y lo levanta de la báscula acompañada por una banda sonora estridente y potente. El llanto de su hijo, naturaleza y vida, corta aquel espacio, tecnología y baldosines blancos, como si estuviera fuera de lugar.

—Berrea como un niño que va a ser fuerte y sano —dice la comadrona, ahora sí sonriendo a Julia.

Y ella tiene fuerzas para levantar la cabeza. Ve a su hijo bocabajo: carita hinchada, párpados cerrados, como cortinas infladas por un viento espeso, que consiguen tapar dos bultos redondos; el cordón umbilical cerrado por una pequeña pinza blanca de plástico; su pequeño sexo de hombrecito más amoratado que el resto. De la boca abierta de Dani sigue saliendo un llanto desesperado, que ha sustituido en el paritorio a los gritos que antes había dado su madre. Lo lavan. Más llanto. Lo envuelven en una sabanita blanca, se acaba el llanto. Y se lo ponen en el regazo.

—Hemos ido a avisar a su marido, pero no está. —Vuelve una enfermera, consternada, a las nueve y veinte. Y ponen a la madre y al hijo en una camilla con ruedas.

—Mi marido no está, pero mi hijo sí. Y eso es lo que importa —dice Julia con un tono que busca dejar claro que lo normal, lo que pasa siempre, no tiene

que ser lo que le pasa a todo el mundo. Y que ni tan siquiera tiene que ser la mejor opción.

Madre e hijo inician su primer viaje juntos, en camilla sobre ruedas: primero, hacia el ascensor, después, por un largo pasillo, hasta la última habitación de la cuarta planta. Miradas y saludos de enfermeras sonrientes. «Hala, ya está. Ves que bien ha ido todo. Pero qué preciosidad de niño que nos traes. A ver, a ver...». Julia intenta corresponder a tanta alegría, pero solo logra dibujar medias sonrisas exhaustas. Su pelo empapa la almohada, como empapaba la toalla cuando su padre la sacaba del río de Logrosán y la secaba bien fuerte para que dejara de tiritar. Recuerda eso ahora, sin saber muy bien por qué. Y le vuelve la voz de su padre en la infancia: «Tienes los labios morados y los dedos como garbanzos en remojo», le decía mientras, riendo, la frotaba más y más con la toalla. Y entonces, como ahora, ella dejaba de tiritar. Mira los labios morados de Dani y sus dedos, como garbanzos en remojo también.

Habitación compartida. Dos camas con el cabezal apoyado en un muro de cristal. En el centro del muro transparente, a la altura de los cabezales, dos pequeñas cunas giratorias. Julia pide estar un poco más con Dani en el regazo. Dulce agotamiento compartido. Ni un sonido. Solo la mirada incrédula de ella. «Lo he hecho yo. Lo he puesto yo en el mundo. Está aquí. Y lo voy a querer mucho». Después de un rato, lo deja en la cuna, la gira hacia el pasillo acristalado y se queda profundamente dormida.

Llega a una isla desierta con un manojo de llaves en la mano y empieza a recorrerla con inquietud: ¿dónde podrá guardar las llaves? Bordea la costa, recorre una playa. Le gusta recorrerla, pero no encuentra un lugar apropiado para las llaves. Seguro que se perderían entre los granos de arena. Se hace de noche y se recuesta en la última duna de la playa, lamiendo espinacas de mar. Se hace de día y recorre acantilados infinitos. Es doloroso. Las plantas de sus pies no estaban preparadas para semejante esfuerzo. Tampoco allí encuentra un lugar para las llaves. El agua, que choca con violencia sobre las rocas levantando espuma, las arrastraría hasta hundirlas en el mar. Se hace oscuro y se refugia en el último abrigo que le dan las rocas lamiendo caracoles de mar. Amanece y su perra Nela, ya muerta, ha vuelto a la vida para despertarla lamiendo las heridas de sus pies. Se pone contenta. Ya no está sola. Recorre un territorio de marismas. Nela le muestra dónde están las aguas más dulces. Bebe, pero tampoco allí encuentra un lugar seguro para las llaves. Aquellas arenas movedizas las llevarían a un viaje sin rumbo. Recorre una pradera agostada por la sequía y allí encuentra una cabra. Bebe leche de sus ubres,

pero tampoco allí encuentra un lugar apropiado para las llaves. Sin ninguna referencia a la vista, las perdería para siempre. Se dirige hacia el interior. Atraviesa un bosque espeso sin ningún miedo: la acompañan Nela y la cabra. En el centro de la isla encuentra un claro en el bosque. Y en el claro una cabaña. Y en la cabaña una puerta. Mira con su ojo derecho por el ojo de la cerradura y ve dentro una cama, a la izquierda, junto a una pequeña cuna de sábanas blanquísimas. A la derecha, una mesa con libros. Son la cama y la mesa que tenía cuando vivía en la casa de sus padres y la cuna que habían comprado hacía poco. Quiere estar dentro de aquel espacio. Empuja la puerta, pero no se abre. Coge las llaves y compara sus formas con la del ojo de la cerradura. Elige una vieja llave de hierro y la introduce con suavidad. Gira sin dificultad dos veces, la puerta se abre. Se dirige a la mesa y, sobre ella, encuentra una cuartilla escrita. Es su letra. Al lado de la fecha pone: «Hoy ha nacido mi hijo. —A continuación—: Acuérdate de que aquí puedes volver cuando quieras. Pero no te olvides las llaves». Las llaves, ¿dónde están las llaves? Oye un llanto que sale de la cuna. Se despierta angustiada.

Al lado de la cama, está Roberto, con Dani en brazos. Se lo ofrece para que le dé de mamar. Eso me han dicho las enfermeras. Y Dani se engancha al pecho de Julia como si ya lo hubiera hecho mil veces antes.

Serían las nueve de la mañana del día siguiente cuando entró una enfermera, alborozada, con un ramo de doce camelias blancas, perfectamente cortadas para que un manto de hojas cortas, de un verde intenso y brillante, les hiciera de lecho.

—Son preciosas —dijo—. Las han traído de Interflora —y continuó—: Nunca había visto un ramo tan bonito. Normalmente, no dejamos que haya flores en las habitaciones, pero, si tu compañera está de acuerdo y las compartís para las dos, os las podemos dejar.

—Carmen, ¿te gustan? ¿Nos las quedamos? —Carmen asintió, desde la otra cama, sin abrir los ojos... ni los labios.

Junto al ramo, un sobrecito, y dentro, una tarjeta con la letra de Dionisio: «Felicidades, hija mía, de parte de todos nosotros. Ya sabemos que has tenido un niño fuerte y sano. Estamos muy contentos. Iremos a verte en cuanto convenza a tu madre. Un abrazo muy fuerte». Julia devolvió la tarjeta al interior del sobre y lo puso debajo de la pequeña almohada de la cuna de Dani: «De tu abuelo. Ya verás lo bueno que es». No quería emocionarse, pero sintió un velo de humedad salada deslizarse sobre sus ojos: una sensación que la condujo de la mano a la primera vez en que buceó en el mar, con nueve años, de la mano de su padre.

Por la tarde, a la hora de las visitas, apareció Roberto con sus padres y su hermana. Dani en los brazos de Esperanza descansaba muy a gusto, pero, detrás de ella, Julia pudo ver una cierta incomodidad instalada en el cuerpo de Roberto: muy tieso, observaba la escena, impávido, como si no quisiera dejar traslucir ni uno solo de sus pensamientos. A Julia le pareció —le conocía demasiado bien— que sus ideas estarían navegando entre el deseo, racional, de llevar todo aquello con naturalidad y la inquietud, irracional, de no estar muy seguro de poder hacerlo. Los otros dos miembros de la familia de Roberto, padre y hermana, al otro lado de la cama, mantenían su comportamiento habitual, menos efusivo que el de Esperanza, que era todo afecto siempre.

La serenidad que rodeaba la cama de Julia contrastaba con la escena que se producía al otro lado de la habitación, junto a la cama de Carmen: un grupo numeroso de personas, todas mujeres menos un chico muy joven y un hombre mayor, la rodeaban con gran animación. Era Carmen una madre casi adolescente. Su pelo, espeso y brillante, muy negro, cubría toda la almohada de rizos, abiertos en abanico. La niña de Carmen pasaba de mano en mano, entre las mujeres del grupo, con la facilidad que aporta un gesto repetido una y mil veces a lo largo de la vida, mientras intentaban animar la cara de la joven madre: «Que no importa, mujer, que el próximo será un niño. Ya lo verás».

—No nos han dejado entrar a más de seis —interrumpió con autoridad el vocerío de las mujeres el hombre mayor, alto y enjuto, que llevaba en una mano un bastón, sin mango, cogido por una pequeña empuñadura de plata, y en la otra un sombrero negro de ala bastante ancha—. Los demás se han tenido que quedar abajo. Y, encima, me han llamado las enfermeras para que fuera yo el que calmara el griterío de tus primas. Y me he visto obligado a hacerlo, claro. Si no, aquí no subía nadie. Luego dicen que nos tratan igual que a todo el mundo, pero pasan estas cosas y vemos a las claras que de eso nada. Si es que no se lo creen ni ellos —protestaba indignado.

—Anda, cálmate de una vez, que ahora les baja este nuestros tiques de entrada y van subiendo los demás —dijo la mujer de más edad dando unos papelitos al hombre joven que pasaba la mano por la frente de Carmen—. Venga, baja ya de una vez, antes de que le dé un síncope a tu padre.

—Menos mal que no han venido mis padres —comentó Julia muy bajito a su suegra—. Me imagino a mi madre contemplando esta escena.

—Pues yo, como médico, estoy impresionado de la maravilla de hospital que han hecho aquí. Tampoco estaría mal que lo viera tu madre —comentó

Roberto padre, que había oído lo que acababa de decir Julia—. Y, además, con los mejores profesionales. He hablado esta mañana con el obstetra y el pediatra, y nos han dicho que todo va a la perfección y que, en cuanto cicatricen un poco más los puntos, Os podréis ir a casa. Bueno, lo que no han entendido, en absoluto —subrayó la palabra absoluto con el tono—, es que Roberto no les haya dicho que era médico. O tú, Julia, ¿por qué te has callado que estabas casada con un médico? Sobre todo, a Adolfo, el pediatra, que resulta que fue compañero mío en la facultad. Un profesional como la copa de un pino y una excelente persona. Ah, y su hijo también es pediatra, Roberto. A lo mejor fue compañero tuyo. Es que no puedo entender esa tontería de no darte a conocer.

—Quizás si pensaras un poco, te darías cuenta de que es porque preferimos tener derechos y no disfrutar de privilegios.

—Roberto, no empecemos.

—Has empezado tú, papá. —Roberto se desplazó hacia el otro lado de la cama de Julia para empezar a discutir con su padre. Pero Esperanza cambió de tema con su habitual saber hacer:

—Tus padres van a venir, Julia. Roberto ha hablado con ellos por teléfono.

—Bueno, mi padre seguro que quiere. Y esta mañana me ha mandado esas flores —señaló el ramo, colocado en lo más alto del único armario que había en la habitación—, pero...

—Pero nada, Julia. Seguro que vienen.

—Ayer hablé con tu padre —confirmó Roberto—. Que vendrán cuando ya estéis en casa. Que él no se encuentra muy bien estos días, me dijo. Pero yo tengo bastante claro cuál es el verdadero problema.

—Sí, sí. Ya me lo imagino. Y no hace falta que nos lo digas.

—Eso, Roberto, eso. No nos metas tus ideas en la cabeza. Y dejadme disfrutar del niño, anda —dijo Esperanza mientras volvía a mirar los puñitos cerrados de Dani.

—Oye. Y yo no sabía nada de que me habían dado puntos. Con razón siento molestias. Pero ¿por qué han hecho eso? Si todo fue facilísimo.

—Julia, a casi todas las mujeres les hacen una episiotomía.

—¿Y eso qué es? —preguntó casi enfadada.

—Un pequeño corte sin importancia para que no haya desgarramientos, más difíciles de solucionar que un corte limpio. Es casi de protocolo —explicó Roberto mientras en el rostro de su padre aparecía una sonrisa que

convertía en gesto un pensamiento orgulloso: «Es mi hijo. Y es médico como yo».

Al día siguiente, cuando pasó el obstetra a examinarla, alargó la mano a Julia y se presentó por su nombre, cosa que no había hecho hasta entonces. Julia le estrechó la mano mientras miraba por el rabillo del ojo a Carmen. Le pareció que percibía bien a las claras la diferencia de trato que le estaba dispensando el médico y que, además, no le estaba haciendo ninguna gracia. ¿Tendría que confirmar otra vez lo que había dicho el patriarca?: «Si es que luego dicen que nos tratan igual que a todo el mundo, pero pasan estas cosas y vemos a las claras que de eso nada».

—Bueno, esto está ya muy bien —dijo el obstetra a Julia después de la observación—. Dile a tu marido, cuando venga, que pase a hablar conmigo. Yo creo que mañana ya te puedo dar el alta. Así que a ver qué dice Adolfo, el pediatra.

El pediatra pasó una media hora más tarde. También él saludó a Julia extendiéndole la mano. Además, esta vez no examinó a Dani desde el box acristalado que había detrás de las camas, sino en la habitación, con la cuna del lado de Julia. El niño también estaba perfecto, podía darle el alta al día siguiente, le dijo, mientras Julia le pedía con la mirada que no hiciera distinguos entre las dos compañeras de habitación.

Nunca supo si el pediatra captó su mirada o si fue por iniciativa propia, pero se dirigió a la cama de Carmen, le extendió también a ella la mano y también examinó a su hijo con la cunita del lado de la cama de la madre. Cuando Adolfo salía de la habitación, Julia le dio las gracias, «por todo», dijo, intentando que comprendiera que aquel todo incluía también el comportamiento que había tenido con Carmen y su hija. Durmieron muy bien esa noche. Los cuatro. Dani se despertó solo dos veces, y Julia le dio de mamar medio dormida.

A Julia y a Dani les dieron el alta al final de la mañana del día siguiente. Pero fue después de la comida y la siesta, pasadas las tres de la tarde, cuando llegó Roberto con la cesta del moisés comprado en Alicante y un pequeño neceser con algo de ropa de Julia. Ella, con unos movimientos tan lentos que no parecían suyos, entró en el baño e intentó ponerse los pantalones de pana azul marino y el jersey blanco de cuello alto y punto de canalé que le había traído Roberto: los pantalones le molestaban en los puntos de la cicatriz y, además, no le abrochaban. El jersey sí que le entró con facilidad, pero Julia se miró al espejo y vio perfectamente que aquel punto de canalé no sabía cómo convivir armónicamente con su nuevo cuerpo: se abría exageradamente en la

zona del pecho. «Si es que no parezco yo. Parezco una vaca lechera. Y eso que ya me había crecido el pecho durante el embarazo». Decidió recurrir de nuevo al modelo de embarazada, el de tonos verdes, con el que había ingresado en el hospital cuatro días antes, y salió del baño. Roberto la miró extrañado.

—Guarda esto, anda. —Un mohín de disgusto acompañó el gesto—. Está claro que tendré que esperar un tiempo para que me quepa la ropa de antes. Si es que llega a caberme algún día.

—A mí me gustas más así. —Sonrió Roberto mientras le miraba al pecho.

—Pues menos mal, porque no sé cuánto tiempo más voy a seguir siendo «así». Será mejor que nos vayamos acostumbrando. —Sonrió también Julia mientras se acercaba a la cama de su compañera de habitación.

—Seguro que tú también te vas hoy, Carmen. O, como mucho, mañana. —Le dio un beso, habían comentado tantas veces en esos cuatro días las ganas que tenían de salir de allí...—. Y estos dos. —Señaló a Dani en el moisés, envuelto en la toquilla de punto que le había hecho Florita, y a la niña de Carmen, Carmencita, en la cuna giratoria—. A lo mejor se encuentran algún día en la escuela... O en la universidad.

—Sí, sí, seguro que Carmencita va a ir a la universidad... —Incredulidad en el tono de Carmen.

—Que sí, tonta, que sí, que las cosas van a cambiar. Mira, te he puesto mi dirección en este papel, por si algún día pasas por mi barrio. Vivimos aquí muy cerca, en la calle Nicasio Benlloch, en Benicalap.

—Sí, vale, pero yo no sé leer. Y, además, nosotros vivimos lejos, en la Malvarrosa. —Pensó un momento—. Aunque, bueno, tenemos muchos primos que viven por Benicalap. Así que quién sabe. Ya le diré a mi hermano que me lea tu dirección si algún día vamos a casa de los primos.

—Pues eso, mujer, por si acaso. —Julia sabía que seguramente no volverían a verse, y así fue, pero quería que le quedara muy claro a aquella chica que no todo el mundo despreciaba a su gente. Ya le había contado aquellos días lo que le gustaba ir a las cuevas del Sacromonte, cuando estudiaba en Granada, a pasar la tarde bebiendo finos entre el cante y el baile de los gitanos. Y, además, la tarde anterior, habían cantado juntas, muy bajito, la petenera de la bella judía, que a Julia le encantaba: «¿Dónde vas, bella judía, tan compuesta y a deshora? Voy en busca de Rebeco, que allí está, en la sinagoga»—. Anda, no llores, que dentro de poco tendrás aquí a toda tu familia a verte.

—A toda seguro que no. Y vale, no lloro, pero llévate tus flores, Julia, que te dije que sí, pero a mí esas flores no me gustan. Solo me gustan los claveles y las rosas. Y de color rojo.

—Pues lo podrías haber dicho antes, mujer. —Julia cogió el ramo de camelias de encima del armario.

Al pasar a recoger el alta al mostrador de enfermeras, al lado del ascensor, dejó allí las flores. «Para que las tiréis, que ya están un poco mustias».

—Qué va. Pero si están todavía preciosas. Gracias, Julia —dijo una de las enfermeras colocando las flores en el espacio que quedaba en una repisa con carpetas que había detrás de ella. Mientras, las otras dos que estaban tras el mostrador salieron para acercarse al moisés. «Pero qué niño tan guapo, Julia», dijo una. «Un niño precioso, precioso», dijo la otra. Y Julia, mirando a su hijo, pensó que seguramente sería un cumplido, pero que muy bien podía ser verdad. Se despidieron a base de besos.

—Qué profesión más bonita, cuidar a la gente cuando está tan frágil y poner calor humano en estos lugares tan blancos —dijo Julia a Roberto ya en el ascensor.

—Sí. La verdad es que las enfermeras llenan espacios en que nosotros no sabemos ni cómo movernos. En la facultad nos enseñan a observar, analizar y curar. Pero de cuidar, ni una palabra. Y es que, además, muchos médicos tampoco están interesados en aprender a hacerlo. Piensan que eso no es cosa nuestra. Yo espero que la maquinaria hospitalaria no se lleve por delante lo que me ha enseñado mi padre, que se sabe los nombres y la vida de todos sus pacientes. Claro que en un pueblo todo es distinto y a mí me gusta más el hospital. Nunca pienso tener una consulta privada. Nunca. Julia, por favor. Si en algún momento te das cuenta de que me estoy aburguesando o deshumanizando, me lo dices, ¿vale?

—Claro, Roberto. Te observaré, te analizaré y te curaré de deshumanización. Si sé cómo hacerlo y si tú te dejas, claro. —El ascensor paró en la planta baja y salieron de la mano. De las que les quedaban libres, porque en las otras Julia llevaba el neceser y Roberto el moisés de Dani.

El moisés en el asiento de atrás del coche, con Dani dormido, Roberto conduciendo —esta vez sí— y Julia en el asiento del copiloto, así llegaron a casa tras sortear los baches de la calle Nicasio Benlloch. Nombre de calle, pero aspecto de camino rural mal asfaltado. Subieron las escaleras cargados de la misma manera que habían salido del hospital. En el dormitorio, Julia se encontró la cuna ya montada, a su lado de la cama, bajo la ventana. Estaba perfectamente hecha, con las sabanitas blancas y una manta de punto, que

combinaba cuadrados de beis y de blanco, de las que hacía Florita para tenerlas al lado del sofá.

—Roberto, todo esto ha sido idea de tu madre, que seguro que ha pasado por aquí. O de Aguas Vivas.

—Que no, Julia, que no. Que lo he preparado yo solo. —Julia sacó rápidamente a Dani del moisés y le puso en la cuna, para buscar después los labios de Roberto. Le dio un beso, que entre los dos convirtieron en un abrazo.

—Por fin en casa. Y ahora somos tres —dijo Julia, sin romper el abrazo y con la cabeza escondida bajo el hombro de Roberto.

—Sí, Julia, sí. Ahora somos tres. —Le separó la cabeza Roberto con las manos para, él sí, poder confirmar, con los ojos, lo que estaban diciendo sus palabras—. Y tú, «desembarazada» —risas— estás mucho más guapa. Y, además, ahora te puedo volver a abrazar como Dios manda. A ver si también funciona en posición horizontal. —Se sentó en la cama y la arrastró con suavidad a su lado.

En los días siguientes, aquella casa empezó a amoldarse a otro tipo de cotidianidad, la que llegó de la mano de la afirmación que Julia y Roberto habían hecho: ahora eran tres. Eran tres, sí y, curiosamente, el más pequeño se fue adueñando de todo el tiempo de Julia y de todos los espacios de la casa: sueños y llantos; baños y polvos de talco; lavado de pañales y subidas a la terraza a tender, por las escaleras, con el moisés en una mano y la cesta de la ropa en la otra —esto a Julia le encantaba y, si hacía sol, aprovechaba para quedarse allí un rato con el niño—; espacios de tranquilidad mientras daba de mamar a Dani y espacios de intranquilidad mientras intentaba acallar algunos llantos de los que era incapaz de adivinar el origen preciso. Julia seguía escrupulosamente las indicaciones que le habían dado en un folio en La Fe y en ellas decía que había que mantener los horarios y alimentar a Dani puntualmente cada cuatro horas mientras se intentaba alargar el tiempo entre tomas durante las noches. Los baños tenían que ser diarios, por la tarde para que el niño durmiera mejor. También había leído varias veces las instrucciones sobre cómo cuidar el resto de cordón umbilical, hasta que se cayera, para que no se infectara. Lo mejor era que Dani dormía un montón de horas del día. Y Julia volvió a la limpieza de la casa, y a la cocina, como una posesa. La casa volvió a brillar, pero Julia empezó a preocuparse. Recordaba lo que le había dicho Susi e intentaba recuperar sus lecturas. Pero nada. La concentración había desaparecido —¿quizás para siempre?, se angustiaba—. Cuando cogía un libro, antes de pasar siquiera una página, lo dejaba a un lado

porque recordaba que tenía que planchar los pañales o poner otra lavadora o empezar a cortar patatas para tenerlas preparadas por si, cuando tuviera que hacer la cena, Dani se ponía a llorar o empezar a calentar el agua para el baño de Dani o... La bañera que le había comprado Florita era muy cómoda para la espalda, pero no cabía en el minúsculo baño que tenía aquella casa y había que tenerla plegada en el estudio; y abrirla allí cuando se iba a utilizar; y llevar, desde el baño, un barreño con agua caliente; y ponerle el termómetro con forma de pez que tenía la bañera colgado de la estructura metálica blanca lacada en forma de tijera, para medir la temperatura del agua, treinta y siete grados, aconsejaba la revista *Ser Padres*; y, si estaba demasiado caliente, añadir agua fría poco a poco con una jarra hasta llegar a la temperatura precisa. Julia llegó a pensar que, absorbida por tantas cosas, nunca volvería a ser la de antes. Recordaba una y otra vez el plazo que le había dado Susi después del parto para venir a controlarla: un mes. Solo un mes. No lo conseguiría. Y eso que todavía no había empezado con los biberones.

A todo este trabajo, se fueron añadiendo las compras. Los primeros días, era Roberto el que pasaba por un supermercado, con el coche, para cargar el maletero con las cosas que le había puesto Julia en una lista. Pero después se vio que no era la solución completa. Muchos días, cuando estaba cocinando, Julia se daba cuenta de que faltaba algo: que si azafrán para el arroz, que si ajos para freír el pollo, que si harina para la bechamel de las croquetas, que si... Y tenía que cambiar el plan de la comida. Al final de aquella semana, una mañana, se lanzó a la calle. ¿Cómo se hacía eso con un bebé? Pues con media hora de preparación, por lo menos. Con el moisés, imposible. ¿Cómo traería después las compras? ¿Y el cochecito con ruedas que le había pasado Aguas Vivas? Le pareció un trasto enorme en el que Dani parecía un mosquito de lo pequeño que se le veía. Así que, la primera vez que salió a la calle a comprar, abrigó a Dani lo mejor que supo, todo era un aprendizaje de cosas complicadísimas aquellos primeros días, y fue a buscar la mochilita portabebés que había comprado en Prenatal, a pesar del disgusto de Florita. Puso allí a Dani, que se removió inquieto iniciando una suave queja; Julia sabía que se podía transformar en un llanto desesperado enseguida; se dio prisa a encajarse las tiras de la mochila en los hombros. Y funcionó; Dani amoldó su cabeza, ladeándola, al espacio que se abría sobre el pecho de Julia y se quedó tranquilísimo. Qué buen invento era aquel.

Cuando entraron en la tienda de ultramarinos, se paró la actividad de despachar a las clientas y todo el mundo se arremolinó junto a Julia. Todas hablaban a la vez, como si lo importante no fuera ser oídas, sino poder decir

algo: «Pero, a ver, pero si ya lo has sacado, pero, claro, mujer, cómo no lo iba a sacar, si el último día que vino estaba ya imposible, con la barriga por los suelos, pero cómo lo traes así, pero ¿qué es esto?».

—Una mochila portabebés —consiguió Julia meter baza.

—Ah, pues no está mal, y nosotras que creíamos que ya lo habíamos visto todo y esto es un invento para llevar los niños como las gitanas, pero sin ser gitanas. Pues es muy cómodo. Y, a ver, este niño, a ver si lo has hecho bien. Qué bonito. Y mira cómo va, dormidito aquí.

Julia consiguió comprar lo que necesitaba, cuando el guirigay empezó a amainar, y salió de la tienda, contenta pero algo agobiada. Vio que la Asociación de Vecinos estaba abierta y decidió entrar. Solo estaba Félix, el taxista, con el taxi aparcado a la puerta por si le salía algún cliente.

—Buenos días, Julia, ¿ya has parido?

—Pues sí, Félix, eso parece, ¿no?

—¿Y qué has tenido? ¿Niño o niña?

—Pues un niño.

—Pues tu marido estará contento. Ya ves, yo ya tengo siete niñas y no hay manera de que llegue el niño.

—Creo que le da igual. Oye, ¿cuándo es la próxima reunión de la vocalía de mujeres? Que ya tengo ganas de reincorporarme, porque menuda falta hace, ¿no crees? Seguro que ya podré venir. —Félix no dio señal de captar el mensaje.

—Espera, que ahora lo miro. —Se dirigió a un calendario grande que estaba colgado en la pared del fondo, en el que se anotaban las actividades, para que no coincidieran dos a la vez, porque solo había un espacio—. Este jueves, por la mañana, a las doce.

—Vale, pues dile a Presen, si la ves, que seguramente vendré.

Al salir, cruzó la calle y entró en la cabina de teléfonos.

Aquel domingo, por la mañana, vino a visitarlos Dionisio con Isaías y Gabriel, los dos hijos que todavía vivían en la casa familiar de Alicante. Florita no había querido acompañarlos. Dionisio no dijo nada, pero Isaías le explicó a Julia, en un aparte en la cocina, que seguía enfadada por lo del hospital y por lo del barrio. Les había dicho que hicieran fotos del niño para poder verlas y que ya lo conocería cuando Julia fuera a Alicante con él: que ella ya no podía con tanta cabezonería de Julia, que ya estaba bien de que siempre se saliera con la suya, que hasta cuándo sería así...

—Bueno, ya te puedes imaginar: lo de siempre. Pero lo que sí le ha puesto muy contenta es que hayas decidido llamarle Daniel. Ya está pensando en el

bautizo. —Julia pensó que ya se empezaban a vislumbrar los nubarrones de un nuevo conflicto antes de haber superado el anterior. Sintió un enorme cansancio.

Isaías y Roberto hicieron fotos con la Polaroid, que parecía haberse convertido en una extensión permanente del brazo de Isaías. Todos fueron posando, siempre con Dani de protagonista. Como fondo, la puerta de la sala de estar de aquel piso nuevo de Benicalap: marco de madera y cristal esmerilado en tono caramelo. Primero fue Isaías el fotógrafo. Empezó con una de Dani con Julia y Roberto. Tras el clic, el ruido característico de aquella máquina empezó a anunciar la salida de la foto revelada y, poco a poco, se fue deslizándose el papel fotográfico que mostraba a Julia, con su jersey de canalé blanco de cuello alto, pero con un vestido pichi que le cubría el pecho, mirando a Dani, al que tiene en brazos. El niño, con el jersiecito de punto del derecho, en azul y blanco, que le había hecho ella, y envuelto en la toquilla beis que le acababan de traer, hecha por Florita. Roberto, de perfil, mira también al niño, pero las manos en los bolsillos de atrás de los vaqueros parecen querer decir que quiere y a la vez no quiere formar parte de aquella escena. Al tener los brazos hacia atrás, deja a la vista un dibujo de sudor, una media luna oscura, bajo su brazo. Y, después de esta primera foto, otra. De nuevo el clic, de nuevo el ruido del revelado, de nuevo el deslizarse del papel mientras van apareciendo, esta vez, Dani con Julia y Dionisio. Julia sigue con el niño en brazos, observándolo, los ojitos de Dani están muy abiertos, como si mirara a cámara. Dionisio también mira al niño y sonríe, con el brazo derecho sobre los hombros de su hija, recogiendo a Julia y Dani en un mismo abrazo. La cámara pasó entonces a Roberto, que hizo una foto de todo el grupo familiar. De nuevo el clic, de nuevo el ruido del revelado, de nuevo el deslizarse del papel y, esta vez, la imagen muestra a Dionisio mirando a Dani desde el lado derecho de su hija. Julia mirando a cámara, sujeta la minúscula mano de su hijo, que está en brazos de Isaías. Gabriel, el hermano pequeño, como casi siempre en las fotos familiares, queda un poco fuera del grupo y mira a Dani por encima del hombro de su hermano.

Después de que Julia diera de mamar a Dani en el dormitorio la toma de la una, fueron a comer. Julia propuso el Barrachina, en la plaza del Caudillo. Comida de cafetería que a todos, menos a Roberto, les gustaba: a Julia, Isaías y Gabriel les recordaba a cuando eran pequeños e iban de Medina a Madrid para ver a los dos hermanos mayores, que estudiaban en los jesuitas de Areneros. Comían siempre en el Manila de la Gran Vía. También al Barrachina de Valencia habían ido juntos muchas veces cuando Dionisio y

Florita, con sus hijos pequeños, iban a ver a Julia, interna en las Teresianas de la calle Baja.

A Julia le gustaba todo del Barrachina y sus estudios de Historia del Arte en Granada, en el último año de la carrera que acababa de terminar, le habían hecho racionalizar el porqué. Se lo quiso explicar a todos, ya desde fuera. «Es que fijaos en el nombre escrito en grandes letras negras mayúsculas, cada una sobre un cuadrado de luz blanca, tan de los años treinta. Y la estructura de la marquesina semicircular de la puerta principal y las enormes cristaleras, tan parisinas. Y las referencias clásicas de las semicolumnas y las pilastras que separan las cristaleras. Y, bueno, ¿qué me decís de estas vitrinas con marcos de madera coronados por pequeños frontones rectangulares, para exhibir las cajas de caramelos y bombones?».

—Pues te decimos que entremos —dijo Gabriel, haciendo reír a los demás. Entraron. Pero, una vez dentro, Julia volvió a sus explicaciones:

—Es espectacular, no me digáis. Sobre todo, esta gran cúpula, con su ojo central acristalado reforzado por herrería. Y fijaos en los colores, el beis de la pintura y el blanco de las molduras en forma de radios. Está claro que han intentado subrayar después sus formas con esos neones siempre encendidos, incluso de día. Y toda la estructura sustentada por esta enorme columna, que funciona como si fuera el mango de un paraguas cuando lo abrimos.

»Y todo el espacio articulado bajo la cúpula: la barra central circular y las laterales. Fijaos en la decoración de los muretes de las barras con azulejos de cerámica valenciana en tonos verdes, pero de diseños que debían resultar modernísimos en los años treinta. ¿Y los taburetes metálicos, con asientos circulares forrados de cuero blanco? Me encantan y son, comodísimos. ¿Te acuerdas, Gabriel, de cuánto te gustaba sentarte porque se bajan cuando te pones arriba y de cómo te reñía mamá porque no parabas?

—Me acuerdo, pero para ya, Julia, que tengo mucha hambre.

De nuevo risas, de todos menos de Julia. Empezaron a mirar, para pensar en qué pedir, los carteles de fondo amarillo que anunciaban miles de cosas: platos combinados, paella valenciana, arroz al horno, entrecot, solomillo, helados colosales, tarta helada, natillas con flan, zumos. Decidieron que comerían en una de las mesas de arriba.

El piso superior era una especie de voladillo ancho encastado en la parte inferior de la cúpula. Eligieron una mesa cercana a la baranda de hierro, desde la que se podía ver todo el local. Julia se colocó frente a Dionisio en una de las sillas pegadas a la baranda y dejó en el asiento de al lado el cesto con Dani. Al otro lado del cesto, Roberto. Y, enfrente, Isaías y Gabriel. El

camarero, vestido con impecable chaquetilla blanca y pajarita negra, tomó nota. Isaías y Julia pidieron entrecot *cordón bleu* con patatas fritas; Dionisio, solomillo con verduras; Roberto, arroz al horno, y Gabriel, como siempre, lo más caro —era especialista—: langostinos y solomillo a la pimienta verde. ¿Para beber? «Un Paternina Banda Azul», dijo Dionisio. De postre, tortitas con nata y caramelo. Casi casi a nivel de las madrileñas, opinaron todos al acabar. Dionisio, como siempre, dejó una generosa propina, y sus tres hijos recordaron entre risas las ganas que les daban, cuando eran pequeños, de robar una parte de la propina cuando los mayores ya se habían marchado. Nunca lo hicieron. O, al menos, nunca lo habían confesado. Dani había dormido todo el rato. Estaba claro que le encantaba estar en la calle. Lo pasaron muy bien. Cuando salieron, Julia le dijo a Roberto:

—Me encanta todo en esta plaza —y añadió acercándose a su oído—, menos el nombre, claro. —Dionisio había oído solo la primera parte de la frase.

—Pues, si hubierais querido, habríais podido vivir por aquí cerca. Os habríamos ayudado.

—No. Para vivir no me gusta. Y a Roberto tampoco.

La despedida repitió un esquema que, con pequeñas variaciones, habían ensayado muchas veces.

—Julia, venid pronto a Alicante, que tu madre está deseando ver al niño.

—Pues si tantas ganas tiene de verlo, podría haber venido ella hoy con vosotros, digo yo.

—Ya sabes cómo es.

—Sí. Claro que lo sé. Bueno, iremos pronto. Pero que conste que lo hago por ti. No por ella.

Durante las semanas siguientes, la vida de Julia se fue acomodando a la presencia de Dani y cada vez pudo hacer más cosas: acudir a las reuniones de la vocalía de mujeres de la asociación y a las de la célula del partido de Benicalap, que seguían siendo clandestinas, pero cada vez con menos medidas de seguridad. También se acercaba a casa de Presen cuando había discusiones sobre textos feministas, aunque pocas veces los llevaba leídos. Eso sí, siempre con el niño pegado a ella y disfrutando de la comodidad que suponía tener su comida siempre a punto con el simple gesto de desnudar su pecho. El mecanismo del sujetador maternal se lo ponía fácil y se fue acostumbrando a dar de mamar a Dani en cualquier circunstancia. Ninguna sorpresa cuando las reuniones eran solo de mujeres, pero algunas caras de asombro las primeras veces en que lo hizo en las reuniones de partido. De

todas maneras, enseguida se convirtió en algo normal, y Julia pensó que, de nuevo, una manera de hacer que parecía reservada a las mujeres gitanas iba imponiéndose también en los círculos progresistas. Muchas tardes llevaba a Dani de paseo y algunas llegaban hasta la nueva casa de Aguas Vivas, en la carretera de la Fuente de San Luis. A Aguas Vivas ya se le había acabado el permiso de maternidad y hacía poco que había vuelto al trabajo en el hospital. Pero, a partir de las tres y media, estaba en casa y Julia y ella empezaron a pasar muchas tardes juntas, con los dos niños. «¿Y Simón va a venir?», preguntó un día Aguas.

—No le he llamado. Ahora que Roberto está haciendo tantos esfuerzos, no quiero estropearlo todo.

Y es que todo parecía ir bien, excepto la sensación de sueño permanente por esas noches rotas por los llantos de Dani, que iba alargando muy lentamente el tiempo entre las tomas nocturnas. Roberto empezó a levantarse de mal humor, especialmente los días en que Julia no estaba muy dispuesta a acompañarle en sus deseos diarios. Una mañana estalló, de la manera contenida en que él lo hacía.

—Julia, yo ya no puedo más. Y, encima, es que luego no doy pie con bola en el hospital con el sueño que arrastro. Y esta noche que tengo guardia, pues ya te puedes imaginar.

Cuando Roberto salió de casa, el golpe de la puerta sonó más fuerte que de costumbre. Julia fue al estudio y se puso a analizar el espacio. Allí imposible. Los dos escritorios, las estanterías y el cambiador de Dani lo llenaban todo. Fue entonces a la sala de estar y, desde la puerta, empezó a calibrar posibilidades. Lo vio claro: corrió el sofá nido hacia la pared del lado de la puerta y liberó un espacio. Fue al dormitorio y desplazó la cuna con las ruedas hasta la sala: en vertical, cabía justo. En el rincón que quedaba entre la cuna y la pared de la ventana colocó los módulos lacados en blanco que había puesto el primer día en el centro de aquella habitación para dividirla en dos ambientes. Subió las piezas de cerámica popular que tenía repartidas en los distintos módulos a los de arriba y trajo del dormitorio las dos cajas forradas en tela azul, regalo de Esperanza para guardar los pañales y los pijamas de Dani. Las puso en los de abajo. Después, sacó el somier de debajo del sofá nido, lo levantó y fue a buscar sábanas. Se hizo la cama. Volvió a plegarla y la metió debajo del sofá. Con todo perfectamente ordenado, puso a Dani en la mochila y salió hacia la asociación de vecinos. En el buzón, una carta de Simón:

Julia:

Me ha dicho Susi que ya has tenido al niño. ¿Por qué no me has dicho nada? ¿Quieres que vaya?

«No, no quiero que vengas», pensó Julia y, sin saber muy bien por qué, se dio cuenta de que no contestaría esa carta.

Roberto volvió del hospital y vio los cambios en la sala, pero no dijo nada. Bueno sí, dijo que había llamado a sus padres, como todos los jueves, y su madre le había dicho que quería que fueran con el niño a Denia el fin de semana. Sus tías de Alcoy estaban allí y le querían conocer antes de irse.

—A mí no me apetece mucho, pero no he sido capaz de decir que no.

—Vale, pues dormimos el viernes en Denia y el sábado en Alicante. Así matamos dos pájaros de un tiro.

En Denia, aquella casa se convirtió en dos mundos. El femenino —madre, hermana y tías de Roberto, más Teresa, la tata— disputándose al niño para tenerlo en brazos. Y el masculino, padre e hijo, ajenos, incluso incómodos, con aquel alborozo. Julia llegó a pensar si Roberto le habría dicho algo a su padre. Pero no, eso era imposible.

En Alicante, Florita, poco propensa al entusiasmo, se entusiasmó con su nieto en cuanto traspasaron la puerta de la casa.

—Déjamelos, Julia, por favor, que ya lo tengo yo mientras ordenáis las cosas. Pero, mira, antes ven a nuestro dormitorio.

Madre, hija y Dani, en brazos de su abuela, recorrieron el pasillo que llevaba al dormitorio principal. Al asomarse por la puerta, Julia sintió cómo el asombro tiraba de sus párpados hasta hacerlos casi desaparecer.

—¿Ves? He comprado una cuna para que esté aquí siempre, así no tenéis que venir cargados con muchos trastos. La he puesto en nuestro dormitorio para que tú puedas descansar por las noches cuando vengáis a vernos. Porque yo no pienso ir a Valencia mientras viváis en ese barrio, que bastante disgusto pasé la última vez que fui a una casa tuya. Dios mío, qué barrio el de Granada. La Chana se llamaba, ¿no? Y, ahora, otra vez. Pero, bueno, dejemos el tema como está. Lo que quería decirte ahora es que cuando queráis venir vosotros a Alicante o dejarme al niño el tiempo que quieras... —Julia esperó paciente a que el río de palabras que se desbordaba desde la boca de su madre detuviera un poco la intensidad de su empuje.

—Mamá, ¿no te has dado cuenta de que Dani no puede dormir todavía en vuestro dormitorio? ¿Qué harás si se despierta y quiere mamar?

—Ah, ¿pero todavía no duerme la noche entera?

—No, mamá, no. Todavía no duerme la noche entera.

—Pues algo estarás haciendo mal, Julia. Todos vosotros, los ocho, al mes

ya dormíais la noche entera.

—Pues lo estoy haciendo lo mejor que sé, mamá, y Dani todavía no duerme la noche entera. —Florita captó el tono irritado de su hija y, por una vez, logró contener su afán de definir cómo tenía que ser el mundo.

—Bueno, no dormiré toda la noche, pero está riquísimo este niño. Lo estás criando muy bien, Julia. Eso salta a la vista.

—Vaya, vaya. Un comentario positivo sobre algo que haga yo. Esto sí que es un cambio.

—Anda, no seas tan susceptible, hija mía, que me recuerdas a mi hermana Feli. Déjame que disfrute del niño. No me querrás aguar la fiesta, ¿no?

—No, no. No te preocupes, que no vengo con esa intención.

—Estupendo. Pues ahora mismo les decimos a Roberto e Isaías que pasen la cuna a tu dormitorio y quizás la próxima vez ya pueda dormir el niño con nosotros. Acuérdate de que a los tres meses es mejor que ya solo tome biberones, que tampoco es nada bueno alargar mucho más la lactancia, hija. Y, entonces, siempre que quieras...

Julia no dijo nada más. No sabía todavía cuántas veces recurriría al ofrecimiento que le estaba haciendo su madre mientras tenía por primera vez a su nieto en brazos y cuántos viajes, estudios e incluso trabajos pudo hacer y aceptar al contar con aquella posibilidad. Claro está que no todo fue tan fácil, porque aquel turnarse en el cuidado de Dani vendría acompañado de miles de conflictos entre ellas: que si cómo puedes traer al niño vestido así, que parece un pordiosero —«pues a mí me parece que así está muy cómodo para poder jugar sin tener miedo a mancharse»—, que si los niños tienen que comer de todo —«come de casi todo, mamá, de casi todo»—, que si vaya modales en la mesa, con lo bien que se porta en cuanto está aquí unos días conmigo —«pues yo creo que conmigo también se porta muy bien»—, que si los niños necesitan tener una vida ordenada, hija mía —«no tanto, mamá, creo yo, que luego salen medio neuróticos»—. Y, sobre todo, lo que para Florita era lo más grave:

—Este niño no puede seguir sin bautizar, Julia, de ninguna manera.

—Ya se bautizará más adelante si él quiere, mamá, que ahora ya no es obligatorio.

Tampoco sabía Julia entonces lo bien que se adaptaría Dani a la convivencia con los dos mundos tan diferentes por los que transitaría su infancia. Y cómo lograría disfrutar de las ventajas que le ofrecía cada uno de ellos mientras iba comprendiendo, cada vez mejor, lo lejos, y a la vez lo cerca, que estaban el uno del otro.

Pero todo eso sería más adelante. Ahora, en aquellos dos primeros días que Dani pasó con su abuela, en Alicante, Florita estuvo centrada en su nieto e hizo poco caso a su hija y a su marido. Y todo ello supuso ventajas: Dani se adaptó con gusto a los cuidados de su abuela, Julia pudo descansar y leer mucho y, además, no hubo discusiones entre madre e hija, cosa que todos agradecieron.

De nuevo en Valencia y con la nueva organización de las noches, sin llegar a hablar de ello ni una sola vez, Julia, Dani y Roberto convivieron en la misma casa tres meses más. Dani empezó a tomar biberones, y Julia lo podía dejar a veces con la vecina de al lado, pagándole un poco, para ir a algún recado e, incluso, a alguna reunión. Las primeras veces no fueron fáciles. El niño estaba con la vecina y Julia en casa de Presen, por ejemplo, a tres minutos a pie, pero la sensación de que hubiera sido mejor tenerlo allí que tener esa especie de cordón atado a la boca de su estómago, que tiraba de ella y no la dejaba concentrarse, era un agobio. «El poder de la biología —le decía Presen—. Lo tienes que superar». Y lo superó. Pero seguía prefiriendo llevar a Dani con ella. Por eso, cuando la vocalía de mujeres empezó a convocar concentraciones para pedir el asfaltado de calles y la construcción de las aceras de la parte nueva del barrio, el cochecito forrado con pana de color rojo, con Dani dentro, formaba parte del grupo habitual de madres, con cochecitos o con niños de la mano, y de las no madres que parecían poder gritar con más fuerza las consignas. Un día en que había una concentración a las ocho de la tarde, porque iba a venir el alcalde a inaugurar un supermercado, Dani, ya bañado, dormía como un tronco. Julia se atrevió a pedirle a Roberto si podía cuidar de él. Había convencido a la vecina de que fuera con ella a la concentración y, por lo tanto, no podía contar con su ayuda. «Seguro que no se despertará. Le acabo de bañar y acaba de tomar el biberón, ya no se despertará hasta las once o las doce, pero te puedo dejar uno preparado en el calentabiberones». Roberto aceptó. Fue la primera y la última vez. Cuando Julia volvió, a las diez, Dani lloraba como un descosido con la cara congestionada por el esfuerzo del llanto, y Roberto, con el niño en brazos, intentaba calmarlo sin conseguirlo. Julia se lo arrebató, y Dani calló al instante.

—Julia, no podemos seguir así. Yo no estoy bien, nada bien. No puedo con esto. Creía que podría, pero no. No puedo. Lo siento, pero no puedo. Compréndeme, por favor. La inseguridad me está matando. Además, cada vez lo tengo más claro. Julia, perdóname, pero no creo que este niño sea mío. —Atrajo a Julia, que tenía a Dani en brazos, y la abrazó dejando al niño en

medio. Hacía muchos días que no se tocaban—. Si es que no puedo: quiero, pero no puedo, quiero, pero no puedo, quiero, pero no puedo... —Parecía que no iba a poder parar nunca.

—Tranquilízate, Roberto, por favor. Te comprendo, de verdad que te comprendo. No te preocupes. Si es que tienes razón. No podemos seguir así. Dame unos días para pensar y ver qué podemos hacer.

Aquella noche, la cuna de Dani volvió al dormitorio, y Julia y Roberto durmieron muy abrazados.

Una semana más tarde y con el verano asomándose ya a la ciudad, Julia cargó el 127 con todas sus cosas y las de Dani, y se fueron a vivir a casa de Juan y Aguas Vivas. Mientras Julia no encontrara otra solución, pensaron las dos amigas, no era mala idea que ella pudiera encargarse de los dos niños durante las mañanas mientras Aguas y Juan estuvieran en el trabajo. Así no tendrían necesidad de los servicios de la vecina que les cuidaba a Bruno, con la que no estaban muy contentos. Por las tardes serían ellos los que se encargarían de los dos niños —Dani ya solo mamaba en la última toma de la noche—, y Julia podría seguir con las reuniones de la asociación o las del partido. También empezaría a buscar trabajo.

La idea parecía buena, pero aquello no funcionó. Julia se pasaba la mañana cambiando pañales y midiendo dosis de leche en polvo para preparar biberones o con dos niños en brazos que cada vez pesaban más. Sobre todo, Bruno, que ya tenía seis meses. Y, por las tardes, si no tenía ninguna reunión, muchas veces volvía a ser ella la que cuidaba a los dos niños porque Aguas tenía guardias o reuniones del partido o se quedaba dormida de agotamiento al volver del paseo que las dos amigas daban juntas empujando los cochecitos de los bebés. Con Juan no se podía contar casi nunca: siempre tenía cosas que resolver hasta tarde en la editorial Fernando Torres, en la que trabajaba. O, al menos, eso era lo que decía. La verdad es que, si estaba libre, Julia nunca sabía cómo decirles que no quería cuidar ella a los niños también por la tarde.

Al cabo de un tiempo, empezó a notar el cansancio, que apareció en forma de síntoma: le empezó a irritar profundamente preparar los biberones de Bruno por las tardes, no era lo acordado, y tener que estar pendiente de las diferentes dosis que había que poner según los meses y el peso de las dos criaturas. Haría los biberones con las mismas cantidades para los dos, las que tomaba Dani, pensó un día, sin siquiera platearse la gravedad de lo que acababa de decidir. Y lo hizo, claro que lo hizo, aunque la culpa asomara alguna vez su húmedo hocico de hurón por la boca de su estómago: «¿Me estoy vengando? ¿Por qué no soy capaz de hablar con Aguas de esta

situación? ¿Es que acaso tengo otra salida además de aguantar? ¿Sería capaz de vivir sola con mi hijo? ¿Mis ideas sobre la igualdad de todos los seres humanos no han sido capaces de soportar ni tan solo la aparición de un hijo de mi sangre? ¿De dónde me viene toda esta rabia?». Esas preguntas, como un ovillo de lana que se cae de las manos y empieza a rodar desordenadamente por una habitación pequeña, golpeando las paredes y dejando tras de sí un hilo que va construyendo una nube de enredos, empezaron a rebotar en las paredes de la cabeza de Julia enredando la madeja, sin principio ni fin, de sus pensamientos. Julia habría necesitado un oído próximo, que la obligara a ordenar y jerarquizar aquellas ideas y las hiciera comprensibles incluso para ella misma. Pero no tenía ese oído en ese momento. Pensó en llamar a Susi, a Granada. Pero desistió. Hacía mucho que no sabía nada de ella y, además, lo que estaba haciendo y pensando no admitiría la claridad que aportaba siempre el potente foco de luz que vehiculaba la aguda mirada de Susi cuando la madeja de los pensamientos se desenredaba con la ayuda de las palabras dichas. No se gustaba nada haciendo y pensando esas cosas, y tampoco le gustaba nada no gustarse. No estaba acostumbrada. Todo ello la llevó a una etapa de un mutismo en el que no se reconocía. Durante aquellos días, ponía con insistencia el casete que le había grabado Simón de aquel disco de Atahualpa Yupanqui, cantando textos de Cortázar, que él había comprado en París. A Julia no le salían sus propias palabras, pero, habitando su silencio, pudo comprender hasta el fondo las de Cortázar, que le llegaban a través de la voz llanto de Atahualpa: «Tanto vivir entre piedras, yo creí que conversaban. Voces no he sentido nunca, pero el alma no me engaña. Algún algo han de tener, aunque parezcan calladas, temblor, sombra o qué sé yo, igual que si conversaran. Ojalá pudiera un día vivir así, sin palabras». Julia parecía estar acercándose cada día un poco más al deseo manifestado por Cortázar en aquellos versos y, sin embargo, Aguas Vivas y Juan parecían no darse cuenta de nada. Ni siquiera de que su hijo no engordaba como debía.

Un lunes por la tarde, apareció Aguas con Felipe, un camarada del partido, compañero en el hospital. Julia, con un niño en cada brazo, lo observó. No era ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni feo ni guapo y su cara parecía demasiado amplia para unas cejas tan finas y unos ojos tan pequeños. Además, unas ligeras entradas ampliaban el efecto de una frente despejada: llevaba el pelo, oscuro y liso, peinado hacia atrás. Felipe pasó la tarde con ellas y con los niños y, como tantos otros días, fue Julia la que se tuvo que encargar de todo. Aguas Vivas se quedó dormida en el sofá, agotada tras una noche de guardia.

Felipe ayudó a Julia toda la tarde: a cambiar pañales, a preparar el batido de frutas, a bañar a los dos niños juntos, a colocarles los monos de dormir, a darle el biberón a Bruno mientras ella le daba de mamar a Dani y a ponerlos en la cuna a dormir, a Dani en el dormitorio de Julia y a Bruno en el de Aguas y Juan. Los niños se habían reído tanto con las vueltas y revueltas que les había dado Felipe haciéndoles volar que estaban agotados y no hubo quejas cuando los dejaron en las cunas. Fue entonces cuando Julia tuvo tiempo de darse cuenta de que Felipe hablaba por los codos y no paraba de reír. Era increíble la cantidad de cosas que sabía ya de él. Y eso que le acababa de conocer: que en sus tiempos de estudiante de medicina era trotskista, de la Liga, pero que en el hospital había entrado en el PCE porque, a pesar de que Trotsky como teórico le seguía interesando mucho, estaba hasta las narices de los pijos de la Liga y de sus eternas discusiones teóricas; que su padre era un ingeniero de Reus, afincado en Valencia desde hacía muchísimos años y contento de estar allí, pero siempre hablando con su madre de Cataluña, como si fuera una Ítaca a la que siempre deseaban volver; que... De todas maneras, lo que más interesó a Julia fue saber que Felipe, además de médico en intensivos, o quizás precisamente por ello, era un gran montañero: había estado ya en el Aconcagua y en el Tíbet, y se entrenaba: los fines de semana, en la zona de Peñagolosa y en las vacaciones largas en el Pirineo aragonés. Esto último se lo había explicado en un susurro a la puerta del dormitorio, entornada, mientras esperaban a que la respiración de Dani demostrara que estaba dormido del todo. Julia descansaba la espalda en el quicio, y Felipe, mirándola de frente, apoyaba su mano en la pared muy cerca del cuello de Julia. Y ella se dio cuenta de que tanta proximidad no le molestaba en absoluto. Cuando la respiración de Dani se convirtió en lo que Julia llamaba «música celestial», ya que inauguraba el mejor momento del día, fueron a la cocina a servirse un vino y cortar un poco de jamón.

—Podrías venirte alguna vez conmigo a Peñagolosa, ¿no?

—Sí, claro. ¿Y con estos dos que hago?

—Bueno, con uno, querrás decir. ¿O es que los fines de semana también te tocan los dos?

—Pues, ahora que lo dices, es verdad. Es que están logrando que me acostumbre a pensar que soy la responsable de las dos criaturas. —Felipe captó un reproche involuntario en el tono de Julia, y ella se dio cuenta inmediatamente de que había logrado verbalizar con naturalidad, con una persona a la que acababa de conocer, lo que hacía días que pugnaba por salir por alguna grieta de su llenísima cabeza.

—Pues voy a tener que venir yo por aquí de vez en cuando para recordarte que tuyo es solo uno.

—Pues no me parece mala idea —rio Julia.

—Es que conozco a Aguas Vivas como compañera en el hospital y allí pasa lo mismo. Excelente profesional, encantadora como persona, pero incapaz de darse cuenta de que su trabajo, a veces, recae en los demás mientras ella duerme durante la guardia o tiene largas conversaciones con un café en la mano con la persona que tiene al lado. Por allí hay gente que no puede con ella. Pero a mí me parece que sus virtudes superan a sus defectos. Y se pone en marcha mi teoría de las balanzas.

—¿Tu teoría de las balanzas? A ver, explícame eso, anda.

—Uy, es un poco largo, pero venga. —Se acercó aún más a Julia y le empezó a hablar casi al oído—. Pues que creo yo que, para valorar correctamente a las personas, no solo hay que fijarse en lo que no dan, sino también en lo que aportan de bueno. O, al contrario, claro. Por ejemplo, hay personas que dan mucho, pero que también exigen mucho o envenenan los lugares de trabajo queriendo que todo el mundo haga las cosas a su modo. Solo si la balanza entre lo que dan y lo que envenenan está equilibrada, me parecen dignas de aprecio. Otras personas no dan casi nada, pero tampoco molestan mucho y la balanza se equilibra en los mínimos. Bueno, y luego están las personas que dan mucho y que no molestan nada. Me da a mí que tú perteneces a esa categoría.

—A ver, Felipe, no te pases, que me acabas de conocer —dijo Julia sonriendo mientras ponía las plantas de sus manos en los hombros de Felipe para alejarlo un poco.

—Intuición masculina. —Felipe volvió a acercarse, y Julia casi pudo sentir la ironía de esta última frase en el aliento que acarició el lóbulo de su oreja—. Pero, bueno, lo que importa aquí es que solo con Dani sí que puedes venir a la montaña conmigo. —Se alejó un poco—. Hay unas mochilas especiales para llevar a los niños. Y yo creo que Dani casi casi está a puntito de poder venir. Si te animas, haríamos rutas fáciles. Hay una zona donde voy a hacer escalada a la que se llega por un sendero sin dificultades. La base es un lugar estupendo para pasar un día de sol con una criatura.

—¿Quieres quedarte a cenar con nosotras, Felipe? —preguntó Julia de sopetón después de oír esto último.

—Pues no estaría nada mal. La verdad es que no tengo ningún plan. —Prepararon juntos la cena, huevos al plato con guisantes y chorizo de guisar

de Guijuelo. Julia tenía una buena provisión: se lo había dado Florita en el último viaje a Alicante.

Felipe no solo se quedó a cenar. También a dormir. Y no solo aquella noche, sino muchas otras.

El viernes por la tarde, apareció por la casa con una mochila de montaña para llevar niños.

—Mira, me la han prestado en Puig Campana para que la probemos.

—¿Qué es eso de Puig Campana?

—Pues la mejor tienda de montañismo de Valencia, ¿no la conoces? —Felipe ayudaba a Julia a ponerse la mochila y a meter a Dani dentro. Risas y grito de felicidad—. Bueno, también es el nombre de un pico precioso que está al norte de la provincia de Alicante. Ya iremos algún día. ¿Y a ti qué te parece la mochila?, porque Dani ya ha dado una opinión muy clara, creo yo, y mañana tengo que decir si te la quedas o no.

—Pues es muy cómoda.

—Te la regalo.

—Que no. Felipe, que no. Que la pago yo.

—¿A medias?

—Vale, a medias.

—Este fin de semana no tengo guardias. ¿Quieres que nos vayamos mañana y nos quedemos a dormir en el refugio de Peñagolosa?

Julia sí quiso y también sintió una cierta satisfacción cuando les dijo a Aguas Vivas y Juan, a la hora de la cena, que no contaran con ella ese fin de semana.

Aquel sábado de mediados de junio de 1976, a media mañana, llegaron Julia, Dani y Felipe, con el 127, lo más cerca posible del refugio de Peñagolosa: se instalaron en la única habitación que tenía una sola litera, pusieron en el suelo el colchoncito de la cuna de Dani, que habían traído, y caminaron muchísimo por senderos y pinadas. Dani se portó de maravilla: dormía feliz con su colchón en el suelo y reía como un loco cuando Julia le llevaba en la mochila y Felipe le llamaba desde atrás, para que volviera la cabeza, y daba pequeñas carreras para hacer como que los atrapaba. Dani escondía la cabeza en la espalda de su madre, y Julia sentía con placer los movimientos que producían las risas de su hijo.

Julia llegó a Alicante con Dani a principios de julio, para pasar el verano con sus padres en el chalé de El Campello. Tenía claro que les tendría que decir que se había separado de Roberto. Por mucho trabajo que tuviera, no sería creíble que él no fuera a pasar allí ni una sola semana del verano.

También sabía Julia que estaría dispuesta a aceptar cualquier insinuación que le hiciera Florita sobre que el niño se podía quedar con ellos si ella quería hacer otras cosas. Dani ya no mamaba y si Julia lo veía fácil, se iría con Felipe los primeros quince días de agosto a Benasque para entrenar un poco la primera semana y hacer la subida al Aneto desde el refugio de la Renclusa en la segunda. Así habían quedado. La última quincena de agosto, Felipe se iría, él solo, a los Alpes italianos.

Aparcó el 127 ante la verja del chalé de El Campello. Allí ya estaban instalados Dionisio y Florita con Isaías y Gabriel. Siempre llegaban a finales de junio, antes de las fiestas de San Juan, porque Florita no soportaba tanto ruido y tanta gente: «Si es que no se puede dar ni un paso, porque se pone La Explanada hasta los topes y luego, por las noches, no hay quien duerma con tanto ruido de fuegos artificiales y de petardos —decía—. Y, claro, la mayoría de la gente vive en otros barrios y, si no les gusta el follón, se pueden quedar en sus casas y ya está. Pero nosotros, que vivimos aquí, hala, a aguantar. Porque a estos alicantinos lo que más les gusta es tirar la casa por la ventana y eso que algunos después le dejan a deber dinero a vuestro padre de la firma de las escrituras de compraventa. Lo que no le ha pasado en ningún sitio, le pasa aquí. Si ya decía vuestra abuela que eran unos fenicios», continuaba la retahíla Florita sin importarle que nadie quisiera escucharla e incluso que intentaran una discreta huida. Y es que todos sabían que terminaría con aquello de que «si es que solo los castellanos, los de Castilla la Vieja, claro, saben estar en su sitio, como debe ser».

En todo caso, sobre el 20 de junio se instalaban en El Campello e iban recibiendo a todos los hijos que quisieran pasar algunos días del verano con ellos. Allí tenían más habitaciones y era fácil que algunos días se volvieran a juntar los ocho, como cuando eran pequeños. Julia aparcó a la puerta del jardín e hizo sonar la bocina con dos pequeños pitidos. Enseguida apareció Florita por las escaleras que bajaban de la casa hasta el sendero que conducía a la puerta principal. En cuanto miró a Julia, le leyó el cansancio en los ojos.

—¿Qué te pasa? ¿Es que Roberto no te ayuda con el niño? Y, claro, vosotros, eso de contratar a una chica que se encargue de la casa, ni hablar —fue lo primero que dijo, mientras le daba a su hija un rápido beso y le arrebatava a Dani de los brazos—. Anda, coge tú el equipaje, que yo me encargo del niño.

—Mamá, Roberto y yo hace ya más de un mes que no vivimos juntos —dijo Julia mientras abría el maletero y empezaba a sacar el equipaje—. Os lo quería decir con más tranquilidad, pero es que tú siempre precipitas las cosas.

Si es que con ese ojo clínico que tienes no se te escapa una. Toda la vida igual.

—Pero ¿cómo? ¿Os habéis separado hace más de un mes? ¿Y no nos has dicho nada hasta ahora? Si es que eres de lo que no hay. Aunque tampoco me extraña, claro, porque ese marido tuyo nunca me gustó. —Julia torció el gesto y casi empezó a contar los días que faltaban para el 1 de septiembre.

—No pienso dedicarme a criticar a Roberto contigo, mamá. No se lo merece. Así que, por favor, ni empieces por ese camino ni pretendas continuarlo. Porque meto las cosas en el maletero y me vuelvo por donde he venido.

—Bueno, bueno, no empecéis tan pronto, que acabas de llegar, Julia. Ya tendréis múltiples oportunidades de discutir. Tenéis todo el verano por delante —intervino Dionisio sonriente mientras llegaba a la verja que separaba el jardín del camino—. Ya nos contarás todo más tarde, hija. Ahora vamos a dentro y os instaláis tranquilamente.

Durante los días siguientes, Julia se dio cuenta de que tampoco había estado tan mal dar la noticia de la separación nada más llegar. El tema quedó congelado allí mismo y no se volvió a hablar de él hasta el final del verano.

Y empezaron para Julia aquellos días dulces, de piel dorada por el sol y el agua: dormía como un lirón —Dani lo hacía con los abuelos— con la ventana de la habitación abierta para que entrara el mar en forma de susurro de olas y brisa ligera con olor a salitre y a algas. Leía y leía durante gran parte de la mañana. Después, iba con Dani, Isaías y Gabriel a la piscina de la urbanización —a Dani le encantaba el agua—. Por la tarde, jugaban al tenis, cuando ya no hacía tanto calor, sobre todo los días que pasaron allí los hermanos más tenistas, José y Emilio. O, si el mar estaba tranquilo, paseaban en la motora que tenían en el pequeño puerto que se abría delante de la casa y aprovechaban para nadar en mar abierto o hacer esquí acuático. Muchas noches iban con Dionisio a tomar aperitivos al Jumillano del pueblo. «Ni hablar, al niño no os lo lleváis, se queda aquí conmigo, que, si no, me lo alborotáis y luego duerme peor», decía Florita desde la puerta del jardín, con Dani en brazos, mientras veía marchar a su marido con sus hijos y empezaba a disfrutar, por anticipado, de la sensación de estar sola en la casa, al cuidado de su nieto. Además, siempre conseguía que Dani despidiera risueño a los demás, sin importarle en absoluto quedarse con su abuela mientras veía a los otros subirse en el Morris 1100 y desaparecer hacia la puerta de la urbanización.

El 1 de agosto Julia no fue sola desde El Campello hasta Valencia para encontrarse allí con Felipe e iniciar el viaje hacia el Pirineo. La acompañó su hermano Isaías, que se sumó al plan. Dani los despidió sonriente desde los brazos de su abuela. A las dos de la tarde estaban a la puerta de la casa de los padres de Felipe, en Valencia, en la confluencia de Peris y Valero con el Turia.

—Subid, subid, que mi madre ha preparado comida también para vosotros —oyeron por el interfono.

—Pero, Felipe, habíamos quedado en que comíamos ya en Castellón —intentó protestar Julia.

—Sí, pero mi madre se ha empeñado. Anda, que te quieren conocer. — Julia e Isaías subieron en aquel ascensor señorial mientras ella se daba cuenta de que no tenía ningunas ganas de conocer a más madres ni a más padres. Aquello le parecía una trampa.

Pero no, no lo era. La naturalidad de aquel matrimonio desmontó enseguida todas las barreras. Ninguna pregunta incómoda, ninguna sensación de querer enterarse de nada ni de juzgar nada. Julia pensó en su madre y se dio cuenta de la distancia que separaba aquel comportamiento con la manera inquisitiva que tenía Florita de almacenar información sobre las personas nuevas que aparecían por su casa y la sensación de incomodidad que solían producir las preguntas que iban destinadas a catalogar a la personas, sobre todo cuando tenían la sensación de no pertenecer al mismo grupo que ella: el de los vencedores en la Guerra Civil que se habían instalado en el poder político y social en España desde hacía cuarenta años y que seguían pensando, muerto el dictador, que ellos eran los que tenían la potestad de definir el mundo: tanto el suyo como el del resto.

En la agradable casa de los padres de Felipe, a Julia le pareció captar otras pulsiones: las de una clase acomodada, pero contraria al régimen, que, bien por respeto, bien por costumbre, bien por idiosincrasia, no intentaban hacer averiguaciones ni, claro está, imponer sus ideas a nadie. Comieron escalivada con anchoas y merluza a la romana. Todo muy bueno. Salieron de allí a las cuatro y media cargados de bocadillos para el camino por si no querían parar a cenar. Al despedirse, preguntaron a Felipe si pasarían a saludar a las tías de Reus. Pero él les dijo que de subida no, que quizá a la vuelta. Y Julia pudo comprobar que ni un solo gesto de contrariedad se dibujaba en los labios de la madre de Felipe.

Durante la última semana de agosto, cuando hacía ya unos días que Julia estaba de nuevo en El Campello, empezó a asomar por la casa algo similar a una urgencia, que llegó acompañando a las tormentas de final de verano: la conversación sobre la separación estaba todavía pendiente. Todos eran conscientes, pero nadie parecía tener ninguna prisa por romper la calma que producía la combinación de las vistas al mar entre los pinos con el caminar descalzos sobre la grama fresca recién regada, el contacto de la espalda con las toallas de rayas, extendidas sobre las hamacas o en el suelo en la zona soleada del jardín. Y, sobre todo, las risas de Dani, tumbado en su hamaquita, cuando algún adulto le decía cosas a una distancia de más de un metro de altura, provocando un revolotear de piernas rollizas y doradas por el sol.

Lo cierto es que cada vez quedaban menos días para que Julia volviera con Dani a Valencia —y Florita y Dionisio con Isaías y Gabriel a Alicante— y la conversación no acababa de producirse, a pesar de que trataba de imponerse con cada salida del sol. Una mañana, en el jardín, mientras Dionisio y Julia daban los cortos paseos que aquel pequeño espacio permitía, el tema se desperezó y consiguió zafarse de las blancas sábanas bajo las que estaba escondido.

—A ver, Julia, que ya estás a punto de irte y todavía no nos has dicho nada de lo que ha pasado entre tú y Roberto. Tu madre me ha pedido que sea yo el que hable contigo.

—Mejor, mejor, muy buena idea. Pues no ha pasado nada raro, papá. Simplemente, que no hemos sido capaces de continuar viviendo juntos y hemos decidido separarnos.

—Pero ¿habéis valorado bien lo que significa esta decisión? ¿También para Dani?

—Sí, papá, sí. Lo hemos valorado todo. Y hemos hecho lo que hemos creído que era mejor. Para todos.

—Julia, a mí siempre me ha parecido bien que tomaras tus propias decisiones y he intentado superar lo mejor posible los enormes disgustos que nos has dado. Pero ahora ya no eres tú sola. Tienes un hijo y las decisiones que tomes le afectarán también a él. Deberías ser más reflexiva, hija mía. No puedes seguir dando bandazos toda la vida.

—¿Bandazos yo? Me parece a mí que esa frase no es tuya. Seguro que ya ha estado mamá poniéndote la cabeza como un bombo.

—Que no, Julia, que no. Anda, por favor, hablemos con calma.

—Pues, hablando con clama, yo creo que soy bastante reflexiva, papá. Otra cosa es que mis decisiones no coincidan con lo que vosotros pensáis que

debería hacer. Pero yo las tomo después de meditarlas, no al buen tuntún. Y, en este momento, tengo clarísimo lo que acabo de hacer y no voy a volver a vivir con Roberto, ni aunque él me lo pida. —Dudó Julia un momento—. Al menos, en mucho tiempo. Además, ¿te has preguntado alguna vez de dónde me puede venir esta manera de ser? ¿No crees tú que separar a una niña, a la que todavía le faltaba un mes para cumplir los siete años, de sus padres y mandarla a vivir con su abuela y su tía a Valladolid cuando ella quería estar en Extremadura, con vosotros, con sus amigas, con su maestra, con las chicas de servicio a las que adoraba, es una manera de construir un carácter?

—A ver, Julia. En ese momento no había otra solución. En Logrosán solo había escuela primaria y a algún sitio tendrías que ir a estudiar el bachillerato a los diez años, ¿no? Además, tu madre pensó que era mejor que ya hicieras allí los dos últimos cursos de la escuela elemental, para que estuvieras bien preparada para el examen de ingreso. La escuela de Logrosán...

—La escuela de Logrosán era una maravilla y doña Tilde, la mejor maestra que se pueda imaginar. Cada día la ayudábamos una de las niñas, sin distinciones de ningún tipo, todas, a repartir la leche en polvo que mandaban los americanos. Y con ese gesto hacía que nos sintiéramos todas iguales y que aprendiéramos a vivir la responsabilidad como un placer. Al menos, a mí. Me expulsasteis de ese cálido paraíso terrenal extremeño, lleno de gente cariñosa, y donde los deseos también contaban, para mandarme al frío invierno de la adustez castellana, que tanto valora mamá, y en donde lo único que parece importar son las obligaciones. A mamá le parece que así tiene que ser el mundo. Pero yo no estoy de acuerdo. En absoluto.

—Bueno, no querrás decir que todos los castellanos son iguales, ¿no?

—Pues a mí me lo parecen.

—Julia, piensa en mi madre. Y en mis hermanas.

—Vale, de acuerdo. Tu familia no es así. Pero es que a mí me tocó ir a vivir con la hermana mayor de mamá que, encima, yo veía mayorcísima, creo que tenía ya más de cincuenta años, ¿no?

—Sí, por ahí debía de andar, tenía veinte más que tu madre.

—Encima llevaba más de veinte dirigiendo aquel centro de auxilio social lleno de niños con cara de pena. Allí pasaba yo los sábados por la tarde y los domingos por la mañana, sin poder jugar con casi ninguno de aquellos niños porque no me dejaban y obligada a sentarme en las rodillas del padre Peralta, que venía a decir misa y se quedaba después a comer y a dar unas cabezadas en el sofá de la sala de estar de tía Jesusa.

—El padre Peralta te quería mucho, Julia. Además, hablando de gente cariñosa, él, que era valenciano...

—Pues los cariños del padre Peralta no me gustaban tanto. No sé yo por qué sería, pero así era. A la que sí quería mucho era a Carmen, mi mano derecha la llamaba tía Jesusa. Por las tardes, ayudaba a Carmen a recoger los huevos del gallinero y a transportar en la carretilla los cantaros de latón llenos de leche de las vacas que acababa de ordeñar el vaquero. Eso sí me gustaba. Y mucho. —Dionisio quiso interrumpir a su hija, pero no pudo. Se dio cuenta de que nunca habían hablado de todo eso y la dejó continuar—. ¿Y las tardes de los días de diario?

»En casa, con la abuela ya con ochenta años y que no se movía de la butaca de terciopelo rojo, desde la que me controlaba todo el tiempo. Eso los días en que no tenía que ir a clase de piano con una profesora coja y cruel — el flujo de palabras continuaba sin que pareciera que pudiera tener fin—. ¿Y el colegio de las esclavas? Lleno de monjas que, salvo honrosas excepciones como la madre Gabriela, eran la representación del autocontrol y de la falta de afecto. Se les notaba hasta en las caras, que habían adquirido el color entre verdoso y amarillento de la cera.

—Pues a lo mejor tienes algo de razón, Julia. Pero yo apoyé a tu madre en aquella decisión. Y, además, creo que acertamos. ¿Qué tipo de mujer hubieras sido si te hubieras quedado siempre con nosotros sin ir al colegio ni a la universidad como muchos en Extremadura, el paraíso terrenal que tú dices, creían que tenían que hacer las hijas para ser luego unas buenas mujeres de su casa?

—Seguramente, un poco más cariñosa —rio Julia mientras pasaba su brazo por detrás de la cintura de su padre y se empinaba de puntillas para darle un beso en la mejilla. Él le pasó el brazo por encima de los hombros y la dejó amarrada a él.

—Cariñosa lo eras mucho. ¿Sabes que todavía tengo guardadas unas cartas que nos escribiste desde el colegio? ¡Y con comentarios añadidos de la madre Gabriela!

—¡Ah! Pues las quiero ver.

—Luego te las enseño, cuando entremos en casa. —Dionisio se volvió hacia el ventanal de la sala y pudo ver a Florita, con Dani en brazos, mirándolos desde allí. Dirigió hacia ella un gesto casi imperceptible para indicarle que esperara con calma y, con suavidad, dirigió los pasos de su hija hacia la parte del jardín más alejada de la casa.

—Bueno, tengo que reconocer que yo también creo que mamá tenía razón entonces —concedió Julia—. Y que me gusta cómo me habéis educado. Y haber tenido la posibilidad de ir a la universidad, como mis hermanos, sin distinciones. Y que me haya gustado tanto estudiar y ser una lectora voraz de todos los libros que encontraba en la biblioteca de casa. Pero también quiero que pienses que, si ahora soy así: decidida, despegada, fuerte, a veces casi insensible; seguramente sea por esa separación, que recuerdo como un verdadero trauma.

»Y piensa en esos viajes en tren, con diez años, cuando tía Jesusa simplemente le decía a alguna señora que iba en el mismo compartimento que me echara un ojo porque yo iba sola hasta Madrid, donde me recogeríais vosotros. Y recuerda también esa manía que tenían ella y la abuela de ocultarme cuándo vendríais a verme: decían que me alteraba mucho y dejaba de comer. Pero lo único que conseguían era que, muchas veces, volviera del colegio pensando que quizás al entrar en casa estaríais allí, como alguna vez había pasado, y que sufriera una decepción terrible cuando no encontraba ni rastro de vuestra presencia.

—Bueno, hija mía, piensa también en lo bien que lo pasábamos cuando te llevaba al cine durante los días que estábamos en Valladolid contigo.

—Sí, claro. ¿Te acuerdas de lo que me impresionó *Ben-Hur*? Sobre todo, cuando él volvía a Jerusalén, después de huir de las galeras, y se encontraba con que su madre y su hermana estaban leprosas en un lugar infecto, lleno de personas enfermas y aisladas del mundo. Salí conmovida.

—Me acuerdo perfectamente. Aquel día no pudiste probar bocado en la cena. Y, claro, tu tía y tu abuela me riñeron. «Pero ¿por qué llevas a la niña al cine? Mira, ahora se ha quedado sin apetito. ¿Y qué hacemos? Raquítica se va a quedar». —Se detuvieron para reírse.

—Ay, sí, qué obsesión con el raquitismo. Pero, bueno, menos mal que no les hiciste caso, porque el cine me encantaba. Además, tengo que reconocer que también me gustaba que mamá no viniera nunca. ¿Te acuerdas de que se dormía en todas las películas?

—Sí, es que decía que estaba tan cansada que se dormía siempre, incluso en las que le gustaban —volvieron a reír.

—Bueno, pero así íbamos nosotros dos solos la mar de contentos. Cuando me llevabas de la mano, te veía tan guapo, tan elegante. —Se apretaron un poco más—. Oye, estás demasiado delgado. Más que otras veces. Te noto todos los huesos. ¿Qué te pasa? —Julia acababa de pasar la palma de su mano derecha por la espalda de su padre y, tras el piqué del polo beis, notó que casi

podía dibujar todas sus costillas. Empezó a recorrer con un dedo las vértebras y se puso a contar—: Una, dos, tres...

—Deja, deja, Julia, que de eso también quería hablarte. Pero después. Por ahora, volvamos al tema de Roberto. Tu madre quiere que te pregunte dónde estáis viviendo Dani y tú.

—En casa de Aguas Vivas, la de Puebla Larga, y su marido, que tienen un niño dos meses mayor que Dani. ¿Te acuerdas de Aguas?

—Sí, claro, cómo no me voy a acordar. Pero eso será una solución provisional, digo yo. No estarás pensando en quedarte a vivir con ellos mucho tiempo, ¿no?

—Pues sí, está claro que tiene que ser una solución provisional. Porque ellos están muy contentos, pero yo no tanto.

—¿Por qué?

—Porque tengo que encargarme de los dos niños durante muchas horas y no tengo tiempo de buscar trabajo, que es lo que quiero.

—Nosotros te podemos ayudar, Julia. La notaría de Alicante va muy bien. Acabamos de comprar un piso a tu hermano mayor y vamos a ir haciendo lo mismo con los demás. Pensábamos continuar siguiendo el orden de edad, de los mayores a los pequeños, pero no pasa nada si el próximo es el tuyo. Si quieres, claro. —Julia sopesó la oferta de su padre y se vio recogiendo sus cosas en casa de Aguas Vivas.

—No me importa vivir de alquiler, pero si me queréis comprar un piso, no seré yo la que diga que no.

—Pero esta vez que sea del gusto de tu madre, por favor. O, al menos, que se le acerque un poco. —Sonrió Dionisio, acariciando el hombro de su hija, al pensar que todo estaba resultando más fácil de lo que preveía—. Y déjate de buscar trabajo y prepara unas oposiciones a cátedras de instituto, anda. Que para algo tienes una licenciatura en Filología, ¿no?

—Vale, cuando vuelva a Valencia me pongo a buscar piso. Pero lo de las oposiciones ni hablar. No tengo ningunas ganas de encerrarme a estudiar. Lo que quiero es salir de casa, sentirme útil. Y no solo como madre.

—También dice tu madre que el niño se puede quedar aquí con nosotros todo el tiempo que necesites. —Julia se giró como un resorte para mirar de frente a su padre.

—No, eso sí que no, papá. Este hijo es mío y quiero que viva como yo vivo. No como viven sus abuelos.

—De acuerdo, hija mía, de acuerdo. —Volvieron a iniciar la marcha.

—Vale. Y, ahora, explícame lo de la extrema delgadez. —En ese momento, fue Dionisio el que se giró para mirar a su hija de frente.

—Las fístulas que tengo en la parte inferior del cuerpo van a peor y me dicen los médicos que me tengo que operar otra vez. Y el problema, Julia, es que yo empiezo a estar cansado de tanta intervención. Cada vez más seguidas y más agresivas. Yo ya no puedo más, Julia. Lo que tenga que pasar, pasará. Pero yo no vuelvo a entrar en el quirófano.

—Pero, papá —asomó una protesta en el tono.

—Que no, Julia, que no. ¿No acabamos de decir que a cada uno le gusta tomar sus propias decisiones? Pues yo he tomado esta. Solo te pido una cosa, para cuando yo no esté. Mira a ver si puedes acabar ya con estas discusiones con tu madre, que amenazan con la ruptura definitiva cada vez con más frecuencia. A ella le he pedido lo mismo. No me quiero ir con esta preocupación a la tumba.

—Pero ¿qué tumba ni qué tumba? —indignación en el tono de Julia—. No estarás pensando en morirme tan pronto. Tienes que ver crecer a tus nietos. A Dani y a los que vengan después.

—Lo intentaré, Julia, lo intentaré. Pero no estoy muy seguro de si podré conseguirlo.

Entraron en la casa y Dionisio buscó, en la enorme estantería de madera oscura que ocupaba la pared más amplia del salón, una carpeta granate de fuelle con lazo que, cuando se abría, como un acordeón, mostraba los diferentes compartimentos en los que estaban, perfectamente ordenadas, las cartas que habían ido recibiendo, él y Florita, de sus hijos, a lo largo de toda la vida. «Durante el verano, me he dedicado a ordenar los papeles familiares», explicó. Julia pensó que su padre había decidido iniciar ya la ceremonia de la despedida y se dio cuenta de que aquella idea de empezar a comprar casas para sus hijos formaba parte del mismo ritual.

—Mira, Julia, en este primer compartimento están las cartas que nos enviaban tus hermanos desde el internado de los jesuitas. Y, en el segundo, las que tú nos enviste desde las esclavas. En el tercero, las que recibimos cuando estabais todos juntos en el piso de Salamanca cuando tus hermanos mayores habían empezado a estudiar allí Derecho y os juntamos allí a todos.

—Sí, qué etapa más buena la de Salamanca. Me encantaron aquellos años, de nuevo con gente de mi edad, sin las dichas clases de piano y con aquellas tardes estudiando los cinco pequeños en la mesa que había en mi dormitorio, el único con una sola cama de entre los cinco que tenía aquel piso. —Dionisio sacó dos cartas del segundo compartimento y volvió a cerrar la

carpeta, que quedó de pie sobre la mesa en una actitud de autosuficiencia, a pesar de que las cintas del lazo colgaban, cada una a un lado, como desmayadas en espera de ayuda.

—Ten, Julia, las dos primeras cartas que nos enviaste desde el colegio de Valladolid, ¿por qué no me las lees?

—Vale. —Julia cogió los dos sobre amarillentos.

—No, espera, que voy a buscar a tu madre. —Julia miró asombrada la clara escritura y el orden que emanaban de aquella cuartilla amarillenta que acababa de sacar del primer sobre. Por la fecha, supo que, cuando la escribió, le faltaba más de medio año para cumplir los diez. Observó la pequeña cruz en el centro de la primera carilla, arriba, mientras esperaba a que llegaran Dionisio y Florita. Se sentaron los tres en el enorme sofá, que se adaptaba con su forma al gran ventanal curvo que ofrecía la mejor vista del jardín, con el mar al fono. Y leyó:

Valladolid, 16-3-1962

Queridos papás: Ahora acabo de escribir a los hermanos y, como me dijisteis que la carta que os escribí desde el colegio estaba muy bien, os escribo desde el colegio otra vez.

Creo que os gustará el regalo que le hice a tía Jesusa, ¿sabéis cuál es? Son las notas: que del puesto sexto he subido al cuarto, ¿os parece bien? Yo creo que le gustará.

El colegio me sigue gustando mucho.

Los hermanos ya me dijeron en la carta que fuisteis a verlos. Papá, ¿qué tal estás? ¿Se te nota mucho lo que te hicieron?

Julia detuvo la lectura, quizá buscando dar un poco de tiempo a su voz para que se recompusiera: «Papá, ¿qué tal estás? ¿Se te nota mucho lo que te hicieron?», volvió a leer para sí aquellas preguntas que, redactadas hacía catorce años por una niña de nueve y leídas ahora por una mujer de veintidós, habían provocado un pequeño terremoto, en la lectura serena de Julia, que ella estaba intentando que fuera imperceptible. «¿Se te nota mucho lo que te hicieron?», volvió a releer y fue consciente, quizá por primera vez, de lo larguísima que estaba siendo esa enfermedad que había acompañado la vida adulta de sus padres como una mala sombra, en algunos momentos más larga y en otros, más corta, pero que nunca habían conseguido espantar del todo. Miró a sus padres: Florita, inclinada hacia delante, se observaba las manos, que tenía en el regazo; Dionisio, recostado en el sofá, le miraba la nuca, que dejaba desnuda un pelo muy cuidado, pero cortado en línea recta en esa zona para dar un claro principio a su cuello, esbelto. Dionisio puso su mano en el hombro de su mujer y empezó a tirar de ella hacia sí, como si quisiera obligarla a descansar su cabeza sobre un pecho que también estaba

disminuyendo, pensó Julia, como todo en el cuerpo de su padre. Cuando creyó que estaba preparada para seguir, leyó el final de la carta:

El domingo celebramos el santo de madrina y me lo pasé muy bien.
Muchos abrazos de vuestra hija,

Julita

No sabía si quería continuar en ese momento con la lectura de la segunda carta, pero Dionisio se lo pidió y Julia la sacó del sobre. Tenía fecha de un mes más tarde. Julia leyó en alto de nuevo:

Valladolid, 4-4-1962

Queridísimos papás:

Me gusta mucho que me escribáis al colegio; esta mañana me llevé una sorpresa al encontrarme con la carta encima del pupitre, ¡qué alegría me dio! Casi no pude rezar de emoción.

Se me olvidó la otra vez felicitarte, pues era el *Día* del Padre, y te felicito ahora.

Ya me he enterado de que, cuando nos den las vacaciones, iremos al río Guadiana a pescar: me lo han dicho los hermanos en la carta y me he puesto muy contenta.

No os contentéis con ese puesto que tuve, pues he subido a la tercera, y la madre me ha dicho hoy que no sabe los puestos, pero que yo estoy muy bien y tendré muy buenas notas.

El día del santo de la madre Gabriela lo pasamos muy bien y jugamos mucho; todas le trajeron regalos, aunque ella no quería. Las que no se los trajeron el mismo día del santo los trajeron al día siguiente. Yo se lo traje el mismo día, le traje una caja de bombones.

Me gustaría que me dijerais si os parece que hago bien esta letra.

Muchísimos besos y abrazos de vuestra hija, que os quiere muchísimo.

Julita

—Después de mi firma, hay una anotación de la madre Gabriela. Os la leo: «Esta quincena también tiene de puesto el tercero y sigue aplicándose mucho. Las vacaciones son el sábado próximo, día 14, a mediodía. Un saludo afectuoso de su afma. en el Corazón de Jesús, María Gabriela G. T.».

Cuando acabó la lectura, ninguno de los tres dijo nada. Al cabo de un rato, Julia encontró una excusa para escapar de aquel silencio.

—Pero ¿y Dani dónde está? —dijo mientras se levantaba.

—En la piscina, con tus hermanos —contestó Florita—. Pero no te vayas todavía. Quiero que me contéis lo que habéis estado hablando en el jardín. Creo que también yo tengo derecho a enterarme, ¿no?

—Ya te lo cuenta papá, que yo ahora tengo que ir a ver qué hace Dani.

—Bueno, pero solo te pido una cosa. De la separación de Roberto, ni una palabra a nadie que no seamos nosotros y tus hermanos. No creo que sea necesario dar que hablar de las cosas que pasan en esta familia.

—¿Hipocresía es lo que me estás pidiendo? Pues toda tuya —dijo Julia antes de ir a ponerse el bañador y coger la toalla.

Aquella conversación quedó colgando, como la ropa que se olvida en las cuerdas del tendedero durante varios días y que se acaba por recoger mucho después, cuando ya necesita otra lavada.

Dos meses más tarde, Julia estaba instalada en un séptimo piso de la parte nueva del paseo de Valencia al Mar al que, como el nombre indicaba, se le suponía que algún día llegaría hasta el mar, cosa que nunca sucedió gracias a la lucha de los vecinos de El Cabañal por salvar su barrio. El piso estaba, de nuevo, en medio de calles sin asfaltar, pero, en este caso, en una zona a la que se le suponía una expansión más acorde con la idea que tenía Florita de los lugares en los que estaba destinada a vivir la gente de su grupo social. Enfrente, el Colegio Mayor de los Reparadores, donde habían vivido algunos de sus hermanos mientras estudiaban en la Universidad de Valencia y, muy cerca, la residencia en la que había vivido Julia también por entonces. Estas vecindades convencieron a Florita de que esta vez su hija no estaba haciendo ninguna barbaridad y, aunque dijo que no vendría a ver el piso hasta que la calle estuviera asfaltada, dio su consentimiento.

Había sido Felipe el que había ayudado a Julia a buscar el piso, a trasladar las cosas y a buscar una guardería para Dani, porque Julia había empezado a trabajar a media jornada en la librería Viridiana. Tanto Julia como Felipe seguían manteniendo la ficción de que no vivían juntos, pero lo cierto es que él dormía cada vez menos en casa de sus padres y cada vez más en la de Julia. Y también que pasaban muchos fines de semana en las montañas disfrutando los tres de un otoño suave que se iba prolongando como si quisiera demorar la llegada del invierno.

A Julia le encantaba su nueva vida: por la mañana preparaba a Dani y lo llevaba en el 127 a la guardería, la única con ciertas ideas pedagógicas novedosas que había en Valencia. La acababan de abrir unas chicas muy jóvenes en una casita, de una de las pocas calles cercanas a la avenida del Puerto que se había salvado del empuje urbanístico que seguía desatado en aquella ciudad, empeñado en llenar de bloques de pisos lo que habían sido huertas y casitas bajas. Después de dejar a Dani allí —siempre se quedaba contento—, seguía hacia el centro y aparcaba el coche en la calle Ruzafa, lo más cerca que podía de aquellos dos cines a los que se accedía por la misma enorme entrada: el Serrano, en el piso de arriba, y el Artis, en el semisótano. Entre las tiendas que se apiñaban en lo que todo el mundo llamaba el pasaje del Artis, estaba la librería Viridiana.

Las cuatro horas en la librería le pasaban a Julia en un suspiro entre recibir paquetes de las distribuidoras, firmar albaranes de recepción, agrupar

los libros recién llegados en los diferentes montones que le habían indicado para que luego fuera más fácil distribuirlos en los estantes y las mesas de las distintas secciones de la librería, y preparar las devoluciones de los libros de los que no se había vendido ningún ejemplar en los tres meses que habían estado allí en depósito.

En Viridiana fue donde Julia conoció, unos meses más tarde, a Aurelio Acosta, que, al cabo de un tiempo, propondría a Julia un nuevo trabajo. Esta vez a jornada completa. Un día, vino Aurelio a presentar la nueva distribuidora que se había montado en Valencia: Progrés, dijo que se llamaba. Iba a distribuir, aprovechando el clima aperturista, las traducciones al castellano de la editorial Progreso de Moscú. El dueño de Viridiana, un cura que había colgado los hábitos hacía tiempo, conocía mucho a Aurelio, pero a Julia ni le sonaba. Después sabría que también él era del PCE. En todo caso, aquel primer día, se quedaron en depósito en Viridiana una serie de obras de los clásicos del socialismo: Marx y Engels, sobre todo. Pero también las obras completas de Lenin.

—Julia, colócalos en la sección de Filosofía, en la parte más cercana a la de Historia. Y bien visibles. —Estaba contento su jefe—. Parece mentira que yo hasta hoy haya estado vendiendo estos libros solo a las personas de confianza y en la trastienda, en las ediciones mexicanas del Fondo de Cultura Económica, y ahora los pueda tener aquí, a la vista de todo el mundo y recién llegaditos de la URSS. A ver si va a ser verdad que la cosa realmente se mueve hacia algún lugar y nos queda ya poco para tener una democracia homologable a la del resto de los países europeos —rio a carcajadas—. Homologable, hasta a mí se me ha escapado la palabra de moda.

A principios de la primavera del 77, Dani había dado ya sus primeros pasos utilizando como barandilla unas cajas de botellines de cerveza Turia apiladas en el local de la Asociación de Vecinos de la avenida del Puerto, y Julia acababa de cambiar de trabajo. Ahora estaba en la distribuidora Progrés, y a tiempo completo, con Aurelio Acosta como jefe y otra chica, todavía más joven que ella, que se llamaba Maribel, como administrativa. Aurelio y Julia, a veces juntos y a veces por separado, salían casi todos los días del pequeño almacén del barrio de Ruzafa en el que estaba la distribuidora y recorrían, con el maletero lleno de libros, todos los pueblos del País Valenciano, así lo llamaban ellos, donde hubiera una librería, pequeña o grande. Allí ofrecían sus publicaciones y, algunas veces, tenían la suerte de que les hicieran un pedido, en depósito, que pasaban a entregar al día siguiente.

Cuando terminaba de trabajar, Julia iba a la guardería a recoger a Dani y, no todas, pero sí muchas tardes, lo arrastraba en el cochecito a las reuniones a las que por entonces asistía: las de la Asociación de Vecinos y las de la agrupación de PCE del barrio. Y es que, en el verano anterior, el Comité Central del partido, celebrado en Roma, había decidido sustituir la organización en células por sectores de lucha —estudiantes, construcción, metal, etc.—, de la etapa de la clandestinidad, por agrupaciones territoriales. Aquel cambio, que tantas discusiones había supuesto, seguramente, a la larga, estaría entre las causas de la pérdida real de peso e influencia del partido. Pero casi todo el mundo, Julia entre ellos, había decidido aceptarlo, obedeciendo el principio organizativo del centralismo democrático.

En la primera reunión de la agrupación del distrito marítimo a la que asistió, Julia conoció a Margarita Serra, una militante comunista veinte años mayor que ella, que había vivido la mayor parte de su vida exiliada en Saint Denis, cerca de París, tras cruzar los Pirineos a pie con su familia a los seis años. Ella y su marido, Pablo Manzanares, se habían instalado en Valencia en 1967, con el encargo de reforzar la organización del PCE en el País Valenciano. Bilingüe y con estudios de economía, a Margarita no le había resultado difícil encontrar trabajo en el sector del comercio internacional, lo que, además de ofrecerle un buen sueldo, le permitió recorrer los países francófonos del África subsahariana donde hubiera posibilidades de colocar los nuevos y los viejos productos de la industria valenciana. Ese primer día, a Julia le impresionó el rostro afilado de Margarita, que enmarcaba unos elocuentes ojos verdes bajo los que se encontraban una aguda nariz y unos labios muy finos que parecían querer salir de su insignificancia a través de un trazo recto de carmín rojo. Al final de la reunión, Margarita buscó a Julia.

—Me ha gustado mucho cómo te has presentado y la facilidad de palabra que tienes cuando hablas en público. No hay muchas mujeres jóvenes, educadas en España, que se expresen tan bien.

—Pues yo conozco a bastantes, no creas.

—¿Sí? Pues ya me las presentarás. —Sonrió Margarita.

—Cuando tú quieras.

—Me gustaría que vinieras un día a mi casa. Quiero proponerte algo. Puedes traerte al niño sin problemas. —Miró Margarita a Dani que andaba, apoyándose en las sillas que acababan de quedar vacías y con la cabeza inclinada hacia arriba para intentar repartir alguna sonrisa a quien le hiciera un mínimo caso.

—Cuando quieras. ¿Dónde vives? Hace pocos meses que estoy en este barrio y todavía no lo conozco muy bien. —Por las explicaciones de Margarita, Julia se dio cuenta de que la casa estaba muy cerca de la guardería de Dani—. Si quieres, me paso mañana mismo, cuando termine de trabajar, después de recoger al niño.

Al día siguiente, por la tarde, Julia conoció al dedillo la impresionante biografía de Margarita y su capacidad de hablar sin pausas ni descanso. También se enteró de lo que le quería proponer.

—¿Conoces el Movimiento Democrático de Mujeres?

—Pues la verdad es que ni me suena.

Margarita le explicó que el MDM había nacido en los 60, promovido por el partido, para agrupar a las mujeres de los presos políticos e incorporar a otras al movimiento de solidaridad con los presos.

—Pero también había mujeres presas, ¿no?

—Sí. Pero la mayoría eran hombres —zanjó el tema Margarita—. Lo que importa ahora es que estamos intentando dar un giro a este movimiento para que se centre en la reivindicación de los derechos de las mujeres y en el trabajo con otras asociaciones, como la Asociación de Amas de Casa.

—¿La Asociación de Amas de Casa?, pero si eso es lo más tradicional que existe. Se dedican a dar cursos de cocina y de cómo cuidar bien a los niños. Menudos cambios van a promocionar esas en la vida de las mujeres.

—Julia, tienen un montón de afiliadas y nuestro partido quiere llegar a todos los ámbitos. Además, tampoco creo yo que haya que despreciar eso de la cocina y del cuidado de los niños, ¿no? —Julia y Margarita miraron a Dani, que estaba entretenido jugando sobre la alfombra con una *matrioshka*, de contenido casi interminable. Se la había bajado Margarita de uno de los estantes de la biblioteca, que ocupaba toda una pared de la pequeña habitación en la que se encontraban en la que solo había, además, una mesa camilla y dos silloncitos rojos muy cómodos—. Yo ya he tenido reuniones con las Amas de Casa y organizaremos charlas conjuntas sobre los derechos de las mujeres.

—Pues conmigo no cuentes, Margarita. Lo siento, pero es que me puede dar algo, la verdad. No me lo puedo ni imaginar, rodeada de todas esas cabezas cardadas, llenas de laca, y con los pendientes de brillante y perla surgiendo del pelo ahuecado sobre las orejas. No, por favor.

—No te preocupes, que no era eso lo que te quería proponer. Mira, se ha creado una coordinadora de grupos de mujeres, y yo lo que quiero es que tú entres en MDM y asistas como representante de esta asociación a la coordinadora. Yo ya no doy abasto con todo lo que llevo. Además, viajo

muchísimo y esa alergia que te dan a ti las amas de casa me la producen a mí todas esas intelectuales del feminismo que asisten a la reunión de la coordinadora y a las que se le nota a la legua el desprecio que tienen por las mujeres obreras. Por obreras, claro, no por mujeres.

Julia aceptó, aunque no estaba muy segura de que a ella no le fuera a molestar también la prepotencia, si es que la había. De todas maneras, la propuesta de Margarita le gustaba. Las lecturas en casa de Presen le habían hecho tomar conciencia de la desigualdad entre hombres y mujeres y en la Asociación de Vecinos de la avenida del Puerto ni siquiera se había creado una vocalía específica. Así que sus nuevos intereses políticos estaban, desde el cambio de barrio, durmiendo el sueño de los justos. O de las justas, claro. Margarita le pasó una hoja a ciclostil con la convocatoria de la segunda reunión de la coordinadora de grupos de mujeres de Valencia. Julia leyó.

—Ah, es en el CEM. Ya sé dónde está. ¡Pero si es el jueves de la semana que viene! ¿Y todo el mundo en MDM estará de acuerdo en que sea yo la que vaya a la coordinadora, como representante de la asociación, sin haber participado todavía en ninguna reunión?

—Sí, seguro que estarán de acuerdo. Todas están siempre de acuerdo con lo que yo propongo. Por eso no te preocupes. Además, es que tengo clarísimo que eres la mejor opción. Cualquiera de las otras se quedaría callada en un rincón, que las conozco, y no se atreverán a decir ni mu delante de todas esas mujeres universitarias y feministas que les imponen tanto. Tienes que ser tú nuestra representante. Estoy segura.

El jueves por la tarde, Julia estaba en el salón de actos del Colegio Mayor que tenían los jesuitas en Valencia, en la zona de la Alameda. Y se encontró como en casa. Por dos motivos. En el CEM era donde vivía Roberto cuando se conocieron, en 1970, y allí había ido Julia a muchas conferencias, a muchas sesiones de cineclub, a muchos conciertos. Recordaba especialmente la conferencia de Peces Barba sobre Derecho constitucional comparado, donde le había quedado clarísimo el concepto de Estado de derecho y las diferencias legales entre las dictaduras y las democracias. En el coche que llevó de vuelta a Peces Barba a Madrid, había viajado Julia con el jurista y un compañero de la facultad que militaba en los movimientos cristianos de base contra el franquismo. No recordaba Julia ahora en cuál de ellos, quizás en el MAS, el Movimiento Apostólico Seglar. También había conocido Julia en una sesión de cine en el CEM a Paco Galván, el camarada de económicas al que el partido había encargado a Julia que escribiera a la cárcel, haciéndose pasar por su novia, sin conocerle, porque estaba bastante desanimado.

Conocía Julia también, de aquellos años, la biblioteca e incluso las habitaciones de aquel colegio mayor. Eran habitaciones dobles, pero Roberto solía pedir a su compañero que se la dejara para él solo si Julia podía pasar alguna tarde con él.

Julia se sintió como en casa en el CEM no solo por eso, sino también porque se encontró con algunas de sus compañeras de la Facultad de Filosofía y Letras, de los dos años de comunes, antes de ser expedientada y tener que ir a continuar sus estudios a la Universidad de Granada. Dolores Jiménez, Amparo Hernando, Blanca Climent y tantas otras estaban en aquella reunión. Pertenecían a la Asociación de Mujeres Universitarias. Todas dijeron que estaban contentísimas de que fuera Julia la representante del MDM porque eso ayudaría a limar las asperezas surgidas en la primera reunión de la coordinadora. La reunión terminó con la formación de grupos de trabajo sobre diferentes temas, que se reunirían con más frecuencia, organizados en seminarios de lecturas teóricas, para preparar informes sobre los diferentes asuntos, que se presentarían cada vez que hubiera reunión de la coordinadora. Julia se incorporó al grupo de sexualidad. Al salir, se quedó hablando en la puerta con las más conocidas. Le dijeron que habían alquilado una casa enorme en Moraira, a donde irían a pasar la Semana Santa todas juntas. «¿Por qué no te vienes con nosotras? Ya somos seis. Pero todavía queda una habitación».

Esa noche, cuando Dani ya estaba durmiendo, y Julia y Felipe cenaban una tortilla de patatas, ella le preguntó si le importaba que no le acompañara en Semana Santa a hacer montañismo a Contreras, como habían quedado. Durante la tarde, se había ido dando cuenta de que le apetecía mucho más la casa compartida con amigas en Moraira que las caminatas en solitario con Felipe. Él aceptó de mala gana. Era plenamente consciente de que tampoco podía presionar a Julia.

Y así empezó esa semana santa del 77, con Julia llegando a Alicante con Dani, para dejarlo allí al cuidado de Florita y Dionisio, y enfilando con el 127 hacia Moraira. Pasaron unos días estupendos, aunque el tiempo no acompañó. Muchas nubes, algo de lluvia, pero con el diario *El País* comprado en el quiosco a primera hora y pasando de mano en mano entre ellas, dulces paseos por la orilla del mar, cervezas los primeros días en los bares del pueblo, antes de que cerraran a cal y canto a partir del Viernes Santo, compras de comida y elaboración colectiva de platos. Y muchas voces femeninas sonando al mismo tiempo.

El sábado santo, a última hora de la tarde, con todo cerrado en Moraira, quiosco incluido, y las radios insistiendo machaconamente en todos los repertorios de réquiems que había logrado producir la música clásica, llegó Isaías a Moraira con unos amigos y con una noticia bomba: Adolfo Suárez había legalizado al PCE y, como querían celebrarlo y estaba todo cerrado, habían propuesto ir a Tárben. Jeroni, el dueño de Can Pinet, había informado al partido de que abriría sus puertas para quienes quisieran ir a celebrar la legalización.

Para allá se fueron, formando una pequeña caravana de tres coches: el 127 de Julia, el Seat 600 de Blanca y el Mini de Florita que era con el que había llegado Isaías con sus amigos. Por la estrecha carretera llena de curvas que llevaba de la costa a Tárben, se fueron encontrando con otros coches. Algunos llevaban abiertas las ventanas y hacían ondear banderas rojas del partido y alguna señora del País Valencià. Las bocinas sonaban alegres. En Can Pinet bebieron, brindaron, se besaron y cantaron muchas veces *La Internacional* y las canciones de la Guerra Civil española, siguiendo el ritmo que iba marcando Jeroni, que cambiaba los discos como si estuviera en estado de gracia. Y entre todo aquel barullo Julia terminó por darse cuenta de que una mirada insistente la seguía a todas partes. Provenía de un delgado barbudo apoyado en la columna central que tenía aquel local, con el pelo negro y liso, y los brazos caídos como si tuviera miedo de que alguna parte de su cuerpo se saliera de la base protectora que le ofrecía el pilar. Parecía estar al margen de todo aquel jolgorio. Julia le devolvió la mirada y, al observarle bien, le pareció encontrar, en aquel personaje, una réplica exacta del pintor con el caballete en el cuadro *Bon Jour, Monsieur Courbet*. Siguió cantando hasta que, en un momento de cansancio por tanta celebración, la curiosidad tiró de sus pasos hacia la columna. Alzando el vaso de tinto, preguntó al de la barba:

—¿Brindamos? ¿O es que tú no bebes y te dedicas solo a mirar? ¿No estás contento? Pero ¿de dónde has salido, alma de Dios?

—Uy, cuántas preguntas. Vale, intentaré contestarlas en orden. Sí, brindamos, porque sí que bebo, pero cerveza. —Alzó el botellín de Turia y lo chocó con suavidad sobre la copa de Julia—. Sí, estoy contento, pero aquí parece que todos sois del partido, y yo solo soy un triste compañero de viaje. Siempre tuve demasiado miedo para implicarme más. Y he salido de Madrid. Soy el amigo de Blanca, que estoy en Moraira también. Pero hasta ahora no habíamos coincidido.

—¡Ah!, el geólogo que da clases en la Complutense. Pues es verdad que había oído decir que estabas por Moraira y que a veces te encontrabas con Blanca. Pero, claro, tanta chica junta te debía dar también un poco de miedo. A lo mejor, tanto como la militancia. —Sonrió Julia al recordar que Blanca había contado que era un tímido imposible de redimir, pero que era muy majo.

Hablaron mucho. ¡De geología! Jesús, así se llamaba, le dijo que la zona era muy interesante geológicamente, con todas aquellas fallas que dejaban los estratos, clarísimos, a la vista, y aquellos mantos de derrubios que formaban abanicos invertidos. Al estar libres de vegetación, explicó, permitían una observación clarísima de sus formas.

—He venido porque estoy haciendo fotos, para renovar mi archivo de diapositivas y porque tengo que dar una conferencia en mayo sobre los derrubios en la zona de clima mediterráneo en el Museo de Geología de Madrid.

Julia se ofreció a acompañarle al día siguiente. Y con Jesús pasó aquella noche y un largo Domingo Santo haciendo fotos de fallas, estratos y derrubios por los alrededores. Aquel chico, que parecía tan tímido, no lo había sido en absoluto en la cama y, cuando se despidieron por la tarde, en Madrid no era fiesta el lunes de Pascua, Jesús le dio en un papel, escrito con una letra impecable, el teléfono de su departamento en la Complutense y los días y horas en que podía encontrarle. Julia guardó el papel en su cartera sabiendo ya desde entonces que sí marcaría aquel número.

El Domingo Santo, 10 de abril de 1977, pudieron comprar de nuevo *El País* en el quiosco de Moraira y leyeron el extenso artículo que daba cuenta de la legalización del PCE: «El Partido Comunista de España, legalizado», era el titular, que después añadía, en una fuente algo más pequeña:

«“El Gobierno aprueba la inscripción tras el informe favorable del fiscal del Reino”. Contaba que la legalización se había producido a los dos meses de que el PCE lo hubiera solicitado y a la semana de que el Tribunal Supremo se declarase incompetente en el asunto. “El informe del fiscal del Reino se pronunció en el sentido de que de la documentación no se desprende dato ni manifestación alguna que determine la incriminación del Partido Comunista de España en cualquiera de las formas de asociación ilícita que define y castiga el artículo 172 del Código Penal”. Y después: “El hecho de que el Ministerio Fiscal no haya encontrado indicios de ilicitud penal en la documentación presentada dejó abierta automáticamente, y por imperativo legal, la vía hacia la legalización del PCE”. Señalaba también *El País* que “en

los medios de la Oposición democrática, la legalización del PCE ha sido acogida con general satisfacción, al considerarla un paso imprescindible para la normalización del proceso democrático actual”».

Y que Santiago Carrillo, que se encontraba en Francia visitando a un hermano suyo, había hecho unas declaraciones a Europa Press: «Se trata de un acto que da credibilidad y fortaleza al proceso hacia la democracia... ahora lo indispensable es que los demás partidos sean también legalizados».

La legalización del partido permitiría agilizar los trámites para la vuelta de *La Pasionaria* a España, explicaba el diario a continuación, terminando por señalar que el Gobierno también tenía intención de legalizar el resto de los partidos no legalizados que habían solicitado su inscripción: el Carlista y los de ideología marxista.

La euforia siguió en el grupo de amigas, casi todas militantes o cercanas al PCE. Todavía no tenían noticias de las concesiones que había hecho Carrillo para pactar la legalización del partido: no sabían que tendrían que llegar a ver cómo la bandera tricolor republicana, con la que todas tenían muchos lazos afectivos, ya que para ellas significaba, además de muchas otras cosas, también el derecho a voto de las mujeres, sería sustituida por la roja y gualda en los actos públicos del partido y en sus sedes. Tampoco sabían todavía aquel domingo que el partido había tenido que aceptar la monarquía de Juan Carlos, para los militantes el continuador del franquismo sin Franco. Pero eso sería unos días después, cuando llegara como punto obligado del orden del día de las reuniones de las agrupaciones sectoriales la discusión del editorial de *El Mundo Obrero* dedicado a defender la aceptación de la monarquía y la bandera bicolor. Por ahora, ese domingo santo por la tarde, con Jesús ya camino de Madrid, Julia y sus amigas continuaban con su alegría a cuestas. Y después, la costumbre adquirida de aceptar sin rechistar el centralismo democrático les permitiría seguir, al menos por un poco más de tiempo, en un partido que había pasado de republicano a monárquico en un suspiro de sus dirigentes.

El Lunes de Pascua por la tarde, Julia pasó a recoger a Dani a la casa de sus padres en Alicante. A las diez de la noche ya estaba en Valencia a punto de comenzar otra semana de viajes a la guardería, trabajo en Progrés y reuniones. Todo normal, excepto la reacción de Felipe cuando, el martes por la noche, antes sus preguntas insistentes, Julia tuvo que confesar que sí, que había ligado con un amigo de Blanca en Moraira. «Pero tranquilo, que vive en Madrid», remarcó. Felipe mantuvo la calma, pero, sin que Julia lo supiera, inició una serie de movimientos, a través de Blanca, que le dio el teléfono de

Jesús, para acabar lo más rápidamente posible con una hipotética continuidad de aquella historia. Un pacto entre caballeros, a la antigua, así lo definió Julia cuando se enteró por Blanca, semanas después, de lo que había pasado. Entonces comprendió por qué Jesús no se había puesto al teléfono ante ninguna de sus llamadas. Y así fue cómo se abrió una fosa en la relación entre Julia y Felipe, que ninguno de los dos encontró la manera de colmar. Sus rutinas continuaron por un tiempo, como si ambos necesitaran ver cómo su cariño se deshilachaba cada día, dejando a su paso un amasijo de hilos imposible de desenredar.

Fue por entonces cuando se produjo otro hecho relacionado con la sexualidad de Julia que, sin saber por qué, no pudo, o no supo, compartir con casi nadie. Ni siquiera en el grupo de sexualidad de la coordinadora de mujeres. Solo Maribel, su compañera de trabajo en Progrés, la joven secretaria-contable, lo llegaría a saber.

Un día, al volver a la distribuidora, tras una larga mañana de visitas a librerías, Julia se sorprendió al ver que Aurelio estaba solo. Todavía no eran las dos, la hora a la que se marchaba Maribel. Julia se dio cuenta de que él miraba el reloj con insistencia y pensó que estaría enfadado porque Maribel se había marchado antes de la hora. Siempre parecía querer dar un aire de horizontalidad a las relaciones de aquel pequeño lugar de trabajo, pero el jefe que llevaba dentro intentaba salir con insistencia de su escondrijo democrático. En todo caso, a las dos en punto, Aurelio echó la persiana con tanta energía que produjo un ruido cercano al estruendo. Julia, que estaba en el primer tramo de las estanterías metálicas, montadas en hileras perpendiculares a la pared del fondo y llenas de libros a rebosar, miró hacia la puerta y le vio todavía agachado junto a la cerradura. La escena le provocó una sonrisa.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Has tomado demasiado Cola Cao esta mañana? Pues enciende la luz, anda, que nos hemos quedado casi a oscuras. —Aurelio no contestó a las preguntas, pero encendió la luz, y Julia pudo seguir con su trabajo entre las hileras de estanterías, consultando los albaranes de pedidos de aquella mañana, que se le había dado bien, y organizando pequeños montones de libros, cada uno con su albarán encima, en las mesas alargadas que había al final de los pasillos, junto a la pared del fondo.

Cuando estaba de puntillas ante la última estantería de uno de los pasillos, notó el aliento entrecortado de Aurelio en su nuca. Al volverse, los labios calientes y dulzones de él se arramblaron sobre los suyos al tiempo que con su brazo derecho intentaba inmovilizarla. La cogió por la cintura, alargando una

sudorosa mano, convertida en garfio, hasta tocarle el pecho, y apretó su pelvis contra la parte de atrás del cuerpo de ella. La erección que notó Julia, a través de sus pantalones vaqueros, le produjo un gran asco que no pudo transformar en grito al tener la boca sellada por la presión caliente y húmeda de los labios de Aurelio, que, además, repartían al moverse un sabor a anís. Anís, era de anís aquel olor nauseabundo. Julia se revolvió como pudo y empezó a dar patadas a la estantería. Los gruesos tomos de las obras escogidas de Marx y Lenin, que estaban en los estantes de arriba, empezaron a caer. Algunos golpeaban primero sobre sus cabezas y otros caían directamente al suelo, dejando allí un desorden de libros, abiertos por diferentes páginas o cerrados, con sus portadas o sus contraportadas mostrando las imágenes en grisalla de aquellos teóricos de la izquierda. El suelo se convirtió en algo similar a la instalación de un artista que quisiera rendir cuentas con su pasado marxista-leninista. Julia no supo cuánto tiempo duró aquel forcejeo, pero al final logró zafarse y corrió hasta la puerta. Aurelio se quedó atrás, como un pasmarote. Julia intentó levantar la persiana metálica. No pudo. Estaba cerrada con llave. Gritó.

—Aurelio, o me abres inmediatamente, o te denuncio ante el partido. Además de contárselo a tu mujer, claro.

Su mujer era la representante de las trabajadoras de la administración en la coordinadora feminista. Aurelio emergió del pasillo, lívido y atusándose los pocos pelos que le quedaban sobre la parte de arriba de la cabeza, más blanca que el resto, y que, húmedos como estaban por el sudor parecían todavía más ralos. A Julia le dio tiempo a pensar en dónde habría quedado caída la gorra que siempre llevaba puesta. Sin decir nada, Aurelio sacó la llave de su bolsillo —Julia evitó mirar hacia allí, demasiado cerca de la bragueta—, abrió el candado y levantó la persiana hasta la mitad.

—No, la abres del todo. Y ahora mismo.

Solo cuando vio la persiana completamente alzada, retrocedió Julia hasta la mesa a recoger las llaves del coche, que estaban encima, y la bandolera de punto y la cazadora vaquera, que descansaban sobre el respaldo de una silla de tijera. Cruzó el portón hacia la calle, con el corazón bombeando sangre a un ritmo ensordecedor, intentando acercarse lo menos posible a la patética figura de Aurelio. Subió al coche, cerró la puerta con fuerza e hizo las maniobras para salir lo más rápido que pudo. Sudaba. Cuando llegó a la Gran Vía, paró a un lado para intentar tranquilizarse antes de ponerse a conducir de nuevo. Mirándose al espejo retrovisor, se apartó algún mechón de pelo, que llevaba tan corto como siempre, para comprobar si le salía sangre de alguno

de los lugares en los que sentía más dolor. Pero no. Se puso de nuevo al volante y enfiló hacia su casa. Sin embargo, al llegar a la avenida del Puerto, no giró a la izquierda. Siguió hacia delante hasta llegar a la playa de la Malvarrosa. Aparcó lo más cerca que pudo del mar, se quitó los zapatos, los dejó en el coche y se dirigió descalza hacia la orilla. La temperatura era suave aquel día de finales de abril. Un viento ligero y continuo refrescaba el calor de un sol que calentaba con ganas. El agua estaba fría, pero a Julia no le importó. Se arremangó los pantalones para pasear por la arena húmeda. Fue entonces cuando vio dos heridas horizontales simétricas, una en cada pierna, dibujadas sobre sus espinillas. Las patadas a las estanterías habían dejado su huella. Metió los pies en el agua y dejó que algunas olas le lamiesen las heridas. Después, se puso a andar por la orilla.

Cuando el cansancio le recordó que no había comido, buscó con la vista el Bar Levante. Había quedado muy lejos, pero volvió hacia él. Se sentó en una de las mesas que estaban fuera, todavía descalza, provocando la extrañeza de los pocos paseantes que había a esa hora. Pidió un bocadillo de boquerones en vinagre y una cerveza. Al lado del Levante estaba la librería Malvarrosa a la que Julia había llevado pedidos varias veces. Conocía al joven valenciano que había hecho el suficiente dinero como emigrante en el sur de Francia para poder montar aquel negocio. Era un encanto. Pensó en entrar a saludarle, pero se dio cuenta de que no tenía fuerzas.

Esa tarde no fue a trabajar, fue a casa y se metió en la cama hasta la hora en que tenía que recoger a Dani. Durmió la siesta con un sueño pesado que la volvió a hacer sudar. Estaba molida. A las seis se dio una ducha muy larga y se fue a recoger a Dani a la guardería.

—¿Sabes dónde vamos a ir hoy? A casa de Aguas Vivas. Así podrás jugar con Bruno. —Dani, al oír aquel nombre, sonrió contento.

Allí pasaron el resto de la tarde, todos juntos. Y también cenaron. Julia no contó nada de lo sucedido, pero sí les dijo a sus amigos que quería cambiar de trabajo. Y, antes de marcharse, le preguntó a Juan si él creía que en la editorial Fernando Torres podría haber trabajo para ella. «Pues quizás, porque Íñigo y Fernando quieren ampliar el Departamento de Promoción. Mañana pregunto».

Al día siguiente Julia fue a Progrés a media mañana, a recoger sus cosas y a despedirse. Aurelio no estaba, como Julia había previsto. Era la hora en la que siempre estaba fuera, por las librerías. Julia le dijo a Maribel que dejaba el trabajo, que se lo dijera a Aurelio. Y también que pasaría a recoger el dinero del mes otro día, que se lo dejara a ella.

—Pero ¿por qué te vas, Julia? No te vayas, por favor. No me quiero quedar yo sola aquí. —Las miradas de complicidad que se lanzaron las llevaron de la mano a la confidencia. Y así supieron que habían compartido el mismo asco, el mismo día, con solo una hora de diferencia. Pero Maribel no podía dejar el trabajo. Tendría pocas posibilidades de encontrar otro, dijo, y su novio hacía muy poco que había entrado a trabajar en la Cartelera Turia y todavía no ganaba lo suficiente. Necesitaban los dos sueldos para poder seguir viviendo juntos.

—Pues yo no puedo seguir aquí. Lo siento muchísimo, Maribel. De todas maneras, me pasaré a verte siempre que pueda. Y, si alguna vez quieres que lo contemos las dos juntas, aquí me tienes. —Nunca lo llegaron a contar. Ninguna de ellas. Julia se arrepintió siempre de no haberlo hecho. Quizás Maribel también. Pero no se lo dijeron.

A mediados de mayo, Julia estaba trabajando en el departamento de promoción de Fernando Torres. Se encargaba de las relaciones con la prensa y de las presentaciones de libros. Poco a poco fue ganando seguridad e incluso empezó a ser ella la que acudía a los programas de radio en nombre de la editorial. Todo parecía ir sobre ruedas, excepto que los horarios de trabajo se alargaban con mucha frecuencia y, si era así, Julia llegaba tarde a recoger a Dani a la guardería si Felipe tenía guardia y no podía hacerlo él. Y esto la hacía sentirse culpable. Para más inri, cuando iba a Alicante, Dionisio la veía cansada y siempre le decía que no entendía el porqué de ese trabajo sin horarios y sin un sueldo suficiente para justificar esa dedicación. «¿Por qué no preparas unas oposiciones, hija mía?». Florita, por su parte, continuaba con su ofrecimiento: Dani se podía quedar a vivir con ellos y ella podría venir los fines de semana a Alicante para verlo. Julia intentaba seguir su camino negándose a escuchar aquellos cantos de sirena. Podría con todo. O eso, al menos, era lo que quería creer.

La cosa se complicó aún más con la elección de Julia al Comité Provincial del PCE del País Valenciano. Julia había presentado una ponencia sobre el partido y las mujeres en la primera asamblea legal que organizó el PCE en la provincia y los de la agrupación de La Safor, donde abundaban los críticos, se habían empeñado en que saliera elegida. Lo consiguieron.

Las reuniones del Comité Provincial demostraban con claridad meridiana lo lejos que estaba la gente joven del partido de los viejos camaradas recién desembarcados del exilio. A Julia aquellas reuniones se le hacían interminables y pasaba gran parte del tiempo pensando en por qué no estaría con Dani en vez de estar allí aguantando esos discursos que se le hacían más

largos que un día sin pan. Como miembro del Comité Provincial también participó en la extenuante campaña electoral que llevó a las primeras elecciones de la democracia, las del 15 de junio del 77. Pero a los mítines se llevaba a Dani. Casi todos eran al aire libre y lo único que tenía que hacer era dejarlo al cuidado de alguien en los diez minutos que duraba su intervención. Pese a los intensos esfuerzos de toda la organización, el resultado de las elecciones fue decepcionante. «No hay derecho. Nos han quitado la miel, que solo nosotros nos merecíamos después de todos estos años de duro trabajo clandestino». Así puso en palabras Margarita Serra el gusto amargo que habitaba por aquellos días las bocas de toda la militancia.

Cuando la guardería cerró por vacaciones de verano, el 21 de junio, Julia, que no dispondría, por primera vez en su vida, de dos meses de vacaciones, fue a Alicante a dejar a Dani con sus abuelos en el chalé de El Campello y volvió sola a Valencia a seguir con su trabajo en la editorial. Este mes sí pudo disfrutar de lo interesante que le parecía su nuevo trabajo sin la presión ejercida por los horarios de la guardería ni el agobio de tantas reuniones del partido, que parecía haberse quedado a medio gas tras la resaca producida por los resultados electorales. Julia iba cada fin de semana a El Campello. Llegaba el viernes a la hora de la cena y volvía a Valencia el domingo por la tarde. Y allí pasó también todo el mes de agosto. Felipe le había propuesto ir con él al Ardèche, en Francia, a una zona de castañares interminables, pero Julia optó por la languidez del verano familiar, que le permitiría enjuagar, como ropa recién lavada, los retazos de culpa que se le pegaban al cuerpo cuando pensaba en su padre, cada vez más enfermo.

A finales de agosto un día sonó el teléfono del salón a la hora de la siesta: un sacrilegio en aquella casa de horarios casi sagrados. Las persianas, semibajadas, dejaban entrar haces paralelos de luz y todo el mundo dormitaba sobre alguno de los tres sofás que dibujaban una u en torno a la televisión desde la que murmuraba algo, más que decía, la voz de Félix Rodríguez de la Fuente. Isaías descolgó el teléfono lo más rápido que pudo, antes de que Florita se despertara y pusiera el grito en el cielo con la consabida frase de «pero ¿quién se atreve a llamar a una casa a estas horas, por Dios?».

—Es Roberto —le dijo Isaías a Julia al oído en un susurro. Julia se levantó del sillón y, mientras se dirigía hacia el teléfono, pudo ver cómo los párpados de Florita se entreabrían formando una pequeña ranura desde la que se expandía un reproche.

—Roberto, luego te llamo yo. ¿No te acuerdas de que a casa de mis padres no se puede llamar hasta las seis? Dime dónde estás, anda, y te llamo a

esa hora. —A pesar del escasísimo volumen de la voz, Roberto entendió el mensaje. Estaba en Denia, en casa de sus padres. Y allí lo llamó Julia a la seis.

—Dime, ¿qué tal estás? ¿Cómo va todo?

—Bien, Julia, bastante bien. Mira, es que hace unos días que llegó una postal de Susi, desde Barcelona, a la dirección de Nicasio Benlloch. Y hasta hoy no he tenido tiempo de llamarte.

—¿De Susi? ¿Y qué dice? Léemela, anda. Porque yo estaré aquí hasta final de agosto y no la podré recoger antes.

—Te la leo:

Queridos:

Estoy en Barcelona, en casa de Montserrat Roig, ya os contaré. A principios de septiembre tengo que ir a Granada, a examinarme de Diplomática, la única que me queda para acabar la carrera. Después me gustaría pasar por Valencia a veros. ¿Qué os parece? ¿Os acordaréis todavía de mí? Contestadme a la dirección de Granada.

Muchos besos y hasta pronto, espero,

Susi

Eran las cuatro de la tarde del segundo sábado de septiembre cuando sonó el timbre del apartamento del séptimo piso del paseo de Valencia al Mar. «Ya está aquí. Qué bien. —Julia cogió a Dani de la mano y se dirigió a la puerta diciéndole, como si ya pudiera entenderlo todo—: Vamos a abrir a Susi. Te va a encantar». Susi estaba al otro lado de la puerta, con sus grandes gafas metálicas de siempre y aquella sonrisa que conseguía que los dientes ocuparan casi un tercio de su cara. Se dieron un beso en cada mejilla, sin grandes aspavientos afectivos. Hacerse demasiados cariños, por mucho tiempo que hiciera que no se veían, casi dos años, no era muy propio de sus costumbres. Su paso por Granada, como estudiantes universitarias, no había dejado en ninguna de las dos huellas permanentes en ese sentido. Tampoco en sus acentos, que seguían siendo tan castellanos como siempre.

—Tú debes ser Dani. Tenía ganas de conocerte —dijo Susi, también como si el niño pudiera entenderla. Y, agachándose un poco, le extendió la mano. Como toda respuesta, Dani alzó los brazos, y Susi se vio obligada a levantarlo del suelo—. Parece que ha salido más cariñoso que tú. A él sí que le han afectado los aires de Granada, a pesar de no haberla pisado nunca. —Las dos se rieron con la complicidad que solo se adquiere cuando se han compartido muchos secretos.

Julia le enseñó el apartamento a su amiga y tuvo que ser ella la que llevó su maleta hasta la habitación que le había preparado. Susi la seguía, cargada con el niño, por toda la casa. Se sentaron en la sala y empezaron a hablar. Dani, en la alfombra, pasaba con gran interés las hojas del libro de *Teo en el zoo* que Susi le acababa de regalar.

—Te lo he comprado en Barcelona. ¿Has estado alguna vez allí? Ahora lo guardamos y te lo leo más tarde.

Ese era el plan, pero había sido imposible controlar la impaciencia de Dani, y la verdad es que el ensimismamiento del niño les dio un tiempo precioso para ponerse al día después de tanto tiempo.

—¿Te acuerdas de la última vez que nos vimos? Tú estabas ya gordísima. Yo creo que a punto de parir.

—Estaba de casi ocho meses.

—Pues me tienes que contar todo lo que te ha pasado desde entonces.

—Uf, qué pereza. Ya irá saliendo. Mejor cuéntame tú cosas de Granada, que no sé nada de lo que está pasando por allí.

Susi empezó un extenso relato sobre los compañeros de Granada. El primero en salir fue Simón, claro, que, al parecer, después de una época de ligar como un loco, había encontrado asiento con Antonia.

—Antonia, ¿qué Antonia?

—Sí, mujer, aquella de Románicas a la que todo el mundo llamaba la condesa, porque andaba con la espalda más recta que si llevara un cántaro en la cabeza. Y es que había hecho danza clásica cuando era pequeña y, claro, eso siempre queda.

—Sí, sí, ya me acuerdo. Pues no me pega nada para Simón, la verdad.

—Pues, te pegue o no te pegue, te guste o no te guste, el caso es que así está la cosa.

—Que no, mujer, que no me importa. Anda sigue, sigue.

—Pues Mamen sigue con su búsqueda incesante de una chica que le guste más que las otras, pero ella todavía no ha encontrado asiento.

—¿Y la mallorquina?

—La mallorquina sigue tan guapa como siempre y, también como siempre, con varios profesores detrás de ella. Bueno, pero lo que no sabes es que el facha de tu curso, Juan Roberto Espada, ¿te acuerdas?, que incluso militaba en Falange, pues ahora está en el PCE y encima va diciendo que fuiste tú la que le convertiste...

Luego vinieron las preguntas de Julia sobre los profesores más singulares: el joven y guapo Lucas Sevilla, que enseñaba la Alhambra como nadie; el maduro e interesante don Juan Alameda, así, siempre con aquel don delante, que marcaba las diferencias con los jóvenes PNN, y las conferencias que organizaba sobre el Mercado Común, que ya olían a predemocracia; Julio de Gijón, el elegante homosexual de Historia del Islam que les llevó a Córdoba; y los más militantes, el de Historia Antigua, Alfonso Castro, y el de Medieval, Tirado; por último, salió Pérez Llanos, que conseguía demostrar que se podía pasar un curso entero en sus clases sin aprender nada de historia contemporánea: hacía poco que había muerto, dijo Susi.

Cuando ya habían dado un buen repaso a todo el mundo, Julia hizo la pregunta que tocaba:

—Bueno, ¿y tú qué piensas hacer ahora? Aquí te puedes quedar todo el tiempo que quieras y me imagino que te resultará más fácil encontrar trabajo en Valencia que en tu pueblo, ¿no crees?

—Susi parecía dudar, pero Julia supo hacer las cosas más fáciles, como casi siempre—. Es que, además, no sabes lo bien que me vendría a mí que te quedaras un tiempo. Desde que trabajo en la editorial, voy de culo con el niño y, además de la guardería, me gasto un pastón en canguros. Mientras vas buscando trabajo, me podrías echar una mano con Dani. De verdad, me vendría de perlas.

A las cinco y media, Julia se fue a la cocina a preparar el plátano aplastado con galletas y limón que tanto gustaba a Dani y durante ese rato de silencio Julia siguió recordando Granada: los vinos tomados en las tabernas del Albaicín, que, cuando eran muchos, terminaban en alcohólicos cantos en la plaza de San Nicolás. El más recordado siempre por el grupo era aquel de Susi subida en el aljibe de la plaza: «Entre las angulitaaaaas, había un pez gordo...». Y, después de los vinos, el milagroso paso del 127 por las calles más estrechas de aquel barrio, sin rozar con ninguna pared, hasta dejar a cada uno en su casa. O, muchas veces, a dos en la casa de uno según se hubieran ido repartiendo las miradas de deseo durante la noche.

Cuando Dani estaba acabando su papilla de plátano, sentado muy formal en la trona a la mesa del comedor, Susi dijo:

—Vale, de acuerdo, me quedo un tiempo y busco trabajo aquí. Había pensado en irme pronto a Barcelona. Es que ¿sabes? ¿Te acuerdas de que conocí a Montserrat Roig cuando vino a Granada a un acto que organizamos los del Comité de Actividades Culturales?, pues, como te dije en la postal, he pasado el mes de agosto en su casa, en Barcelona, y me ha ofrecido hacer la corrección de estilo de la traducción al castellano de su libro sobre los catalanes en los campos nazis. Imagínate que el traductor ha mantenido el artículo delante de los nombres propios en la versión castellana. Así: la Neus, el Miquel...

»Bueno, total, que Montse me ha ofrecido trabajo y buscarme sitio para vivir en Barcelona el tiempo que haga falta, para que pueda consultar con ella las dudas que me surjan. Parece ser que conoce a una gente que vive en una comuna y que me podría quedar allí. Pero, bueno, la idea de

probar en Valencia tampoco está mal. Le digo que me mande el manuscrito por correo y empiezo aquí. Así que me quedo un tiempo y ya veremos después.

—Qué bien. Gracias, Susi.

Julia abrigó un poco a Dani y salieron a pasear. Llegaron hasta la Malvarrosa, donde Julia había quedado con Vicent, el representante de las Juventudes en el Comité Provincial, del que había terminado por hacerse amiga porque ambos se ayudaban a soportar aquellas aburridas reuniones. Vicent trabajaba en el psiquiátrico que tenía la Diputación en Bétera. Esa tarde, como tantas otras, iba a sacar a pasear a sus «locos de desatar», como él los llamaba. Susi miró a Vicent y pensó que no estaba nada mal y, mientras los locos y Vicent jugaban con Dani; ella y Julia miraron el mar como lo hacen quienes presienten que están a punto de empezar una nueva vida. En ese momento no lo sabían, pero, solo cuatro meses más tarde, estarían llamando al timbre de una torre en las faldas del Tibidabo con el 127 cargado hasta los topes aparcado delante del enorme portón de hierro del número cuarenta y cinco de la calle Teodoro Roviralta.

Los cuatro meses que transcurrieron entre aquella enigmática mirada al mar de las dos amigas y su llegada con Dani a Barcelona pasaron tan suavemente como lo haría una mano infantil sobre una prenda de terciopelo sin estrenar. La nueva vida de Julia era mucho más tranquila, con Susi a su lado ayudándola con Dani. Por la mañana, subían los tres al 127 y, tras una breve parada a la puerta de la guardería para que bajaran Susi y Dani, sin ni siquiera tener que aparcar, Julia llegaba a la editorial más puntual que nunca. También, si era necesario, podía alargar la jornada sin problemas y nunca más tuvo que preguntar a Felipe si podía pasar él a recoger al niño. De hecho, parecía como si la llegada de Susi a la casa hubiera acabado por demostrar que la presencia de Felipe allí era una anomalía.

Además, cuando Julia tenía que acudir a las interminables reuniones del Comité Provincial, en la nueva sede del PCPV recién estrenada en la calle Jesús, podía concentrarse más en las larguísimas intervenciones de los camaradas, por estériles que le parecieran: sabía que, cuando acabara y bajara por las escaleras desde la primera planta, encontraría a Susi leyendo un cuento a Dani o dejándole correr por el larguísimo pasillo que hacía las veces de *hall* de entrada que parecía casi un túnel sin fin. Dani solía correr sin descanso tras alguno de los globos rojos, recuerdo de la decepcionante campaña electoral, sobre los que, en amarillo, aparecía el logo del partido. La camarada que hacía de recepcionista, que parecía estar aún más aburrida que Julia en las reuniones, le inflaba un globo nuevo cada vez que Dani se lo pedía. Una vez que lo tenía en sus manos, el niño dejaba caer el globo al suelo, que pasaba a hacer las veces de un balón ultraligero. Con las exiguas patadas que le permitían sus pequeñísimos pies, Dani conseguía que el globo remontara el vuelo, casi como por arte de magia. La sorpresa y la alegría que produce la magia era lo que se podía leer en la cara de Dani. Muchas veces, Vicent se sumaba al grupo, y Dani lo recibía con alborozo levantando el globo hacia él para que lo hiciera llegar más alto.

Un día en que Vicent no llevaba su Lambretta, la había tenido que dejar en el taller, las dos amigas le acercaron en el 127 hasta su casa. Vivía con sus padres en la avenida del Puerto. Parados ante el portal, siguieron un buen rato Julia y él hablando, en los asientos de delante del coche, del funcionamiento del partido. Eran muy críticos. Dani, en el asiento de atrás con Susi, empezó a lloriquear.

—Oye, ya está bien de seguir hablando aquí, que este niño se está muriendo de hambre. ¿Por qué no te vienes a casa a cenar, Vicent, y así podéis seguir rajando de todo el mundo tranquilamente? —propuso Susi.

Vicent miró hacia atrás, sonrió a Susi y aceptó la propuesta. Al llegar a casa, Julia le dio la papilla de cereales de la noche a Dani mientras Susi y Vicent preparaban la cena. Con Dani ya dormido, cenaron los tres y siguieron hablando, pero ahora eran Susi y Vicent los que llevaban la voz cantante. Julia empezó a bostezar.

—Ya estamos —dijo Susi mirando a Vicent—. ¿Sabes que en Granada la llamábamos la reina de la noche? —Vicent rio—. Si es que llegan las once y, como esté en una casa, sus ojos se pierden buscando un lugar donde poder ponerse en posición horizontal.

—Pues sí, tienes razón, Susi. Como casi siempre —dijo Julia con el tono que se utiliza para decir una frase que se ha repetido mil veces.

—Es que nos tenemos divididos los papeles —dijo Susi dirigiéndose a Vicent—. Ella tiene razón siempre y yo solo casi siempre —más risas de Vicent.

—Pues así es, querida amiga —tono de voz de Julia imitando el del consultorio de la señorita Francis—. Y como esta vez los bostezos me han pillado en casa, voy a hacer lo que me permite esta feliz coincidencia: me voy a la cama, que es el mejor lugar en el que buscar la posición horizontal a estas horas. Buenas noches, queridos.

—Buenas noches, reina de la noche —dijeron casi al unísono Susi y Vicent.

Julia intentó leer un poco en la cama, pero sus párpados no la dejaron hacerlo por mucho tiempo: se empeñaban, con insistencia, en bajar el telón de un día que ya había tenido demasiadas horas. Apagó la luz. No le molestaron las risas apagadas que llegaban desde la sala, porque se quedó dormida inmediatamente.

Al levantarse por la mañana, se encontró a Vicent saliendo del cuarto de baño.

—Vaya, hombre, buenos días.

—Buenos días y adiós, Julia. Me parece que voy a llegar tarde al trabajo. —Mirada al reloj con cara de desesperación.

—Vale, vale. Qué prisas. Anda, vete, que ya me contaréis más tarde.

—Ya te contará Susi. Me ha dicho que no guardáis ni un solo secreto entre vosotras —rio mientras se colocaba hacia atrás el mechón de pelo que le caía impenitente sobre la frente a pesar de haberlo humedecido con agua hasta conseguir que los pelos se juntaran en un solo bloque—. Y dile que no se guarde nada, ¿eh? Mira por dónde, no me importa —rio ya corriendo por el pasillo—. Creo que no he hecho muy mal papel esta noche —fue lo último que se oyó antes del ruido de la puerta al cerrarse.

Julia fue rápidamente a la habitación de Susi.

—Anda, no te levantes, que mira qué cara tienes. Estás más roja que un tomate. Hay que ver, estos chicos que no se afeitan cada día. Y, encima, tienes unos ojos de sueño que ni te cuento. No te preocupes, que tengo tiempo de dejar yo a Dani en la guardería.

—Qué bien, Julia, qué bien.

—Pero eso sí, nos vemos a la hora de comer y me cuentas todo. Vicent me ha dicho que te da permiso para que me cuentes todo, todo, ¿eh! —Susi se giró obediente hacia el otro lado de la cama dejando en el aire una sonrisa prolongada que parecía moverse más lentamente que su cabeza.

Julia y Dani pasaron la Nochebuena en Alicante con Florita, Dionisio y los hijos que todavía no se habían casado. Florita había montado el Belén en el recibidor, con aquellas figuras de cerámica que salían cada año de cajas de zapatos de tiempos inmemoriales y llenas de virutas para evitar cualquier desastre. El menú, el que marcaba la tradición familiar: consomé de pollo, ensalada de escarola con granada y naranja, pavo trufado y besugo al horno con lecho de manzana y patata. Julia no recordaba ninguna Nochebuena en toda su vida en la que se hubiera comido otra cosa:

—Habría sido un crimen —decía siempre Florita.

—¿Contra quién? —preguntaba Julia casi riéndose. Pero solo recibía de su madre una sonrisa por respuesta. En Navidad, Florita parecía otra, siempre sonriente, siempre contenta. De pequeños, sus hijos decían que, en esos días, su madre se parecía a la madre que aparecía en los botes de Cola Cao. De postre, también como siempre, turrónes, mazapanes, marquesas y amarguillos, todo comprado en Consuegra. Y, además, higos secos rellenos con nueces: se preparaban ya en la mesa abriendo cada higo por la mitad con el cuchillo y cascando las nueces que, al romperse, producían un ruido, que, para Julia, siempre sonó a Navidad. Turrón de pobres, así llamaban a los bocadillitos preparados con media nuez dentro de cada higo. Para Julia, esa mezcla del sabor dulce del higo con el ligero toque amargo de la nuez era el turrón más rico de todos. Dani, encantado en la trona, contemplando tanta actividad en el mundo adulto, chupaba el azúcar impalpable que blanqueaba los higos y parecía que conseguía extraer algún jugo de la fruta al aplastarla con sus pequeños dientes. Julia se los había contado de nuevo esa mañana diciéndole, como siempre: «Vamos a ver cuántas “diminutas ferocidades” tienes ya». A Dani le encantaba ese juego.

Al día siguiente, Navidad. Durante la mañana fueron apareciendo los hermanos casados con sus mujeres. La casa rebosaba de gente y de una luz de invierno mediterráneo muy diferente a la de las navidades pasadas en Medina. En cuanto acabó la comida, Julia preparó su bolsa de viaje y se despidió de todos. Menos de Dani, que ya dormía la siesta. «Ni se te ocurra despertar al niño solo porque tú te quieras ir», había dicho Florita. Julia bajó al garaje y subió al 127. Recogió a Susi en casa de su hermana, que regentaba una fonda cerca del convento de las monjas de la Sangre, en el barrio viejo. Habían llegado desde Albacete esa misma mañana. Las dos amigas, en el coche, cogieron la carretera de Murcia, siguieron después hasta puerto Lumbreras y allí se desviaron a la derecha para seguir por la carretera de Granada. A las diez de la noche estaban aparcando bajo la casa de Irene, que les contestó feliz por el portero electrónico. Como sus padres estaban en Lanjarón, tuvieron la casa para ellas tres solas. Así se iniciaron unos días de reencuentros, chocolates con churros por la mañana y vinos a partir del mediodía, que conseguían templar unos cuerpos, jóvenes pero ateridos por el aire de Sierra Nevada, que inundaba las calles orientadas al sur. Y, entre aquellos reencuentros y aquellos fríos, el abrazo que se dieron Simón y Julia cuando se vieron pareció confirmar, para los dos, que todavía eran capaces de percibir las huellas que les había dejado el cuerpo del otro, pero que aquella pasión que habían vivido ya no habitaba en ellos. Además, Julia tuvo que reconocer que se había equivocado: la pareja que formaban Simón y Antonia, la marquesa, que ya vivían juntos en un pequeño apartamento del Albaicín, en la cuesta de la Alhacaba, le pareció que tenía visos de durar mucho tiempo. Fue en el sofá y los silloncitos de mimbre de la sala de estar de la Alhacaba, en una tarde de luz cambiante porque el sol parecía querer ponerse entre las nubes antes de alcanzar el horizonte, cuando Simón preguntó por Dani. Y Susi y Julia le contaron miles de cosas.

—Y ¿a quién se parece? —interrumpió Simón la enésima anécdota reavivando un pasado que hasta ese momento Julia parecía haber querido dejar fuera de plano.

—Simón, es un bebé y los bebés son todos parecidos —respondió Susi ante el silencio de Julia.

—Pues tendremos que ir a Valencia a conocerle, a ver si nosotros le vemos algún rasgo distintivo —dijo Simón, sonriente, mirando a Antonia y haciendo uso de un plural que a Julia no le sorprendió.

—Pues como no os deis prisa, no nos vais a encontrar. A mediados de enero nos vamos a vivir a Barcelona, a una comuna en la que están buscando a gente que tenga niños, porque se han marchado algunos de los fundadores. Se llama Ítaca —dijo Susi—. Precisamente, hemos acabado de tomar la decisión viniendo hacia Granada en el coche. Ya sabéis que los viajes dan para mucho.

—¿Ítaca? Pues solo por ese nombre tan homérico ya dan ganas de ir. Así que mejor iremos a veros a Barcelona.

—Bueno, homérico el nombre sí, pero pasado por Kavafis y Lluís Llach, por lo que nos han contado —dijo Julia.

Simón se levantó y buscó en la parte de debajo de la estantería, donde estaban los discos, un LP en el que se veía un mar de color verde manzana sobre el que se alzaban unas montañas violetas coronadas por un cielo amarillo. Sacó el disco de la funda, le pasó una pequeña gamuza para quitarle el polvo y encajó el agujero central en el pivote niquelado que se alzaba en mitad del tocadiscos. Después, levantó del soporte el brazo que sostenía la aguja, lo desplazó hacia atrás hasta oír un clic y lo llevó hacia adelante para situarlo cuidadosamente sobre la franja más ancha de la parte exterior del disco, que brillaba más que el resto. La voz de Lluís Llach, como si entonara un lamento, empezó a desgranar unas palabras en una lengua que Julia ya entendía, desde su primer verano valenciano entre naranjos y albercas: «*Quan surtis per fer el viatge cap a Itaca, has de pregar que el camí sigui llar, que siguin moltes les matinades. Entraràs en un port que els teus ulls ignoraven*». Los cuatro callaron durante un largo rato.

—Además, es que tengo yo ganas de ir a Barcelona —fue Simón el primero en hablar—. ¿Sabéis quién está dando clases allí ahora? Alfonso Castro, el de Antigua. Por cierto, que siempre me preguntaba por ti, Julia. Decía que era una pena que hubieras perdido el contacto con la universidad sin hacer la tesis.

—No sabes lo bien que me viene esto que estás diciendo, Simón —dijo Julia pensativa.

—Pero ¿por qué? Julia, no te entiendo —también en las caras de Susi y Antonia se dibujaron sendos interrogantes.

—Pues porque acabo de decidir que voy a hacer la tesis con Alfonso. Es la coartada perfecta.

—Una coartada, ¿para qué? —preguntó Susi.

—Ya lo veréis. Ya lo veréis.

El resto de los días pasaron en Granada como habían empezado. Excepto el 31 de diciembre. A propuesta de Irene, la única que conocía bien Sierra Nevada, despidieron el año 77 en el refugio de Pradollano: un montón de gente conocida, apiñados frente a una enorme chimenea de troncos crepitantes y mirando cómo las llamas bailaban su danza en el reflejo de los vasos, teñidos del color del vino tinto, caliente y perfumado con ramas de canela.

La víspera de Reyes, Julia estaba de nuevo en Alicante. No se quería perder el momento en que Dani descubriera el triciclo que le había comprado. Y mereció la pena. Tuvieron que bajar corriendo a la Explanada para que el niño no destrozara el parquet del pasillo. Florita, que parecía que a él le consentía todo, demostró ese día que tenía sus límites.

—Bajad a la calle, por favor, que este niño tiene que aprender que hay cosas que no se pueden hacer en una casa. —Y, en un aparte, a Julia, cogiéndola del brazo cuando entraba en el ascensor, en el que ya estaban Dionisio y el niño—. ¿Roberto no le ha comprado ningún regalo a su hijo?

—Mamá, déjame en paz. Ya está bien. Si es que siempre tienes que decir la frase más hiriente en el momento más inoportuno. Luego hablamos.

Por la Explanada, con Dani pedaleando torpemente y mirando con frecuencia hacia atrás para encontrarse con la imagen de su abuelo y su madre cogidos del brazo, que parecía producirle mucha risa, Julia le dijo a Dionisio que aceptaba su propuesta de ayuda para dedicarse a preparar las oposiciones.

—Pero quiero hacerlo en Barcelona. Es que allí puedo hacer también la tesis con mi profesor de Historia Antigua de Granada, que ahora está dando clases en la Universidad Autónoma de Barcelona.

—Lo que tú quieras, hija mía. Con tal de que dejes ese trabajo tan inseguro que tienes ahora y...

—No sigas, papá. A mí el trabajo que tengo ahora me gusta. Y mucho.

—De acuerdo, hija, lo dejo. Pero es que me preocupa...

—Déjalo, por favor. Además, te quiero pedir un favor. ¿Se lo dices tú a mamá? Es que no me apetece ver la cara que pondrá cuando le diga que me voy a vivir a Barcelona. Y, además, que no le pienso dejar al niño aquí.

—De acuerdo, yo se lo digo. Pero también le diré que vendrás mucho desde Barcelona, tanto como desde Valencia. Hay vuelo directo y quiero que sepas que puedes venir siempre que queráis. Yo te pago los viajes.

—Vale, yo vendré mucho. Pero tú prométeme que no seguirás adelgazando, por favor. —Julia tocó el brazo de Dionisio como queriendo subrayar sus exiguas dimensiones.

Al día siguiente, Julia y Dani se fueron a Valencia y la conversación entre madre e hija, sobre si Roberto habría o no habría comprado un regalo de Reyes para Dani, quedó pendiente, como solía pasar entre madre e hija. Julia logró esquivarla, y Florita no encontró el momento para hablar con su hija. Así era ella, una vez lanzado el dardo con acierto y rapidez, para que hiciera el mayor daño posible, perdía el interés por las verdaderas conversaciones.

Los últimos días en Valencia fueron de preparativos y despedidas: de la editorial, donde le regalaron unos grabados de Canogar y de Anzo que por entonces estaban distribuyendo; de la guardería de Dani; de la Asociación de Vecinos; de Felipe; de Roberto; de Vicent... Lo que fue curioso es que, sin saber muy bien por qué, Julia no encontró el momento de despedirse de Margarita Serra. Ni de la agrupación del PCE del distrito marítimo. ¡Ni del Comité Provincial!

El sábado 14 de enero de 1978, las dos amigas cargaron el coche con todo lo que cupo y se fueron hacia Barcelona dejando atrás una casa sin desmontar por si la nueva vida que querían emprender no les ofrecía las promesas que el nombre de Ítaca parecía contener.

La entrada a Barcelona fue fácil. Las instrucciones que les había dado Pep por teléfono, y que Susi había anotado en un papel, eran tan minuciosas que no daban lugar a pérdidas. Tenían que salir de la autopista de Martorell a Barcelona por la primera entrada a la ciudad, la de Sarriá, justo antes del principio de la avenida de la Diagonal. Aquella salida las llevaría al paseo de la Bonanova, que tendrían que recorrer hasta el final. Cuando se encontraran en la plaza en la que se abría la parada de los ferrocarriles catalanes de avenida del Tibidabo, tenían que girar a la izquierda, pero, para ello, deberían bordear la plaza girando primero a la derecha. Una vez en la avenida del Tibidabo, tenían que coger la tercera entrada que se abría a la izquierda. Así lo hicieron y se encontraron con el brazo quebrado de la calle Teodoro Roviralta, que se abría paso medio escondido tras las tapias que protegían el lado oculto de las enormes casonas de la avenida del Tibidabo, a las que en Madrid habrían llamado palacetes y que ahora, en Barcelona, Julia y Susi aprenderían a llamar torres.

Enseguida desapareció el asfalto. A partir de allí, la tierra, compactada por los años de uso, empezó a hacer un ruido distinto al contacto con los neumáticos. El sonido de los pequeños granos de tierra chocando con el chasis se llevó los pensamientos de Julia al camino que recorría con Roberto para llegar al club universitario de vela de Granada, en el pantano de Cubillas, y pensó que le gustaba que la calle no estuviera asfaltada: les permitía establecer una relación más física, más directa, con la ciudad a la que acababan de llegar. Antes de girar en el primer recodo, la parte que subía en cuesta dejaba ver unas profundas cicatrices, seguramente esculpidas por el agua en los días lluviosos del otoño. La del centro era la más profunda y parecía proclamar orgullosa que no conseguirían cauterizarla nunca. Dani, en la silla para niños que ocupaba en el asiento trasero del coche, encajada en el poco espacio que no estaba lleno de bolsas, cajas y maletas, parecía disfrutar de los movimientos en vaivén que producían los surcos y que desplazaban su pequeño cuerpo arriba y abajo. Después de doblar el primer recodo, a la izquierda, la calle se convirtió en un llano, formando una larga cinta ocre claro, como el color de aquella tierra. Una acacia en el lado izquierdo, desnuda de hojas, era el único árbol que había en la calle, contrastando con las enormes ramas que sobresalían detrás de las tapias que protegían las enormes casas. Las que había en este tramo de la calle quedaban muy lejos del estar orgulloso de las de la avenida del Tibidabo, pero, a pesar de su aire de abandono, seguro que habían sido un magnífico refugio de vuelta a la patria para algún indiano también adinerado, aunque algo menos que sus vecinos. Una casona llamó especialmente la atención de Julia, porque estaba coronada por una estructura similar a un capirote cubierto por *trencadís* blanco, lo que conseguía darle un aire de cuento infantil.

—Mira, Dani, qué bonita esta casa —dijo señalando hacia ella.

Todavía no lo sabían, pero allí empezaría a ir Dani a la guardería unos días más tarde. Al final de este tramo recto, se abría una plaza, como si fuera una mano amablemente extendida. En la plaza, en la última de las torres, antes de que unas escaleras llevaran más arriba, era donde se encontraba Ítaca, que ocupaba el flanco izquierdo de la plaza, enfrentada a las pequeñas casas encaladas que ocupaban el lado opuesto.

Aparcaron delante del portón. Susi se bajó y llamó al timbre mientras Julia sacaba a Dani de su silla y lo colocaba en el suelo, junto a ellas. Así estaban los tres cuando alguien abrió, con esfuerzo, la puerta. Una niña como de unos nueve años asomó la cabeza por el hueco que había conseguido dejar entre una hoja y la otra de la enorme puerta de hierro forjado.

—Hola —dijo dirigiéndose a Julia y Susi.

—Hola —contestaron al saludo las dos amigas.

—Hola, Dani, de tu nombre sí me acuerdo. Yo me llamo Clara —dijo la niña, que había bajado la mirada hasta encontrarse con la del niño, que en esos momentos chupaba el chupete con toda la fruición de la que era capaz—. *Ja són aquí* —dijo después Clara volviendo la cabeza hacia unas escaleras que descendían hacia la izquierda.

Y, entonces, por esas escaleras empezaron a subir los mayores: Rafa, Teresa, Lola, Ramón, Paula y Pep. Y, por último, otras dos niñas: una hermana de Clara, que parecía algo mayor que ella y que se llamaba Esther, y una niña como de unos cuatro años que, sin decir palabra, se acercó a Dani y le cogió de la mano para llevarle adentro. Era Núria. Por último, desde la puerta

principal de la casa, que estaba a la altura del portón, sin necesidad de bajar ni subir escaleras, apareció Francesc.

Las tres niñas y Dani desaparecieron escaleras abajo y los mayores se quedaron allí saludando y preguntando a Julia y a Susi por el viaje. Después las ayudaron a bajar el equipaje hasta una habitación que se abría al final de las escaleras.

—Estos primeros días viviréis aquí —explicó Pep—. Es una habitación que llamamos «la poli», porque es polivalente. Aquí es donde se quedan las personas que van a estar poco tiempo en la comuna o que acaban de llegar. Está un poco desconectada del resto de la casa y es la única que tiene un baño propio, así que os servirá para que os sintáis un poco en tránsito y no metidas de golpe en toda la vida diaria.

Así empezó la vida de Julia, Susi y Dani en aquella comuna llamada Ítaca y en una nueva ciudad en la que transitarían por muchas otras casas, al principio los tres juntos y luego por separado.

Tercera parte

Libertad rima con verdad

Los dieciocho años que transcurrieron entre la llegada a Ítaca y el triunfo definitivo de la verdad en las vidas de Julia y Dani, sellada incluso en un documento notarial, estuvieron marcados por la lucha entre la verdad y la mentira, con todos los matices que se pueden encontrar entre ellas: la ocultación, el silencio, las medias verdades, el decir sin decir, el no decir diciendo. Al principio fue fácil, Julia llevaba años de aprendizaje y sabía cómo navegar entre los dos mundos tan diferentes que conformaban su vida: el de su verdad, con su militancia clandestina, con su libertad sexual, con sus lecturas feministas y una relación con su hijo que pretendía construir desde la confianza; y su otro mundo, el de su familia, que era en el que ella mentía, ocultaba, callaba. Esta navegación dual por los dos mundos, intentando no colisionar en los escollos que Florita parecía colocar intencionalmente de vez en cuando, entró en conflicto con el crecimiento de Dani y su capacidad de hablar cada vez mejor. Dani se convirtió en un niño locuaz y expansivo que lo contaba todo, sin filtros, sin censuras, como debía ser. Y entonces empezaron los choques entre verdades y mentiras. Empujadas por Dani, las verdades de la vida de verdad empezaron a asomar entre las mentiras del teatro que Julia se obligaba a representar cuando estaba con su familia, para que todo pareciera perfecto y adecuado a aquel ambiente en que reinaba a sus anchas la hipocresía, al menos para ella, que era la que había aprendido a adaptarse. Julia solo supo encontrar una solución a aquel problema: que Dani se iniciara también en el complicado aprendizaje de la ocultación, del silencio, del decir sin decir, del no decir diciendo y tuviera claro qué se podía y qué no se podía contar en casa de los abuelos.

Julia mostró a Dani un camino que él solo no podía aprender a transitar y que, sobre todo al principio, era incapaz ni siquiera de imaginar y comprender en toda su complejidad. Así empezó, y así se mantuvo en el tiempo, haciéndose cada vez más prolijo, un curso de adoctrinamiento intensivo que

tenía lugar mientras duraba el viaje en avión entre Barcelona y Alicante: «A la abuela no le puedes decir que vivimos en una comuna, a la abuela no le puedes decir que vas a una escuela catalana, a la abuela no le puedes decir que yo duermo con Francesc, a la abuela no le puedes decir que nunca ves a tu padre y que ni siquiera le recuerdas, a la abuela no le puedes decir que vamos a manifestaciones, a la abuela no le puedes decir que...». Dani intentaba aprender y adaptarse a todo aquello, pero le resultaba complicado y no siempre conseguía saber con seguridad dónde estaban los límites de lo que era permisible para su abuela. Es que me hago un lío, le decía a Julia muchas veces. Todo esto sucedía cuando Julia y Dani estaban en Alicante o en El Campello o cuando el niño se quedaba allí a pasar las largas vacaciones de verano mientras Julia se iba a Menorca o a Italia o a París o a donde fuera.

Eso sí, las Navidades Julia siempre las pasaba en Alicante. Habría sido un crimen no hacerlo, repetía machaconamente Florita, utilizando aquella expresión «criminal» que tanto le gustaba y que utilizaba tanto para referirse al frío como al calor, tanto a los comportamientos humanos como a las fuerzas de la naturaleza.

En las Navidades del año 80, con Dani ya de casi seis años, asomaron las contradicciones de las mentiras con fuerza, como lo hacen las flores de los geranios tras las barandillas de los balcones cuando llega la primavera. Todo empezó una mañana cuando todavía no había amanecido.

A Julia le encantaba despertarse muy pronto y era siempre la primera en hacerlo cuando estaba en Barcelona. Sin embargo, en Alicante siempre encontraba a Florita ya levantada, leyendo en la cocina el *ABC*, que había dejado el portero en el rellano, delante de la puerta, a primera hora. El olor a café acompañaba al humo de los Nobel que iba fumando. El hecho de que aquella mañana Florita hubiera llegado ya a las incontables páginas de esquelas hizo pensar a Julia que su madre llevaba un buen rato levantada. Las dos padecían un mismo tipo de insomnio, el que te despierta prematuramente con la sensación de haberte quedado un poco corta de sueño. Y eso las hacía coincidir en solitario a esas horas. Y estaba bien, porque eran esos momentos los únicos que madre e hija compartían con tranquilidad y sin discusiones. Según avanzaba la mañana, los conflictos entre sus dos caracteres, igual de fuertes —decían todos—, las llevaban a chocar con frecuencia y hacía tiempo que habían comprobado que evitarse era la única forma de mantener la tranquilidad familiar. Florita sirvió el café a su hija y le acercó las galletas maría, antes de servirse ella misma otra taza. Quedaron sentadas cada una a un lado de la barra americana, de formica blanca mate, que dividía la cocina

en dos: Florita en la parte del área de trabajo, y Julia sobre uno de los taburetes altos de patas de acero inoxidable y asientos forrados de cuero blanco que estaban al otro. Los pequeños focos de luz situados encima de esa barra eran las únicas luces encendidas y marcaban un fuerte contraste entre la franja de la barra, iluminada, y el resto de la cocina que, a esas horas, sin nada de claridad entrando por las ventanas, quedaba en penumbra. Cuando terminó con las galletas y empezó a beber el café a pequeños sorbos, Julia pidió a su madre el suplemento de cultura del ABC, lo único que consideraba un poco digerible de aquel periódico que había sido siempre el de casa de sus padres. Las dos siguieron leyendo en silencio. Todos los demás tardarían todavía un buen rato en aparecer, incluido Dani, que parecía despertarse más tarde cuando dormía en la pequeña cama plegable que le montaban en el dormitorio de los abuelos y que ya se le estaba quedando pequeña. Cuando Julia acabó con el café y el suplemento cultural, le preguntó a su madre si había algo para planchar. Le encantaba planchar desde pequeña, y Florita le había enseñado a hacerlo con una perfección heredada, de generación en generación, entre las mujeres de la familia. Abrió la tabla junto a la barra, acercó el cesto, que olía a ropa limpia, y empezó con su labor disfrutando de la continuidad de un silencio que iba a durar ya poco.

—Mira, hija, quiero hablar contigo con tranquilidad, así que aprovecho ahora que estamos solas para... —Julia colocó la plancha en la base y, resignada, levantó la mirada para encontrar la de su madre—. Es que no puedo entender que Dani no vea a su padre, por muy separados que estéis vosotros y por mucho que hayan cambiado las cosas en este país que yo ya no entiendo.

—Mamá, por favor. —Julia volvió a coger la plancha, como buscando una excusa para no tener que mantener la mirada de Florita, y se concentró en el pañuelo blanco de su padre que estaba planchando.

—Déjame que siga, hija mía, que llevo varios días pensando lo que quería decirte —el ligero tono de súplica que pareció percibir Julia en aquella frase le hizo comprender que aquella vez Florita no estaba dispuesta a eludir la conversación—. Tu marido a mí nunca me gustó, pero lo de no ver a su hijo es algo que supera los límites de mi comprensión. Y con lo que es este niño...

—Pues mira, seguramente esta va a ser otra de las cosas que van a seguir escapando a tu comprensión en este país que tanto ha cambiado. Para bien, además, creo yo. Y ¿sabes lo que te digo?, que se me han pasado las ganas de seguir planchando. —Julia empezó a recoger los útiles de planchar. Sabía que esta conversación llegaría un día u otro, pero también sabía que no podía

contestar con la verdad y que tampoco estaba dispuesta a decir una mentira. Con Florita prefería dejar las cosas en la nebulosa de lo no dicho. Y su madre, en general, se lo permitía. En esta ocasión, además, pensó que no quería permitir que su madre criticara tan injustamente a Roberto, ¿qué culpa podía tener él de todo lo que había pasado?

Salió de la cocina enfadada con ella misma, pero sabiendo que tantos años de silencios e hipocresía no podían borrarse de la noche a la mañana y que no podía contestar con la verdad a la pregunta de su madre.

Consiguió calmarse un poco tumbándose en la cama del que había sido su cuarto años atrás y que ahora solo se ocupaba cuando venía ella o alguno de sus hermanos a ver a sus padres. Cogió de la mesilla *El amante de Lady Chatterley*. Se había convertido en un libro muy importante para ella. Parecía sentir un morbo especial al releerlo allí, a escondidas, como queriendo salir victoriosa ahora de aquel otro conflicto navideño con su madre, que la había echado de casa por estar leyéndolo y haber tenido el descuido de olvidarlo en el salón cuando salió con su padre y sus hermanos a la hora del aperitivo. «¡*Un libro del Índice en mi casa!* Hasta aquí podríamos llegar —había dicho en aquella ocasión Florita, que parecía no haber notado que ya estaban en 1973—. O tiras este libro a la basura ahora mismo, o ya puedes estar saliendo por la puerta». Y, claro, Julia no había tirado el libro a la basura, sino que había metido sus cosas, junto con el libro, en la bolsa de viaje y había salido de casa de sus padres dejando a los demás sentados a la mesa, con la ensaladilla rusa del primer plato reposando en la enorme fuente de la vajilla de Limoges que solo se ponía en las grandes ocasiones. Se despidió de su padre con un rápido beso mientras él, como siempre en esas ocasiones, la miraba dibujando en su rostro una pregunta nunca verbalizada: «¿Hasta cuándo, hasta cuándo van a seguir estas discusiones y estos finales abruptos entre vosotras?». A sus hermanos solo les dirigió un adiós con la mano mientras procuraba no encontrarse con la mirada altiva de Florita, que parecía proclamar a los cuatro vientos que la que tenía toda la razón era ella y no el resto del mundo. Bajó en el ascensor hasta el garaje y, tras meter en el maletero del 127 su bolsa de viaje, emprendió el camino hacia Granada en pleno día de Navidad y a la hora de la comida. El día era espléndido y la carretera estaba desierta, y Julia pensó aquel día, mientras tomaba, veloz pero serena, las curvas del puerto de la Mora, que tampoco había sido tan mala idea huir de aquella familia que la ahogaba.

Todo eso había pasado hacía ya siete años. Y ahora Julia volvía a insistir en la lectura de *El amante de Lady Chatterley* en la misma habitación, pero

ocultándolo en la maleta, debajo de la ropa, cada vez que la abandonaba. Tenía a Dani y ya no estaba tan dispuesta al conflicto ni a marcharse de nuevo dando un portazo. Además, con el año 80 a punto de acabar, no creía que su madre se atreviera a registrar su cuarto a la búsqueda de libros prohibidos por la santa madre Iglesia. Aunque tampoco estaba totalmente segura de ello.

El resto de la mañana transcurrió con tranquilidad. Mientras Julia leía en su cuarto, se fueron levantando todos los demás y pasando a desayunar a la barra de la cocina, detrás de la cual oficiaba Florita los ritos de «la perfecta casada». El libro de Fray Luis de León la había acompañado toda su vida.

Dionisio y Dani fueron los únicos que no fueron a la barra de la cocina a tomar el desayuno. Desayunaron en el dormitorio matrimonial. Dionisio había desayunado en la cama durante todos los días de su vida desde que se casó. Y a Dani le gustaba imitar a su abuelo siempre que le dejaban.

—Abuelita, ¿hoy también me dejas tomar el Cola Cao en la cama, como el abuelo?

—De acuerdo, pero solo si tienes mucho cuidado, como ayer, y no manchas nada.

Florita trajo primero la bandeja de su marido, con las patas plegables ya abiertas. Contenía lo de siempre: yogur natural hecho en la yogurtera, café con leche, galletas María y la aspirina matinal. Poco después, volvió a entrar en la habitación con una bandeja más pequeña con un tazón de Cola Cao y cuatro galletas para Dani.

—Ponte muy pero que muy derecho —dijo, colocando la bandeja sobre los muslos del niño que sonreía con satisfacción.

Todo estuvo tan calmado ese día que Julia llegó a pensar que de nuevo esta vez lograría eludir la conversación que su madre había intentado iniciar por la mañana. Pero no fue así.

Al día siguiente, sobre las once, Julia, Dani y Dionisio paseaban por la Explanada. Florita los seguía con la mirada desde el balcón de la casa, fumando el enésimo cigarrillo del día. Dionisio y Dani la saludaban con la mano cada vez que pasaban por delante de la casa, pero Julia prefería no devolver aquella mirada, que a ella se le antojaba de control, para concentrarse en disfrutar del sol invernal y del momento. Dionisio, con su pelo canoso, tan alto, y con el abrigo de paño espigado que le permitía ocultar su extrema delgadez de enfermo incurable, parecía aquel día haber recuperado el aspecto real de sus sesenta años recién cumplidos y haberse quitado de encima los que había añadido a su imagen su larguísima enfermedad; Dani,

vestido como un príncipe por su abuela, que siempre le compraba ropa en cuanto llegaban, pues no encontraba al niño vestido a su gusto; y Julia, que, cuando iba a ver a sus padres, intentaba elegir entre su vestuario de progre irredenta lo que pudiera estar algo más acorde con aquel ambiente familiar, pero que ya no aceptaba nunca que su madre le comprara la ropa a su gusto, como había hecho durante tantos años y ahora hacía con el niño, formaban un grupo que seguramente rayaría en la perfección a los ojos de Florita. Llevaban a Dani cada uno de los adultos cogido de una mano, lo que hizo recordar a Julia aquella foto de su infancia que tenía enmarcada Dionisio en la mesa de su despacho. En ella, Dionisio paseaba con Julita, su única hija entre siete hijos varones, con un cariño y una satisfacción que solo sentía hacia ella, la niña de la casa, y hacia su hijo José, el tercero en orden de edad. Ahora, con su mano derecha, Julia agarraba la mano izquierda de Dani y el abuelo llevaba con su mano izquierda la derecha del niño. Julia pensó que el niño les estaba haciendo de puente de contacto físico. Y, a partir de esta constatación, su mente viajó hacia una reflexión sobre lo que suponen las leyes nunca dichas del temor al incesto, que prohíben demasiado pronto las efusiones amorosas de la infancia que Julia recordaba bien. Volvieron a ella los primeros momentos de los días escolares, que se repetían repetían invariablemente como un ritual: pasaba a darle un beso a su padre mientras este desayunaba en la cama, antes de salir para el colegio. Dionisio la atrapaba en el beso y le restregaba con fuerza por las mejillas su cara sin afeitar. «No me aprietes tanto, que pinchas», decía Julia enfadada cada mañana. «Aguántateeeee», decía su padre con la voz del ogro de los cuentos, sin dejarla escapar de su abrazo, hasta que conseguía hacerla reír.

—¿Por qué yo no veo nunca a mi papá? —interrumpió Dani los pensamientos de Julia, como si los hubiera podido adivinar.

Julia comprendió enseguida que esa pregunta repetía palabra por palabra lo que le había dicho su madre la mañana anterior. La irritación que le produjo imaginarse a Florita metiendo en la cabeza del niño problemas que no parecía que se le plantearan nunca cuando estaban en Barcelona se le subió a la cara en forma de calor.

—Luego te lo explico, Dani, que ahora estamos paseando con el abuelo. —Dionisio mantuvo su mirada al frente, como haciendo ver que no había oído la pregunta del niño ni la respuesta de la madre.

—Vale, pero luego me lo dices, ¿eh?, seguro —insistió Dani. Y Julia comprendió que contaba solo con una corta tregua para encontrar la mejor

respuesta posible a la pregunta que su hijo le acababa de hacer con total claridad.

De nuevo a la puerta de la casa, tras el paseo, Julia le dijo a su padre que subiera con el niño, que ella tenía algo que hacer. Dionisio no preguntó qué. Él nunca preguntaba.

Julia cogió la Rambla y giró a la izquierda al llegar a la altura de la plaza Chapí. Entró en la central de teléfonos y pidió una cabina. Le dieron la número siete. Sacó la agenda que había comprado en la Librería de las Mujeres de la calle Daguería de Barcelona y buscó un número en la letra R. Lo marcó. Contestó Concha.

—Hola, Concha. Cuánto tiempo. ¿Qué tal estás? Soy Julia. ¿Está Roberto en casa? Es que tengo que hablar con él. —Roberto tardó en ponerse al teléfono y Julia aprovechó para repasar mentalmente lo que había pensado decirle.

—Hola, Julia. ¡Qué sorpresa! ¿Estás en Valencia?

—No, no. Estoy en Alicante, pasando estos días en casa de mis padres.

—Ah, claro, en Navidad imposible escapar, ¿no? —sin esperar respuesta, siguió con las preguntas—: Y ¿qué tal están tus padres? ¿Y tú? ¿Estáis todos bien?

—Sí, sí. Roberto, todos bien. —Julia se quedó callada.

—Dime, dime.

—Roberto, perdona que te llame así, de sopetón, pero tengo un problema, y de los gordos. Mi madre, ya la conoces, le está metiendo a Daniel en la cabeza un montón de preguntas. Y yo no sé qué hacer.

—Pues si tú no lo sabes, imagínate yo, que hace casi cinco años que no la veo. A doña Florita, quiero decir. —A Julia le pareció que casi podía ver la sonrisa que se le habría dibujado a Roberto al imitar el tono que ponía su padre cuando hablaba de su consuegra.

—Déjate de bromas, anda, que estoy muy nerviosa. Escucha. Es que he pensado una cosa. A ver qué te parece.

—Venga, ánimo. Preparado y a la escucha. No creo que pueda yo colaborar mucho en solucionar los problemas que te pueda provocar a ti doña Florita, pero venga, vamos a ver lo que me parece.

—Deja ya de repetir eso de doña Florita, que no estoy para bromas, Roberto.

—Bueno, dejo ya lo de doña Florita. Pero ¿me vas a decir ya lo que quieres o...?

—Pues el caso es que tengo claro que ni a mis padres ni a Dani, por ahora, puedo decirles la verdad. Mi madre armaría una gordísima, mi padre se moriría de tristeza antes de que se lo lleve su enfermedad. Y Dani..., Dani será incapaz de entender toda esta historia.

—En eso creo que tienes toda la razón. Como casi siempre —de nuevo el tono irónico festoneó la frase.

—Déjame que siga, anda. Que me cuesta mucho decirte lo que te quiero decir y... si me interrumpes... Es que soy valiente, pero con esto no puedo. De verdad que no puedo.

—Pero ¿cuándo vas a superar esa relación que tienes con tu madre, Julia? Tú, que nunca has tenido miedo a nada.

—Pues no lo sé, Roberto. No sé cuándo la voy a superar. Pero ahora seguro que no. Es que no sé por qué, pero no me atrevo a romper definitivamente con ellos. Y, encima, para Dani sería un drama. Los adora.

—Bueno, no te quedes solo en la parte romántica del tema, Julia, que algo tendrá que ver también lo fácil que te ponen la vida: cuidan de Daniel siempre que quieres y te sueltan todo el dinero que necesitas, aunque no se lo pidas. Eso tendrás que reconocer que es muy cómodo, ¿no?

—No empieces otra vez, Roberto. Tú puedes pensar lo que quieras, pero yo creo que eso no tiene nada que ver... O, al menos, no es lo fundamental. Además, hace tiempo que aprobé las oposiciones y estoy trabajando otra vez. Y para Dani y para mí, tengo más que suficiente, a pesar de que ya no estemos en la comuna.

—Sí, claro, pero tendrás que reconocer que nunca vienen mal unas buenas propinas.

—Bueno, cambiemos de tema, que yo te he llamado para pedirte un favor y tú te estás dedicando a hacerme un psicoanálisis, cosa que no te he pedido y que no es lo que necesito justo en este momento.

—Pues a mí me está viniendo muy bien, no te creas. El psicoanálisis, digo.

—Ya lo sé, Roberto, ya lo sé. Que ya me lo contaste la última vez que nos vimos y hace por lo menos dos años. ¿Como cuántos añitos crees que vas a necesitar? De psicoanálisis, digo —Julia imitó el tono de Roberto al decir la última frase.

—Pues a mí con el psicoanálisis es que me pasa lo mismo que a ti con tu madre. Que creo que todavía no es el momento de romper definitivamente con él. Pero seguro que cuando llegue, lo sabré. O al menos eso es lo que dice mi analista, que por ahora me atiende incluso en vacaciones.

—Ya nos hemos ido otra vez por los cerros de Úbeda. ¿Puedo seguir con lo que quería decirte o seguimos hablando un rato más de mi relación con mi madre y de tu relación con el psicoanalista? Veo que son temas que te apasionan —en el tono de Julia empezó a asomar la irritación.

—Dime, Julia. Me callo. Ya lo hablaré con mi analista el jueves que viene.

—Cómo eres, Roberto. Pero, bueno, acepto el imperativo y te lo digo. Te quiero pedir un favor muy grande. Ya sé que para ti no será fácil, pero...

—Dilo de una vez, Julia, por favor, que yo no soy doña Florita. —Julia respiró profundamente al otro lado del hilo, pero decidió que esta vez no se iba a enganchar de nuevo con aquello de «doña Florita».

—Ahí va: ¿te importaría que quedáramos tú y yo y Dani y que el niño te conociera como su padre? Es que no le veo otra salida. Por ahora. ¿Me puedes ayudar, por favor? —la pregunta salió acompañada con la música que se adhiere a las súplicas y eso a Julia no le gustó.

Roberto se quedó callado un momento, que a Julia se le hizo eterno. Tanto que le dio tiempo a pensar en el mal rato que estaría pasando con lo neurótico que era. Después del silencio, vino la respuesta:

—Me has dejado fuera de juego, Julia. No me esperaba esta propuesta. Dame un poco de tiempo para pensarlo. Además, también lo quiero hablar con Concha. Ella piensa mejor y más rápido que yo, igual que tú hacías antes, y me fío mucho de su criterio. Bueno, también es que hay novedades importantes: estamos esperando un hijo y eso yo creo que complica un poco las cosas para lo que me estás pidiendo, ¿no crees?

—Pues sí. Tienes razón. Lo que vosotros queráis. Para mí era la única solución posible, pero ya se me ocurrirá otra. No te preocupes.

—Espera, espera. No te hagas la digna ahora, por favor. ¿Me puedes llamar mañana a esta misma hora?

—Sí, sí, claro. Ah, y enhorabuena a los dos, qué bien lo del embarazo de Concha. Te llamo mañana. Gracias, gracias, un beso.

Julia salió de la central de teléfonos pensando en que sería fácil conseguir que el niño se olvidara de la pregunta o convencerle de que esperara un poco más para obtener la respuesta. Aquella noche soñó con Concha y Roberto. No podía recordar muy bien el sueño, pero sí que estaban los tres en Granada en algo parecido a una fiesta en el campo, como en una boda campera o algo así. Ella y Roberto estaban juntos, y Concha les sonreía desde lejos. Cuando se despertó, tuvo una intuición: Roberto le diría que sí.

Al final de la mañana, volvió a la central de teléfonos y marcó de nuevo el número. También esta vez fue Concha la que se puso al teléfono.

—Hola, Julia. Ya le he dicho a Roberto que no entiendo por qué se plantea tantos problemas. Pero así es él y tú lo conoces casi tanto como yo. Ya le he dicho que claro que Dani le puede conocer como su padre. No nos cuesta nada y ya habrá tiempo para aclararle las cosas al niño cuando tenga unos años más y pueda comprender toda esta historia.

—Gracias, Concha, gracias. Bueno, pues así aprovecharemos para vernos, que a Roberto hace mucho que no le veo. Pero a ti todavía más. Desde junio del 75 por lo menos, cuando acabamos la carrera las dos.

Esas fueron las últimas Navidades que pasaron en Alicante. Las del año 81 las celebraron de nuevo en Medina, como las de la infancia. Pero mucho antes de que llegaran se produjo el encuentro entre Dani y Roberto. Fue durante las vacaciones de Semana Santa.

El 12 de marzo por la mañana, antes de salir hacia el instituto y a llevar a Dani a la escuela, Julia ya había puesto en el maletero del coche el equipaje y unos bocadillos. El viaje entre Barcelona y Valencia, todo por autopista y sin ningún límite de velocidad, lo hicieron en menos de tres horas y a las cuatro de la tarde estaban entrando por el paseo de Valencia al Mar. Dani, algo más callado que de costumbre, no parecía dar ninguna muestra de preocupación por el encuentro al que se acercaba.

—Mira, Dani, ese edificio de la derecha es la Facultad de Medicina, donde estudió tu padre los primeros años de carrera, hasta que nos casamos y nos fuimos a Granada. —Dani se puso de rodillas sobre el asiento, para ver mejor, pero no hizo ningún comentario—. Y, enfrente, a la izquierda, está la Facultad de Filosofía y Letras, donde estudiaba yo.

—¿Os conocisteis aquí?

—No, no, nos conocimos en Denia. Roberto era amigo de tu tío Daniel y yo fui con él a una merienda en el campo un lunes de Pascua. Uf, hace ya por lo menos diez años. Dios mío.

Mientras cruzaban la ciudad para dirigirse al Hospital Provincial, donde Roberto seguía trabajando, ninguno de los dos volvió a decir nada. Ese día tenía guardia, pero podría bajar a la cafetería del hospital y tomar algo rápido con ellos allí mismo, había dicho Roberto. A Julia no le había gustado mucho la idea de que el encuentro se produjera de esa forma. Hubiera preferido algo que pudiera responder más a la imagen preconcebida de cómo se tiene que producir el encuentro de un hijo con un padre al que no recuerda haber conocido. Pero tuvo que aceptar. Agradecida como estaba por la

disponibilidad de Roberto, no quería, ni podía, imponerle nada más de lo que él se viera en condiciones de asumir. Aparcaron en la zona ajardinada que había delante del hospital, entraron por la puerta principal y, en el mostrador de la entrada, preguntaron por el doctor Roberto Climent, de intensivos. La administrativa marcó un número, preguntó por el doctor y, tras esperar un rato, les comunicó que bajaría a la cafetería en cuanto pudiera, que le esperaran allí.

La cafetería estaba llena de familiares de enfermos que mataban el tiempo, en solitario o en pequeños grupos de los que salían conversaciones en forma de susurros, mientras llegaba la hora de las visitas. Julia buscó sitio en la mesa más apartada de la puerta, pero desde la que podía controlar la entrada a la perfección. Se sentó en la silla más próxima a la esquina, con la espalda bien cubierta por la pared. Dani se sentó frente a ella. Nadie vino a atenderlos a la mesa, así que Julia preguntó a Dani que qué quería tomar.

—Un Cacaolat —dijo el niño.

—Vale, tú quédate aquí para que no nos quiten la mesa, que voy a pedir. —Julia se dirigió a la barra y le costó un rato encontrar la mirada del camarero—: Un cortado y un Choleck frío, por favor.

Esperó a que se los sirvieran y llevó las bebidas a la mesa.

—Esto no es un Cacaolat —protestó Dani.

—Es lo mismo, Dani, solo cambia el nombre. Aquí no hay Cacaolat. Ya verás cómo sabe igual —Dani empezó a beber sin protestar.

Cuando Julia ya había terminado el café, y a Dani le quedaba solo la mitad del Choleck en el vaso, vio aparecer a Roberto con una bata blanca abierta y un fonendo colgando del cuello. «Ha engordado», pensó.

—Mira, Dani, aquí viene tu padre. —Dani se giró y con el codo arrastró el vaso que quedó volcado sobre la mesa dibujando una nube marrón saliendo de su boca. Por un momento los tres se quedaron mirando cómo la mancha se extendía acercándose peligrosamente al borde.

—Ha sido sin querer —dijo Dani, llevándose las manos a la boca.

—Ya lo sé, no te preocupes. Voy a buscar algo para limpiarlo. Enseguida vengo.

Cuando Julia volvió a la mesa con un montón de servilletas en la mano, se encontró a Roberto todavía de pie, mirando hacia ella, y a Dani observándolo a él con detenimiento. Ninguno de los dos decía nada. Julia enderezó el vaso y limpió cuidadosamente la mancha marrón.

—Pues aquí no ha pasado nada. ¿Quieres que te pida otro Choleck? —preguntó Julia a su hijo.

—No, no. No quiero más Choleck.

—Y ¿tú, Roberto, quieres tomar algo?

—No, no. Gracias, Julia.

—Bueno, pues superada la crisis del Choleck, nos podremos dar un beso, digo yo. —Roberto dio un rápido beso a Julia en la mejilla y se inclinó después a besar al niño, que siguió sentado en la silla sin hacer ningún tipo de movimiento de acercamiento.

Cumplido el ritual del saludo, Roberto se sentó, por fin, y Julia y él empezaron a contarse las últimas novedades de sus vidas. Dani, sin decir una palabra, los escuchaba, pero, sobre todo, observaba atentamente los contenidos gestos de aquel hombre que todos decían que era su padre. Veinte minutos más tarde, sonó el busca de Roberto. Se despidieron con otros escuetos besos y un hasta pronto que los tres, Dani incluido, supieron que no tendría muchos visos de materializarse en la realidad.

Cuando salieron del hospital, Julia preguntó a Dani:

—Bueno, y ¿qué te ha parecido tu padre?

—No me ha gustado nada y no quiero que me traigas más a verlo. Yo quiero que mi padre sea Francesc.

—Dani, Francesc es mi pareja y te quiere mucho, pero no es tu padre.

—Bueno, pues para mí lo va a ser a partir de ahora. Y se lo voy a decir a todo el mundo.

—Pero estarás diciendo una cosa que no es verdad, Dani.

—¿Y qué? Tú también dices muchas mentiras.

—Solo digo mentiras a la abuela y solo porque con ella es imposible...

—Pues yo se las voy a decir a todo el mundo.

—No me parece buena idea, pero, bueno, veo que ahora estás muy enfadado, así que dejemos el tema. Ya hablaremos cuando se te pase. Y, a la abuela, ni una palabra de Francesc, por favor.

Dani se quiso sentar en el asiento de atrás del coche y estuvo leyendo sus cuentos todo el camino hasta Alicante, sin decir palabra. Julia conducía por aquella carretera que tanto le gustaba mientras pensaba que todo volvería pronto a su cauce y que su hijo sabría perdonarle, algún día, todo aquello. Estaba segura.

Aquella Semana Santa en El Campello, de paseos, de tenis, de aperitivos, de comidas familiares y con Dani hablando por los codos de nuevo, se adhirió a sus cuerpos como un bálsamo capaz de curar, o al menos aliviar, cualquier herida. Ni una discusión entre madre e hija, lo que supuso una novedad. Las

dos sentían que Dionisio, cada vez más débil, necesitaba todo el descanso del mundo.

Pasó otra primavera y otro verano y llegó el otoño. En octubre Dionisio había dejado ya de ir a la notaría, la gravedad de su enfermedad no le permitía salir de casa nada más que para dar un corto paseo. En noviembre quiso volver a la casa de Medina, quería vivir sus últimos meses allí. Las Navidades tuvieron un sabor agri dulce. De nuevo en la casa familiar todo parecía ser como antes, y eso estaba bien. Pero Dionisio siempre en la cama, levantándose solo para comer al mediodía a la mesa, construía un polo de dulce tristeza que habitaba en el dormitorio principal de aquella mansión. Julia pasaba allí muchas horas, leyendo junto a la cama de su padre y hablando con él cuando le volvían las fuerzas. Dani pasaba de vez en cuando por allí, y Dionisio intentaba disimular el dolor, o los efectos de la morfina, para poder sonreír un poco a su nieto. Cuando tuvieron que volver a Barcelona, Julia lo hizo con una sensación de final de ciclo que la dejó muda en todo el viaje, esta vez en tren, a pesar de los intentos constantes de Dani para sacarla de su mutismo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no me quieres leer el cuento? Es que me gusta más cuando me lo lees tú y nos reímos juntos. Y este te gusta mucho, mira. — Dani enseñó a Julia la portada de *Bichos y demás parientes*, de Gerald Durrell.

—Sí, Dani, este me gusta a mí también, pero ya te lo leeré cuando lleguemos a casa. Ahora déjame un poco tranquila, que estoy muy triste por el abuelo.

—Vale, pues cojo otro y este me lo lees tú en casa.

A mediados de febrero, Julia estaba en clase intentando que el grupo de geografía comprendiera la importancia de la sustitución de las fuentes de energía tradicionales por las alternativas para disminuir las emisiones de CO₂, cuando vio la cara del director asomándose a la parte alta de la puerta del aula, que tenía una abertura rectangular acristalada. Le hizo un gesto para que saliera del aula.

—Julia, han llamado de tu casa. Tu padre está muy grave y te esperan en cuanto puedas en Medina del Campo. —Julia miró hacia el aula sin saber qué hacer—. Deja, ya me quedo yo con la clase mientras tú avisas para que venga el profesor de guardia.

Julia entró en el aula acompañada del director y se hizo un silencio absoluto, recogió el libro, los apuntes que preparaba para sus explicaciones y

la funda para la tiza que les habían regalado a principios de curso a todos los profesores. Lo metió todo en la cartera azul cobalto que había comprado en Vinçon a principios de curso.

—Tengo que irme —explicó a la clase—, pero poneos a hacer los ejercicios de este tema. Ya sabéis, quiero que copiéis las preguntas antes de escribir las respuestas. A ver si así no os olvidáis de qué es lo que estáis contestando, como os suele ocurrir.

—Tu obsesión, Julia —dijo una alumna de la primera fila.

—Eso, ya sabéis: mi obsesión —dijo dirigiéndose a toda la clase mientras salía por la puerta.

En la sala de profesores, avisó al profesor de guardia, miró el reloj y salió rápidamente hacia el aparcamiento que se abría a la puerta del instituto. Si se daba prisa, tendría tiempo de pasar antes por su casa, en la calle Rosellón, preparar su maleta y la bolsa de Dani y pasar a recogerlo a la hora de la comida por la Escuela Uruguay. Se subió al 127, y la fluidez del tráfico a esa hora le permitió cumplir con sus planes.

Julia se tumbó en la cama en la que hacía poco más de veinticuatro horas había muerto su padre y se tapó hasta el cuello. No se giró hacia ninguno de los lados y eso era una anomalía. Cuando el sueño empezó a vencerla, lentamente, desde el techo, empezó a caer un enorme velo negro, arrugado como una nube que anuncia tormenta. Fue detenido por su grito cuando estaba a punto de ahogar su rostro.

Hasta la noche anterior había estado alrededor de esa misma cama con sus hermanos y Florita. Ella, la única hija, sentada a la cabecera con la mano izquierda de Dionisio, moribundo y delirando, entre las suyas. Lo último que le oyeron decir fue un «vámonos» mientras intentaba apartarse la sábana, que sonó entre la súplica y la orden irrevocable. Nunca supieron si aquel plural iba dirigido a quien había venido a buscarle; o a todo el grupo, que rodeaba la cama. Pero se fue él solo. Como tenía que ser.

Cuando se acababa de ir, Florita salió con prisa de la habitación. Y todos los hijos la siguieron. Menos Julia e Isaías, que se quedaron allí. Quizás pensaban que el cadáver tal vez deseaba todavía un poco de compañía. Era un cadáver, pero hasta hacía un momento había sido su padre. Y, al menos ellos, no estaban dispuestos a que dejara de serlo tan rápidamente.

Llegaron los de la funeraria y empezaron con sus manejos. Julia no supo convivir con el ruido que hicieron al abrir la cremallera de la bolsa de plástico gris que habían llevado para introducir el cadáver. «Es que la enfermedad ha sido tan larga y la agonía ha durado tantos días que la descomposición ya ha

empezado», le dijeron. Entonces salieron de la habitación. Julia no quiso oír nada más porque, pese a todas las explicaciones, hubiera preferido que le vistieran con su traje más elegante y que no le metieran en ninguna bolsa. Como se había hecho siempre, pensó. Y también pensó en dónde se habría metido Florita en ese momento que no estaba allí para controlar a los de la funeraria y exigir un trato más tradicional. Ella que era la más furibunda defensora de las tradiciones.

Al cabo de un rato, el ataúd llegó al despacho. Cerrado ya herméticamente. «No sabéis cómo estaba, en los huesos», explicaba Florita a todas las visitas que iban llegando. Primero, los tíos y primos de Medina. Más tarde los de Valladolid. Y, con ellos, las primeras risas desde la sala de estar contigua al despacho, donde había quedado el ataúd abandonado a su destino. Una noche insomne, de la cocina a la sala, con bebidas y comida en bandejas, y de la sala a la cocina con platos, vasos y tazas para lavar. De vez en cuando, una cabezada en un sillón adormecida por los murmullos del rosario, dirigido por su tía Julia, y por los chistes de su tío Pepe, aquel hombre tan de la adoración nocturna, cuando acababan los misterios dolorosos. De vez en cuando, una visita al dormitorio donde estaba Dani, a ver si seguía durmiendo.

Con las primeras horas del día, llegaron algunos vecinos. Más tarde, el traslado a la iglesia, un sitio en la primera fila de bancos y el frío del suelo de granito subiendo desde los pies hasta las piernas y de allí al resto del cuerpo. El velo negro de Florita flotando en medio de todos sus hijos, los tres mayores a la derecha, los cuatro pequeños a su izquierda. Y la mano de Julia echando de menos el contacto de su hijo. «Los niños no vienen al funeral», había sentenciado Florita. Y todos los primos se habían quedado en casa al cuidado de la niñera que les cuidaba a ellos cuando eran pequeños, Tina. Ahora ya tenía más de setenta años. Pero todos la seguían llamando tata y continuaba siendo la que les daba los mejores abrazos. Aquel día, presidido por la muerte del padre, también.

Cuando abrieron el panteón, la visión fugaz del pequeño ataúd con los restos ya reducidos de su hermano, muerto hacía más de diez años, cubierto por témpanos de hielo, azul cobalto sobre negro azabache, esperando la compañía del segundo muerto de la familia.

Al llegar la noche, Florita le había pedido que durmiera con ella en aquella habitación de dos camas. No supo negarse. Se tumbó en la cama y se tapó hasta el cuello. No se giró hacia ninguno de los lados y eso fue una

anomalía. Cuando el sueño empezó a vencerla, el descenso de un enorme velo negro fue detenido por un grito.

—Hija, ¿por qué no habías dicho que te impresionaba dormir en esa cama? —dijo Florita sin levantarse.

—No pasa nada, mamá. No te preocupes. Me doy media vuelta y me duermo. —Y así fue.

Al día siguiente por la mañana, Julia no fue la primera en levantarse después de Florita. Cuando se despertó, se dio cuenta de que la cama de su madre estaba ya vacía y eso no la sorprendió, pero sí lo hizo pensar que ni siquiera la había oído salir del dormitorio. Miró el reloj: las nueve y media. Increíble. Entró en el cuarto de baño que había adosado a aquella habitación, se lavó la cara y se quedó un buen rato mirándose al espejo. Acarició la máquina de afeitar eléctrica de su padre y pensó en cuánto tiempo se quedaría todavía por allí, recordando una presencia que ya no estaba. Se puso la abrigada bata de paño que había sido de él y salió al pasillo.

En la cocina encontró a su hermano Dionisio hablando con una madre que estrenaba ese día el papel de viuda. La cara demacrada pero serena. Después de tantos años de cuidados, y sobre todo de unos últimos meses durísimos, la muerte de su marido seguramente significaría para Florita la posibilidad de una vida de menor entrega a los demás y de más tiempo para ella misma, pensó Julia. Florita y Dionisio estaban sentados en las dos butacas bajas de cuero, con diseño de mueble castellano popular, que siempre estaban cerca de la inmensa chimenea que en los viejos tiempos había sido la cocina de paja de aquel caserón y que ahora solo se utilizaba para calentar aquella estancia y construir el mejor punto de reunión de la casa. Los azulejos con dibujos de faisanes de larguísimas y coloreadas colas que ocupaban la parte de atrás del fuego estaban cubiertos, hasta cierta altura, por el hollín que se iba acumulando allí durante el invierno y que se limpiaba cuidadosamente al principio del verano, cuando ya se preveía que no se utilizaría la chimenea hasta el otoño siguiente.

Dionisio no era el primogénito, pero sí el que llevaba el nombre del padre, puesto que el primero de los hijos había sido bautizado con el nombre del abuelo paterno, como se llevaba haciendo en aquella familia desde tiempos inmemoriales. Desde la infancia, había sido el más cercano a Florita, y, una vez pasada la crisis en que Florita le echó de casa por abandonar la preparación de las oposiciones a notarías, habían reconstruido una relación muy cercana que escapaba a la comprensión del resto de los hermanos. Además, su bufete de abogado en Madrid funcionaba muy bien y su

especialización en temas patrimoniales y derecho de familia le iba a convertir muy pronto en el apoyo que Florita necesitaba para la gestión de su enorme patrimonio ahora que su marido ya no estaba. Julia se dio cuenta de que su llegada a la cocina había interrumpido una conversación y le pareció que no querían compartirla con nadie.

—No os preocupéis, que me pongo el café y voy a ver si Dani ya está despierto.

—No, hija, no. Quédate. Solo estamos hablando de qué voy a hacer ahora. Yo aquí en Medina no me quiero quedar todo el año.

—Y yo le estoy proponiendo que se venga a vivir a Madrid. Es donde vivimos dos de sus hijos, de los mayores, y es donde estará más acompañada. Además, también estará cerca de Medina y podrá venir con nosotros a darle una vuelta a la casa siempre que quiera.

—Yo los veranos, desde luego, los quiero pasar aquí.

—Pero, mamá, también tienes dos hijos en Alicante, los dos pequeños.

—Pues que se vengán conmigo a Madrid. Yo en Alicante no me quedo. Todos sabéis que yo con la gente de allí no me entiendo. Fenicios, los llamaba tu abuela. Y fenicios los veo yo.

—Y, si pasas los veranos aquí, en Medina, ¿qué va a pasar con el chalé de El Campello? —preguntó Julia. La pregunta quedó sin respuesta porque la cara somnolienta de Dani apareció en la puerta y a Florita se le iluminó el rostro.

—Se acabó la conversación. A ver qué quiere este niño para desayunar.

Al día siguiente por la noche, Julia y Dani ya estaban en Barcelona y las rutinas fueron cayendo unas sobre otras, como lo hacen las hojas del calendario en algunas películas en blanco y negro cuando quieren narrar el paso del tiempo. Y día a día fueron construyendo una alfombra mullida sobre la que, pisando despacito, Julia logró amortiguar el dolor de la pérdida.

A principios de junio de aquel año, un jueves por la noche, Roberto llamó por teléfono.

—Hola, Julia. Mañana voy a Barcelona, a un congreso, y me gustaría que nos viéramos.

—Ah, qué bien. ¿Quieres pasarte por casa y así ves a Dani también?

—No, no. Lo que quiero es hablar contigo sobre una serie de cosas que me preocupan. Y para eso es mejor que estemos solos. ¿Estás libre a la hora de comer?

—Sí, mañana acabo las clases a la una. Por la tarde he quedado con Berta, la coordinadora del grupo de coeducación del ICE, pero es a las cinco. Así

que tengo tiempo para comer contigo.

—Perfecto.

—Mira, sobre la una y media ya estaré en casa. Llámame cuando quieras a partir de esa hora y quedamos.

—Te llamaré hacia las dos, que es cuando espero haber acabado con mi intervención.

—Muy bien, pues hasta mañana.

Al día siguiente, al terminar su intervención en el congreso, Roberto se dirigió a la recepción del hotel y pidió un teléfono. Tenía muy bien pensado lo que le quería decir y también que de este viaje a Barcelona no pasaba. Pero le había costado tomar la decisión y, en algún momento, incluso había dudado en si dejarlo para otra ocasión: no quería superponer nervios a nervios. Claro que unos eran ligeros, los que le producía todavía, a pesar de los años, el hablar en este tipo de reuniones, teóricamente tan profesionales, pero que, por estar tan embadurnadas con el dinero de los laboratorios farmacéuticos, le repugnaban. Los otros nervios, los de verdad, se habían instalado en él desde hacía unos días y habían ido adquiriendo la forma de una inquietud casi permanente, la que le producía tener que marcar el número de teléfono de Julia. Marcó las nueve cifras que empezaban por el noventa y tres y esperó. Al quinto timbrazo, Julia respondió:

—¿Diga?

—Hola, Julia, soy yo, Roberto. Ya he acabado. Cuando quieras y donde quieras, comemos.

—¿Qué hora es? Ah, las dos y media. ¿Qué te parece si nos encontramos en el Leopoldo sobre las tres? Tienen un menú no muy caro a mediodía. —A Roberto le dio tiempo a pensar que el Leopoldo le quedaba lejísimos, pues tendría que ir desde el Hotel Reina Sofía, en la Diagonal, hasta el Raval. «Pero, bueno, lo importante es lo que tengo que decirle».

—Vale, cogeré un taxi. —«¡Que todos los problemas fueran como ese!», que diría doña Florita, pensó.

—Pero si puedes venir en el metro, Roberto. La línea 5 te trae directamente hasta Liceo. Es rapidísimo.

—Julia, no me organices la vida. Que no tengo ganas de coger el metro. Cogeré un taxi y punto.

—De acuerdo, a las tres en el Leopoldo.

Él fue el primero en llegar y eligió la mesa más cercana a la puerta. Se entretuvo en mirar la carta, que le había acercado un camarero, y pensó que todo era carísimo y que no veía un menú por ningún lado. Ella llegó a los

cinco minutos con el casco de la moto colgado de su brazo, como si fuera un bolso, y un enorme macuto en bandolera que parecía tener la suficiente capacidad para que cupieran todas las actividades que la persona más activa del mundo pudiera desarrollar en un solo día. Una sonrisa, un beso en la mejilla y ya estaba sentada en la silla de enfrente. Miró la carta y dijo:

—¿Pero no te han traído la del menú? Espera un segundo. Rosa —dijo mirando a una mujer de su misma edad que se encontraba en la caja—, que nos traigan las cartas del menú, porfa.

Fue la misma Rosa la que les llevó los dos papeles escritos a mano en los que aparecían dos primeros y dos segundos.

—No digas muy alto lo del menú, Julia, que solo os lo ofrecemos a los clientes habituales. Oye, y ¿cómo está Dani?, que hace tiempo que no le traes y el abuelo siempre está preguntando por el niño. Dice que cuando no venís los domingos se aburre viendo él solo la televisión en el altillo.

Julia prometió que el domingo siguiente vendría con el niño, y ella y Roberto se concentraron en la carta. Canelones y albóndigas con sepia, eligió ella, y Roberto la imitó. Hablaron de todo, de qué tal el congreso, él, de qué tal las clases en el instituto, ella, de qué tal Concha, él, y de las mil cosas que hacía, ella. Se acercaba el momento de decidir entre la macedonia o el flan y Roberto seguía sin poder soltar lo que quería decir. Por fin, cuando Julia estaba metiendo en su boca un trozo de piña, salió:

—Bueno, yo no he venido a comer contigo simplemente para que nos pongamos al día sobre nuestras vidas. Lo que quería decirte es que si en algún momento Daniel me busca para que le haga de padre, yo le diré la verdad. Ya sé que hasta ahora él no lo ha hecho. Pero eso no quiere decir que no lo pueda hacer en un futuro. —Roberto respiró produciendo un ruido que se acercó al del suspiro y logró continuar—: Bueno, y lo que he pensado es que será mejor que seas tú la que le cuente toda esta historia, antes de que lo tenga que hacer una persona que para él es casi un desconocido, ¿no te parece?

Había intentado que todo sonara tan natural como a Julia le habría gustado que fuera. Sin embargo, se dio cuenta, por cómo el trozo de piña volvía a la copa de macedonia en vez de entrar en la boca de Julia, que, de nuevo, no lo había conseguido, y que le había salido con aquel plus de tensión que ella tantas veces le había recriminado. Julia volvió a coger el trozo de piña, lo introdujo en su boca, como para darse un tiempo, y condujo la conversación.

—Quizás tengas razón —reconoció pensativa— y sea ahora el momento de contarle a Dani cómo fueron las cosas. Ya tiene la suficiente edad para

darse cuenta de qué le puede contar a su abuela y qué no. Además, últimamente he hablado con Simón y a él también le gustaría acabar con los misterios y que pudiéramos visitarlo en Granada en alguna ocasión. No te preocupes. Dentro de poco se lo cuento todo y te llamo para decírtelo.

A la salida del Leopoldo, Julia se subió a la vespa y se despidió de Roberto como si se fueran a ver al día siguiente. Sonrisa y beso en la mejilla, de nuevo.

—Besos a Concha. Ah, y a los niños, claro. Y ahora vuélvete en el metro, anda, que es muchísimo mejor —fue su última frase antes de desaparecer.

Él echó a andar por la calle hospital y, sin saber muy bien por qué, dejó atrás la parada de metro de Liceo y continuó Ramblas arriba. Quizás no fuera mala idea seguir andando hasta el Reina Sofía a ver si la inquietud abandonaba su garganta y se ponía en algún otro lugar de su cuerpo en que fuera menos molesta. La verdad es que lo consiguió y, cuando cruzaba la plaza de Francesc Macià, que él, a veces, todavía llamaba de Calvo Sotelo, se dio cuenta de que tenía la absoluta certeza de que Julia sabría cómo hacer las cosas. Cuando llegó al Hotel Reina Sofía y entró de nuevo en la sala donde se celebraba el congreso, comprobó que se había perdido las primeras intervenciones de la tarde, pero también estuvo seguro de que la opción del larguísimo paseo había sido la buena.

Aquel verano fue el último de El Campello y todos, menos Florita y Dionisio hijo, intentaron que desapareciera el cartel de «se vende» de la verja delantera. Pero no lo consiguieron y la casa se vendió en septiembre. El verano había pasado, y Julia seguía sin poder hablar con Dani de lo que tenía que hablar. Un día llamó a Roberto.

—Roberto, he pensado que antes de armar todo este lío quiero que te hagas una prueba de paternidad. Ya sé que tú siempre has pensado que Dani no es tu hijo, pero quiero estar segura de que es así antes de seguir desenredando esta madeja.

—Lo que tú quieras, Julia. Aquí en Valencia ya se hacen esas pruebas en La Fe, pero, de todas maneras, es obligatorio que le expliques algo a Dani porque tendréis que venir aquí a hacer las extracciones de sangre: se hacen a los tres juntos en el mismo momento.

Y Julia empezó a marcarse plazos: «En Navidades se lo digo». Pero pasaron las Navidades en Medina y no lo hizo. «Este fin de semana se lo digo». Y pasaba el fin de semana y no se lo decía. Por fin, el fin de semana en que Dani cumplía diez años, Julia fue capaz de encarar la conversación que tenía pendiente con él. Hacía ya varios años que iban a esquiar con un grupo

de amigos el fin de semana más cercano al cumple de Dani. Para celebrarlo. A Dani le encantaba. Ese año fueron a esquiar a Port del Compte con Susi, que siempre los acompañaba, y con Francesc, que desde la época de la comuna seguía siendo la pareja estable de Julia. También formaban el grupo otros amigos y sus hijos. Pero, a pesar de estar casi todo el día rodeados de gente, Julia logró romper el tabú.

Fue en la tarde del domingo cuando el fin de semana estaba a punto de acabar: el grupo esperaba a que el telesilla se pusiera de nuevo en marcha, pero, de manera bastante sorprendente, estaban en silencio. Era como si haber alcanzado el punto más alto de la estación y poder contemplar una parte de las montañas a la que hasta ese día no habían llegado obligara a todos a convertirse en mudos observadores del paisaje. También los niños estaban callados. El cansancio de dos días sin parar parecía haber hecho mella en ellos. Dani miraba absorto la única nube que rompía aquel cielo tan azul y que parecía estar apoyada en el pico más alto.

—Mira, parece una cama flotante hecha con algodón —oyó Julia que decía Dani a Joana, la única niña del grupo, dos años mayor que él, en un tono de voz tan quedo que parecía estar susurrando un pequeño secreto.

El telesilla empezó a moverse como renqueando y rompió aquella sensación de serenidad absoluta poniéndolos en movimiento. Pero el silencio se mantuvo en el grupo, ayudado por la suavidad que proporcionaban los ligeros crujidos que producía su arrastrarse sobre la nieve y lo acolchado de la vestimenta, que fortalecía la sensación de que los movimientos se hacían a cámara lenta. Los niños no pidieron subir juntos y ellos solos, como si ya hubieran entendido que no los iban a dejar o como si quisieran no tener que hablar durante ese trayecto. Mientras Joana esperaba con Francesc a que el telesilla les recogiera desde atrás, como una gran cuchara manejada por un gigante que los obligara a sentarse plácidamente para pasearlos en volandas a tres metros de la nieve, Julia pasó con suavidad la mano por las mejillas de Dani y por sus pequeñas orejas enrojecidas por aquel frío tan intenso. Ponte el gorro y los guantes, por favor, que estás helado y, además, no quiero que se te caigan en el trayecto y luego tengamos que bajar a buscarlos fuera de pista como nos pasa siempre. Dani obedeció sin protestar mientras seguía mirando la nube-cama de algodón. Julia pensó que a lo mejor se estaba poniendo enfermo. Otras dos sillas llegaron y las dos grandes cucharas manejadas por el gigante los recogieron también a ellos. Ese era el momento, Julia lo tuvo claro. Como para darle más ánimos, el telesilla se volvió a parar, dejándolos colgados a mitad del trayecto y meciéndolos con un suave balanceo, como si

estuvieran en un columpio de cuento sobre un terreno azucarado. Dani miraba de nuevo a la nube-cama y Julia le dijo que le tenía que contar un secreto muy importante. Por cómo la miró Dani, supo que había acertado con el momento elegido.

—¿Qué secreto?

—Es sobre tu padre.

—Yo no quiero saber ningún secreto de ese señor tan tonto.

—No, Dani. Espera, que es un secreto mucho más complicado. Es que Roberto, ese señor, como tú lo llamas, a lo mejor... —El telesilla volvió a arrancar y Julia dejó la frase en el aire.

—¿A lo mejor qué? —preguntó Dani mientras se bajaban los dos del telesilla y se encontraban a todo el grupo esperándolos. Julia no contestó—. ¿A lo mejor qué? —volvió a preguntar Dani.

—Luego seguimos, cuando estemos solos. —Dani intentó protestar con la mirada, pero Joana le llamó y tomaron los dos la delantera.

—Por la roja, no, por la roja, no —dijeron los adultos mientras veían a Dani y a Joana desaparecer por la pista más empinada de aquella estación, pequeña y sin grandes peligros. Francesc fue tras los niños, como siempre, mientras los demás tomaban la pista azul que los llevaría tranquilamente a la base. Cuando llegaron se encontraron al trío ya esperándolos y las caras de enfado de las madres tuvieron que suavizarse frente a las caras de satisfacción de sus hijos.

Ya no tenían tiempo de coger otro remonte, así que fueron hacia el autobús de La Tenda que los devolvería a Barcelona. El maletero abierto les permitió recuperar su calzado y quitarse las botas de esquí. Cuando estaban subiendo al autobús, Dani volvió a la pregunta:

—Mamá, ¿a lo mejor qué?

—Te contesto al llegar a casa, Dani, que ahora no es el momento. Anda, siéntate con Joana. —Dani obedeció, pero lanzó una mirada a su madre que quería decir que no pensaba olvidarse.

Ya sentada en el autobús, al lado de Francesc, en los asientos de detrás de los de Dani y Joana, Julia intentó dormir. Estaba cansadísima. Solo consiguió quedarse a mitad de camino, en un duermevela que vino acompañado de un verso de Quevedo, teñido de gris marengo por la voz de Paco Ibáñez. El verso se quedó prendido en el confortable hombro de Francesc sobre el que Julia apoyaba la cabeza. «“Pues amarga es la verdad, quiero echarla de la boca”, cercenada, cercenada la verdad, oculta en jirones tras la mirada de mi madre. Quiero echarla de la boca... Hoy se acaba la mentira, él me pide que se acabe,

para él se acaba, por él se acaba, cara de niño convertida en pregunta, ojos verdes de demanda intensa... Tantas veces pospuesta la verdad, tantas veces cercenada, saliendo a trozos entre mentira y mentira». Se fue el primer verso y llegó el segundo: «“Y si al alma su hiel toca, esconderla es necesidad”. Él, ojos de niño, y yo, la boca seca, lija la lengua, hiel humedeciéndome el alma. Humedezco mi lengua, la engraso con la verdad, repetida por mi voz sin hacer ruido y cuando no están cerca sus oídos. En susurros, como queriendo salir y no pudiendo, queriendo decir y no diciendo, no pudiendo decir, pero queriéndolo. Él me pide una verdad de luz blanca que le ponga en su lugar en el mundo. Yo le voy a dar una verdad tamizada. Cercenada ya no, entera, pero pasada por el tamiz insólito del largo tiempo de la ocultación. Árbol frondoso. Chopo hojiblanco junto al río, que cambia del blanco de la verdad al verde de la mentira según sople el viento. Hoy, el tamiz dejará pasar algo de luz y con ella nuevas preguntas se abrirán entre los huecos que dejen las ramas de las medias verdades. Lirios blancos en aguas verdes. Nosotros dos solos: la mirada preguntona de un niño y la boca reseca de una madre que quiere soltar de una vez una verdad tan grande como el chopo junto al río. No, no quiere. No es verdad que quiera. Pero tiene que soltar su lengua y decirlo de una vez. Miradas intensamente conectadas por el hilo de luz de la verdad en una línea combada, de poste a poste. ¿Qué espero? Un cambio en la mirada demandante. Pero ¿hacia dónde me llevará?».

—¿Estás dormida? —preguntó Francesc—. Te veo muy inquieta. A ver si te estás poniendo enferma.

—No, no estaba dormida y no me estoy poniendo enferma —dijo Julia separando su cabeza del hombro de Francesc—. Estaba pensando que mejor hoy no te quedes a dormir en casa, ¿te importa? Es que tengo que hablar con Dani nada más llegar. Por fin he conseguido empezar. Y creo que es mejor que estemos solos.

—No te preocupes, que me voy a mi casa. Anda, duerme un poco. Y quítate el jersey, que estás sudando como un pollo. —Julia se quitó el jersey, pero se lo echó por delante del cuerpo. Metió las manos debajo, las tenía heladas, y volvió a apoyar su cabeza en el hombro de Francesc. Entonces sí se quedó dormida. No se despertó hasta que Francesc le dijo que ya habían llegado. El autobús estaba parado en vía Layetana, ante La Tenda. Julia despertó a Dani y, mientras le ponía el anorak, él, como saliendo de un paréntesis, volvió a preguntar:

—Mamá, ¿a lo mejor qué?

—En cuanto lleguemos a casa te lo cuento. De verdad. Anda, coge tu mochila y pónela, que Francesc se lleva los esquís y las botas en el coche a su casa y nosotros nos vamos andando. Me apetece dar un paseo.

Cargados cada uno con su mochila, tomaron Consejo de Ciento hasta Rambla de Cataluña y por allí subieron hasta la calle Rosellón, donde vivían entonces. Los anoraks abiertos porque abrigaban demasiado para la temperatura de Barcelona, subieron los cuatro pisos sin ascensor que los dejaban a la puerta de aquella enorme casa del Ensanche, preciosa pero destartada. Al principio la habían compartido con los que se habían marchado de la comuna, pero ahora la ocupaban solo ellos dos. Habían tenido la suerte de ser los que se fueron quedando cuando todos los demás se iban marchando. Les sobraba casa por todas partes. Julia se había ido extendiendo por las habitaciones que daban al interior de la manzana: la galería, la sala y dos pequeñas habitaciones interiores, una hacía las veces de ropero y otra de dormitorio. Dani tenía su habitación y su sala de juegos en la parte que daba a la calle. Y todavía quedaba otra sala, ocupada por un despacho que se había montado allí Susi, que seguía compartiendo casa con otra gente, pero que, precisamente por eso, había decidido guardarse un espacio tranquilo allí para trabajar durante el día. Los guiones que escribía para los programas de entrevistas que hacía Montserrat Roig en TV2 le exigían muchas horas de despacho que prefería hacer fuera de su casa, «para cambiar de ambiente», decía ella. A Susi le venía muy bien disponer de aquel espacio de trabajo y a Julia también, le suponía una ayuda para pagar el alquiler.

—¿Cenamos primero? —preguntó Julia en cuanto cerró la puerta.

—No, cenamos después —dijo Dani cogiendo a su madre de la mano y llevándola hacia el sofá de la galería.

Por el larguísimo pasillo, Julia iba diciendo: «Quiero cenaaaaarrrrr», y Dani contestaba: «Pues aguántateeee». Repetían un juego que los dos habían heredado de Dionisio, que lo había jugado primero con su hija y después con su nieto.

Se sentaron muertos de risa en el sofá, los dos de medio lado, como para no perder en ningún momento el contacto visual que testificaría la verdad de la confidencia. Y esta vez Julia consiguió contarle todo a su hijo, de un tirón: la lucha de Roberto y ella contra la dictadura franquista en la Universidad de Valencia, la prohibición de seguir estudiando allí, el secuestro en la casa de Alicante, la boda con Roberto, su marcha a Granada, la continuación de la lucha, la detención de Roberto en Granada, la detención de ella, la mili sin prórroga de Roberto, sus ideas sobre la libertad en las relaciones de pareja, el

encuentro con Simón, su historia de amor, su embarazo, la detención de todo el grupo, su tiempo en la cárcel de Granada, el tiempo de Simón en la misma cárcel pero separados por el muro infranqueable que dividía la cárcel de hombres de la de mujeres, su vuelta a Valencia, su nacimiento, la separación de Roberto... Y, entre toda esta retahíla de hechos, el intento de explicación de por qué había sido imposible contarle todo esto a sus abuelos. Florita fue apareciendo en el relato como el personaje que impedía vivir de acuerdo con la verdad, a la que había que ocultarle todo aquello. Y Dionisio como el posible depositario de un dolor que no habría podido soportar. Cuando Julia calló, Dani lo resumió todo en una frase:

—Así que para que tú no te enfadaras con la abuela, yo no he podido saber en todo este tiempo quién era mi padre.

—Eso es exactamente lo que ha pasado, Dani. Pero, a partir de ahora, nos diremos siempre la verdad. ¿Vale? Ya tienes diez años, ahora ya puedes comprender todas estas cosas, ¿no?

—Sí, vale. —Dani le extendió la mano—. Choca esos cinco —dijo, de nuevo imitando a su abuelo. Julia le dio la mano, pero lo arrastró hacia así, lo levantó del sofá y lo llevó abrazado hasta la cocina.

—Y, ahora, sí que vamos a cenar, que me muero de hambre. Uy, ¡cuánto pesas! Me parece que ya no te voy a poder llevar en brazos ni dentro de casa.

Julia preparó unos espaguetis con salsa de tomate y salchichas. No quedó nada.

Tras haberle contado todo a su hijo y una vez arrancada la promesa de que jamás se lo diría a su abuela, empezaron las llamadas por teléfono y los viajes para intentar poner todo en su sitio. Julia les pudo decir a Roberto y a Simón que Dani ya conocía toda la historia. Julia y Dani fueron a Valencia para las extracciones de sangre, en La Fe, que permitirían hacer las pruebas de paternidad. De nuevo un encuentro en la cafetería de un hospital, esta vez sin vasos derramados, pero con el mismo silencio entre ellos que solo sabían romper para dirigirse a Julia. Ellos dos a punto de desmayarse durante la extracción y Julia tan campante cuando se la hicieron a ella. Al cabo de quince días, los resultados: negativo. Roberto pudo confirmar su verdad y dejó de darle vueltas al tema durante algún tiempo. A principios de septiembre, tras el verano, pasado en Medina y en el que Dani supo mantener el secreto, Julia y él fueron a Granada para que Dani conociera a Simón.

—¿Seguro que no te acuerdas nada de él? Alguna vez vino a Barcelona a vernos y siempre te regalaba cuentos. Pero nunca te dijimos que podía ser tu padre, claro.

—No me acuerdo de nada, mamá.

—Claro, es que eras muy pequeño.

En Granada se quedaron en casa de Irene, que ahora era ya la de ella y Emilio, el hermano de Julia con el que se había casado hacía ya siete años. Tenían una niña a la que habían puesto Julita, en honor a su tía. Después de la cena, mientras los niños jugaban en la habitación de la prima, los adultos recopilaban recuerdos: que si la época de la facultad, que si los churros que Irene llevaba a Julia a la cárcel, que si... Y Julia también se enteró de cosas que no sabía: Roberto y Concha también se quedaban en su casa cuando venían a Granada y Emilio e Irene habían seguido durante años las preocupaciones de Roberto. Irene le contó a Julia que siempre habían sabido cómo él había sido incapaz, en todos esos años, de dejar de pensar en aquel tema que, a pesar del efecto tranquilizador de Concha, le obsesionaba y le llevaba a bandazos desde la necesidad de aclarar todo aquello cuanto antes hasta la sensación de culpa por no poder dejarlo todo como estaba y hacer de padre de Dani como Julia le había pedido.

—Pues la verdad es que, al final, le agradezco que me haya llevado a empujones a donde hemos llegado. Creo que es la mejor situación posible. Dani está mucho más contento. Incluso me cuenta más cosas de las que le pasan, como si la promesa de verdad que nos hemos hecho le obligara de alguna manera a cumplir su parte del pacto. Y yo me siento mucho mejor ahora que no hay secretos entre nosotros. Lo único que me preocupa es que no se le escape nada delante de su abuela.

—Bueno, a estas alturas, eso ya no debería preocuparte tanto, Julia. Mamá tiene cada vez la cabeza más perdida. No me dirás que no te has dado cuenta —dijo Emilio.

—Pues perdida o no, a mí me sigue provocando pavor que se llegue a enterar de toda esta historia. Es que con esto no puedo.

Al día siguiente, a las once de la mañana, Dani y Julia salían del portal de la casa de Irene y Emilio en Pedro Antonio de Alarcón. Julia propuso a Dani que fueran dando un paseo hasta el Albaicín. Era mejor dejar el Ford Fiesta que entonces tenía Julia aparcado donde estaba, porque después les costaría encontrar otro sitio.

—Está un poco lejos y es cuesta arriba, pero seguro que nos vendrá bien —le dijo—. Además, Granada es muy bonita y tú casi no la conoces.

Dani aceptó, algo más callado que de costumbre. Cuando pasaron por Puentezuelas, Julia empezó a hablar:

—Mira, aquí estudiábamos Simón y yo. —Le puso el brazo sobre el hombro y le acarició la nuca—. Ahora es la Facultad de Traducción e Interpretación, pero era la de Filosofía y Letras entonces. —Dani no dijo nada y Julia se sintió incómoda—. Ya verás, te caerá muy bien. Estoy segura de que te va a caer muy bien, porque, además, él tiene muchas ganas de verte, de hablar contigo.

Siguieron su camino hacia la plaza de Bib Rambla, y Julia siguió hablando como lo hace quien necesita llenar todos los silencios y, con tal de hacerlo, no le importa repetirse.

—Seguro que te sentirás bien, no tienes por qué preocuparte, y enseguida te tranquilizarás.

—Yo no estoy preocupado —dijo Dani lacónico—. ¿O lo parece?

—No, no, no lo parece, no te preocupes.

—No, si ya te he dicho que no me preocupo. No estoy nervioso ni me preocupo. Me parece que la que sí estás nerviosa eres tú, que no puedes parar de hablar. Déjalo ya, anda, que no hace falta que me cuentes más cosas. Ya me lo has contado todo, ¿o no?

—Sí, sí, ya te lo he contado todo. Pero es que ahora necesito hablar, me sienta bien seguir hablando. Déjame, anda.

—Vale, si te sienta bien...

—Bueno, pues te quería decir que en cuanto pase un poco de tiempo, todo esto te parecerá solo una historia bastante extraña que tu madre ha tardado demasiado en contarte. Y me perdonarás, estoy segura de que me perdonarás, porque has entendido el porqué de todo este lío.

—Sí, sí. Lo he entendido —dijo Dani con el sonsonete que utiliza quien empieza a estar cansado de haber oído muchas veces lo mismo. Pero Julia siguió hablando.

—Si es que todo esto ha sido por culpa de la abuela y su manera de ver el mundo —y volvió a la carga—. Y hoy, seguro que estarás un poco tímido al principio, normal, pero enseguida serás el Daniel de siempre, el que no para de hablar, el que lo pregunta todo, porque quiere saberlo todo, y el que no se queda tranquilo hasta conseguir la respuesta completa. Aunque ahora quizá pensarás que se te había pasado justamente la pregunta más importante, la que necesitaba la respuesta más completa y que ni siquiera se te había venido a la cabeza.

—Pues sí. La verdad es que no se me había pasado por la cabeza. Es que ha sido todo un poco raro. Pero ya está. No te preocupes.

—Sí, bastante raro. Pero, bueno, a partir de ahora podrás preguntármelo todo, te lo prometo, y podrás estar seguro de que te diré siempre la verdad y de que se acabarán las mentiras. Ya eres mayor y sabrás ocultarle a la abuela lo que ella no tiene que saber, porque ella estas cosas no las entiende, ya lo sabes. Mantendremos juntos el secreto, pero ya no habrá más secretos entre nosotros. Solo para la abuela. Bueno, y también para algunos de tus tíos, claro. Y, estarás pensando «¿qué pasará a partir de ahora? ¿Veré mucho a mi padre?».

—No estoy pensando nada —dijo Dani en un susurro, que Julia pareció no oír, porque continuó.

—Y a esto sí que no te puedo contestar. Solo te puedo decir que yo creo que sí, que lo verás bastante, que entre los dos sabréis construir una relación que hasta ahora no ha podido ser. Yo le conozco a él y también te conozco a ti, y estoy segura de que os llevaréis muy bien. Le podrás llamar por teléfono cuando quieras y vendremos mucho más a Granada. También le podrás ver en Barcelona, cuando venga a visitarnos o a algún congreso. Seguro que no te acuerdas, pero vino algunas veces, cuando eras muy pequeño. ¿Te sonará su cara?

—Mamá, ya me lo has preguntado mil veces. Y te he contestado que no me acuerdo de nada.

—Bueno, pero ya verás cómo os parecéis. Si alguna vez viene a Barcelona, os va a encantar estar juntos allí, porque él también es amigo de Susi y seguro que iremos los cuatro a comer al chino de debajo de casa, el que tanto te gusta —como si el acento del chino la hubiera llevado a un lugar absurdo, cambió de tema—: Te sorprenderá su acento, tan granadino, tan diferente al nuestro, tan parecido al de tu prima. Pero ya verás cómo su manera de hablar, que pasa de un no parar de decir cosas al silencio total, como quien hace una larga pausa para recobrar fuerzas y pensar un rato, también se parece a la tuya. ¿No te das cuenta de que yo a veces te digo: «Daniel, para de hablar un rato, por favor, que no puedo más»? Y otras: «Pero por qué estás tan callado, di algo, anda». Pues lo mismo le decía a tu padre antes de que tú nacieras.

Cuando pasaban por la plaza Nueva, Julia señaló el Palacio de la Chancillería.

—Mira, aquí fue donde me trajeron en un coche de la Policía cuando estaba embarazada de ti. ¿Te acuerdas de que te lo conté en Barcelona? Y el juez me mandó a la cárcel.

Y, aquí sí, Julia paró de hablar y los dos guardaron silencio mientras caminaban por la Carrera del Darro. Al llegar al paseo de Los Tristes y ver la Alhambra, Julia volvió a empezar:

—Mira qué maravilla. Tu padre te contará muchas cosas de Granada, porque sabe mucho y lo cuenta muy bien. Seguro que te interesarán sus historias de la Granada nazarí. ¡Ah!, y en la Alhambra, te llevará a la biblioteca, porque trabajó allí mucho tiempo, y te contará secretos del lugar que casi nadie conoce. Pídeselo, dile que te enseñe la Alhambra, le encantará que se lo pidas.

—No le pienso pedir nada.

—Bueno, lo que tú quieras, pero dame la mano, anda.

—Mamá, que ya no soy un niño. Que me da vergüenza.

—Va. Hazlo por mí. ¿Qué te cuesta? Que hasta hace nada íbamos siempre de la mano y eras tú el que me lo pedías y hoy es un día especial y tengo ganas de ir de la mano contigo.

Dani extendió su mano con desgana, y Julia se la apretó varias veces mientras subían por la cuesta del Sacromonte.

—También conocerás su apartamento del Albaicín, en la cuesta de la Alhacaba, y te mostrará la muralla que se ve desde la terraza: es la de la Alcazaba Qadima. Imagínate, del siglo ^{XI}, mucho más antigua que la Alhambra. Seguramente conocerás pronto a Manuela, la mujer de tu padre, y ella también te caerá muy bien, porque es encantadora. Y, cuando pase un tiempo y os conozcáis bien, podrás hablar con tu padre de todos tus problemas, porque la vida se complica según crecemos y quizás ya no me quieras contar todo a mí o te parecerá que yo ya no te entiendo. Pero, entonces, podrás contárselo a él. Te escuchará y te dará buenos consejos, para la vida y para los estudios. Porque seguro que estudiarás mucho, ¿verdad?

Simón había llegado diez minutos antes de la hora fijada a la plaza de San Miguel Bajo, su lugar favorito del Albaicín. Precisamente por eso había propuesto que se encontraran allí. La verdad es que sabía que llegaría en solo cinco minutos andando desde su casa, pero le había sobrado el tiempo y había preferido lanzarse a la calle antes que esperar sin saber muy bien qué hacer. Camino de la plaza, recordó que ella no era puntual, pero, al llegar, por si acaso, recorrió con la mirada todo el espacio: quizá el tiempo hubiera cambiado sus costumbres. También pensó en si Julia habría cambiado mucho, llevaban bastantes años sin verse. «Y el niño, ¿cómo será ahora el niño, con

ocho años más? Porque la última vez que le vi creo que no había cumplido los tres años».

Se había puesto una camisa blanca de manga corta, impecable, que llevaba metida dentro de unos vaqueros que parecían recién estrenados. Los brazos y la cara surgían de las mangas y el cuello de la camisa proclamando un color moreno de fin de un verano pasado casi por completo en Salobreña. Allí había dado un buen empujón a la tesis doctoral, aunque no la había rematado del todo, como se había propuesto al terminar las clases. La corrección de los trabajos de sus alumnos le habían ocupado más tiempo del deseable, como era habitual en él. Seguía tan delgado como siempre, aunque una ligerísima barriga parecía querer adivinarse por encima del cinturón de cuero. Un afeitado perfecto hacía extraño pensar que el apodo con el que se le conocía en la facultad, en aquellos tiempos en que se había enamorado de Julia, era El Barbas. Las nuevas maquinillas de afeitar de doble hoja, que compraba cuando iba a Madrid porque en Granada no se encontraban, le proporcionaban un afeitado que le hacía aparecer tan lampiño como un bebé. Unas ligeras entradas conseguían que su cara pareciera todavía más grande que antes.

Se dirigió a la terraza del bar Lara, el único que había en la plaza, y se sentó en su mesa de siempre. A los pocos segundos, lo pensó mejor, se levantó y se dirigió a la barra para asegurarse de que la tapa del día era la cucharada de arroz con azafrán y guisantes que solían poner los sábados. Una vez confirmada la tapa, se asomó a la puerta del bar y volvió a recorrer la plaza con la vista, pues pensó que, justo en ese instante, podrían haber llegado y estar buscándole. No era así. Volvió a entrar y buscó al camarero.

—Una Alhambra, Pepe, por favor, y que esté bien fresquita, que la del otro día me la diste casi del tiempo y a mí la cerveza me gusta fría fría, no a medias tintas. —Pepe sonrió con sorna.

—Siempre igual, Simón. Anda, no te preocupes, que la cogeré de las que están al fondo de la nevera antigua, la de madera, que es la que mejor enfría.

Nadie que no le conociera muy bien habría dicho que Simón estaba nervioso, pues él siempre lograba transmitir esa sensación de calma chicha, de «aquí no pasa nada». Se instaló en la mesa y comprobó en su reloj que todavía faltaban ocho minutos para la hora de la cita, así que, cuando llegó el camarero, con la Alhambra y la cuchara sopera con arroz amarillo sobre un plato, le pidió que le acercara el *Ideal*, para matar la espera. Dio un buen trago al botellín de cerveza y pensó que sí, que estaba bien fría, como le gustaba. En cuanto tuvo el *Ideal* en sus manos, empezó a pasar páginas. En realidad

solo movía sus ojos sobre los titulares, sin conseguir interesarse por ningún contenido. Levantaba los ojos del periódico a cada momento y hacía nuevos barridos completos de la plaza con la vista. Ya era la hora, se había terminado la cerveza, había pasado todas las páginas del *Ideal* y pensó que no conseguiría estar sentado ni un minuto más, así que decidió pagar y levantarse a mover las piernas. Se conocía la Iglesia de San Miguel de memoria, pero se acercó a mirar su fachada de nuevo. Cuando estaba a punto de entrar, le pareció oír la voz de Julia. Volvió la cabeza hacia atrás de manera tan rápida que denotó que su tranquilidad era solo aparente.

La vio entonces llegar, con los pasos inseguros que caracterizan a las mujeres que se atreven a ponerse tacones, por muy anchos que sean, para andar por las calles, empedradas a la manera tradicional, de los barrios árabes de Granada. «Sí que la habría reconocido», pensó. Se fijó en que el niño llegaba casi a la altura del pecho de su madre. ¡Qué mayor estaba! Recordó que la última vez que lo había visto en Barcelona Julia le había prohibido que ni siquiera insinuara, «de ninguna manera», había subrayado, la relación que les había unido.

—Mira, con que le digas que hemos sido amigos es suficiente. Es por mi madre, ¿sabes? Yo no puedo privar al niño de una relación con sus abuelos que, excepto yo misma, son las figuras más importantes para él.

Ella lo tenía siempre todo tan claro y se explicaba tan bien que no se podía ni rechistar, solo cabía obedecer y callar. Pero, bueno, es que casi siempre terminaba por tener razón. O, si no, al menos lo parecía, pensó Simón. Y esbozó una sonrisa. La verdad es que aquella imagen, de madre e hijo, ella tan decidida y el niño tan concentrado, era una gozada.

—Mira, Daniel, este es tu padre. Ya verás, te va a caer muy bien. Estoy segura.

Daniel le extendió la mano, muy formal, y Simón se la cogió, pero aprovechó el impulso para tirar del niño hacia sí y darle un abrazo. Así lo que Dani había previsto como un saludo entre machotes se convirtió en el abrazo entre un padre y un hijo que llevaran mucho tiempo sin verse.

—Sí, yo soy tu padre y creo que tu madre va a tener razón, como casi siempre: nos vamos a caer muy bien, seguro. —Se volvió hacia el portón de la iglesia—. Estaba a punto de entrar. ¿Queréis que entremos o preferís tomar algo? Es que yo ya me he tomado una cerveza, como habéis llegado un poco tarde.

A Simón le pareció adivinar en la mirada del niño hacia su madre un gesto de reprobación, como si estuviera pensando: «Tarde, como siempre, claro»,

pero fue solo un instante porque Daniel contestó enseguida a su pregunta de forma clara.

—Yo no quiero entrar en la iglesia. Lo que quiero es beber un Cacaolat muy frío, que tengo calor y mucha sed. Luego vemos la iglesia, si quieres.

—Aquí no hay Cacaolat, Daniel, eso debe ser en Barcelona. Tendrá que ser una Puleva de chocolate —dijo Simón.

—Ah, pues en Valencia se llama Choleck. Vaya lío. Pero ¿la Puleva sabe igual? —preguntó Daniel.

—Casi, casi, creo. Vamos a probarlo y tú nos lo dices, como si fueras un catador de chocolates con leche.

—Mamá, ¿qué es un catador? —preguntó Daniel, pero fue Simón el que contestó:

—Un especialista en probar cosas de la misma especie para saber cuáles son más buenas que otras y qué las diferencia. Hay catadores de vinos, de aceites, de cafés, de casi todo, pero creo que todavía no existen los catadores de leche con chocolate, así que tú vas a inaugurar un nuevo oficio, ¿te parece bien?

—Sí, me parece bien —contestó el niño, todavía serio. Simón notó cómo le tiraba de la mano para que llegaran enseguida al bar y pudo ver cómo la cara de Julia se distendía. «Lo más difícil ya ha pasado», pensó.

Así que Simón volvió sobre sus pasos, pero esta vez acompañado.

—Pepe, una Puleva de chocolate, de la nevera antigua, y dos Alhambras, una con vaso, y de la misma nevera, ¡eh!

Cuando tuvieron las bebidas en la mesa, Julia se sirvió la cerveza en el vaso y, cuando dio el primer sorbo, Simón vio cómo se dibujaba en su labio superior un pequeño bigote de espuma que, aunque enseguida fue borrado por la punta de su lengua, le trajo muy buenos recuerdos. Después se fijó en que Daniel estaba bebiendo la Puleva a pequeños sorbos, con una actitud tan reflexiva que le hizo sonreír. Cuando acabó con todo el vaso, le preguntó:

—A ver, el veredicto del profesional.

—¿Qué es veredicto, mamá? —preguntó Daniel, pero de nuevo fue Simón el que contestó.

—Veredicto es «la decisión final que toma un juez cuando tiene que juzgar un delito».

—¡Ah!, claro. Ya lo sabía, pero no me acordaba muy bien. Pues mi veredicto es que la Puleva está más rica que el Cacaolat —dijo Daniel—. Ahora, si quieres, sí que podemos entrar en la iglesia.

—Vale, pues vamos —dijo Simón.

—Yo me quedo, que quiero echar una ojeada al *Ideal*. —Julia alargó el brazo para coger el periódico, que estaba abandonado en la mesa de al lado.

—Vamos nosotros solos, anda —propuso Dani a Simón. Y Julia los miró a los dos—. Es que mi madre hoy está pesadísima.

—Vaya, hombre, pues yo estaré pesada, pero parece que tú estás muy gracioso.

—Vamos, que seguro que vuelve a empezar otra vez —dijo Dani levantándose y empezando a andar. Simón le siguió. Cuando llegaron a la puerta, Simón le dijo:

—¿Ves que por fuera es muy sencilla, toda encalada?

—¿Qué es encalada?

—Bueno, encalar o enjalbegar, que es como lo llamamos aquí, es «repasar las paredes con agua mezclada con cal» y es lo que hacen las mujeres en todas las casas del Albaicín cuando se acaban las lluvias de la primavera. Antes de las fiestas de La Cruz.

—¿Y por dentro cómo es?

—Uy, totalmente diferente. Ya verás.

—¡Hala! —exclamó Dani al traspasar la puerta de entrada y encontrarse con un interior barroco, pletórico y arrogante.

—Esto fue lo que hicieron aquí los cristianos para diferenciarse de las mezquitas donde rezaban los musulmanes que vivían en este barrio antes de la conquista. Bueno, aquí hay gente que lo llama la toma, los fachas sobre todo. Pero yo prefiero llamarlo conquista, que es lo que realmente fue.

Julia los vio volver hacia la terraza del bar sin parar de hablar. Cuando llegaron a la mesa, ya sentados, Dani se calló. Parecía reflexionar. Al cabo de un rato, preguntó:

—¿Creéis que también puede haber catadores de padres?

Simón guardó silencio y fue Julia la que respondió, pero lo hizo con otra pregunta:

—¿Por qué lo dices, Dani?

—Porque tengo otro veredicto, pero esta vez sobre padres.

—Ah, ¿y cuál es? —preguntó Julia.

—Pues que este padre me gusta mucho más que el otro y que me quiero venir a vivir a Granada.

Los tres se rieron con ganas.

Dani no fue a vivir a Granada. Ni Julia tampoco. Pero sí hicieron muchos viajes, en los años que siguieron, para ver a Simón. Simón también fue algunas veces a Barcelona, para ver a Dani. Y todo quedó como estaba hasta

que Roberto, él de nuevo, movió ficha. El movimiento se manifestó primero en una confidencia de Emilio a su hermana en las navidades del 93, en Medina, donde la cabeza de Florita seguía languideciendo a un ritmo más acelerado que el de su cuerpo, ante el estupor de unos hijos que comenzaban a ser tan incapaces de reconocer en aquella mujer a su madre como ella de reconocer en ellos a sus hijos sin confundirlos con su padre, su madre o sus hermanos. Dani ya tenía diecisiete años, y el amor que sentía por su abuela había sido capaz de superar tanto la ocultación que le había rogado Julia como el avance de una enfermedad que llevaba a Florita de las caras de odio, cuando percibía a su alrededor a alguna persona que no fuera de la familia, a las de tranquilidad, cuando eran sus hijos, Dani o algún otro de sus nietos los que estaban cerca de ella.

—Roberto y Concha han estado por Granada antes de Navidades y él nos ha preguntado si seguías teniendo la misma dirección —dijo Emilio a su hermana—. Le hemos confirmado que sí y parece que te quiere escribir una carta. Vuelve a estar preocupado.

—Pero ¿ahora por qué?

—Bueno, ya te lo dirá él, que le hemos dicho que no te contaríamos nada. Al parecer, tiene que ver con que, como Dani está a punto de cumplir los dieciocho y sus hijos ya van siendo mayores, quiere que Dani firme un papel reconociendo que no es hijo suyo y que renuncia a heredarlo. O algo así. Ha estado consultando con abogados y el cambio de la paternidad legal es casi imposible: se tendría que hacer un proceso judicial para poder hacer el cambio del apellido.

—Bueno, ¿no me lo puedo creer! Pero ¿dónde habrá dejado este hombre su militancia en el PCE y aquellas ideas que compartíamos?

Cuando, después de Reyes, Julia y Dani volvieron a Barcelona, ella, antes de empezar el ascenso de los cuatro pisos que separaban la calle de su apartamento de la calle Rosellón, abrió el buzón. Además de la correspondencia del banco y las facturas de la luz y del gas, encontró una carta que lucía, en la dirección y el remite, en tinta negra de pluma, la abigarrada y minúscula letra de Roberto. Dani no había esperado a su madre y ya subía por las escaleras a toda prisa. Cuando Julia iba por el segundo piso, ya bajaba Dani de nuevo, corriendo. Ante la cara de sorpresa de su madre, se impuso una parada y una breve conversación en el descansillo.

—Voy a recoger un fanzine de grafiteros en un bar de El Raval. Es que me hicieron una entrevista antes de vacaciones y creo que ya estará publicada.

—Pues ten cuidado, que todavía te faltan dos meses para la mayoría de edad y yo no quiero más llamadas de la Policía para decirme que te tienen retenido por ensuciar los muros de las vías del tren. Ya está bien, ¿no?

—Que no, mamá, no te preocupes, que no vamos a pintar, solo voy a que la chica que me hizo la entrevista me pase el fanzine.

—Vale, vale. Pero dame un beso, anda, que para eso sí tendrás tiempo, ¿no? Y a la hora de cenar en casa, que mañana ya empiezan las clases y tampoco quiero más entrevistas con la tutora para que me cuente que estás siempre en las nubes y que vas a terminar por fastidiar tu expediente y suspender alguna al final de curso. Es que el COU... —Dani dio un rápido beso a su madre, con el que pretendió acallar sus quejas, que habían empezado a asomar en cuanto el tren paró en la estación de Sants y pusieron un pie en Barcelona. Se había acabado la tregua vacacional.

Julia terminó de subir las escaleras, ordenó sus cosas, se preparó un café largo y se sentó a tomarlo en el sofá de la galería. Solo entonces abrió el sobre. Contenía una primera cuartilla dirigida a ella, también en tinta negra y sin un solo punto y aparte, y otras dos, sin encabezamiento, con tinta azul del bolígrafo y con una letra aún más pequeña que la que lucía en el sobre. Empezó a leer la primera cuartilla:

Valencia, 1 de enero de 1992

Querida Julia:

Cuánto tiempo, ¿no? Exactamente siete años y seis meses desde aquellas extracciones de sangre. ¿Cómo estás? Ya sé por Emilio e Irene que bastante bien. Nosotros también. Bueno, al grano. El caso es que empieza un nuevo año y, según mis cuentas, Daniel está a punto de cumplir dieciocho, y yo me propongo cumplir con un propósito que he venido madurando con mi psicoanalista. Él ha sido quien me ha aconsejado que te envíe este escrito, que, en principio, tenía una función simplemente terapéutica e iba dirigido solo a él. Espero que no te enfades mucho y me comprendas. Como me conoces de sobra, sabes que siempre le he dado muchas vueltas a las cosas y que me muevo mal en los territorios de la indefinición en los que tú parece vivir como pez en el agua. Siempre fuimos muy diferentes y me imagino que los años nos estarán marcando aún más las distancias. Si nos vemos pronto, para comentar lo que te propongo, tendremos ocasión de comprobarlo. Te dejo con lo que escribí hace dos meses, exactamente el día en que cumplí cuarenta y dos años. Por cierto, felicidades con retraso por tus cuarenta, que ya ha pasado más de un mes. Aquí va mi escrito al analista al salir de su consulta, solo para que veas que si quiero hablar contigo es porque yo y mi cabeza lo necesitamos.

Julia apoyó la primera cuartilla sobre la parte del sofá en la que no estaba sentada, se inclinó hacia adelante para alcanzar la enorme taza de café, dio un largo sorbo y empezó a leer las dos cuartillas dirigidas al psiquiatra. Esto fue lo que se encontró:

«Converso con el hombre que siempre va conmigo», dejó escrito el poeta. Quizás no lo haya verbalizado aún, pero esta frase empieza a martillar mis oídos ya en el ascensor, justo cuando aprieto el botón del sexto piso, dos veces por semana, con una periodicidad matemática. Y es que

así me siento yo aquí tumbado: hablando conmigo mismo. A usted ni lo veo, y a veces se me olvida incluso que está ahí detrás, sentado, con su libreta y su pluma Montblanc, que es la que produce el único sonido que escucho, además de mi voz, las pocas veces en que rasga el papel.

Hoy cumpla cuarenta y dos años y voy a empezar por confesar que me había propuesto, como llevo haciendo cada vez que el calendario me ha añadido un nuevo año, que hoy sería la última vez que subiría en ese ascensor y llamaría a este timbre. En cada uno de mis aniversarios, he pensado que un año más de soliloquios, aquí tumbado, sería ya un exceso. No creo que haya mucha gente que haya pasado tanto tiempo cumpliendo religiosamente este ritual que tantas vacaciones de mi vida ha partido por la mitad. Pero, claro, también este año he pecado de ingenuidad. «Como siempre», seguro que está pensando. Rasgue, rasgue el papel con la pluma, que ahora es el momento. Además, en este último año, iba notando que por fin estaba a punto de asumir lo que me ha repetido mi mujer tantas veces: que ya estaba bien de tono lastimero, que mi vida se podía considerar, objetivamente, un éxito total, que no estaba nada mal haber llegado a jefe de Servicio en el hospital, que hemos pasado juntos quince años estupendos, que tenemos dos hijos maravillosos. Todo eso es verdad, PERO... En este relato exitoso de mi vida existe un gran PERO, así, con mayúsculas. Y usted ya sabe cuál es, quizás incluso esté bastante harto de él. Bueno, no quizá, seguro que sí. Pero yo sigo aquí con el PERO y se lo voy a subrayar para que le quede más claro: Pero es que yo no puedo deshacerme de la preocupación que me produce ELLA y SU HIJO, que lleva mi apellido. ELLA, a la que no he vuelto a ver desde hace más de siete años. ELLA, que, por lo que parece, consigue llevar con total naturalidad la complicada maternidad que acabó con nuestra relación mientras yo no consigo sacarla de mi cabeza ni a ELLA ni a SU HIJO —creo que me repito—. He pensado en ELLA cada 16 de noviembre durante todos estos años, porque era el día de su cumpleaños. Y estoy seguro de que ELLA no se acordará ni de la fecha del mío. SU HIJO está a punto de cumplir los dieciocho y yo quiero terminar de cerrar todo esto de una vez. Necesito que SU HIJO, del que no tengo ni idea de cómo será ahora, no aparezca el día en que yo me muera reclamando una parte de lo que corresponde a los míos. Sí, ya sé que no tengo ninguna enfermedad mortal. Sí, ya sé que seguramente falta mucho tiempo para que muerta. Pero faltan solo tres años para que mi hija sea mayor de edad. Y yo, como usted bien sabe, me he prometido a mí mismo que ese día le contaré toda la verdad. Y necesito poder contarle una verdad sin complicaciones. Y, por lo tanto, me he dado cuenta de nuevo de que necesito seguir hablando de todo esto con usted. Porque yo solo no puedo deshacer esta madeja, que pasea libremente su hilo por mi cabeza y que se enreda cuando pienso en soledad, pero que parece desenredarse cuando se lo cuento a usted. Así que hasta dentro de tres días. Creo que, desgraciadamente, voy a necesitar seguir con la terapia.

Después del escrito al psiquiatra, solo había una línea, que volvía a ser en tinta negra a pluma: «¿Cuándo podemos hablar? Creo que existe una solución: que Daniel me firme un papel, cuando cumpla dieciocho años, en el que manifieste que no es hijo mío. ¿Me ayudas?». Julia metió las tres cuartillas en el sobre, volvió a inclinarse sobre la mesita para retomar la taza del café y dio un largo sorbo. Ya estaba frío.

Dani llegó puntual a las nueve, con su fanzine en la mano. Lo dejó en la mesa de la cocina, abierto por la página en la que estaba la entrevista.

—Toma, mamá, léelo. Creo que te va a gustar.

—Sí, y ¿quién hace la cena?

—Yo, porque me voy a preparar un bocadillo de sardinas de lata con rodajas de tomate, que es lo que más me apetece después de haber comido

tanto estos días en la casa de Medina. Que os habéis puesto todas a cocinar y no habéis parado. ¿Quieres que haga un bocata para ti?

—Pues no es mala idea. —Julia se abrió un quinto de Estrella, cogió el fanzine de la mesa y empezó a leer. Estaba claro que aquel día le tocaba lectura.

La entrevista la firmaba una tal *Lady Pax*. Julia pensó que había oído ya el nombre de aquella chica.

—¿Esta *Lady Pax* es aquella morena, bajita, con los ojos muy vivos, que pasó un fin de semana contigo aquí en casa? Creo que se llamaba Francesca, ¿no?

—Sí, es ella.

—Pues entonces me pareció que te gustaba mucho, ¿no?

—No seas pesada, mamá. Anda, lee y calla.

La revista se llamaba *Relevant BCN. Magazine de música y arte en las paredes* y, al parecer, aquel ya era el número diez. Ya tenía mérito que una revista de ese tipo hubiera llegado a ese número, pensó Julia. La pregunta que abría la entrevista, sin mucha lógica, pensó Julia, era sobre qué opinaba Lost —ese era el nombre «artístico» de Dani— de la persecución de los grafiteros emprendida por el Ayuntamiento de Barcelona. Dani contestaba:

A mí no me gusta mucha de la publicidad que se pone en la calle y nadie me pregunta. Pero, claro, el Ayuntamiento saca mucho dinero de las vallas publicitarias. Es triste que las grandes empresas, que tienen muchísimo dinero para pagar, puedan usar el espacio público para venderte productos y, sin embargo, el ciudadano, que es el que vive ahí, no pueda hacer uso de él libremente. Así el espacio público se convierte en privado. Para mí es triste y no deberíamos llegar a esto nunca.

La siguiente pregunta volvió a sorprender a Julia, esta vez no por el momento en que llegaba, sino por el cambio de registro. Se querían hacer los mayores, pensó, pero no eran más que unas criaturas. De todas maneras, nada más pensar esto se corrigió a sí misma al recordar que su hijo tenía exactamente la misma edad con la que ella entró en la universidad. Pensó que no era verdad que se quisieran hacer los mayores, sino que ya lo eran. Era más bien ella la que miraba a la gente de esa edad desde sus cuarenta años y eso, fue consciente, no le permitía entenderlos del todo. La pregunta era: «¿Qué es lo más relevante para ti?». La respuesta de Dani sorprendió a Julia por su madurez.

—Localmente, y dada la situación actual en Barcelona, para mí es relevante que haya más libertad, porque cada vez nos la cortan más, especialmente en cuanto al uso del espacio público, que yo considero esencial. A nivel mundial, hay problemas mucho más graves. Los políticos se preocupan de acabar con una dictadura cuando les interesa, mientras que en África hay

muchísimas situaciones similares de las que nadie se preocupa. Todo eso, para mí, es muy relevante.

La siguiente pregunta supuso otro cambio de tercio.

—*¿Cuál ha sido tu evolución en el mundo del grafiti? ¿Qué te inspira?*

—Empecé a hacer grafiti hace unos tres años, cuando tenía catorce. Ahora he empezado con pegatinas, pósteres, plantillas y otras cosas diferentes. Cualquier cosa me puede inspirar. A veces es el trabajo de otro artista, de otro grafitero, pero puede ser cualquier cosa... Estás viendo la tele o escuchando una canción y se te ocurre una idea... Muchas veces ni siquiera son trabajos gráficos. Hago plantillas con mis diseños y no son a partir de fotos, así que tienen un rollo muy distinto. Las plantillas de fotos son mucho más realistas.

»Lo que hago yo parece más como un dibujo animado: es un personaje con un punto más de diseño gráfico. Mi personaje, el del bombín, se llama *Mr. Lost* y se supone que es un inglés perdido en la vida, que siempre está en el lugar equivocado y en el momento equivocado. Es un poco un antihéroe, el pobre señor al que todo le sale mal. A partir de este primer personaje empecé a hacer variaciones y a combinarlo con muchos otros personajes, iconos famosos. Por ejemplo, *SuperLost*, en lugar de *Superman*, con su capa. Ahora he hecho el crucificado, mezcla de Jesucristo y *Mr. Lost*.

»*¿Es autobiográfico este Mr. Lost, en cierta medida?».*

Cuando Julia leyó esta pregunta, pensó que aquella chica había dado en el clavo y había pensado en lo mismo que ella había hecho tantas veces, ¿por qué *Lost*? ¿Se sentía Dani perdido en la vida? La respuesta de Dani en la entrevista del fanzine era:

—De alguna forma, tus personajes se parecen siempre a ti, reflejan en el fondo tu manera de ser. Así que no es autobiográfico, pero tiene un punto de mí mismo. Me gusta mucho hacer reír a la gente y también estar un poco perdido de vez en cuando en la noche de la ciudad..., ja, ja. *Lost* es solo un personaje irónico y humorístico.

—Ayúdanos a que decidamos nosotros si tu personaje es autobiográfico. ¿Nos podrías resumir tu biografía en unas pocas frases?

Julia miró a su hijo, que estaba colocando las finas rodajas de tomate, que acababa de cortar sobre la tabla, encima de dos rebanadas de pan de payés.

—Échale un poquito de sal y aceite, no te olvides. Que estará más bueno.

—Que no me olvido. Deja de controlarme y lee, anda.

Julia se atrevió entonces a leer lo que había contestado su hijo a la pregunta sobre la biografía.

—Nací en los setenta. Mi madre era *hippie* y no sabía quién era mi padre. Crecí en los ochenta, rodeado de feministas y homosexuales. En los noventa, alcancé la adolescencia y empecé a escuchar *Public Enemy* y a ensuciar las calles. —Julia rio.

—Pero ¿qué es eso de que yo era *hippie*? Si no lo he sido en la vida.

—Anda, sigue leyendo —le dijo Dani por toda respuesta. Y Julia obedeció, todavía con la sonrisa en los labios.

—Dinos una frase con la que te sientas identificado y describe tu mundo.

—Me gustan las frases de pintadas callejeras, me resultan muy graciosas, aunque no describan algo muy importante... Hay una en Poble Sec, justo al lado de una discoteca de *heavy metal*, que me gusta. Dice: «Modernos no, Metal al Poder». No tiene nada que ver conmigo, porque yo no soy *heavy*, pero me hace reír mucho porque es muy espontánea y eso me gusta. Es el entorno donde vives y nadie debería decirte que no lo pintes o que no te expreses en él y pongas lo que quieras.

—Pues sí, tenías razón, me ha gustado la entrevista. Y mira qué bien que hayas hablado de que yo no sabía quién era tu padre, porque tengo que decirte que la carta que había en el buzón era de Roberto y quiere que le firmes un papel en cuanto cumplas dieciocho años.

Dani firmó un documento privado el mismo día en que cumplió dieciocho años, reconociendo que no era hijo de Roberto.

—Pero ¿cómo puede estar preocupado porque yo vaya a aparecer reclamando herencias? Cómo se nota que no me conoce.

—No se lo tengas en cuenta, Dani. Las personas cambiamos. Él ha cambiado mucho y tú también puedes hacerlo.

—No, si no me ha importado nada. Y, si él se queda más tranquilo...

Roberto se quedó más tranquilo y la situación volvió a quedar estabilizada hasta dos años más tarde, cuando murió Florita. El deterioro había sido rapidísimo y, después de tres ingresos hospitalarios, a la tercera alta ya no volvió a la casa de Medina ni a la de Madrid, sino a una residencia de la capital. Carísima, pero con unas habitaciones minúsculas. Todo lo había decidido Dionisio hijo, como todas las cosas desde que Dionisio padre ya no estaba.

Julia visitó a su madre, a finales de abril del 95, dos días antes de su muerte. La primavera llegaba tardía ese año, pero la persiana de la habitación de la residencia estaba echada casi totalmente, como si estuvieran en pleno verano, y solo dejaba pasar unas franjas de luz, exiguas pero capaces de iluminar las motas de polvo que flotaban en el aire. Florita estaba cubierta por una sábana blanca, que a Julia le pareció que caía sobre su cuerpo formando unos ángulos demasiado pronunciados. «Dios mío, qué delgada está». Solo su cabeza, cubierta por un pelo blanco mucho más ralo que el que tenía la última vez que Julia la había visitado, era visible sobre la almohada. El color del rostro era amarillento y la nariz se veía muy larga y aún más descolorida que el resto de la cara. La punta destacaba al estar iluminada por una de las franjas de luz. Solo se oía la respiración, fuerte y acompasada, de Florita, rota de vez en cuando por un pequeño silbido. En la habitación, había un ligero olor que mezclaba el del alcohol con el de la lejía.

Dionisio hijo llegó, vestido de manera impecable con un traje gris claro y, sobre el brazo izquierdo, una gabardina beis. Llevaba en su mano derecha una bolsa de plástico de El Corte Inglés. Sacó de la bolsa una pesada imagen y la colocó con cuidado sobre el estante situado a la cabecera de la cama. Era la imagen de santa Rita, vestida de monja y mirando atentamente el crucifijo que sostenía entre las manos, que Florita había tenido siempre sobre el comodín de su dormitorio matrimonial. Julia recordó el miedo que le daba esa imagen cuando era pequeña, porque llevaba clavada, en la frente, una pequeña astilla de la que brotaban unas gotas de sangre. Dionisio se sentó en la silla que no ocupaba Julia y cerró los ojos.

—¿Por qué has traído la santa Rita? —preguntó Julia.

—Porque ha acompañado a mamá toda su vida desde que murió la abuela y creo que ahora, si pudiera decir algo, nos pediría que la acompañara también en sus últimas horas.

Cuando Julia estaba a punto de replicar, unos nudillos golpearon la puerta. Ni Dionisio ni ella respondieron, pero la puerta se abrió. Una enfermera les dio los buenos días en un susurro y tomó la tensión a Florita. Mientras lo hacía, alzó la vista y vio la imagen. Al salir, dejó la puerta de la habitación entreabierta y aceleró el paso.

Al cabo de unos minutos, volvió con una sonda y una jeringa enorme en las manos. Dentro de la jeringa, una especie de puré de color marrón.

—¿Qué es eso? —preguntó Julia.

—Una sonda nasogástrica —respondió la enfermera apoyando la jeringa en la mesilla de noche y pidiendo a Julia y a Dionisio que salieran un momento de la habitación. Obedecieron sin rechistar, pero Julia se quedó mirando a través del cristal rectangular que había en la parte superior de la puerta. Y, desde allí, contempló estupefacta el horror: vio cómo la enfermera cogía un extremo de la sonda y lo introducía por las fosas nasales de Florita empujándolo con fuerza hasta encajarlo en su garganta para que pudiera seguir su camino. Julia quiso dejar de mirar y se tapó los ojos con las manos, pero algo la obligaba a seguir viendo lo que pasaba allí y abrió unas ranuras entre sus dedos, que quedaron formando un abanico. Así pudo ver cómo los ojos de Florita, como los suyos, se abrían espantados mientras su rostro se contraía. Julia no pudo aguantar más y entró en la habitación. Entonces fue peor, porque pudo oír cómo la respiración de Florita ya no seguía un ritmo fijo, sino que se entrecortaba al combinarse con unas arcadas que, pese a su fuerza, no conseguían mover un ápice la posición de la sonda. Julia cogió del brazo a la enfermera como queriendo detener aquel horror.

—¿Tiene que ser así? ¿No hay una manera más humana de hacer estas cosas?

—Es lo que ha ordenado el médico —respondió la enfermera mientras miraba el estigma sangrante de la imagen que descansaba inmutable sobre la repisa.

—¿Cómo se te puede haber ocurrido traer la santa Rita? —dijo Julia, mirando a su hermano, y salió dando casi un portazo. Fue incapaz de volver a entrar en aquella habitación, en la que su madre siguió agonizando durante cuarenta horas más, pese a todas las sondas del mundo.

El 30 de abril, en la casa de Madrid, Julia oyó a Isaías levantarse muy pronto. Serían las siete de la mañana, más o menos. Ella ya llevaba un buen rato despierta y leía con desgana el *ABC* que el portero, en esa casa también, subía cada día a primera hora cuando Florita y alguno de sus hijos estaban en Madrid. Julia oyó el agua de la ducha del cuarto de baño de las habitaciones pequeñas y empezó a preparar un segundo café para ella y por si su hermano quería tomar algo antes de salir hacia la residencia. Como les habían enseñado de pequeños, se dieron los buenos días en cuanto Isaías entró en la cocina, pero no se dijeron nada más. Tomaron el café juntos, sí. Pero en silencio. Antes de marcharse, Isaías preguntó a su hermana:

—¿No vienes?

—No, anda, ve tú. Ya pasaré más tarde. Pero a veros a vosotros. Porque yo no pienso pisar esa habitación mientras no le quiten a mamá esa dichosa sonda de los horrores. Además, todavía me tengo que duchar y vestir. No me esperes, anda.

Isaías salió de casa, y Julia, ya sin miedo a hacer ruido para no despertar a su hermano, se metió en la ducha y giró el grifo hasta conseguir la máxima presión del agua. Parecía como si quisiera que la caída del agua sobre su cuerpo le ayudara a justificar el tiempo que no pasaría al lado de la cama en la que agonizaba su madre. Y entonces volvió a ella el recuerdo de la muerte de su padre, tan distinta, en la casa de Medina, en su cama, con todos sus hijos y Florita a su alrededor. Julia volvió a sentir en su mano derecha el contacto de los dedos, puro hueso, de su padre. Colocó el dorso de la mano bajo el agua y no pudo evitar que de su boca saliera en un susurro la palabra papá. Observó cómo el agua salpicaba en todas las direcciones al chocar con su mano y después caía en pequeñas cascadas. Giró la mano y formó un cuenco que conseguía recoger una parte del agua hasta que se desbordaba y, escurriéndose por toda la superficie de la mano, volvía a caer al suelo de la bañera. Fue entonces cuando le pareció oír, amortiguado por el sonido del

agua, el timbre del teléfono. Se abalanzó hacia la toalla y corrió, mientras intentaba secarse y mojar las alfombras lo menos posible, hacia la mesita del salón donde descansaba el aparato de color blanco. Casi se cayó al subir el escalón que separaba la parte de aquella habitación que abría sus ventanales hacia el parque de El Retiro y que estaba levantada sobre una superficie de madera a la manera de los estrados en las casas antiguas. Recobró el equilibrio y pudo descolgar el teléfono. Era Isaías.

—Julia, vente. Mamá acaba de morir. Y, tranquila, que me han dicho que ayer por la noche ya le habían quitado la sonda.

Julia colgó y volvió a descolgar. Marcó el número de la casa de Barcelona. Dani contestó, después de varios timbrazos, con la voz velada por el sueño.

—Dani, prepárate, vete al aeropuerto y vente en el primer avión que puedas. La abuela acaba de morir.

Media hora más tarde, Julia encontró a Isaías a la puerta de la residencia. Paseaba arriba y abajo como si no supiera muy bien lo que tenía que hacer.

—Ha sido como si me hubiera estado esperando, Julia, como si me estuviera esperando. —Las lágrimas no se derramaban. Estaban allí, controladas, como queriendo obtener permiso antes de pasearse tranquilas por todo el rostro.

Julia besó rápidamente a su hermano y subió a la habitación. Isaías la siguió. Florita descansaba, por fin, tranquila, pero proclamando en el color y en la mueca de su rostro que aquel tránsito no había sido nada fácil. El siguiente en llegar fue Dionisio. Poco después, apareció una auxiliar. Les dijo que los de la funeraria ya habían llegado y los esperaban en la salita de espera que había frente al despacho del director para que tomaran las decisiones pertinentes respecto al velatorio y al entierro.

Bajaron los tres hermanos, pero fue Dionisio el que tomó todas las decisiones. El de la funeraria, encantado: el ataúd más lujoso; la sala más amplia del tanatorio con espacio acristalado para el ataúd, cuarto de baño y una sala de estar supletoria; dos bufés de sándwiches, café, té y otras bebidas, uno a media tarde y otro antes del cierre. Eso sí, el entierro sería en el panteón familiar en el cementerio de Medina del Campo y del traslado desde Madrid hasta allí se encargaría una funeraria de aquella localidad, así lo expresó Dionisio. Julia pensó que su hermano mayor llevaba la autoridad alojada en el impecable traje gris marengo y en la corbata negra que ya se había puesto, y eso la molestó. Pero, al mismo tiempo, tuvo que reconocer que le resultaba

muy cómodo, en aquellas circunstancias, tener al lado a una persona que decidiera todo.

Cuando acabaron con el de la funeraria, que fue incapaz de disimular, en los andares que le llevaron hacia la puerta, su satisfacción por todo lo acordado, se quedaron hablando con el director de la residencia. Les explicó que en ese rato Florita había sido trasladada a una habitación refrigerada que tenían en la última planta, hasta que llegaran a buscar el cadáver para llevarlo al tanatorio.

—Si quieren velarla en esa habitación durante este rato, pueden hacerlo.

—Yo sí quiero —dijo Julia provocando una sorpresa en sus hermanos que asomó a sus rostros.

—Nosotros nos quedaremos abajo, esperando al resto de los hijos y nietos —dijo Dionisio a Isaías, que aceptó la decisión de su hermano—. También quiero que me preparen la factura, para dejar todo abonado antes de marcharnos.

—Claro, claro, enseguida.

A Julia la acompañó una auxiliar, en el ascensor, hasta la quinta planta. Allí cruzaron pasillos y salones en los que Julia pudo ver otro mundo, mucho más luminoso, la luz natural entraba con mucha más fuerza que en la segunda planta donde había estado su madre. Eso sí, estaba poblado por ancianos y ancianas con movilidad, sí, pero con las cabezas totalmente perdidas. Se veía claramente en sus rostros y en sus movimientos. Tras recorrer un último pasillo, la auxiliar abrió una puerta y allí encontró Julia a Florita, sobre una cama y cubierta completamente por una sábana blanca.

—¿Quieres que retire un poco la sábana?

—Sí, por favor. —La auxiliar retiró el embozo de la sábana para dejar a la vista la cabeza de Florita: su escaso pelo estaba bien peinado y su cara recién lavada.

—¿Así está bien?

—Sí, así está bien.

—Mira, aquí tienes una silla. —La cogió de los pies de la cama—. Te la pongo a la cabecera. ¡Ah! Y si ves que tienes frío, sales y le dices a la primera compañera que encuentres que te acompañe hasta la planta baja. —Cerró la puerta tras de ella y dejó allí a Julia, a solas con el cadáver de su madre.

¿Cuánto tiempo pasó hasta que la misma auxiliar abrió de nuevo la puerta y encontró todavía allí, para su sorpresa, a Julia sentada a la cabecera de la cama? ¿Tal vez una hora? ¿Tal vez más? En todo caso, Julia aprovechó el tiempo. Primero, estuvo callada, mirando el rostro demacrado de su madre.

Pero después, sin saber muy bien cómo, empezó a hablar. Y habló. Y habló. Agradeció a su madre el que hubiera sido para ella un modelo de mujer fuerte e independiente. Pero también le recriminó su autoritarismo y, sobre todo, el cómo sus verdades absolutas, que excluían cualquier otra manera de estar en el mundo, la habían obligado a mentir, a ocultar, a llevar esas mentiras a la relación con su propio hijo, a enseñar a Dani a que mintiera él también. «Ahora ya estás muerta y todos podrán saber las verdades que te acabo de contar. Se acabaron las mentiras».

—Perdón —interrumpió la voz de la auxiliar—, es que han llegado los de la funeraria para el traslado y tienes que salir de la habitación. Te tienes que haber quedado helada, ¿no?

Cuando Julia bajó, ya habían llegado todos sus hermanos.

—Hasta las cuatro no estará todo preparado en el tanatorio —dijo Dionisio—, así que ahora id todos a vestiros como Dios manda y nos encontramos allí. Yo voy a casa a hacer llamadas de teléfono para avisar a todo el mundo. Y lo mismo deberíais hacer los demás, digo yo.

¿Cómo era posible que le resultara tan irritante la manera que adquirían las voces de autoridad en su familia para dar por supuesto lo que todos los demás tenían que hacer siempre?, pensó Julia. Casi le dieron ganas de no cambiarse de ropa y aparecer así en el tanatorio. Pero no lo hizo. Obediente, se fue con Isaías a la casa de su madre. No solo tenían que cambiarse de ropa, sino que tendrían también que esperar allí noticias de Dani. Le había dicho que llamara desde una cabina del aeropuerto de Barcelona en cuanto supiera en qué vuelo salía para ver si podían ir a buscarle. En cuanto abrieron la puerta, sonó el teléfono. Y, al cabo de media hora, Julia conducía el Golf de Florita hacia Barajas. Desde el aeropuerto, directamente a El Corte Inglés: camisa azul marino, vaqueros nuevos y deportivas negras para Dani; pantalón de pinzas, jersey de perlé y unos Camper de medio tacón, todo negro, para ella.

En el tanatorio, muchos saludos y pocas lágrimas. La única que lloró de verdad fue Fernanda, la mujer que había cuidado de Florita en los últimos años. Al cadáver habían conseguido, a base de maquillaje, quitarle el color amarillo, y Florita parecía descansar verdaderamente tranquila y encantada de recibir tantas visitas.

Al día siguiente, al final de la mañana, el cementerio de Medina volvía a estar lleno de gente, como cuando enterraron a Dionisio. Julia y Dani estuvieron recibiendo el pésame, junto con todos los demás. Julia no soltó una

sola lágrima. Regina, la vecina que se encargaba de cuidar la casa cuando estaba vacía, se acercó a besar a Julia y no solo le dijo aquel «te acompaño en el sentimiento» dirigido a comentar la pérdida, sino también «hay que ver lo guapo y lo elegante que está tu hijo».

—Ya ves, con diecinueve años quién no está guapo y con un abrigo de su abuelo que hemos tenido que rescatar de un armario quién no estaría elegante.

—Ay, sí, hija mía, es que hay que ver lo elegante que era tu padre; y el frío que hace, y eso que estamos ya a 1 de mayo.

Sí, la verdad es que hacía mucho frío y aquella noche tuvieron que encender la calefacción porque muchos de los hijos y sobrinos se quedaron a dormir en la casa de Medina que, acompañando a la cabeza de Florita, parecía haber ido perdiendo cada año un jirón de su alma para ir pasando, lentamente sin que nadie se diera mucha cuenta, del estatus de casa solariega al de caserón.

Julia se cansó pronto de la cháchara de hermanos y sobrinos y empezó a pasear la mirada por aquella sala que cumplía las funciones de salón-despacho. Posó la mirada en el enorme retrato al óleo de Florita y en el más pequeño de Dionisio, firmados ambos por un pintor de Sepúlveda el año anterior al nacimiento de Julia. Se levantó y se sentó en el sillón castellano de cuero que acercó a la enorme mesa de despacho. La mirada perdida en los estantes de la biblioteca; se levantó para coger el grueso diccionario VOX de 1958, de lomo rojo con letras doradas, que recordaba haber visto siempre allí. Lo empezó a hojear distraída y, poco después, pareció tomar una decisión: cogió unas hojas de papel de carta del sobre de cuero que reposaba sobre la mesa que había sido el escritorio de Dionisio padre y que ahora utilizaba Dionisio hijo. Las cuartillas, de una calidad dibujada en lo que parecía imitar los hilos de una tela de algodón recio, llevaban el membrete de Florita. Julia, con el diccionario y las cuartillas en una mano y con una pluma en la otra, se fue al patio de tierra. Aquel lugar, al que todos llamaban el corral de las acacias, había constituido el corazón de la casa en los veranos de la infancia. Cogió una de las sillas de hierro y la acercó a la mesa redonda que había bajo el árbol más grande. Se sentó y empezó a escribir.

Medina del Campo, 1 de mayo de 1995

Querido Simón:

Hoy hemos enterrado a mi madre, a la que nunca conociste, pero que tan presente estuvo entre nosotros. Y lo único que me apetece hacer ahora es escribirte precisamente a ti, con un diccionario en la mano, para repetir ese juego al que tantas veces hemos jugado. Nunca te lo había dicho y quizás ni tan siquiera yo misma lo recordara claramente hasta ayer en que fui consciente, ante el cadáver de Florita, de que fue ella la que me inició en este juego de las palabras que yo te

enseñé a ti y al que tanto te gustó jugar conmigo. Empiezo: «Acacia, acallar, acalorada, acampar, acampanado, acaparadora, acaramelado, acariciar, acatar, acaudalada».

Al amanecer, acacia acaparadora, que recibe la luz con movimientos acampanados.

Al mediodía, acacia acalorada, que hace aguas de luz oscura en el suelo de tierra.

Al atardecer, acacia acallada, que permite leer con la luz apropiada. La acacia acaba de intervenir en mi escritura y ha señalado la cuartilla con una pequeña hoja que ha acampado al lado de la primera letra de tu nombre. La dejo aquí, esperando que tú la encuentres en el mismo sitio cuando abras esta carta.

Miro a la acacia grande, y a las más pequeñas, y veo una madre con siete hijos y una hija, que juegan al corro alrededor de ella. La hija es más independiente y se aleja del círculo perfecto que hacen sus hermanos, porque ha nacido más allá del camino embaldosado que lleva a la casa. Veo dos chupones nuevos, del año pasado, que, cuando pase el tiempo, formarán parte del grupo de los hijos ordenados. Uno de los chupones busca la luz, inclinándose tanto como puede. La acacia madre no le ha dado un buen sitio para crecer. Mañana lo enderezaré, con la ayuda de Isaías, para ayudarle a soportar su fragilidad, inestable a cada racha de viento. ¿Le gustará? ¿Sufrirá más con el bamboleo incesante o con la prótesis que le pongamos, que lo mantendrá firme, pero sin dejarle asomarse a la luz? Quizá algún día lo sepamos. No cortaremos los chupones, lograré imponer mi criterio. Les dejaremos crecer, aunque chupen un poco de savia a su acaudalada la madre. La madre es fuerte, su tronco y sus ramas seguirán acariciando al viento. Los hijos acatarán tranquilos su papel subalterno.

Para terminar con el juego, te pongo aquí lo que dice el diccionario enciclopédico VOX tras la palabra acacia: «Del latín acacia, del griego *ακακία*. Botánica: Árbol de la familia de las leguminosas mimosáceas (me encanta mimosáceas), a veces con espinas (me duele la espina de santa Rita en forma de sonda nasogástrica, una tortura que ni siquiera ella se merecía), flores olorosas en racimos laxos y colgantes (me encanta laxos). De varias de sus especies fluye la goma arábica (la palabra arábica me lleva a ti). Farmacia: Sustancia medicinal astringente que se extrae del fruto verde de la acacia de Egipto. La miel de acacia, acaramelada, es allí muy valorada»^[1]. El zumbido incesante que se escucha esta tarde de primavera bajo la acacia me ha hecho compañía.

Escríbeme pronto, anda, que echo de menos tus cartas.

Te quiere,

Julia

Después de doblar las dos cuartillas que había escrito, se levantó para volver hacia la casa, a buscar un sobre. Abrió la gruesa puerta de madera que separaba el patio del pasillo donde se encontraban las escaleras que conducían al desván, el *sobrao* lo llamaban cuando aquella casa era de sus abuelos y desempeñaba las funciones propias de una casa ligada al trabajo agrícola. No subió por las escaleras, siempre le había dado miedo aquella parte de la casa. Y más, a esas horas en que la noche empezaba a vencer al día. Siguió pasillo adelante hasta llegar al enorme *hall* que hacía las veces de distribuidor-tránsito entre la parte más externa de la casa y la más protegida. En aquel distribuidor se abrían cuatro puertas: tres daban a tres pasillos, el que llegaba desde el zaguán de entrada, el que daba al corral por el que acababa de entrar Julia y el que llevaba a todas las habitaciones de la casa. La cuarta puerta daba directamente al despacho en el que seguían sonando las voces de todos. Julia decidió esperar y quedarse un rato en el *hall*. «A ver si se cansan»,

pensó. Se sentó en una de las butacas bajas de cuero que estaban colocadas ante una alfombra sobre la que apoyaba un brasero antiguo de bronce, el único objeto que parecía conservar algo de brillo en aquella casa, y se puso a mirar hacia arriba para volver a verse pequeña, pequeña frente a la enorme claraboya hexagonal que iluminaba con colores azulados aquel lugar de la casa durante el día, pero que a estas horas parecía quedarse sin ningún objetivo que cumplir. Después se levantó, dejó las cuartillas, el diccionario y la pluma encima del largo cubrerradiador de madera oscura que estaba junto a la puerta del pasillo de entrada a la casa y se puso a acariciar suavemente las dos perdices disecadas que reposaban sobre una base que imitaba el campo. El tacto de aquel plumaje la llevó a verse a sí misma pidiendo a su padre que la alzara en brazos para poder acariciar a las perdices. Y de ese recuerdo se fue al de su madre recriminando a su marido por cumplir al instante los deseos de su hija: «Dionisio, estás mimando demasiado a esta niña y nos va a salir tonta».

Entonces se oyó el teléfono que estaba también sobre un cubrerradiador, pero en el largo pasillo al que se abría a un lado la puerta de la cocina y al otro la del comedor. Julia oyó como contestaba Dani:

—Soy Dani. Sí, gracias... Espera un momento, que voy a buscar a mi madre. —Dani abrió la puerta y se encontró a su madre junto a las perdices—. Es Roberto, dice que ha visto la esquila de la abuela en el *ABC* y que llama para darnos el pésame.

—Ya voy. Oye, ¿quieres que nos llevemos las perdices a Barcelona?

—Pero ¿qué dices, mamá? A mí me gustaban mucho de pequeño. Pero ahora... Va a parecer que nos gusta cazar animales con escopetas.

—Pues también es verdad, «¡cuánta razón tienes!», que diría tu abuela.

—Hola, Roberto, soy yo. Y no me digas que ahora tú también lees el *ABC*, Porque mi capacidad de sorpresa tiene un límite.

—Que no Julia, que no, que solo lo hojeo en el Ateneo Mercantil, que nos hemos hecho socios porque ahora vivimos enfrente.

—Ah, claro, y hojeando hojeando has llegado hasta las esquelas.

—Bueno, anda, déjalo ya. ¿Cómo estás? ¿Cómo están tus hermanos? Dales un fuerte abrazo de mi parte.

—Pues ahora ya estamos bastante bien, porque ha terminado todo. Pero ha sido muy duro. Y yo, desde luego, he decidido que no pienso dejar que me hagan todas las perrerías que le hemos hecho a mi madre. Pobrecita, lo que ha sufrido.

—Lo siento mucho, Julia. Y, ahora, ¿qué vais a hacer? ¿Te quedas unos días por ahí? ¿Volvéis ya a Barcelona?

—Me quedaré unos días. Justo tenemos puente por el Primero de Mayo. Y seguro que tendré algunos días más de permiso.

—Pues cuando vuelvas a casa, me llamas, que te quiero comentar una cosa.

—Pero ¿por qué no me la dices ahora?

—Porque no es el momento, Julia.

—Pues a mí me parece el momento ideal, Roberto. Estoy aquí tranquila y sola en un enorme pasillo que conoces muy bien y sin nada que hacer.

—Prefiero dejar pasar unos días, Julia. No insistas.

—Pues insisto. Y, si no, no hubieras dicho nada.

Roberto volvió al tema de siempre. Todavía no estaba tranquilo con la solución de la firma del documento por Dani cuando cumplió dieciocho años. Quería hablar con algún otro abogado para ver si se podía encontrar una solución más completa. Julia sintió una pereza enorme, pero le dijo que de acuerdo, que ella también hablaría con algún abogado. Cuando colgó, fue al salón despacho y llamó a Dani.

Julia y Dani se instalaron un buen rato en la cocina, frente a la chimenea, en la que todavía cultivaba un color rojo intenso el rescoldo que quedaba en las brasas.

—Dani, sabes muy bien cuál ha sido la justificación de todos estos años de mentiras. Al menos, para mí.

—Sí, la abuela.

—Pues ahora la abuela ya no está. Y se acabaron las mentiras para todo el mundo.

—De acuerdo. Se acabaron las mentiras.

—Pues tenemos un problema. Roberto me ha pedido que os dé un abrazo a todos de su parte y si les doy el recado sin aclarar nada será la primera mentira que digo una vez muerta mi madre. De todas las personas que están en el salón, solo dos saben la verdad: tu tío Isaías y tu tío Emilio.

—Pues tenemos una solución muy fácil a ese problema: vamos a contarles ahora mismo la verdad.

—Eso es justamente lo que te quería proponer. Pero no sabía si tú querías estar conmigo cuando lo dijera. O incluso si tú preferirías que esperáramos un poco de tiempo.

—No, no. Ahora mismo vamos y se lo contamos todo. Y empiezo yo.

—Gracias, Dani.

Todo el mundo se calló cuando madre e hijo entraron de nuevo en el salón, como si presintieran que se acercaba una revelación. Dani se sentó en el sillón en el que había pasado toda la tarde y acercó una butaca a su lado para que se sentara su madre.

—Queremos deciros que ha llamado Roberto para darnos el pésame y que nos encarga que os demos un abrazo muy fuerte de su parte. Bueno, a los hermanos de mi madre, que es a los que conoce.

—Ah, pues dale las gracias a tu padre cuando vuelvas a hablar con él, Dani —intervino Dionisio—. ¡Cuánto tiempo hacía que no sabíamos nada de él! —Dani enmudeció por un momento, y Dionisio aprovechó para reanudar la conversación en el punto en que se había quedado cuando Julia y Dani habían entrado en el salón. Julia hizo un gesto como para empezar a hablar, pero Dani le tocó el brazo para pedirle que se callara—: Espera un momento, tío Dionisio, que os queremos decir más cosas. —De nuevo se hizo el silencio—. Roberto no es mi padre. Mi padre se llama Simón y vive en Granada. Era compañero de mi madre en la facultad y a él también lo detuvieron y lo metieron en la cárcel en octubre de 1975, como a mi madre. —Dionisio intentó cortar el tema y, en su tono de enfado, todos pudieron reconocer el de Florita en sus mejores tiempos.

—Dani, ¿tú crees que hoy es un día como para que hablemos de estas cosas, con la abuela recién enterrada? Déjanos en paz, anda. Y, si queréis continuar con esta conversación, mejor que volváis a la cocina. A los demás, nos dejáis en paz.

—Precisamente, porque hoy hemos enterrado a la abuela y estamos todos juntos, hemos creído mi madre y yo que era el momento de contar la verdad. Por respeto a la abuela y su forma de pensar, no lo hemos hecho antes, pero ahora que ya no está, ya está bien ¿no? Si a ti no te parece el momento, es tu problema. Pero habrá que ver qué piensan los demás, digo yo. —Nadie dijo nada—. Bueno, pues me parece buena idea lo de irme a la cocina para continuar esta conversación. —Dani se levantó—. Yo me voy allí, a donde tú me mandas. Y, si alguien quiere que le siga contando lo que no sabe, allí le espero.

Dani salió y solo Julia le siguió.

Volvieron a sentarse junto a la chimenea de la cocina y avivaron el rescoldo añadiendo dos troncos finos. Poco después, fueron llegando los demás. Primero llegó Isaías; luego Emilio con Irene y Julita, que ya hacía tiempo que reclamaba que le quitaran el diminutivo; luego José con Marisol y

sus hijos; luego Gabriel y; por último, Juan, el primogénito destronado, ya desde la adolescencia, por Dionisio.

—¿Esperamos a tío Dionisio? —preguntó Dani a su madre.

—No, no lo esperamos, porque no vendrá. Me lo acaba de decir —dijo Juan.

Y allí se les hizo la noche, hablando no solo de las verdades de Julia y Dani: de cómo era Simón, porque había muchos que no le conocían, y de las intranquilidades que le producía a Roberto su paternidad legal. Fueron saliendo después otras muchas verdades, de los demás, que habían quedado varadas también sobre la autoridad de Florita. Cuando les vino el hambre, prepararon juntos unas tortillas de patatas y una ensalada y cenaron en la gran mesa redonda de la cocina. Gabriel había subido de la bodega unas botellas de Paternina y, según iban quedando vacías, empezaron las risas y los planes de futuro, entre otros, ir juntos a Granada a ver la nueva casa de Emilio e Irene y aprovechar para conocer a Simón. Se fueron a dormir muy tarde. Algunos pasaron antes de irse a la cama por el salón y dieron las buenas noches a Dionisio, que veía la televisión sentado en el sillón que Florita había ocupado casi de forma permanente durante sus últimos años.

Al día siguiente, por la mañana, José aprovechó el momento del desayuno para hablar con Julia. Había estado hablando con Dionisio, de abogado a abogado, y habían pensado que sí podría haber una solución más completa al tema de la paternidad legal de Roberto sin necesidad de iniciar un largo y costoso procedimiento judicial. Daniel podía firmar un acta notarial, afirmando que sabía que Roberto no era su padre biológico, puesto que lo era Simón, y pidiendo al notario que, en el mismo día y en el mismo acto, notificara a todos los implicados el acta notarial firmada por él entregándoles una copia de la misma.

—No te enfades mucho con Dionisio, Julia, que al final recapacita y colabora con todo. Ahora, eso sí, nunca esperes que te pida disculpas, que eso sí que es incapaz de hacerlo.

—Bueno, lo intentaré. Pero es que me pone casi tan nerviosa como mamá. Y a mí me gustaría pensar que ahora que ella ya no está se abre una nueva etapa entre nosotros sin que prime el criterio de la autoridad por la autoridad. ¿Tú crees que es un sueño irrealizable?

—Mucho me temo que sí, Julia.

Durante los días siguientes, empezaron las despedidas. Se repartieron las innumerables fotos que Florita tenía enmarcadas por toda la casa. Y todos se fueron yendo con un pequeño cargamento de imágenes del pasado. A Madrid

la mayoría, a Granada Emilio e Irene con su hija Julita, a Alicante, Isaías. Julia y Dani fueron los que se encargaron de cerrar la casa hasta el verano en que todos prometieron reencontrarse unos días en ella. Y lo hicieron.

Las Navidades de aquel año, el primero sin Florita, Julia y Dani las pasaron en Granada, en casa de Emilio, Irene y Julita. También estuvo Isaías. La posibilidad de celebrar las Navidades en la casa de Medina, como siempre, se habían esfumado en las discusiones y los repartos de la herencia. Era Juan ahora el propietario de la casa y su enfado no permitía ni siquiera imaginar que se pudieran encontrar todos allí de nuevo. El día de Nochebuena, en Granada, intentaron repetir el eterno menú de sus Navidades de toda la vida y casi casi lo consiguieron. Por las mañanas, Isaías traía churros de la plaza de Bib-Rambla y, con ellos, volvían los recuerdos de aquellos churros que Irene llevaba a Julia a la cárcel. Muchas tardes quedaban todos con Simón y, una de ellas, Julia aprovechó para explicarle los consejos que le habían dado sus dos hermanos abogados para solucionar el tema de la paternidad de Dani. La idea sería acudir a un notario de Alicante, que había buscado Isaías. Alicante era ideal como punto intermedio entre Valencia y Granada al que tanto él como Roberto podrían llegar con facilidad. Y Julia y Dani iban con frecuencia a casa de Isaías. Ella y Dani habían pensado que estaría bien quedar en febrero y así podrían aprovechar para celebrar todos juntos el veinte cumpleaños de Dani.

La última tarde que pasaron en Granada Simón propuso que fueran a casa de sus padres. Le habían comprado a Dani unos libros por Reyes, como llevaban haciendo desde hacía ya muchos años, y querían aprovechar esta vez para dárselos en persona. Julia se quedó solo un rato, ver a los padres de Simón tan mayores la entristecía, y dijo que le apetecía dar un paseo. Sin saber muy bien por qué, empezó a andar hacia el barrio de La Chana. Hacía más de veinte años que no había vuelto a pasar por allí.

Una hora más tarde, Julia cogía el autobús de La Chana hacia el centro, frente al bloque en el que había vivido aquellos dos años en que amó a Simón, con las tripas todavía revueltas. Por los no, aquí ya no vive nadie de entonces, y por los sí, las vecinas del quinto sí que vivían ya aquí; y por los timbres a los que había llamado sin encontrar respuesta y por las caras que salieron de algunas puertas, con veinte años más. Pero, sobre todo, por la pena que había visto rodar, pegada a las lágrimas, por la cara de la vecina de al lado cuando le dijo: «Ay, si te hubiera podido ver mi padre, que estuvo toda la vida acordándose de aquello». Y el terrible final que encarnaba aquel «yo no tuve nada que ver, ¿eh?», de la mujer del guardia civil que vivía abajo.

Las tripas empezaron a encontrar de nuevo su lugar cuando el autobús empezó a enfilarse el Camino de Ronda. Eran las siete y el cuarenta y tres iba vacío. No le extrañó. Supuso que los flujos humanos entre La Chana y el centro seguirían repitiendo incansablemente los ritmos que ya tenían entonces: a las nueve de la mañana, los niños ya en la escuela, el autobús lleno de mujeres que iban a limpiar las casas de los ricos. Y, junto a ellas, los pocos jóvenes que llegaban a la universidad desde aquel barrio. A la una y media, el regreso. Pero, a las siete de la tarde de un día de diario, ¿quién iba a coger aquel bus en dirección al centro? ¿Quién habría podido intuir otra vida?

Un joven subió en la parada de la estación de autobuses con una bolsa de viaje negra colgada al hombro. Julia pensó que se parecía a Dani. Oyó cómo el chico le pedía al conductor que le avisara cuando estuvieran cerca de la Huerta de San Vicente.

—Pero, chiquillo, si está aquí mismo, si solo son dos paradas. Puedes ir andando. Pero deja, deja, no te bajes. Y anda, no pases el billete por la máquina que para un trayecto tan corto...

«La Huerta de San Vicente, Federico García Lorca. En mi Granada —pensó Julia—, habían borrado tus huellas. Ahora las están dibujando de nuevo con la forma de las huertas en las que habitaste».

Julia miró el reloj. Aún quedaba casi una hora hasta las ocho, cuando había quedado en estar de nuevo en casa de los padres de Simón para encontrarse con él y Dani e ir a tomar algo a la plaza de San Miguel, en el Albaicín. Aquella plaza, después de aquel primer encuentro entre padre e hijo de hacía ya diez años, se había convertido en el lugar de referencia de aquella relación. Julia bajó del autobús tras el joven que buscaba la Huerta de San Vicente, siguiendo el rastro sin luz de la bolsa negra, con los versos de Federico asomándose tímidamente a su boca:

Si muero,
dejad el balcón abierto.
El niño come naranjas.
(Desde mi balcón lo veo).
El segador siega el trigo.
(Desde mi balcón lo siento).
¡Si muero,
dejad el balcón abierto!

Tres muertes ya. Como tres heridas. La de su hermano, la de su padre, la de su madre. ¿Cuál sería la próxima?

Epílogo

Veinte años y un día y medio

El grupo que había salido de la notaría de Alicante y se dirigía ahora a comer un arroz al club de regatas llevaba inscrita en la cara la tranquilidad de haber conseguido, por fin, después de veinte años, deshacer un nudo enrevesado. Dani dejó de hablar con Simón y se volvió hacia atrás para dirigirse a Roberto que venía a unos pasos de distancia, con Julia.

—Bueno, con este documento ya te habrás quedado tranquilo del todo, ¿no? Y, si no, dentro de unos años nos volvemos a encontrar y firmamos otro, que ya le estoy pillando el gusto.

—Gracias, Dani, pero no hará falta. Con esto ya está, seguro —dijo Roberto mirando primero a Dani y a continuación a Julia.

Al final de la comida, a la hora de los postres, cuando todos habían bebido algo más de la cuenta, Dani se levantó y anunció:

—Como no todos los que estamos aquí habéis estado en la notaría, os voy a leer los párrafos más jugosos del documento que acabo de firmar. Y empezó la lectura.

Notas

[1] Las acotaciones entre paréntesis son comentarios del personaje de Julia. <<